

DANI PADILLA



LA ÚLTIMA
REVELACIÓN

Multiverso 

La Última Revelación

© Dani Padilla

© Multiverso Editorial, 2017

© Grupo Editorial Omniverso, 2017

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1545228159

Printed in Spain

Primera edición: abril, 2017

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento

“Yo soy el Alfa y la Omega, el primero
y el último, el principio y el fin.”
Apocalipsis 22.13

Más libros en
www.DESCARGASMIX.com

PRÓLOGO

Decir que en la novela que tenéis entre las manos encontraréis acción, misterio y leyendas sería quedarse algo escueto. “La Última Revelación” supone un paso más allá, un punto de inflexión literario que marcará un antes y un después en la carrera del propio autor, mi compañero Dani Padilla.

De la mano de los detectives Olivia Giralt y Aitor Cruz y del acomodado empresario Adán Quirós, entre otros, nos adentraremos en la oscuridad, donde el único punto de luz, la única pista, es

el mítico y a la vez enigmático símbolo Omega. Lo que a simple vista parecía ser un secuestro, nos llevará a descubrir una verdad aún más perturbadora de lo que cabía esperar. Realizaremos una inmersión completa en un mundo creado con sublime maestría, quedando atrapados en una tela de araña en forma de tramas, escenas y lugares que sin lugar a dudas, nos dejará sin aliento.

Y para finalizar, volvemos al principio. A lo largo de este libro, efectivamente encontraremos acción, misterios y leyendas, pero estos atributos en su conjunto y unidad, lograrán cambiar la percepción que tenemos de nuestra propia humanidad.

Halle Grosso

PREFACIO

La oscuridad que se cernía sobre ella, no le dejó más remedio que encender la linterna. Suspiró y recapacitó antes de comenzar a caminar. El túnel se introducía en la negrura, que, serpenteante, dibujaba sombras macabras sobre la pared. Su investigación le había llevado a buen puerto. Pese a haber topado con la obertura casi sin quererlo, tenía claro que ese era el camino a seguir.

—Solo un poco más —intentaba convencerse a sí misma para no sucumbir ante el miedo que la poseía.

¿Y si aquella leyenda ancestral que

algunos contaban fuera cierta?

El caso es que le atraía la idea de descubrir algo más, algo succulento que potenciara su destartalada carrera de periodista venida a menos. El haz de luz le alumbró una intersección y tomó la decisión de girar a la derecha. Por momentos parecía que el túnel se ensanchara, pero lejos de la realidad, no dejaba de ser una ilusión óptica provocada por la precaria calibración de la luz de la linterna. Mirar atrás estaba prohibido. Había llegado allí por sus propios medios tras una dura investigación que la tuvo apartada del mundo durante varios días. ¿Y si descubría la verdad? No imaginaba lo abrumador que podría resultar. Palpó la

decreciente temperatura hasta el punto de ver resaltar su vaho a través del corredor. A paso firme seguía caminando hasta que giró, esta vez a la izquierda. Y fue la primera vez que lo notó; una presencia inocua e invisible, pero que no dejaba de estar ahí. Apoyó su espalda en una de las paredes para tener mejor perspectiva, pero la luz artificial no resquebrajó más que la oscuridad.

— ¿Hola? —se atrevió a decir con una voz amortiguada por la negrura incipiente.

No hubo respuesta. Sabía que lo más sensato sería regresar, aunque su espíritu indómito se lo impedía.

Reflexionó sobre lo que significaría que

su tesitura fuera cierta y no pudo más que armarse de valor para continuar al menos unos pasos más. Si estaba en lo cierto, aquel laberinto de túneles podría albergar kilómetros de trazado, aunque le sería imposible comprobarlo por sí sola debido a la carencia del equipamiento necesario. Recapituló y supuso que debía regresar más preparada. Mantendría la localización en secreto y volvería al día siguiente con alguien que aceptara acompañarla. Pero de nuevo escuchó ese sonido que la alertó con anterioridad. Esa vez fue como un gorgoteo líquido que intuyó cercano a su posición. Algo asustada, enfocó por doquier con el haz de luz, pero sin suerte. Entendió que bajo tierra

como estaba, pudiera percibir una decena de sonidos desconocidos, pero eso no la tranquilizó demasiado.

Había llegado el momento exacto de volver; ya había tomado la concreta determinación de no correr riesgos innecesarios. Casi al trote, recorrió el mismo pasillo en sentido contrario, dándose cuenta que había omitido una puerta en uno de los flancos de la intersección antes mentada. Le llamó la atención de manera inequívoca, el emblema que copaba la parte central de la misma; su tan ansiado símbolo «Omega».

No pudo evitar sentir cierto orgullo de su propio trabajo; aquel antiguo signo era la prueba más fehaciente de que no

había marcha atrás. En ese momento maldijo el hecho de haber tomado tantas medidas de seguridad para evitar filtraciones en su investigación. Dada la complejidad de la misma, tan solo se había cerciorado de entregar las reseñas adecuadas a una única persona, de la que esperaba que fuera consecuente con la delicada información que poseía.

La puerta de madera estaba algo roída debido a la humedad y podría ceder al contacto, pero lo intentó. Y para su grata sorpresa, la misma se abrió ante ella. Sucumbió a la curiosidad y entró en el desconocido espacio que la precedía.

La sala que ocultaba aquella entrada provocó tanto desconcierto en la mujer, que no pudo articular movimiento por

unos instantes. Allí, bajo tierra y en un lugar que nadie hubiera imaginado, había construido una pequeña capilla. Las paredes protegían una hilera de velas encendidas que alumbraban de manera solemne la cámara. Un altar de piedra presidía una hilera de bancos de madera. Y sobre el altar volvió a ver el símbolo «Omega» que la había perseguido durante todo su trabajo de investigación. No pudo más que congratularse.

—Este lugar es real... —expresó viéndose abrumada.

Sacó su teléfono móvil e inmortalizó aquel espacio en su memoria. Incluso percibía un leve aroma a incienso que la indujo a explorar más. Tras la sagrada

construcción de piedra había una puerta. Sabía que no todo acababa allí. Pero... ¿y si la leyenda que contaban era cierta? Se atemorizó por unos instantes y pensó en dar marcha atrás, sin embargo, el sonido gutural que había escuchado en el túnel volvió para hacer acto de presencia. Esta vez sin tiempo de reacción, recibió un tremendo golpe que la lanzó a unos metros de su posición. Exenta de toda recapacitación, fue cuando comprendió que no debía haber entrado allí en esas solitarias circunstancias. Entonces notó la presencia de quien le había golpeado, intentó escabullirse entre los bancos de madera, pero le fue imposible. Un reguero de sangre le resbalaba a través

de la nariz, sintiendo su amargo sabor en los labios. A unos metros de distancia, vio cómo su dispositivo móvil se había hecho añicos en su primer y único contacto contra el suelo. Desechada la idea de pedir ayuda, intentó no palidecer y encontrar una manera de regresar hasta la puerta, pero asumió que no volvería a salir con vida de aquella misteriosa capilla.

Quien fuera el que le había atacado, lo había hecho con rapidez y determinación absoluta.

Y como si se tratara de un preludeo de su propia suerte esquiva, ella se volvió sobre sus pasos. Fue cuando, gracias a la tenue luz que producían las velas, la criatura que había estado persiguiéndola

a través del túnel quedó al descubierto.
Y entonces, Miranda Cardona la vio.

CAPÍTULO 1

Barcelona,
6 de enero de 2016.

Solía ocurrir que quien hubiera visto alguna vez una sala de interrogatorios, las había visto todas. Se trataban por lo general de espacios anodinos, sin ventanas y con mobiliario que se reducía a poco más que una mesa acompañada de sillas metálicas, suelo de linóleo y pintura gris.

Los detectives privados, Olivia Giralt y Aitor Cruz, contemplaban desde su posición el espejo de visión unilateral que copaba en su totalidad una de las paredes de la estancia.

Asumían a la perfección que hubiera personal acreditado observándoles desde el otro lado del vidrio templado.

Tras abandonar el parque zoológico minutos atrás, el agente Castedo, del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), les había instado a subir a toda prisa a un vehículo de cristales tintados y habían cruzado media ciudad para terminar en una de las salas de aquellas instalaciones gubernamentales.

Esperaban desde hacía más de veinte minutos a que alguien les informara sobre su confinamiento, ya que el funcionario había justificado su silencio debido a un asunto estrictamente confidencial.

Olivia, solo con mirar el rostro de su

compañero, intuyó que tardaría poco en despotricar sobre el porqué de su situación. Aunque renegaba de cualquier actitud que más tarde pudiera ser censurada perdiendo todo argumento con ella, entendía a Aitor en aquellas circunstancias. Él la miró con gesto contrariado mientras retiraba la silla de la mesa metálica para ponerse en pie, pero en esos precisos instantes, la puerta se abrió.

El agente Castedo se presentó con el semblante serio. La rectitud de la que había hecho gala en el zoológico y en el posterior trayecto hasta allí aún continuaba vigente. No lucía ni americana ni corbata y las mangas de su camisa blanca estaban dobladas a la

altura de los codos. Desprendía un aroma a loción balsámica que no pasó desapercibido para ninguno de los dos visitantes. Muy decidido, retiró una silla y se sentó frente a ellos, al otro lado de la mesa.

Cuidaba su aspecto hasta el más mínimo detalle: afeitado impoluto, cejas perfiladas y un corte de pelo sencillo, acorde con la moda establecida. Su tupé castaño reforzado con brillantina no decaía con facilidad. Se reafirmaba con asiduidad que la coquetería no era menester exclusivo del sexo femenino en pleno siglo veintiuno.

Sus ojos marrones escrutaron a las dos personas que tenía frente a él. Les miró poco a poco, sin prisa.

Aitor parecía alterado, tal como una fiera enjaulada sin saber cuál iba a ser su destino. Mientras, ella acataba la situación con la templanza que transmitían sus ojos verdes.

Acto seguido, suspiró y dejó el iPad que llevaba sobre la mesa.

—En primer lugar, he de pedirte disculpas por la espera.

Aitor torció el gesto mientras Olivia asintió de manera casi imperceptible.

Castedo desbloqueó el dispositivo electrónico y comenzó a manipularlo enérgicamente. Había accedido a la base de datos que contenían las fichas personales de los dos detectives privados. Dedicó unos instantes a releerlas y volvió a dejarlo.

—Olivia Giralt y Aitor Cruz —expresó cruzando los dedos entre sus dos manos y dibujó un leve destello de sonrisa en su rostro. Ella, tez blanca y pecosa, cabello dorado y ojos verdes. Él, alto y con semblante rudo, poblada barba oscura igual que su cabello y ojos marrones—. Cuento con impecables referencias sobre vuestro último trabajo. El CNI es susceptible a revisar y demandar informes a nuestros compañeros del Ministerio del Interior. Como entenderéis, la cuestión se debe a un mero hecho protocolario para salvaguardar la seguridad y estabilidad de nuestra nación.

Aitor no pudo poco más que reprimir una carcajada. Todo país civilizado o

no, contaba con una red de inteligencia dedicada a proteger la seguridad de sus ciudadanos. El CNI era la red oficial del estado, cierto, y, tal vez en otras épocas en la que la opacidad se palpaba en el ambiente, pudieron tener su merecida reputación. Pero en los últimos tiempos, una supuesta relación entre altos de sus cargos y un personaje televisivo de dudosa procedencia, había puesto en jaque a dicha institución, tildándola como mínimo de poco veraz. Y frente a ellos estaba sentado aquel hombre, cuyo aspecto se asemejaba más al de un refinado administrativo de una multinacional que a un agente de contraespionaje.

—Con ello quiero expresar que soy

concedor de toda vuestra obra profesional, incluyendo los casos más habituales —hizo un receso—; infidelidades conyugales, estafas empresariales a pequeña escala y similares menesteres. Básicamente lo que se establece dentro de este ámbito de trabajo. Pero ya que interpreto vuestro reiterado silencio como una falta de conocimiento o tal vez con el hecho de contar con una verdad desdibujada sobre nosotros, no os haré perder más vuestro tiempo.

Volvió a centrarse de nuevo en el iPad y tras unos segundos mostró la pantalla a sus interlocutores. Ambos descubrieron una fotografía en la que aparecía un rostro que solo le resultó familiar a

Aitor.

Asintió y devolvió la mirada al agente del CNI. Ciertamente se sorprendió al volver a ver el semblante de aquella mujer, especialmente en las dependencias en dónde se encontraban.

—Por vuestra reacción facial doy por hecho que solo uno de vosotros reconoce a la persona que aparece en la imagen —volvió Castedo a girar el dispositivo.

—La recuerdo —expresó él bajo la retrógrada indefensión de su compañera. El funcionario arqueó una ceja tomando nota de la pulcra memoria del investigador allí presente, mientras de reojo observaba como Giralt no atinaba en sus recuerdos para con la imagen. Y

no precisamente se trataba de un rostro para obviar fácilmente; la fotografía mostraba a una mujer de unos treinta y cinco años, tez blanca y expresión jovial. Su portentosa melena rubia reposaba sobre sus hombros y sus dos ojos verdes miraban al objetivo con toda la pretensión del mundo. La media sonrisa que dibujaban sus finos labios denotaba un estado innegociable de seguridad en sí misma. El agente del CNI había estudiado ese retrato en infinidad de ocasiones en las últimas horas, pero debido a su esquema profesional, debía cederles a ellos su primera versión al respecto.

—¿No la recuerdas? —Preguntó Aitor a su propia compañera.

Ante la negativa, el agente Castedo volvió a mostrarles el dispositivo para que ella intentara convencer a sus recuerdos.

Aitor resopló ante la indisposición de la investigadora y creyó oportuno sonsacar las palabras adecuadas que a la postre resultarían definitivas.

—Miranda Cardona, Olivia.

—Diantres —respondió al instante, tal y como si acabara de descubrir el mismísimo Santo Grial.

El agente contempló la teatral escena convenciéndose de que aquellas dos personas contaban con un nivel eficiente para ejecutar según qué investigación.

—Miranda Cardona —repitió ella sin la más mínima vacilación.

Castedo al fin asintió satisfecho, bloqueó la tablet y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Ya que entiendo que ambos reconocéis a la mujer de la fotografía, me gustaría que me hablarais de ella.

Los dos detectives privados se miraron y, en un ademán de generosidad o tal vez de egoísmo, Aitor encomendó las palabras a su compañera.

—Si no he recordado el rostro de esa mujer a primera vista es porque las referencias que nos unían a ella se desvanecieron hace algún tiempo — expresó algo incómoda, excusándose por algo que no debía.

—Concretamente, según vuestro informe, unos ocho meses atrás. ¿Cierto?

—No lo recuerdo con exactitud. Pero tuvimos que investigarla en un caso que nos encargaron.

Castedo asintió levemente y volvió a ponerse en pie tras alisarse los pantalones. Se introdujo las manos en los bolsillos y caminó de un lado a otro de la sala, vislumbrando cuales debían ser sus siguientes palabras. Escogió un tono neutro, fuera de cualquier reproche o, por el contrario, confianza.

—He estudiado vuestro informe, por supuesto —los detectives contemplaban como el agente del CNI, que bajo la elegancia de la camisa lucía un cuerpo atlético, deambulaba por la sala consciente de sus acciones—. Está digitalizado en la base de datos. No fue

un trabajo que llamara mucho la atención, ¿verdad?

—Para nada —se adelantó Aitor a su compañera.

Se detuvo en uno de los flancos de la sala, mirándoles desde la distancia.

—Contadme, pues.

Sin duda, el interés del funcionario estatal por aquel caso les comenzó a extrañar en cierta medida. Pero al menos ahora ya tenían la respuesta al por qué se encontraban en aquellas dependencias. Había algo en la manera de conversar de ese hombre que no convencía a Olivia en absoluto, con lo que intentó tomar la determinación de explicarse cuanto antes.

—Como hemos hablado, fue hace más

de medio año.

—Este último verano —apuntó el agente.

—El caso es que una tarde corriente se personó un hombre en nuestra oficina. No parecía el típico buscavidas desesperado, pero ya sabes, fue directo.

—¿Quién era?

—El redactor jefe de un periódico bastante conocido.

—¿Y qué os encomendó? —el tono de Castedo no denotaba ningún tipo de confianza.

—Qué investigáramos a una de sus periodistas autónomas, que como deducirás, se trataba de la mujer de la fotografía.

El asentimiento del agente del CNI

precedió a su retorno a la mesa, de donde, de un imperceptible cajón, sacó un par de fotografías. En ellas se veía a un hombre de edad media, cabello cano y arrugas incipientes.

—¿Fue este el hombre que os encargó la investigación?

Aitor Cruz lo confirmó con un ligero vaivén de su rostro.

—Y decidme, ¿denunció como persona física o en nombre del periódico del que continúa siendo redactor?

—En nuestro informe, creo recordar, especifica que el cliente era el periódico en cuestión —apuntó la única mujer en la sala.

—Así a grosso modo... ¿cómo contextualizó la investigación?

—Entiendo que como agente del CNI y poseedor de nuestro testimonio sobre el caso... debes conocer esa información al detalle.

Los detectives se miraron entre sí a la expectativa de la respuesta de Castedo.

—Prefiero cotejarla en primera persona, sin ningún tipo de duda —se reafirmó carente de modales—. Creedme, ciertas cuestiones en el ámbito de la inteligencia de una nación son como el juego del teléfono: desde que el mensaje inicial llega al interlocutor final, se pierde demasiada información por el camino como para obviarla.

Aitor contempló a aquel tipo extrañado, como si lo único que buscara fuera algún tipo de confesión que

desconocían.

—Él mismo fue quien explicó que tras las respectivas presentaciones, hablaron de manera más tranquila en la sala de reuniones de su propia oficina. El cliente declaró que la investigación era un deseo vital del director del periódico, que sin querer entrar en detalles, delegó la responsabilidad en él mismo. Ilustró de manera escueta quién era Miranda Cardona adjuntando fotos, contrato de trabajo y ciertas fotocopias de su documentación. Al parecer, todo se trataba de un litigio en el que un estira y afloja con la periodista autónoma, acabó en una baja laboral un tanto extraña, siempre según la versión del rotativo.

—No se fiaban, eso es todo. Dejó un reportaje a medias acusando unos problemas personales que según ella le impedían trabajar. Pero un periodista de la redacción la vio realizando un encargo para otra corporación informativa.

—Así que periodista a sueldo...algo así como vosotros, pero con cámara y libreta en mano.

El desafortunado y poco gracioso comentario de Castedo no inmutó a Olivia, que carraspeó.

—Además de lo que he leído en el informe, siento curiosidad por saber algo más de la tal Miranda.

—Es una mujer un tanto especial. Tuvimos un encuentro con ella y tal y

como puedes leer, nos pidió explicaciones de por qué llevábamos dos días siguiéndola por media Barcelona.

Castedo se sorprendió de que no intentaran ocultar aquel hecho. Otros en su lugar hubieran intentado salvaguardar su orgullo de alguna manera.

—Os descubrió y eso puede decir dos cosas: o que ella es muy perspicaz o que vosotros no hicisteis bien el trabajo.

Aitor arqueó una ceja.

—Llegamos a un acuerdo con ella. Pero eso no significa que hiciéramos buenas migas.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Es secreto profesional, como comprenderás.

El agente Castedo miró a su alrededor de manera teatral y abrió las palmas de sus manos.

—¿Acaso no ves dónde estamos? Esto es una sala de interrogatorios, así que me lo pensaría dos veces antes de ocultar cierta información, pudiéndose tratar además de una nimiedad.

Aitor Cruz tuvo la intención de plantarse y no hablar más hasta que algún abogado se personara en su defensa...pero lo pensó mejor. No valía la pena entrar en conflicto por llevar su orgullo por bandera.

—Ella se dejaba hacer unas fotografías si nosotros asegurábamos al cliente que no habíamos hallado pruebas incriminatorias de estafa empresarial.

—Entonces, ¿vosotros estafasteis al periódico con el resultado de la investigación?

Ambos detectives contemplaron como aquel tipo sonreía mientras cruzaba los brazos. Acababan de caer en la cuenta de que aquella afirmación no podría hacerles demasiado bien en su hipotético futuro profesional.

—Os ha cambiado el semblante de repente. Pero no os preocupéis, cada investigador tiene sus estrategias y no voy a entrar a valorar las vuestras. No estoy aquí para eso. Lo que sí necesito saber es algo más de vuestra escueta relación con la investigada.

—Fue escueta, como tú dices —rememoró Olivia—. La vimos en dos

ocasiones: la vez que nos descubrió y cuando cerramos el acuerdo. Ella simplemente se dejó hacer las fotos.

—¿Qué ocurrió después?

—Tras esperar un tiempo prudencial en el que conseguimos algo más de documentación, avisamos al cliente y le entregamos lo que teníamos —explicó Aitor sin dilación.

—Así que se tragó vuestro engaño en forma de acuerdo y accedió a pagar.

—El redactor jefe, que a mi parecer parecía un hombre neutro en la cuestión —continuó Olivia intercalándose con su compañero—, se molestó al recibir nuestro informe final. Parecía no dar crédito a la conclusión que llegamos tras el trabajo.

—Puede que tal vez no fuera la única agencia a la que demandara sus servicios. Suele ocurrir con el espionaje empresarial a gran escala. No acostumbran a confiar en una sola opinión. Decidme, ¿entrasteis a valorar con la señorita Cardona si era cierto o no que estuviera de baja laboral fraudulenta?

—No. Tras abarcarnos de sopetón, le mostramos nuestras credenciales y le explicamos por encima lo que sucedía. No se lo tomó mal del todo, de ahí que ella misma nos ofreciera la idea de llegar a un pacto.

—De su propia boca solo supimos que trabaja como reportera autónoma para cualquiera que le ofrezca algo que le

interese. Según ella, suele intercalar diferentes investigaciones a la vez y al mejor postor. No tiene ideales sobre las diferentes tendencias de los medios de comunicación.

—Entiendo. Y sobre su personalidad, ¿tenéis algo que reseñar?

—Es una mujer fría —contestó sin vacilar Aitor—. Aunque tampoco nos dio muchas pistas sobre ella, la verdad. El agente Castedo volvió a ponerse en pie, colocó la silla en su lugar y se dirigió a la entrada.

—Lamento comunicaros que, aunque me es imposible compartir toda la información que me gustaría con vosotros, existen ciertas circunstancias al respecto que os deberían interesar. De

ahí que vuestra presencia aquí sea totalmente necesaria.

—¿Ciertas circunstancias al respecto?

—frunció el ceño Aitor.

—Digamos que la situación de la mujer que investigasteis ha cambiado algo desde la última vez que tuvisteis noticias de ella.

— ¿Y en qué nos puede concernir a nosotros dos? —preguntó Olivia ligeramente sorprendida.

Castedo, esperando aquella reacción, se tornó serio.

—Hace apenas cuarenta y ocho horas, el servicio de inteligencia francés nos notificó de la desaparición de Miranda Cardona. Esa situación es susceptible de poder involucraros directamente a

vosotros.

—¿La inteligencia francesa? ¿Qué tenemos que ver nosotros en esto?

Al unísono, las miradas de Aitor y Oliva convergieron en el mismo espacio.

—Por favor —dijo Castedo mientras abría la puerta—acompañadme si sois tan amables.

CAPÍTULO 2

Oficina central del CNI, Barcelona.

El laberinto de pasillos que resultaba ser aquella planta no tenía por norma darse a entender para los recién llegados. Ángulos de noventa grados, corredores estrechos, suelo de linóleo y techos de yeso. Las pantallas de fluorescentes se sucedían a cada metro y mientras seguían los pasos del agente Castedo, Aitor y Olivia intentaban guardar cada detalle en sus respectivas retinas. La afirmación que les había revelado respecto a Miranda Cardona los dejó en un estado de confusión inducido. Llegaron a una puerta al final

del corredor, la cual Castedo abrió mediante un sistema de huella dactilar. Les ofreció paso a un nuevo pasillo que tan solo se diferenciaba con el que le precedía por el cambio de iluminación. Esta era más tenue y azulada e incluso se cruzaron con personal acreditado de la instalación. Todos ellos parecían tan ocupados en sus respectivos asuntos que no les prestaron atención. Los tacones de Olivia resonaban a través del piso, algo que la incomodaba. No acostumbraba a llevarlos, pero el evento que había tenido lugar hacía tan solo unas horas en las instalaciones del zoológico, así lo requería. Castedo se detuvo frente a una puerta y postró su espalda frente a ella.

—No creo conveniente recordaros que todo conocimiento que obtengáis aquí es estrictamente confidencial —su tono fue neutro—. Que vuestra presencia aquí sea necesaria no quiere decir que debáis haceros notar.

El aura de prepotencia de aquel hombre ya comenzaba a tornarse demasiado notorio.

Del interior de la puerta emanó un olor a equipo informático bastante llamativo. Si en el exterior la iluminación coloreaba un ambiente azulado, en el interior de aquella cámara se había tornado en rojo. A ambos detectives privados se les asemejó aquella imagen con la del típico estudio de revelación de fotografías antiguo. Se dieron de

bruces con un espacio amplio, vacío y que estaba seccionado por un cristal que separaba dos salas entre sí. Ellos permanecieron en uno de los flancos, mientras que en el contiguo pudieron ver a una serie de trabajadores sentados frente a una hilera de equipos informáticos de aspecto moderno. Alguno de los presentes levantó el rostro de su monitor para ver quién había entrado en la sala contigua, pero sin darle importancia, volvieron a sus menesteres.

—No os preocupéis por ellos —señaló el agente al personal tras el cristal—, son analistas geopolíticos de la agencia y bastante ocupados están con la situación mundial como para prestaros

la más mínima atención. Esta sala en la que nos encontramos contiene un nivel de confidencialidad de los más altos del edificio. Dicho lo cual, cualquier filtración podría incurrir en una pena de delito grave.

Aitor contemplaba como aquellas personas tecleaban sin parar y hablaban a través de dispositivos inalámbricos, pero debido al hermetismo acústico de la sala, no podía escucharlos desde su posición.

—Este espacio —continuaba Castedo— está revestido por una aleación de plomo y titanio que produce una total inhibición de las señales de vuestros teléfonos, con lo que aquí estamos anegados de posibles patógenos

informativos externos.

Se acercó a una de las esquinas de la estancia y de un cajón adherido a la pared extrajo un diminuto dispositivo parecido a un mando a distancia. Pulsó un par de botones y el cristal que había frente a ellos se oscureció en un santiamén.

—La certera ejecución de vuestro último trabajo os hace objetivos necesarios en el caso que os concierne.

—¿El caso? —afirmó Olivia a la expectativa de lo que pudiera aparecer en aquel cristal.

Tras pulsar de nuevo un botón, entendieron que el cristal tintado se había convertido en una pantalla de tamaño descomunal. Sobre fondo negro,

vislumbraron una ficha de datos de Miranda Cardona, junto con la fotografía digitalizada que minutos antes les había mostrado el agente. Nombre completo, edad, peso, altura, ocupación, intereses...un muestrario de características comprensible debido al lugar en el cual se encontraban. Sus ojos verdes los escrutaban desde allí donde estuvieran.

—Ya conocéis a Miranda, el sujeto de la fotografía; una vida dedicada al trabajo. Quizá una de las probables causas de su esquivo comportamiento. El caso es que cuando el servicio de inteligencia francés nos notificó de la desaparición de nuestra ciudadana española, no se les notó muy preocupados.

Castedo iba maquinando con el sistema, que de vez en cuando alternaba imágenes de la desaparecida. La inmensa ayuda que ofrecían las redes sociales en esos casos era inestimable. Aitor contemplaba el rostro de la mujer tal y como si la estuviera viendo en directo en aquellos precisos momentos.

—Si os digo la verdad, no tenemos muchas referencias de ella. Carece de antecedentes penales y paga sus impuestos religiosamente, al menos aquí en España. Según nuestras informaciones más fehacientes, reside en Francia desde hace poco más de tres meses.

—Me ha intrigado algo de lo que nos has dicho antes —reconoció Olivia

mientras Castedo movía un diminuto cursor que apareció en la pantalla sobre una de las fotografías—¿por qué podríamos estar involucrados en la desaparición de esta mujer?

—Entenderéis que la inteligencia francesa quiera atar todos los cabos posibles. Aunque también os aseguro una cosa; es una simple justificación y no les importa lo más mínimo lo que le haya ocurrido a nuestra desaparecida. Solo lo hacen porque la ley les obliga a investigar y esclarecer cualquier desaparición que acontezca en su territorio. Y al ponerse en contacto con nosotros y reportarle toda la información necesaria sobre Miranda, de inmediato se interesaron por la

investigación que vosotros dos llevasteis a cabo ocho meses atrás.

—¿Así que nos necesitan para interrogarnos?

—Afirmativo. Simple burocracia.

—Entiendo... —expresó Olivia.

—El caso es que debéis viajar a París en las próximas horas para tener un encuentro con la inspectora del equipo operativo que está investigando la desaparición de nuestra mujer.

Olivia Giralt y Aitor Cruz se miraron y acto seguido hicieron lo propio con el agente del CNI. Este reaccionó como mejor pudo.

—Puedo comprender vuestra reacción, pero estas cosas son así. De igual forma, no debéis preocuparos, el CNI os

secunda en esta cuestión. Si se tratara de una nimiedad, el cuerpo de Policía Nacional hubiera contactado con vosotros, pero lo coherente era que fuéramos nosotros, al entender que necesitamos algo más.

—Sorpréndenos —ironizó Aitor.

—No es algo que deba sorprenderte, detective Cruz. Dadas las circunstancias, creemos conveniente que investiguéis la desaparición de Miranda Cardona.

Tras el asombro inicial de ambos, Castedo cambió la interfaz de la pantalla, mostrándoles en esos momentos un documento que se asemejaba a un contrato.

—Como veis, está todo listo. En caso de

aceptar, lo haréis en calidad de colaboradores tanto del gobierno francés como del español —hizo un receso para paliar la reacción de los allí presentes—. Antes de que me interrumpáis con vuestras preguntas, he de informaros de que la determinación es solo vuestra. Tendréis un tiempo prudencial para decidiros, ya que vuestro vuelo a París sale mañana temprano. Allí os recibirá un funcionario español que os pondrá en contacto con la cúpula que investiga la desaparición. Como entenderéis, no tenemos mucho tiempo y no me gustaría lamentar que hemos obrado tarde.

—¿Así de sencillo? ¿Así funciona el CNI? —se reafirmó Olivia.

—¿Qué quieres decir? —Castedo reconoció que la pregunta le cogió descolocado, lo que le tensó—. Se trata de una ciudadana española, si hemos pensado en vosotros es porque nuestros analistas valoraron positivamente el caso que os mantuvo ocupados hasta hace poco tiempo. Es evidente que no solo yo estoy detrás de esta decisión. Así que por favor, sin más dilación os pediría que estudiarais la situación como buenos profesionales y toméis una determinación lo antes posible.

—¿Y qué garantías tenemos nosotros?

—Todo lo que tiene que ver con esta investigación se encuentra en esta pantalla. Entiendo que quizá necesitéis saber más, pero no tenemos tiempo para

entretenernos.

—Al menos es un alivio que nos entiendas... —apuntó Aitor irónico mientras se rascaba el mentón.

—Ahora, si me permitís, he de salir. Regresaré en unos instantes.

No hicieron ningún ademán de retenerle y, cuando la puerta se cerró, Olivia y Aitor se quedaron contemplando el documento que había plasmado en la pantalla. En él se podía leer la información básica de la mujer desaparecida, además de una posible reseña adherida por parte de la inteligencia de Francia.

Exentos de toda potestad para siquiera preguntar, ansiaban salir de allí cuanto antes.

—¿Qué? —dijo Olivia en tono coloquial mientras inspeccionaba las imágenes. Su compañero, inmiscuido en una especie de letargo, arqueó las cejas y suspiró.

—Nada, necesito salir de aquí. No pienso involucrarme en otra investigación, lo dejé bien claro.

—Debemos esperar que regrese.

—No puedo entender cómo hemos acabado aquí... Este no era el plan que yo tenía para el día de hoy.

En aquellos precisos momentos, la puerta se abrió. Pero a través de ella no volvió el agente Castedo, sino que en su lugar entró una mujer joven, guapa y ataviada con un porte corporativo que emanaba seguridad; rubia, coleta alta y

gafas de pasta roja, llevaba consigo otra tableta electrónica.

—Buenas tardes —expresó mientras la rojiza claridad se tornó blanca, semejante a la luz fluorescente que iluminaba los pasillos del edificio. Tras eso, la imagen que ofrecía la pantalla se esfumó conjuntamente con las fotografías. Su sorpresa fue mayúscula cuando descubrieron que, al otro lado del cristal, la sala de análisis también había desaparecido. En lugar de eso, a través de la oscuridad vislumbraron una especie de recepción, en la que contemplaron a diferentes personas deambulando por un espacio amplio e impoluto.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —Preguntó

Aitor, sorprendido— ¿Dónde ha ido a parar la sala de análisis?

La mujer de porte corporativo hizo caso omiso, consciente de que toda persona que concurría en aquella ilusión óptica se interesaba por la misma cuestión.

—Si son ustedes tan amables, necesitaría que plasmarais vuestras huellas dactilares en la interfaz de esta pantalla.

Olivia, harta de intolerancias, replicó al instante. Pero antes de que pudiera reprochar nada, la funcionaria se anticipó:

—No se preocupe señorita Giralt, se trata de un contrato de confidencialidad para que mantengáis total discreción respecto a vuestra visita a nuestras

instalaciones.

—Visita forzada, querrá decir — expresó Aitor altanero, a la vez que cotejaba las siglas CNI que colgaban de la identificación de una de las solapas.

La mujer lo miró desviando su visión de los lentes oculares y decidió no mediar palabra para evitar confrontación. Respiró, suspiró y pulsó un botón situado en una de las paredes. Del centro de la sala sobresalió una especie de mesilla vertical que utilizó para colocar el dispositivo. Señaló un documento digitalizado que informaba de la posible comisión de delito si tan solo una de las cuestiones allí expuestas se filtraba fuera de ese edificio gubernamental y les incitó a acercarse.

Tras leerle en voz alta las partes más remarcables, la mujer volvió a pulsar el botón que ocultó ese tipo de mesa futurista.

Ambos asintieron y puesto que no tenían mayor alternativa, inmortalizaron sus huellas digitales en la pantalla.

—La salida está girando el pasillo, por la puerta que encontraréis a vuestra derecha.

—El agente Castedo nos comentó que regresaría enseguida, que le esperásemos.

—Él no va a volver —expresó la funcionaria de manera rotunda, como si hubiera estado esperando que los allí presentes se lo mentaran—, así que ya

pueden abandonar estas instalaciones tranquilos.

CAPÍTULO 3

Paseo Wellington, Barcelona

El estruendo provocado por el portazo sucumbió ante los pensamientos de Olivia. Segundos más tarde, el vehículo abandonaba la zona peatonal para introducirse en una de las vías que conectaban con el cinturón del litoral barcelonés. Raudo, tras el silencio que mantuvieron en el interior de su transporte, Aitor abarcó a su compañera. —¿Tú entiendes algo? —abrió las palmas de las manos, enardecido. Ella suspiró mientras contemplaba cómo un tranvía cruzaba frente a ellos en dirección a su próxima parada. Intentaba

comprender el alcance que la noticia de la desaparición de aquella periodista podría significar para sus intereses. La multitud que se arremolinaba en las puertas del zoológico no había decaído, pese a que ya hacía algunas horas que el evento programado para aquella mañana había finalizado. El mero hecho de ser conocedores de aquella noticia les había inducido un estado de apatía inmenso.

—¿Crees que nos pueden estar investigando por algo, Olivia? — preguntó suponiendo de manera equívoca que su compañera tendría la misma inquietud.

—¿Por qué dices eso? —replicó.

—¿No te parece un poco extraño que justo cuando damos carpetazo a nuestro

anterior caso, nos vengan con esto?

—Sinceramente no, Aitor. No lo creo — este contempló a su compañera sorprendido, no habiendo esperado aquella réplica por su parte—. Es el CNI, Aitor. No tienen por qué darte más detalles. Apuesto lo que quieras a que los encargados de la investigación en Francia también han contactado con otras personas relacionadas con la periodista. Habrán cotejado su historial, han visto quién ha podido tener relación con ella y aquí estamos. Odio que siempre quieras buscar más respuestas de las que nos conciernen.

—Algo nos ha escondido ese agente, Olivia.

Ella lo contempló y no sonrió para

evitar enfurecerlo. Su maravillosa mente siempre intentaba encontrar conexiones para todas las respuestas y a menudo le costaba entender que la verdad suele ser más simple de lo que parece. Estaba segura de que su ambición desmesurada era provocada por el temor de que aquella desaparición pudiera repercutirles de alguna manera. Él seguía murmurando mientras ella lo evadía.

—Deberíamos tomar una determinación antes de esta noche; si vamos a colaborar o no— dijo mientras se reforzaba la goma que afianzaba su coleta.

—Yo ya la he tomado: responderé a las preguntas que nos conciernan sobre esa

mujer y volveré a casa en el primer vuelo disponible.

Aunque hacía días que no se habían visto, Aitor se despidió saludándola con la mano mientras, inmiscuido en sus pensamientos, caminaba a contracorriente de la multitud por el atestado paseo Wellington.

El hecho de trasladar su residencia en los últimos días le pesaba demasiado; era una evidencia que cambiar su vilipendiado apartamento del barrio gótico por el ático de la avenida Diagonal le estaba resultando duro; aún había cajas repletas de ropa por doquier. No pensaba ni mucho menos en un acto de precipitación, adoraba aquella parte alta de la ciudad, pero

intuía que le costaría adaptarse más de lo esperado. Tras entrar, dejó las llaves sobre el mueble y abrió una San Miguel mientras encendía el televisor. No se negaba a sí mismo que ansiaba vítores y palmadas en la espalda después de resolver su último caso; pero lejos de la realidad, en unas horas debía volver al trabajo. Aquello le había hecho cancelar un par de citas que tenía y una visita a su abogado. Mejor. Tras un improductivo rato frente al televisor, fue a lo que en un futuro sería su despacho y, aunque por el momento solo contaba con un escritorio y el ordenador de sobremesa, le era más que suficiente. Mientras este arrancaba, cogió una caja de cartón que había sobre el mueble. Al abrirla descubrió una

antigua fotografía en formato Polaroid en la que él y su compañera Olivia posaban con desparpajo. Fue el mismo día en que se habían conocido, allá por la olvidada década de los noventa. Cada vez que miraba esa imagen se sentía orgulloso de la relación que habían mantenido durante todos esos años, y aunque ella a veces se empeñaba en demostrar que era su ejemplo a seguir (lo hacía con buenas intenciones), él otorgaba con su actitud. Le costaba entender que hubiera dos personas más involucradas en su trabajo y que no estuvieran revueltas en sus propias vidas privadas. Ella, casada con un magnífico hombre desde hacía años, y él, vistoso ejemplo de Don Juan

moderno, se complementaban a la perfección. También ayudaba el hecho de que Olivia fuera la propietaria de su propia agencia de detectives, hecho que provocaba que tuvieran cierta libertad respecto a la elección de sus investigaciones. Al principio, el negocio fue duro. Con el paso del tiempo, adquirieron cierta fama en el sector, debido en parte a sus ajustados honorarios y a su efectividad a la hora de resolver cuestiones relacionadas con estafas empresariales de poca monta e infidelidades entre cónyuges demasiado aburridos. En consecuencia y debido a un buen ratio de casos resueltos de manera positiva, llamaron la atención del propio Ayuntamiento de Barcelona,

quienes contrataron sus servicios para resolver el escabroso caso que los había tenido ocupados días atrás. Y ahora, seguramente no tendrían más opción que colaborar con el Centro Nacional de Inteligencia. Bucólico. Algo atosigado por la creciente necesidad de días libres, recordó que no sería mala idea comenzar a desembalar las cajas de cartón y prepararse la maleta para el día siguiente.

Para cuando Olivia entró en su vivienda, Albert, su marido, ya había terminado de cocinar. Sentado en el sofá, amenizaba la espera copa de tinto en mano mientras el Sol se colaba a través de la terraza con vistas al Mediterráneo. Él la miró, a

sabiendas de lo afortunado que era al poder contar con ella en su vida. Se alzó quitándose el delantal de cocina que aún portaba y la besó.

—Perdóname por tardar en llegar más de la cuenta —le abrazó.

—No te preocupes, con lo desastre que soy cocinando espero que lo que he preparado resulte comestible.

Albert y ella se complementaban a las mil maravillas. Olivia no recordaba cuándo había tenido lugar la última discusión entre ellos, y es que, por mucho que las multitudes dijeran, era posible un matrimonio sin achaques ni rencores. Quizá las claves pudieran ser muchas y diferentes, pero de manera sustancial se atraían el uno al otro y

compartían la vida más que la vivían. Había llegado un momento en el cual ambos se veían capaces de dar el paso hacia la paternidad. A menudo se relacionaba la capacidad de intentar convertirse en padres con las características de vida que llevaras. A la larga, pese a que a ella le pudiera resultar ridículo, debía tener su conexión. Ya no era laboral ni económica, sino que lo relacionaba con una pacífica estabilidad emocional. Todo tiene su punto de convergencia, sí, pero contar con la paz necesaria era la mejor arma para afrontar uno de los objetivos más maravillosos de esta vida. Y ella colindaba con dicha tesitura en esos momentos.

Compartieron sobremesa entre debates inertes y un par de botellas de vino que ahogaron cualquier inquietud venidera. Su plan de domingo pasaba por ser de los más placenteros posibles: sofá y telefilme mientras acaecía el atardecer. Se acurrucaron el uno con el otro con descaro mientras las horas caían tal como lo hicieron sus párpados. Al día siguiente, Olivia debía viajar a París junto con Aitor para testificar sobre la desaparición de la periodista Miranda Cardona, con lo que volvería al trabajo después de varias jornadas de descanso. Pero aquella misma tarde que ya pasaba frente a ellos, recompensaría a su marido por las horas perdidas debido a su última investigación. Cayó la luna,

eso sí, pero lo hizo entre abrazos,
gemidos y contactos sobrehumanos.

CAPÍTULO 4

Para Adán Quirós, la vida era como un buen vino. Debías dejarla reposar, ser paciente y que tus acciones más inmediatas se basaran en los pilares sólidos que te habían formado como persona. En técnicas de coaching profesional podía enfocarse de muchas maneras, pero él era un ferviente defensor del sentido común más primitivo. Y nada le había ido mal.

Sonrió al dejar la copa de nuevo en la mesa y caminó varios pasos hasta llegar al extremo del salón de aquel restaurante. Desde su ventanal se podía contemplar el paso del río por aquel

pueblo en todo su esplendor. Le reconfortaba ver el brillo solar reflejado en las bravas aguas que descendían de las montañas. Para él, eso era una demostración de vida; el flujo de energía que a todos nos recorría y nos rodeaba.

A sus cuarenta y seis años había comprendido que el sentido de su existencia no se regía por su bien propio, sino que en cierta forma le preocupaban los demás. Y aquí deberíamos hacer un paro en el camino para explicar la historia del hombre que había llegado hacía treinta años a ese pueblo.

Por qué tenía sentido decir que cuando él llegó, aquel lugar deambulaba

perdido de la mano de Dios. Ciudadanos sin alma ni beneficio, calles que soportaban el paso del tiempo como podían...en definitiva, un espejismo de lo que cualquier reducto de humanidad debía ser. Pero él tenía un secreto. Algo indivisible que podía mover montañas en caso de que se descubriera ante la luz. Todos tenemos algo que ocultar, dirían los eruditos en filosofía, tan solo se trata de rescatarlo de las partes más recónditas de nuestra mente. Pero para Adán Quirós, aquello que ocultaba se había convertido en una forma de vida. Podríamos decir que bajo un punto de vista objetivo, tenía demasiadas funciones como para llevarlas a cabo de manera eficiente. Llegó al pueblo siendo

un joven con ganas de comerse al mundo. Y en aquella época, en España poco te podías comer. Deambular por la inopia de sobrevivir a la resaca de una transición insensata era lo mejor que podías hacer.

Bajó las escaleras y tras despedirse del empleado más madrugador, salió al frío invernal. Cortante, traicionero, pero frío al fin y al cabo. Sentirlo le reconfortó. El brillo del amanecer le abrazó mientras atravesaba las calles de piedra que daban a la plaza mayor con el único interés de respirar el aire puro que lo rodeaba. Todos lo conocían en menor o mayor medida. Se había hecho respetar a base de buena palabra y de tomar las determinaciones adecuadas en lugar de

prometerlas.

Saludó a un transeúnte que llamó su atención desde el flanco opuesto y continuó su camino.

Encontrar la cepa vinícola que le proporcionó la idea de negocio con la que se ganaba la vida, fue un milagro divino. Nunca pudo pensar que el simple hecho de toparse con un tronco de vid del cual brotaban los sarmientos con sus frutos, le pudo provocar tal satisfacción cuando creía todo perdido. Pero así era la vida. Ahora, años después, contemplaba desde la más alta cúpula de la factoría vinícola que regentaba, cómo el negocio funcionaba a base de esfuerzo y perseverancia. Y es que por sencilla que pareciera, una simple idea certera

podía generar innumerables beneficios. Así es como Adán Quirós se había convertido en un hombre importante. Sin pretensión, pero sin decadencia.

Atravesó la plaza en dirección al edificio del ayuntamiento, lugar en el que esa misma mañana tenía una importante reunión con el alcalde de la localidad. Había algo que le rondaba la mente desde hace unos días, algo que le perturbaba el sueño pese a su placentera vida. Había tenido una visión de futuro, pero sin embargo no estaba dispuesto a que un proyecto venidero le truncara su presente. Debía centrarse en los asuntos que le concernían al cien por cien. Y esa reunión en la que debatirían la ampliación de los terrenos de su planta

productora, era sumamente importante.

Antes de entrar en el edificio, giró su mirada. Frente a él se encontraba la iglesia del pueblo, mole majestuosa de reseñable historia. Adán Quirós la contempló unos instantes. Se preguntó a sí mismo si la circunstancia que lo había llevado allí había sido determinante en su vida. Sin ninguna duda, así lo creía. Odió por un momento su humilde origen y el por qué había huido sin mirar atrás. Maldijo las cuatro paredes de esa iglesia y blasfemó para sus adentros. La mentira con la que predicaba esa institución había sembrado el terror durante más de dos mil años y se compadecía de aquellos que prestaban

su vida al servicio de tal patraña orquestada. Masacres y batallas en nombre de un Dios al que adorar, ideologías basadas en la mezquindad y en el temor, pero sobre todo, un mensaje confuso que tornó la humildad de los apóstoles en las ostentosas vestimentas de los obispos contemporáneos. No, ese no era el mensaje de Dios. Alterado sin quererlo, suerte había tenido de dejar el pasado arrinconado en el desván de sus recuerdos. Suspiró hondo y abrió la puerta que daba al hall del ayuntamiento. La temperatura templada le reconfortó. Siempre había pensado que cada ser humano tenía la responsabilidad de intentar cambiar el mundo, por más mísero que fuera en su intento. Y en

efecto, Adán Quirós se convenció a sí mismo de que tenía un plan brillante para potenciar su propia idea del cambio.

CAPÍTULO 5

38 Rue du Faubourg, París.

El carpetazo que la inspectora Duschean endosó a la mesa resonó por toda la sala. Olivia y Aitor observaban cómo aquella mujer vociferaba a un gendarme sin tener en cuenta la presencia de los dos detectives privados. Tras despedir al policía con malos modales, sonrió a los presentes. El despacho olía a tabaco y estaba muy desordenado. La mujer se mostró carismática ya desde el primer momento.

—Como les decía, lo siento mucho, pero nuestra situación nos impide trabajar en este asunto, o al menos dedicar un

esfuerzo reseñable.

Tras aquellas palabras en un perfecto español acentuado a la francesa, deslizó una carpeta hasta ambos.

—La poca información que tenemos sobre la desaparición de vuestra ciudadana española se encuentra en esa carpeta —hizo una pausa teatral—. Yo comenzaría por la lista de las últimas llamadas realizadas desde su teléfono móvil, que aún no hemos cotejado. Lo vuelvo a decir, lo siento mucho. Nuestra cruzada contra el terrorismo nos obliga a dedicar todos nuestros efectivos a dicha tesitura.

La inspectora Duschean era la cabeza más visible de la unidad de desaparecidos e investigación de la

Policía Nacional francesa, cargo que parecía ostentar desde el principio de los tiempos. Debería estar jubilada desde hacía años, pero aquella mujer permanecía impasible al paso del tiempo y, ya habiendo cruzado el umbral de una edad consecuente, su porte rígido aún intimidaba. Se puso en pie e invitó a los dos detectives a que la siguieran. Estos dos no daban crédito a lo que estaba sucediendo ahí. Torcieron un pasillo y encararon la salida de la comisaría.

—Esta mañana hablé con vuestra gente de inteligencia y les expuse que como colaboradores, tendréis todo nuestro apoyo.

—Yo entiendo la situación que estáis

viviendo debido al terrorismo —decía Olivia a la vez que un agente armado hasta los dientes pasó por su lado—, pero deberíamos hablar con los responsables del CNI para que nos autoricen.

Duschean miró a Giralt con rostro impasible mientras Aitor abrió las puertas que daban a las escaleras de salida. La inspectora quería empatizar con Olivia de alguna manera que solo ella podía comprender.

—Lo comprendo, pero no nos autorizan desde arriba —mentó a las altas cúpulas del elíseo—. Están aterrorizados...y verdaderamente todos lo estamos.

La mujer extrajo un cigarrillo de una pitillera y lo encendió mientras abría las

puertas. Una fría brisa invernal les sacudió desde el exterior.

—Ay... París —suspiró contemplando uno de los flancos del archiconocido edificio de la ópera—. Ya no es lo que era.

Aitor había descendido las escaleras que daban a la Rue du Fauburg y se acercó al vehículo que los había traído allí desde el aeropuerto. En el interior del mismo estaba el funcionario del gobierno español que se encargó de darles cobertura hasta ese momento. Salió y tuvo una ligera charla con Aitor, que en un momento dado, sonrió abriendo los brazos en cruz. Acto seguido buscó la mirada de Olivia y le dijo que bajara y se uniera a ellos.

La inspectora, con su rostro impenetrable de arrugas, le dio autorización no sin antes recordarle que debían informarle de cualquier novedad respecto al caso. Esta asintió y se reunió con su compañero en el rellano. Su semblante avinagrado desde que había pisado el aeropuerto Charles de Gaulle horas atrás, le había cambiado por completo.

—¿Qué ocurre?

—Este tipo se ha puesto en contacto con el CNI y le han pasado por correo un reporte de que nos dejan el caso a nosotros.

A Olivia aquella afirmación le decepcionó y agradó a partes iguales; significaba que habían viajado allí no

para declarar sobre la investigación del periódico que quería controlar a Miranda Cardona, sino que, efectivamente, lo habían hecho en calidad de colaboradores del CNI, no sabiendo muy bien lo que aquello podía conllevar.

—Y el caso es que...

—Disculpen —les interrumpió apurado el agente gubernamental—, debo llevarles al punto de encuentro y entregarles el equipo necesario junto con la documentación oficial del caso.

Olivia miró a su compañero y no pudo reprimir una sonrisa burlona. Mientras se dirigían al vehículo, Aitor hablaba en voz baja de manera casi imperceptible.

—Cuatro mil euros —decía mientras

levantaba cuatro dedos y sonreía. Ahora entendía por qué el semblante le había cambiado de repente. Se introdujeron en el vehículo y se mezclaron con el apoteósico caos circulatorio de la capital francesa aquel lunes por la mañana.

Tal y como había dicho la inspectora Duschean, quizá París ya no era lo que era antaño. Golpeada los últimos tiempos por el terrorismo, el orgullo mermado de sus ciudadanos se resquebrajaba por la injusticia impartida por el extremismo más incomprensible. El vehículo giró y se introdujo por la avenida de los Campos Elíseos tras abandonar una de las calles colindantes. La vistosidad era pasmosa ya que desde

su posición pudieron contemplar el Arco del Triunfo y al Sur la icónica imagen de la torre Eiffel, símbolo parisino desde su construcción para la Exposición Internacional de 1889.

—Disculpa —llamó Olivia la atención del agente— ¿dónde vamos?

—No muy lejos de aquí. Al parecer, el agente Castedo ya debía de conocer la respuesta por parte de sus colegas de la inteligencia francesa, porque ya tenía todo listo para vuestra llegada.

—Sí, eso mismo creo yo también —expresó Aitor mientras admiraba la grandilocuencia del arco napoleónico en todo su esplendor. Cada vez tenía más claro que aquel agente gubernamental les había jugado una mala pasada.

—En la documentación que nos ha adjuntado la inspectora está todo lo que necesitamos respecto a la desaparecida. Podríamos ponernos ya en marcha — expresó Olivia, ávida por no perder más el tiempo.

—Sí, lo sé. Castedo ha compartido esa documentación conmigo y, como le explicaba a tu compañero con anterioridad, también ha adjuntado los detalles del caso, vuestros honorarios y demás. Pero antes debemos tratar ciertas vicisitudes de suma importancia.

—Has mentado que debíamos personarnos en un punto de encuentro. ¿Se trata de algún piso franco? — preguntó Aitor vagamente ilusionado con la idea.

—¿Piso franco? —el funcionario español le miró a través del retrovisor y sonrió sin disimulo— Detective Cruz, esto no es una película de espías. Vuestro punto de encuentro es la embajada española en París.

CAPÍTULO 6

Pedanía de Sierra, Burgos.

Agosto de 1984.

El día era caluroso, de aquellos en los que la sequedad del ambiente te hacía pensar que la tierra podría arder en cualquier momento. El joven Adán Quirós, de apenas dieciséis años, conducía la vieja camioneta de su padre por la interminable carretera que llevaba a la pedanía de Llanos. Aunque no contaba con la edad establecida para conducir, era un joven resuelto con el que hacían la vista gorda. Incluso la comandancia de la guardia civil de su

pueblo, acérrimos amigos de la familia, le daba consejos sobre cómo evitar posibles controles rutinarios de los que no tuvieran constancia. El Sol apretaba con fuerza a las cuatro de la tarde de ese infame martes de agosto. El generoso maletero al descubierto de la Nissan pickup de su padre portaba todo el material necesario para trabajar el huerto que poseían cerca de la pedanía; siempre le gustaba ir bien abastecido por si necesitaba realizar algún trabajo ligero en la colindancia. El caso es que Adán debía visitar al párroco de Sierra para entregarle un fanal que su padre había restaurado y que le ahorraría la voluntad de las misas durante una buena temporada. Todos esperaban que Dios

hiciera la vista gorda ante dicha situación, faltaría más. Aquella parroquia mitigaba cualquier penuria en el pueblo. Situada a las afueras del mismo, entre un yermo dividido en dos por la carretera estatal que conectaba las pedanías, contaba con innumerables oficios diarios, ya que el padre Germán era toda una institución por aquellas lindes. Adán bajó del coche, se secó el sudor y se adecentó; cogió el fanal del asiento trasero y se dispuso entrar al templo. A aquellas horas de la temprana y calurosa tarde, no había nadie en su interior. De construcción moderna y de madera blanca impoluta, el edificio contaba con vidrieras de colores que filtraban la luz solar de una manera

curiosa para el agrado de los feligreses. —¿Hola? —preguntó al no ver a nadie. El eco amplificó el sonido que copó todo el espacio. Le sorprendió que el bueno del padre Germán no estuviera frente al altar mayor o en el atril, siempre estudiando el libro santo que predicaba la palabra de Dios. Condujo su espigado cuerpo hasta el presbiterio, enfocando su mirada en la puerta de la sacristía. Seguramente el padre estaría en su interior, recabando información de sobre cómo debería encauzar la próxima misa ante la presencia de cada vez más feligreses. Sus padres siempre le habían explicado que el bueno de Germán era un cura de los de antes; bondadoso, fiel al ayuno desde el amanecer hasta el

mediodía e interesado en orar durante el resto del día para potenciar su estudio en la fe católica. Era bien sabido que él conocía los oscuros secretos de todas las personas del pueblo y de la pedanía, ya que el populacho confiaba en su consejo para confesarse con asiduidad.

Cauto, a Adán le sorprendió ver la puerta de la sacristía a medio abrir. Frunció el ceño e hizo el ademán de volver sobre sus pasos por temor de ver algo que no debiera. Pero un sentido innato le advirtió de que el padre Germán podía estar en peligro. ¿Y si algún maleante le había atacado para robar la contribución del diezmo mensual? ¿Y si le había ocurrido algo de naturaleza aún peor? Envalentonado,

entró en la sacristía y su corazón dio un vuelco. En estado de shock al no asimilar lo que estaban contemplando sus ojos, se detuvo pálido en el umbral. Nunca jamás en su vida pudo borrar aquella imagen de horror que grabaron sus retinas. El padre Germán estaba en pie en el centro de la sala, con el pantalón bajado, mientras que un joven de la localidad yacía de rodillas frente a él. El chico, de apenas diez u once años, lo miró con ojos compasivos mientras que la reacción del miserable cura fue categórica:

— ¡Fuera! —Gritó con voz culpable mientras a toda prisa intentaba rescatar su dignidad—. No eres bienvenido a la casa del Señor, ¡escoria inmunda!

Adán recapituló y giró sobre sus pasos para salir de la sacristía. Pese a perder de vista al párroco, este le siguió a través del pasillo central que llevaba a la salida.

—Has pecado, joven Quirós. Los hechos demostrarán que la curiosidad por los actos de los demás te llevarán al mismísimo infierno —gritaba despavorido mientras lo perseguía a paso ligero por la nave.

Adán dejó el fanal en uno de los bancos y se apresuró a salir al exterior.

—Nunca serás de nuevo bienhallado en el templo del Señor, no tengas duda. Hablaré con tus parientes para explicarles que has pecado y que tu única redención será el castigo eterno.

Antes de salir, el joven miró al padre, quien enfurecido seguía reprimiéndole por su acto de desvergüenza. Sus padres no podían enterarse de lo que había ocurrido, jamás.

Germán sabía que ese joven desvergonzado podía arruinarle la vida, pero él se tomaría las desavenencias del Señor con la solemnidad que le caracterizaba. Se ajustó el alzacuello y cruzó de nuevo la nave para entrar en la sacristía. Aquel crío se había sentado en una silla y tenía la mirada completamente perdida.

—¿Acaso has recibido una orden divina para dejar de estar de rodillas?

Como si el acto anterior no hubiera existido, bordeó la silla del menor y le

acarició la nuca mientras silbaba de manera lasciva.

—Nunca te cansarás de provocarme con tus miradas inocentes, ¿cierto?

El menor fue incapaz de responder ante el temor que lo reprimía. El padre lo agarró del mentón y acercó su rostro apenas a un palmo del suyo.

—Tú y yo aún no hemos acabado.

Adán Quirós cerró la puerta de la camioneta avergonzado; ¿cómo se le ocurrió entrar en la sacristía del padre Germán sin avisar? ¿Sin ni siquiera llamar a la puerta? Debía congratularse de que aquel hombre no hubiera avisado a sus padres de alguna manera. ¿O no?

Introdujo la llave en el contacto y dio la media vuelta que activaba las funciones

básicas antes de arrancar el motor. Giró la vista y por unos momentos pensó en aquel chico que acompañaba al padre Germán en sus dependencias. ¿Qué ocurriría con él? Nada, seguramente nada. No era asunto suyo. Arrancó el coche tal y como si debiera obviar aquella visita, pero hubo una fuerza innata que le bloqueó. A sus dieciséis años, comprendió que la vida a veces te ponía en situaciones en las que debías actuar sin preguntar. Suspiró hondo y fuera de sus actos, bajó del coche mientras la camioneta seguía con el motor en marcha. Sus pasos le llevaron al maletero, lugar del que cogió una azada de punta algo oxidada. Con la mirada exenta de vida, subió de nuevo

las escaleras que daban a la entrada del templo y abrió de un sonoro golpe. No se cercioró de que el padre podía haberle oído tal y como lo hizo. Recuerda ver al cura salir de nuevo por la puerta de la sacristía a su encuentro. Vociferaba, gritaba y gesticulaba. Incluso amenazó con llamar a la guardia civil si daba un paso más. Pero todo se trataba de una patraña, por que el padre Germán había desaparecido: bajo la visión del joven Adán Quirós, aquel bondadoso cura se había convertido en un ser de piel escamada y pupilas rojizas. Incluso podía ver que sus pies se habían convertido en garras que arañaban el piso del templo sagrado. Sus fauces intentaban atemorizarlo,

mientras que un fuego fatuo rodeaba su aura de manera exponencial. Y aquello fue lo que le hizo destruir a la bestia. Bajo la atenta presencia del santo madero que presidía el altar mayor, el joven atestó varios golpes de azada al párroco, quien pidiendo auxilio divino hasta el último momento, pereció tras un certero golpe final en el cráneo. Bajo su percepción, que no dejaba de ser una ilusión creada por su mente enfermiza, había acabado con el mal. Su camiseta blanca quedó teñida de sangre al momento, e incluso la herramienta que utilizó para acabar con la vida del cura había quedado inutilizable. Al volver en sí, preguntándose por la locura que había cometido, contempló al chico que

le miraba desde la sacristía con lágrimas de agradecimiento en los ojos. Aquel adolescente le había salvado.

Adán le devolvió la mirada. Años más tarde, supo que el chico se había quitado la vida al haber quedado estigmatizado por los continuos abusos que sufrió día tras día por parte del padre Germán. No pudo soportar la vergüenza de ocultarlo y acabó con su dolor. La noticia desgarró el alma de Adán, quien pasó toda una noche llorando en la soledad de su impotencia.

En pocos minutos, la iglesia se llenó de efectivos de la benemérita debido a que una feligresa dio el aviso al encontrarse inmersa en la escena del crimen. Las lagunas en la memoria de Adán Quirós

le impedían recordar con exactitud todo lo ocurrido, pero aún tiene guardado en su recuerdo el olor de la sangre que le impregnó por completo. Pusieron al crío a salvo, mientras que a él le condujeron hasta una patrulla de la guardia civil, dónde le esperaba el temido inspector Lozano. El agente, estereotipo de rudo policía en su época, contempló al joven tras los cristales oscuros de sus gafas de cristal tintado.

—Retírese, agente —hizo un aspaviento el superior.

Contempló la camiseta ensangrentada de Quirós tomando nota mental.

—Así que has sido tú —el joven asintió de manera escueta— ¿Sabes? Podría explicarte muchísimas cosas en estos

momentos, como por ejemplo los años que deberías pasar entre rejas al cometer tal salvajada, pero me temo que no lo haré.

El Sargento, máximo exponente de la justicia en el pueblo, escupió al suelo. Su aliento olía a mezcla de ginebra y pastillas de regaliz.

—Todos tenemos nuestros pecados y ese cura del demonio tiene lo que se merece. Adán lo contempló e intentó mediar palabra ante aquella muestra de elocuencia final.

—No quiero oírte. Arranca la camioneta de tu padre y huye de aquí lo más lejos que puedas.

Y bajo la atenta mirada del agente de la

ley, el joven Adán Quirós comprendió que debía abandonar el pueblo que lo vio nacer y olvidar toda raíz que lo unía a esa tierra.

CAPÍTULO 7

5, Rue Androuet ,Montmartre, París.

—Es aquí.

Olivia y Aitor se detuvieron frente a un portal de madera raída de color azul. Todo en aquel lugar era bucólico; del interior de algún café salía una melodía de acordeón que absorbía toda la esencia del bohemio barrio de Montmartre y, pese a que el día amenazaba de lluvia, los retratistas atraían a los transeúntes sobre los adoquines de la mítica Place du Tertre, repleta de colorido a pesar del viso gris instaurado en la ciudad.

Pero por desgracia, los investigadores

privados no tenían tiempo para aquello. Tras su visita a la embajada española, donde habían recibido la documentación oficial sobre la desaparición de la periodista Miranda Cardona, visitarían el apartamento en el que residió los últimos tres meses antes de su desaparición. Habían ascendido al barrio de Montmartre, situado en la colina homónima que le da nombre, no sin antes haber estudiado la información en una de las dependencias de la misma embajada, donde un grupo de funcionarios colaboró con ellos en todo momento.

Soltera, sin rumbo ni trabajo fijo y con una vida algo alejada de la convencionalidad, Miranda se había

forjado un buen nombre dentro de un reducido grupo de periodistas de investigación de nivel excelso, llegando incluso a intercalar ciertos trabajos de gran valor para revistas especializadas en diferentes ámbitos. El informe que habían recibido tanto del CNI como de la inteligencia francesa mostraba a una mujer sin problemas reseñables, pero alejada de la rutina más convencional. El simple hecho de vivir en aquella zona ya era digno de mención. Porque el parisino barrio de Montmartre merecería un párrafo entero; cuna de artistas bohemios y librepensadores, la colina era encumbrada por la basílica del Sagrado Corazón, reconocible por su blanca cúpula impoluta. Pero el

simple hecho de pasear por las calles por las que antaño lo habían hecho un sinfín de artistas, como Toulouse Lautrec, Vincent Van Gogh o Pablo Picasso, ya lo hacía especial. Y en la parte alta, lugar donde estaba emplazado el apartamento de Miranda Cardona, aquella sensación se amplificaba aún más. No había calle, pasquín, escaparate o adoquín que no estuviera cincelado por el más puro estilo parisino de los siglos dieciocho o diecinueve, en la que una rebelión de artistas revolucionarios alumbró a una sociedad anodina y carente de virtudes artísticas.

—Olivia, deberíamos entrar.

Ella estaba embelesada con la belleza innata de aquellas calles. Tiempo atrás,

había visitado la ciudad con su en aquel entonces pareja, pero no habían regresado. Cada olor le evocaba aquella bonita estancia pasada. Olivia Giralt no se veía a sí misma como una persona de gustos excelsos, más bien todo lo contrario; su trabajo le ayudaba a conocer diferentes tipos de posiciones sociales en una misma ciudad, algo que le generaba un conocimiento muy enriquecedor. Por lo general, su vida privada había transcurrido en su Barcelona natal, pero había tenido la suerte de poder conocer mundo por su cuenta. Aitor, sin embargo, había forjado su propia seguridad en rodearse de las murallas medievales que antaño defendieron la ciudad condal, con lo que

salir de allí le resultaba comprometedor en muchos sentidos. Y dado que en los últimos tiempos habían tenido que cruzar la frontera hispánica por motivos meramente laborales, ella se sentía como pez en el agua y él como un extranjero más.

—Vamos.

Miranda Cardona había desaparecido sin más. El casero del edificio la llamó por tres días seguidos y, al no recibir respuesta, se puso en contacto con la gendarmería, quien tras mover unos hilos hizo lo propio con el cuerpo de policía nacional francés. De ahí al CNI español solo había el paso de la denuncia formal de desaparición de la fiscalía del país galo. No había nada que

indujera a pensar que podía haber abandonado el apartamento de manera voluntaria, ya que sus pertenencias aún se encontraban donde las dejó tres meses atrás. El casero afirmó que siempre que salía le informaba personalmente, y aunque no explicaba dónde se marchaba, solía cumplir con las fechas que exponía de una manera razonable. El caso es que de la noche a la mañana, Miranda había desaparecido sin dejar huella, pero con un halo de misterio a su espalda.

Para ascender al número 4º A tuvieron que subir una escalera estrecha que colindaba con un patio interior repleto de malos olores. Las ventanas daban a un jardín comunitario que necesitaba una

capa de dignidad a gritos. Tras un último achaque, llegaron al rellano y al apartamento en cuestión.

—Cuarto A —dijo un Aitor fatigado al llegar al final del tramo de escaleras.

Bajo la cerradura había una pegatina de color amarillo en la que se podía leer “gendarmerie française”, aludiendo al cuerpo estatal de policía, y la puerta estaba cerrada a cal y canto.

—Ya te dije que primero de todo deberíamos haber buscado al casero.

Pero al girarse, se cercioraron que en el rellano de arriba había una persona observándoles.

— ¿Qué necesitan? —preguntó el conserje del edificio con semblante cauto y en un español correcto. Era

mayor, delgado y lucía un tupido cabello gris peinado hacia atrás.

—Mire, creo que le buscamos precisamente a usted.

La ironía de Aitor fue cazada al vuelo por el hombre, que de manera más ágil de la esperada se plantó frente a ellos.

—Últimamente demasiada gente me busca para el trabajo que desempeño.

Aitor y Olivia mostraron las credenciales que les distinguían como agentes colaboradores del CNI y de la inteligencia francesa. Aquel era una parte del equipo del cual el funcionario español les había hablado. Esas dos tarjetas podrían abrirles muchas puertas, y esa que tenían frente a ellos era la primera.

—Supongo que venís por lo de la desaparición de aquella chica, Miranda —dijo mientras extraía un pesado juego de llaves a la par que ojeaba las identificaciones personales—¿Qué hay de la policía?

—Como puede comprobar en estas tarjetas, hemos asumido la investigación del caso. Con lo que si es tan amable...

—Ya les abro.

—Pero por favor, quédese con nosotros —apuntó Olivia—. Debemos hacerle unas preguntas que supongo habrá contestado ya unas cuantas veces.

El casero abrió la puerta y del interior emanó un aroma a jazmín que les reconfortó. Según las informaciones que todas las agencias de inteligencia

apuntaban, aquella mujer había desaparecido hacía tres días.

El apartamento poseía el típico encanto parisino; mobiliario de época, parquet gastado y unos ventanales inmensos a través de los que entraba luz a raudales. Incluso podían ver desde allí la maravillosa figura de la basílica del Sagrado Corazón a una inmejorable distancia.

—Los inquilinos deben pagar bastante por hospedarse aquí —asumió Aitor mientras caminaba por un diminuto pasillo que llevaba a las habitaciones.

—Eso es cosa de la agencia, yo no me meto en esos temas.

—¿Conoce usted bien a la señora Miranda?

Olivia preguntó mientras contemplaba que sobre los muebles había varios objetos relacionados con el trabajo que ella desempeñaba; un par de libretas, hojas arrancadas e incluso una cámara digital antigua.

—No —contestó el casero sin dudarlo un momento—. Pero parece ser una mujer de costumbres y si llamé a la policía es porque me sorprendí mucho que se hubiera ido sin avisar. Cada mañana me decía dónde iba a ir o qué iba a hacer. Así que me extrañó que no apareciera por las noches. Creo que ejercí bien mi función como ciudadano al avisar a la gendarmería— el orgullo francés de aquel hombre zozobraba por doquier.

—Ven, Olivia —llamó Aitor desde una de las habitaciones—. Tienes que ver esto.

Cruzó el pasillo en dirección a una de las habitaciones cuando vio que su compañero ya la esperaba en el umbral de la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó antes de asomar la cabeza al interior. Si el salón del apartamento era una oda al orden, aquella estancia escenificaba todo lo contrario. La ropa se arremolinaba fuera del armario y sobre la cama, varios libros yacían en el suelo e incluso algunos cajones de la cómoda permanecían abiertos.

—¿Este desorden fue provocado antes o después de que desapareciera? —se

preguntó mientras Olivia echaba un vistazo.

Ambos se giraron en dirección al casero, que también había entrado a la habitación.

—La gendarmería no me dejó entrar — se defendió con su afamado acento sureño.

Aitor se agachó y cogió una blusa cualquiera que yacía sobre el parquet.

—Apuntemos todo esto en nuestro informe. ¿La notó extraña los últimos días antes de desaparecer? —miró Aitor al casero.

—Ya le dije a la policía que no la conozco demasiado.

—Si la policía no requisó ninguna prueba de este apartamento es porque no

encontraron nada...

—O bien porque no estaban por la labor. Esto atiende a lo que nos explicó la inspectora.

—Hicieron la típica visita rutinaria y se apartaron.

—Y aquí estamos.

Salieron de la habitación y, tras realizar un examen rápido a las estancias del habitáculo, regresaron al salón.

—¿Qué opinas? —consultó Olivia a su compañero, sabiendo que le encantaban ese tipo de pesquisas.

—Que esto me decepciona. Fíjate: tal y como nos informaron en el CNI, nadie ha preguntado por esta mujer. Eso quiere decir que lleva una vida algo solitaria. Está bien, compro la idea, sin embargo,

estoy seguro de que por este apartamento han pasado muchas personas. Además, cotejaron la información de su teléfono móvil y no han podido rastrear su ubicación porque el sistema aparece en desconexión desde hace tres días, coincidiendo con la fecha de su desaparición.

—Pero tenemos la lista de las últimas llamadas.

—No perdamos el tiempo. Deberíamos registrar palmo a palmo este apartamento y después centrarnos en esos números de teléfono.

Y así lo hicieron. Tras un exhaustivo examen de la vivienda que les llevó cerca de una hora y en el que no encontraron nada reseñable, Olivia se

sentó en el escritorio y comenzó a llamar uno por uno a los números de teléfono que aparecían en la lista que les había facilitado la autoridad francesa. Mientras lo hacía, poniendo atención a un idioma que no había olvidado después de sus años académicos, Aitor iba en busca de falsos techos o escondrijos en los que se pudiera haber ocultado alguna pista reseñable sobre el paradero de la mujer, pero no encontró nada. Se centró en el material periodístico que habían hallado; ojeó cada una de las páginas de las dos libretas y además de ciertos apuntes de trabajos antiguos, no vislumbró detalle alguno que le llamara la atención. La cámara digital no tenía batería y tras

buscar su cargador por los cajones sin éxito, decidió extraer la tarjeta de memoria por si pudiera serle de utilidad en otro momento.

—Aitor, lo tengo.

—¿Ya has llamado a todos esos números de la lista?

—No a todos, pero creo que hay uno de ellos que nos puede ser de mucha utilidad —señaló Olivia sobre el papel.

—Eso espero, porque aquí no hay nada.

—Todas las llamadas se desvanecen justo el día que desaparece.

—Tiene su lógica.

—Y no me ha costado mucho encontrar una posible conexión. He podido hablar con un compañero de ella que reside en Lyon y me ha informado de que contactó

con él para hablar sobre el alquiler de una cámara de fotos profesional.

—Nada.

—Efectivamente, nada raro. Incluso parecía extrañado de mi llamada. Casi sin preguntarle, me ha comenzado a decir que es una buena persona y que le costaría entender que alguien pudiera hacerle daño.

—Olivia, no te andes por las ramas.

—Mira esto —le dijo volviendo a poner énfasis sobre una serie de dígitos numéricos. Incluso el casero pareció prestarle atención desde el pasillo—. Este es el último número al que llamó. Está registrado en la dirección 28 Avenue General de Gaulle, creo que más o menos a una media hora de aquí.

—¿Una vivienda particular? ¿Una casa?

—No —interrumpió el conserje desde uno de los flancos—. En esa dirección que mentáis se encuentra la estación internacional de autobuses de París.

Aitor y Olivia se giraron hacia la posición del hombre y, después, sus propias miradas convergieron en el mismo espacio.

—Ya tenemos la conexión que buscábamos —expresó Aitor de manera elocuente antes de dirigirse hacia la puerta de salida.

CAPÍTULO 8

Oficina central del CNI, Barcelona.

—Tampoco era eso lo que habíamos acordado, inspectora Duschean — recriminó el agente Castedo. Este permanecía sentado frente al escritorio de su escueto despacho de la calle Entença con el teléfono en la mano.

—Ya sabes cómo funcionan este tipo de acuerdos, chico. No hay nada que se pueda dar por hecho. Ellos han llegado, se les ha informado y han procedido. Nada más.

El silencio copó la línea telefónica de manera premonitoria. Era bien conocido que la inspectora Duschean, patriota

francesa de pura cepa, era difícil de persuadir.

—Aunque, yo tengo otra pregunta para ti —continuó— ¿Por qué esos dos detectives? Tenemos antecedentes de sobra de que casos como este se pueden complicar.

—No son órdenes mías. Yo no asigno a dedo a los efectivos tal y como hace usted. Si mi superior me ordenó que me pusiera en contacto con ellos es porque quizá sean efectivos en su trabajo.

—Veo que no tienes mucha libertad de decisión, Castedo —sonrió la mujer al otro lado de la línea—. Espero que no tengas que intervenir, puedo percibir por dónde van los tiros.

—He estado veinticuatro horas

investigando a esa chica, Miranda Cardona. De manera preliminar no hay nada que nos indique ningún valor de peligrosidad añadida, simplemente llevaba una vida ordinaria hasta que se le perdió el rastro. Deduzco que ya sabrán desenvolverse; si tienen que levantar los cimientos de París para encontrarla, ellos verán.

—No te veo muy por la labor.

—Por el amor de Dios, Duschean. He comprobado que está al día de impuestos y de seguros médicos. Paga un alquiler como cualquier otra persona de su edad, no tiene vehículo propio y prefiere los billetes sencillos de transporte público a las tarifas integradas. ¿Crees que para eso está el

CNI? ¿Para este tipo de cuestiones?

—Vienes a las mías —afirmó rotunda—. Por eso les he delegado cierta responsabilidad. No les pondré pegas, si es eso lo que temes, Castedo. Mientras respeten ciertos parámetros innegociables, no seré yo quien ponga palos en su investigación. Ya sabes acerca de mi pragmatismo.

—Te lo agradezco, pero repito que ese no era el acuerdo del que hablamos ayer. Concretamos que por el bien de todos, les acompañaría un detective de tu servicio de inteligencia.

—No están los tiempos como para malgastar efectivos en la búsqueda de una chica que no tiene donde caerse muerta —las duras palabras de la

inspectora Duschean enardecieron los ánimos del agente del CNI—. Tenemos cerca de dos mil potenciales sospechosos en materia de antiterrorismo. Nuestra gente está asustada y necesitamos un país unido. Entonces, hay ciertas tesituras como las que nos conciernen en estos momentos que nos obligan a aplicar la ley a rajatabla. Lo lamento, Castedo. Me remito a tu superior en caso de necesidad, nos conocemos bien desde hace muchos años.

El agente del CNI guardó silencio por unos instantes y se puso en pie sin separar el teléfono inalámbrico de su oreja.

—Los agentes que tenemos allí son

meras marionetas administrativas. Ya sabes cómo funcionan las embajadas y los pocos efectivos de campo que podríamos conseguir en suelo francés, colaboran con vosotros en materia antiterrorista.

—Corroboro dicha información, agente —se atisbó un leve tono de solemnidad en la afirmación de la inspectora francesa.

—Si en un plazo de tiempo prudencial no hay novedad respecto al paradero de esa mujer, tendré que enviar a alguien para que saque del atolladero a esos dos detectives —expresó el agente del CNI sin prestar la más mínima confianza en ellos.

CAPÍTULO 9

Estación internacional de autobuses,
París.

—¿Vous reconnaissez cette femme?—
preguntó Olivia mientras mostraba la
fotografía de Miranda Cardona a través
de la ventanilla.

El encargado del puesto de venta de
billetes desvió la mirada del retrato y
escrutó los verdes ojos de la
investigadora.

—¿Español? —adivinó tras contemplar
las siglas del CNI que ambos habían
mostrado a su llegada —. Sí. Reconozco
a esa mujer, estuvo aquí hace unos días.
Ambos investigadores se miraron y no

ocultaron la satisfacción en su rostro.

Olivia notó cómo las personas que había tras ellos en la cola de compra de billetes se comenzaban a impacientar.

—Deberíamos hablar en un lugar menos concurrido, por favor.

El vendedor dedicó unas cuantas palabras en francés a un compañero y este lo sustituyó tras unos instantes. Los dos investigadores privados se apartaron de la cola, algo que reconfortó a los demás clientes.

La estación internacional de autobuses de París abarcaba un espacio insultantemente grande. Repartida en dos terminales, cada día recibía en sus instalaciones a decenas de miles de personas, algo que la convertía en punto

crítico en cuanto a seguridad ciudadana. Era palpable la presencia de soldados franceses fuertemente armados en los puntos en los que la convergencia de pasajeros era máxima. Como en muchas partes de Europa, la paranoia obsesiva integrada en la seguridad aún hacía mella. El empleado salió por la puerta de servicio y se detuvo frente a ellos. De nuevo, para evitar cualquier tipo de dudas, estos le mostraron sus credenciales oficiales.

—Lamento esto, pero es necesario —expresó Olivia mientras guardaba la tarjeta identificativa en su bolso—. ¿La recuerda con exactitud?

Aitor tenía el procesador de textos de su teléfono móvil a punto para tomar nota

de la posible declaración de aquel trabajador.

—No es un rostro que se olvida fácilmente. Recuerdo que mientras ella hacía cola, mi compañero y yo discutíamos sobre quién iba a atenderla. Al final yo tuve suerte y él atendió a una familia marroquí que compró un billete hacia Algeciras.

—Necesitamos saber cuál era el destino del billete que compró.

El hombre, clarividente en sus recuerdos, no dejó duda alguna:

—No se interesó por comprar ningún billete, sino por el servicio de consignas que existe en la terminal.

La respuesta cogió por sorpresa a ambos, que se miraron dubitativos.

—¿Consignas?

—Sí. Ya sabe, taquillas bajo llave en donde la gente puede dejar sus pertenencias en caso de necesitarlo.

—¿Es frecuente?

—Más de lo que se piensa. Entienda que en un lugar como este, de idas y venidas constantes, es fácil olvidarse sus posesiones. Así que muchos optan por guardarlas.

—Entiendo. Imagino que ustedes se quedan con algún tipo de resguardo para cumplir con un depósito en caso de pérdida.

—Sí, nos obliga la ley. Doy por hecho que necesitan el de esa mujer.

Olivia asintió y le recordó al hombre el nombre de la periodista. El empleado

volvió a la oficina de ventas y en menos de un minuto ya había salido de nuevo con un papel de calque rosa en sus manos.

—Señorita Miranda Cardona —recitó mientras entregaba el papel a Olivia —. Consigna 149B.

—¿No tienen ninguna llave maestra para las taquillas?

—No. Es una pena, pero síganme, puedo mostrarle dónde se encuentra. Así también me evado un poco del trabajo —miró a su compañero a través de la ventanilla.

Se mezclaron entre la gente que iba en busca de sus respectivos andenes y cruzaron la terminal de llegadas hasta alcanzar un pasillo que conectaba con la

terminal colindante. Pese al frío exterior, en el interior de aquella estación el ambiente estaba viciado debido a la muchedumbre que había por doquier. Aitor y Olivia caminaron pegados a ese empleado que les ofrecería la posibilidad de contemplar la taquilla en la que, presumiblemente, Miranda Cardona habría guardado alguna pertenencia.

—¿Recuerda si la chica iba muy cargada? Algo que incitara a pensar que se disponía a realizar un viaje largo.

—No. Precisamente lo hablé con mi compañero. Solo llevaba una mochila en su espalda y nada más.

—No supo qué depositó en la taquilla, ¿verdad?

—No. Firmó el contrato de arrendamiento, le indiqué dónde se encontraba este pasillo y se marchó con la llave. Miren, es aquí —les indicó una oquedad en la pared sin puerta—. Yo regresaré. Por favor, por motivos de seguridad necesito que me devuelvan la copia del contrato. Puede ser luego, si quieren.

—No se preocupe, entraremos a mirar, tomaremos alguna fotografía y le devolveremos la copia. Muchas gracias.

Cruzaron el arco en la pared y se introdujeron en un espacio anodino que se bifurcaba en dos pasillos repletos de armarios metálicos grises. Un leve aroma a orín y a desinfectante pululaba

por aquel espacio. Por lo general, en aquel tipo de estaciones grandilocuentes, la pulcritud brillaba por su ausencia. El sinfín de taquillas se perdía de vista a la par que caminaban buscando la hilera que necesitaban encontrar. No tardaron mucho en hacerlo; el armario asignado con la nomenclatura 149B estaba cerca de una de las salidas de la sala, al fondo del pasillo. A Olivia le encantaba ver cómo su compañero de investigación se tomaba tan en serio aquellos menesteres. —Supongo que la gerencia se reservará el derecho de limpiarse las manos en caso de que roben algo de estas taquillas —apuntó Aitor—. Tienen aspecto de poder sabotearse con facilidad.

—No la vamos a abrir, Aitor. No comenzaremos con mal pie la investigación.

—¿Vamos a pedir una orden judicial para abrir una mísera taquilla?

—No lo sé.

—¿Qué? Se trata de una desaparición, Olivia. No vamos a estar perdiendo tiempo con necedades. Si te quieres quedar más tranquila, iré a buscar de nuevo a ese trabajador y la abriremos delante de él —expresó en tono severo—. Haremos eso si es lo que te preocupa.

—No es eso...

Pero antes de que las palabras terminaran de salir de su boca, su compañero ya se había dado la vuelta en

dirección al poblado vestíbulo de la estación. Caminaba con la convicción de terminar aquello cuanto antes. No entendía cómo a veces Olivia actuaba de esa manera. Desavenencias de ese tipo podían poner en riesgo el devenir de la investigación, y aquel no era un caso como para divagar en la inopia. Podía estar en peligro la vida de una persona, si es que ya no era demasiado tarde...

—¡Aitor!

Este se dio la vuelta antes de llegar al flanco que lo llevaba de nuevo directo a la muchedumbre. Al girarse y ver la puerta de la taquilla abierta de par en par no pudo más que reprimir un aspaviento. Sus pasos lo llevaron de nuevo junto a su compañera.

—Horquillas—expresó mientras se volvía a colocar en su cabello un ejemplar de ellas—. En el instituto no se me resistía ningún armario de estas características.

—Nunca dejas de sorprenderme. Me alegro de que hayas pensado mejor tu idea sobre la orden judicial.

—Veamos.

En la taquilla solo había un objeto; era pequeño y cuadrado, más o menos de unos veinticinco por veinte centímetros y, fuera lo que fuera, se salvaguardaba en el interior de una bolsa de terciopelo morada. Ambos se miraron dando a entender que debían de tomar una determinación en ese preciso momento. El embalaje que enfundaba al objeto era

de muy buena calidad, muy suave al tacto. Olivia tiró de un pequeño cordel oscuro y dejó ver el interior. Extrajo el objeto mientras Aitor hacía un gesto casi imperceptible tras observarlo. ¿Para qué diablos había dejado Miranda Cardona aquello en el interior de esa taquilla? En esos instantes sus mentes comenzaron a realizarse preguntas que no hallaban ninguna respuesta.

—Esto se pone interesante, Olivia.

CAPÍTULO 10

Abril de 1992

—Amontona las malas hierbas y llévalas a la entrada del caserón — ordenó el capataz—. Más tarde vendrá el camión y las recogerá.

Adán Quirós había llegado a ese pueblo de la mano de sus padres. Tras lo acaecido en su municipio natal, no tuvo más remedio que abandonarlo debido a la presión que ejerció la ciudadanía. El alcalde de Sierra le explicó que, después de lo ocurrido, sería conveniente no acribillar la desaparecida figura del padre Germán,

ya que durante años su trabajo había tenido un valor incalculable. El discurso de aquel miserable alcalde fue exponer que todos cometemos errores y que el suyo no estaba exento de pecado, ya que al fin y al cabo había asesinado a una persona. Los padres de Adán, hartos del nefasto desarrollo de la historia, decidieron hacer las maletas y partir hacia el noroeste de la península, donde el patriarca Quirós había encontrado un trabajo con el que poder mantener a buen recaudo las necesidades familiares. Y un día sin más, sin despedirse de aquellos despiadados ciudadanos del Señor, partieron al alba. Durante muchos meses, Adán fue visitado por terapeutas en materia

mental, psicólogos que se encargaron de matizar el mal que aquel estigma había provocado en el quebradizo cerebro del chico. Su comportamiento era irregular; o bien se tiraba días sin comer ni dormir, que tan pronto hacía vida normal como cualquier joven de su edad.

Cuando su padre le informó de que se marchaban, él se lo tomó con naturalidad, ya que nada ni nadie le ataba a sus raíces. Mitigó su inestabilidad trabajando junto a su familia en un viñedo albariño que durante aquella época funcionaba a la perfección. A él le gustaba el proceso de elaboración del vino, su cuidado y su punto de conexión innato con la naturaleza más impoluta. Ambos

pasaban horas en los viñedos realizando las tareas dispuestas por el capataz, un hombre sin modales, pero carente de malas intenciones. Respirar aquel aire puro le generaba la tranquilidad para que sus pensamientos no se desviarán hacia el pasado y fue así como las visitas de los psicólogos se iban espaciando más en el tiempo.

Adán Quirós, apenas cinco años después de su diabólica experiencia, era un hombre fuerte, sano y justo en su juicio.

Aquel día como tantos otros, llevó con carretilla el desperdicio de la uva hasta el caserón que presidía el campo de viñedo. Pero sucedió algo que no esperaba y que le cambiaría la vida de manera imprevista. Se suponía que así

sucedían aquel tipo de cosas; sin una previa planificación. Tras apilar las malas hierbas, entró a la cocina del caserón a beber agua de un cántaro. La construcción de origen colonial se mantenía en pie gracias a los grandes pilares que la soportaban, pero su estructura comenzaba a tener carencias en cuanto a seguridad. Mientras bebía, escuchó un sonido irreconocible que en un principio le sobresaltó. Miró a ambos lados, aún con la boca llena de líquido y entendió que estaba solo en esa parte de la casa. Cuando se dispuso a beber de otra vez del cántaro, aquel sonido gutural volvió a rodearlo.

—¿Hay alguien? ¿Papá? —preguntó a la nada mientras seguía escuchando ese

sonido. Era como si alguien estuviera haciendo gárgaras muy cerca de su posición. De repente paraba y de repente comenzaba a oírse de nuevo. Entendió que debía mantener la calma antes de salir del caserón, ya que sintió curiosidad desde el primer momento. Y fue así como, prestando atención, quiso buscar el lugar de origen de aquel sonido que tanto le atraía.

Miró a través de la ventana como, en aquel atardecer, las tareas se desempeñaban con normalidad en el viñedo. El capataz aún no lo echaba de menos. Salió de la estancia y se dirigió al fondo a través del pasillo de madera. El sonido gutural se amplificaba más a medida que se acercaba a la puerta del

final del corredor. De las paredes colgaban retratos antiguos que aún ponían más el vello de punta al joven Quirós, quien siguiendo a sus sentimientos, no podía dejar de caminar, produciendo gruñidos en el piso de madera. Colocó la mano en el pomo y abrió. Un olor a humedad le abrumó al entrar. Frente a él, una escalera descendía hasta los mismísimos cimientos de la construcción. Debido a la incertidumbre, no se había cerciorado de que el sonido había dejado de existir. La negrura incipiente rodeaba la escalera que descendía. Al darse la vuelta, fue como si aquello que producía el sonido lo hubiera percibido. Aquella anomalía sonora volvió a retumbar en

los oídos del joven, quien, armado de un valor extraño, bajó un par de peldaños antes de que el suelo de madera cediera ante él.

Días después, ante las explicaciones pertinentes que debió dar al capataz por introducirse en una zona prohibida de la propiedad privada, no recordaba haber visto ningún aviso informativo del mal estado de la escalera, pero este existía. Fue tal su predilección a descubrir el origen del sonido que no cayó en la cuenta de que la escalera estaba medio derruida.

Cuando abrió los ojos, no pudo percibir más que oscuridad y dolor. Había tenido la suerte inmensa de caer sobre el lecho de paja de un granero abandonado,

situado en los subterráneos del caserón. Gritó, pero su voz fue silenciada por la oscuridad. Intentó acostumbrar su mirada a la negrura y comprobó que había caído de una altura abrumadora. Tenía suerte de estar vivo. Palpando las paredes, descubrió la puerta del granero. La misma le llevó a un túnel de piedra que parecía no tener fin, pero que debido quizá a una ilusión óptica, reflejaba algo de luz en ambos extremos. Caminó hasta llegar a una puerta de madera y sin saber bien a dónde le llevaría, probó a abrirla. Justo en ese instante, el macabro sonido gutural volvió a sus oídos. Pero esta vez era terriblemente molesto. El vello se le erizó de inmediato al ver lo que

ocultaba el interior de aquella cámara; sobre una piedra ceremonial parecida a un altar cristiano, encontró un símbolo que le era conocido por las audiciones de la Biblia que había recibido de niño. Sus vilipendiados recuerdos no tuvieron más remedio que mostrarle al padre Germán sermoneando a las masas. Se trataba del símbolo «Omega». Sabía su significado, pero no entendía bien qué podía hacer en aquellas lindes. Hipnotizado por el sonido que a cada momento abarcaba más espacio, se preguntó qué especie de conexión lo había llevado hasta allí. Entonces quedó desconcertado; tras el altar encontró el origen del eco misterioso que le había conducido hasta esa sala.

Allí, agazapada y oculta a su visión,
Adán Quirós encontró a su propia
bestia.

CAPÍTULO 11

Estación internacional de autobuses,
París.

Eligieron una de las anodinas cafeterías que había en la estación para sentarse a diseccionar el objeto que Miranda Cardona había dejado en la taquilla. Esperaron a que el garçon les dejara las tazas de café sobre la mesa para extraerlo de nuevo de su bolsa aterciopelada.

—¿Es una Biblia? —preguntó Aitor mientras agarraba los flancos del libreto con sumo cuidado.

Ante ellos tenían un libro de dimensiones reducidas, apenas del tamaño de un ejemplar de bolsillo. Las tapas oscuras eran duras y de buena calidad, mientras que los flancos tenían destellos dorados. Pero lo que sin duda llamaba la atención era el signo que aparecía estampado en la cubierta;

—El símbolo «Omega» — Ω —.

—No creo que podamos averiguar nada sobre esto echándole un simple vistazo.

—Esta marca tiene muchos significados...pero relacionándolo con los textos sagrados de la Biblia...

—«Yo soy el Alfa y la Omega» — recitó Aitor de manera solemne—. ¿Quién dijo eso?

—«El primero y el último». No soy una

estudiosa en la materia, pero, según los testamentos, fue Dios.

—¿Dios? —Ironizó— ¿Cuál de ellos? Hoy día no lo tendríamos muy claro.

La mirada de Olivia hizo que este frenara en sus impulsos. Pese a que no era practicante, ella respetaba las creencias de todas y cada una de las personas.

—Si nos centramos en el símbolo «Omega», cabe decir que es la última letra del alfabeto griego, con lo que sugiere un final.

—Creo que el tamaño del libro es demasiado pequeño para contener todos los testamentos de la Biblia.

Olivia hojeó el interior comprobando que, pese a que la edición no era nueva,

tampoco se trataba de un ejemplar muy antiguo.

—Comencemos por el principio, quizá nos diga algo.

Al regresar a la primera página del texto, ambos sintieron un leve cosquilleo que ascendió a través de su espina dorsal al vislumbrar la titulación del libreto:

Libro del Apocalipsis

Ω

—Al menos ya sabemos que no se trata de la Biblia en todo su esplendor.

—Y creo que podemos dar por hecho que Miranda estaba trabajando en algo relacionado con estas escrituras. Deberíamos mirar página a página, puede que alguna nos sugiera algo.

El libro del Apocalipsis de San Juan es el último volumen del Nuevo Testamento, la Biblia propiamente dicha. En él se explica una serie de acontecimientos venideros relacionados con el fin del mundo, todo formando parte de las creencias propias de la fe católica. Muchos expertos opinan que este último tomo, uno de los más importantes y el que sin duda contenía más simbolismo, fue redactado por el mismísimo San Juan Evangelista, discípulo directo de Jesús y uno de los doce apóstoles, aunque muchas facciones de la Iglesia católica aún defienden posturas discordantes.

En el interior de aquella diminuta edición, aparecían litografías en color

muy importantes, como la de “San Miguel combatiendo al dragón” de Jean Fouquet, o “Las siete trompetas”, famosa obra de un autor cuya autoría aún era desconocida en nuestros días.

Aquel texto era toda una alegoría a un catastrófico fin del mundo, lugar en el que mediante unas revelaciones del mismo apóstol, se escenificaba el caos y colapso total de la civilización mediante un Apocalipsis en el que eran recurrentes símbolos como las premoniciones, bestias, demonios y una creencia cristiana que en aquellos tiempos (siglo I) fue perseguida por el Imperio romano hasta límites insospechados. Además de ser uno de los más misteriosos, aquel escrito se

coronaba como el más místico de todos los que componían el Nuevo Testamento. —Parece un ejemplar prestado. No tiene marcas ni ningún tipo de apunte, pero tampoco parece nuevo.

—«Y las campanas del apocalipsis redoblarán por los impíos y pecadores que defenestraron la fe en la palabra de Dios» —recitó Aitor de una página al azar—. ¿Tú crees en estas cosas, Olivia?

—Ya me conoces —dio un sorbo al café que humeaba en la taza—, intento creer en lo que ven mis ojos desde hace muchísimos años.

—Por eso. ¿Vamos a tener que descifrar este texto sobre premoniciones y revelaciones? No creo que seamos los

más adecuados.

Olivia cerró el libro de repente, tal y como si hubiera visto algo importante en su interior. Dio un golpe amistoso en la espalda de Aitor y sonrió.

—Me parece que no nos va a hacer falta. Creo que esa mujer tampoco tiene tantos secretos como parece.

—¿Qué te hace pensarlo?

Volvió a abrirlo por una de las últimas páginas, mostrando una inscripción a bolígrafo en uno de los reversos.

«En cas de perte livrer père Maurice Vincent, à l'église de Saint-Pierre de Montmartre».

—En caso de pérdida, entregar al padre

Maurice Vincent, en la iglesia Saint Pierre de Montmartre.

—O bien lo ha robado o se lo han prestado. ¿Tú que apuestas?

—Me decanto más bien por el robo... pero no sabría decir al cien por cien.

—Deberíamos averiguarlo.

—Y volver de nuevo a Montmartre.

Ambos tenían claro que, si bien aquel libro era importante, no serían ellos los encargados de discernir sobre sus vicisitudes. No eran expertos en simbolismo ni en pasajes bíblicos y, con toda probabilidad, necesitarían consejo. Tras pagar la cuenta, abandonaron el café y salieron por la puerta principal de la estación con la cierta curiosidad que les produjo el hallazgo que habían

realizado.

La gente iba y venía y, pese a tener destino claro en aquellos momentos, dos personas completamente ajenas a todo el mundo permanecían en pie cerca de uno de los flancos del vestíbulo. Contemplaron de manera clara como Aitor Cruz y Olivia Giralt cruzaban el marco de salida y desaparecían entre la muchedumbre que se arremolinaba bajo la fachada principal de la estación. Por fin los habían localizado. No había sido una tarea fácil y asumían a la perfección que ya los tenían sobre su pista. Como siempre, los habían entrenado para realizar un trabajo perfecto.

Tal era el peligro que corrían aquellos dos investigadores, que no lo habían

vislumbrado ni en la peor de sus
pesadillas.

CAPÍTULO 12

Iglesia de Saint-Pierre de Montmartre,
París.

El dichoso horario de invierno tenía aquel hándicap; a las seis de la tarde ya se había puesto el Sol por completo. Desde la colina de Montmartre, que coronaba todo París, se podía contemplar el juego de luces que alumbraba la urbe en todo su esplendor. Aitor Cruz y Olivia Giralt habían llegado directamente desde la estación de autobuses, volviendo a cruzar de nuevo toda la metrópoli capitalina. Se detuvieron frente a la imponente fachada de la iglesia de Saint-Pierre, que pese a

no ser un edificio que impresionara por sus dimensiones, sí lo hacía por su majestuosidad. Durante el trayecto en metro, habían buscado cierta información sobre dicho templo; era reconocido como uno de los primeros santuarios católicos de la ciudad, construido sobre los cimientos de un templo romano que colindaba con las fechas de la mismísima fundación de París. Se postraron ante una puerta con motivos católicos ejecutados en un bonito bajorrelieve, aunque esta no estaba cerrada del todo. Apenas quedaban transeúntes por las proximidades a esas horas, quitando a un hombre ciego y a un lazarillo de mediana edad que parecía ayudarle a

subir las escaleras de entrada a la iglesia.

Cuando entraron en el templo, ambos detectives se sintieron abrumados; el estilo gótico de la edificación rezumaba lucidez en todas sus vertientes. No era llamativo en sus materiales, pero sí en su encanto. Aún poseía en la nave las columnas de origen romano que databan de la fecha de edificación de los propios cimientos y del cementerio adyacente. Desde la pila bautismal hasta el altar mayor, que escenificaba una alegoría de modernidad sumida en un marco de antigüedad, aquella iglesia llamaba la atención por su sencillez. Cruzaron el pasillo lateral que llegaba al presbiterio vislumbrando cómo la luz de la Luna se

filtraba a través de las coloridas vidrieras que culminaban en la parte alta de las paredes. El interior estaba vacío y solo pululaba en el aire un leve olor a incienso y cera quemada, mientras que, sobre un soporte de hierro forjado, aún quemaban algunas velas tardías de aquella jornada. Incluso a Aitor, cuya opinión sobre las iglesias le era indiferente, aquella atmósfera le fascinó.

—Vaya —se dejó oír mientras se acercaban al altar mayor—, es bonita.

—Ahí está la sacristía —expresó Olivia mientras sacaba de su bolso el objeto que portaban.

Efectivamente, bajo la imagen de Jesús crucificado en el madero, había una

puerta que se introducía hacia las dependencias de la autoridad en aquel templo.

—La iglesia está cerrada —dijo un hombre que apareció por el umbral de la puerta candil en mano. Había escuchado la indiscreción de los dos visitantes mientras se acercaban hasta sus dominios. El padre Maurice Vincent, toda una autoridad eclesiástica en París, había finalizado su oficio minutos antes, cuando los más devotos feligreses abandonaron el templo con el silencio sepulcral que los caracterizaba—. Lo siento, deben regresar mañana.

—Padre, venimos desde lejos para hablar con usted y entregarle algo.

—Pero debe remitirse al horario,

señorita.

El hombre, diminuto en tamaño y con una calva impoluta que brillaba a la luz de las vidrieras, contemplaba a los dos visitantes de forma recelosa. Su hábito marrón de la orden franciscana parecía tan antiguo como las mismísimas columnas romanas que apuntillaban Saint-Pierre. Olivia no dio pie a la confusión y mostró sus credenciales profesionales, instando a Aitor a que hiciera lo mismo. Tras cotejar las tarjetas identificativas, el padre escrutó a ambos.

—Estamos aquí por una investigación oficial, padre— confesó ella—. Necesitamos unos minutos de su tiempo, si es tan amable.

Maurice Vincent asintió e invitó a los dos detectives a que entraran en su sacristía.

Minutos después, se sentaban alrededor de una mesa redonda en un espacio escueto y desprovisto de muebles. Tan solo un armario, la mentada mesa y un crucifijo de madera que colgaba de una de las paredes les dieron la bienvenida. La llama del candil destellaba sobre el reflejo del cristal que la protegía.

—Contadme, por favor. Intentaré ayudar en la medida que me sea posible.

Sin más preámbulo, Olivia extrajo el libro del Apocalipsis de su funda y lo dejó sobre la mesa. El símbolo «Omega» brillaba bajo la mirada del párroco, que estiró los brazos para

cogerlo.

—Disculpe, sé que este libro le pertenece. Pero no es todo.

—Este ejemplar pertenece a esta iglesia, mademoiselle.

—Dígame, entonces. ¿Fue robado por esta mujer? —se introdujo en la conversación Aitor para mostrarle el retrato de Miranda Cardona.

La reacción del padre Maurice fue categórica: su semblante dibujó una expresión de alivio al ver de nuevo los ojos azules de Miranda, pero, por el contrario, sintió una punzada de resquemor inequívoca que le fue imposible de disimular.

—Robar...quizá ese no es el verbo más oportuno para expresar entre estas

paredes.

—Conoce usted a la mujer de la fotografía.

—Sí, mademoiselle, no lo ponga usted en duda.

Olivia dejó de nuevo el retrato e intentó relajar su expresión. No quería parecer deshonesto con aquel hombre de edad avanzada, pero tenía claro que él sabía algo y que su conexión con la desaparecida no se debía tan solo al mero préstamo de aquel volumen bíblico.

—Le advertí, créame que se lo dije.

—¿Sobre qué le advirtió? —Aitor frunció el ceño ante la confesión de aquel párroco.

—Le avisé de que podría introducirse

en un terreno ciertamente pantanoso.

—Padre —intentó relajar el tono Olivia —, con nosotros no debe temer el revelar todo lo que sabe. Sería de gran ayuda.

—¿Qué le ha ocurrido a esa chica?

Ambos detectives cruzaron sus miradas y asintieron al unísono.

—Miranda desapareció hace tres días y el único rastro perceptible que ha dejado es este libro.

—Lo tenía claro —dijo el anciano más para sus adentros que exteriorizándolo—. Quería dejar una pista por si algo le ocurría.

De repente y sin previo preámbulo, levantó la vista para contemplar a los dos jóvenes que tenía frente a él.

—Y vosotros la habéis encontrado.

—Cabe decir que el camino nos ha traído hasta Saint-Pierre, cierto, pero sin su ayuda me temo que no podremos continuar.

Aitor dejó el teléfono móvil sobre la mesa y activó la aplicación de la grabadora. Creía conveniente sonsacar la máxima información a Maurice en cuanto fuera posible. Más de alguna vez le había pasado que el intervenido se iba por las ramas y se olvidaba fácilmente de las confesiones más importantes.

—¿Cómo conoció a Miranda Cardona, padre?

El párroco hizo un receso para cruzar los dedos de ambas manos entre sí y

apoyar los codos en la mesa con semblante hastío. Pareció recordar aquel momento con todo detalle.

—Hace cosa de un mes, ella entró por aquella puerta.

Aitor y Olivia prestaron la máxima atención posible, ya que intuían que el momento lo requería.

—Desde que la vi deambulando por la nave de nuestra santa iglesia, supe que algo importante escondía. Estuvo varios días visitando el templo sin mediar palabra, simplemente observando las capillas, el retablo y a nuestros santos. Pero al cuarto día, llamó a la puerta de esta sacristía. Me dijo que necesitaba imperiosamente confesarme algo que había descu-bierto.

—¿Y por qué cree que ella se interesó por confesárselo a usted?

—Ella... me conocía. Hace unos años, gracias a la benevolencia de nuestra orden franciscana, ofrecí una serie de seminarios por distintas ciudades de Europa. El caso es que la señorita Cardona asistió a uno de ellos que realicé en la ciudad de Barcelona.

—¿Y de qué hablaba en sus seminarios? Imagino que debía de estar muy interesada.

—Lo tienen frente a vosotros —expresó el anciano mientras mostraba con las palmas de las manos abiertas el libro que ellos dos habían devuelto a la iglesia—. Estudiábamos el libro del Apocalipsis de San Juan.

—Está bien. Tenemos la conexión entre la mujer desaparecida y usted, pero nos falta saber qué es lo que le confesó.

El párroco suspiró y comenzó a hablar en voz baja para sus adentros, como si estuviera recitando algún tipo de plegaria improvisada.

—El peso de esa información puede ser mezquino para alguien que no esté capacitado para soportarlo —endureció su tono.

—Comprenda, padre, que estamos aquí para intentar resolver una desaparición, no una supuesta trama de secretos y mentiras eclesiásticas —contraatacó Aitor bajo la mirada de reproche de su compañera. A veces odiaba que él fuera tan directo en ciertas cuestiones.

Como si de una metáfora se tratara, los pensativos recuerdos del padre Maurice fueron interrumpidos por el sonido de la puerta principal del templo al cerrarse. Alzó la mirada, ya que desde su asiento estratégico podía vislumbrar la entrada de Saint-Pierre. Al ver su atención atenuada, Olivia y Aitor también se giraron. Acababan de entrar en el edificio el hombre ciego y el lazarillo que habían visto minutos antes. Maurice, tras observarlos de lejos y con semblante circunstanciado, pidió permiso a los dos detectives.

—La gente no comprende que nuestro Señor descansó también alguna vez.

La referencia cristiana a la expresión de que el templo estaba cerrado hizo gracia

a Aitor, que con una mano permitió al anciano que se ausentara unos instantes para devolver a la salida a aquellas dos personas.

—¿Has grabado todo?

Este asintió mientras contemplaba el espacio en el que se encontraban. Pese a su educación católica, nunca había comprendido cómo una persona en su sano juicio podría evadir toda su vida para entregarla a una causa de obediencia y misericordia. Quizá la vida eterna era el premio, pero que le aspasen si él hubiera aguantado más de una semana entre túnicas, alzacuellos y cantos gregorianos. Contempló cómo su compañera cotejaba su teléfono móvil en busca de alguna notificación entrante.

Verla allí en esos momentos le alegraba profundamente. Sabía que pese a sus diferencias, se complementaban bien en aquellos casos. Al ver que el padre Maurice no regresaba, decidieron girarse de nuevo para tener línea directa de visión con él y los visitantes.

Sin embargo, se sorprendieron al no ver a ninguno de los tres.

Aitor se puso en pie y se dirigió al umbral de la puerta, desde dónde vio cómo el padre Maurice comenzaba a vociferar a los recién llegados.

—Porque las llamas del infierno se congelarán entre estas cuatro paredes, y vosotros lo sabéis.

Uno de ellos, el ciego, se quitó las gafas de sol que llevaba y extrajo un objeto

negro y reluciente que ocultaba de manera sutil en su pantalón. Pese a la sorpresa inicial de Aitor, estuvo lo suficientemente atento para descubrir que se trataba de una pistola. Ni más ni menos.

—No grites, escoria —le replicó el farsante invidente mientras le apuntaba al pecho con el arma—. Sabemos que esa zorra te dio el libro.

Aitor, que contemplaba la escena desde el umbral de la puerta de la sacristía sin ser visto, pensaba cómo tendría el valor de resolver aquella situación sin que nadie saliera herido. Tenía claro de que no se trataba de un simple robo, ya que las palabras de aquel miserable mencionaron todo lo que les había

llevado hasta allí. Pero sin darse cuenta, Olivia se le adelantó a sus espaldas.

—¡Eh!

Su grito retumbó por toda la nave central hasta llegar a los oídos de aquellos dos visitantes, que, bajo uno de los retablos del lateral, giraron su mirada en dirección a la sacristía.

—¿Qué demonios queréis?

Aitor tenía la clara percepción de que Olivia no sabía que iban armados. Pero cuando uno de ellos se giró apuntando el arma, supo que iba en serio. Él había tenido esa sensación apenas días atrás, cuando deambulando por una pasarela metálica en medio de la noche, sintió de cerca el silbido de una bala enfurecida. Aquellas dos personas iban a matar. El

sonido de la deflagración sorprendió tanto a los dos investigadores, que no pudieron más que echarse al suelo con las manos en la cabeza. Se contemplaron el uno al otro mientras se cercioraron de que el proyectil había alcanzado uno de los flancos del marco de la puerta. Aquellos dos hombres que respondían a los nombres de Guido y Franco, tenían órdenes claras de recuperar el libro del apocalipsis fuera cual fuera el precio a pagar. Y aunque su presencia anodina no lo aparentara, estaban entrenados para llegar hasta las últimas consecuencias.

—Nos ha disparado —afirmó Olivia tan sorprendida como estupefacta.

Aitor vislumbró desde el suelo que aquella sacristía no contaba con otro

acceso, así que no había más remedio que ponerse en pie y abandonar esa estancia, con lo que eso pudiera conllevar.

—Vamos. Sígueme, Olivia.

Esta lo contempló y le ofreció su mano. Él la agarró y se acercaron de nuevo al umbral. Al parecer, el tipo armado seguía discutiendo con el padre Maurice, mientras que el otro asaltante, Franco, se dirigía en su búsqueda. La salida a la carrera de ambos lo cogió a pie cambiado, con lo que no tuvo tiempo de reaccionar a la embestida. Aitor chocó adrede con aquel hombre, que cayó de espaldas por los dos escalones que daban acceso al presbiterio. Ambos detectives se ocultaron tras el altar

mayor, a resguardo bajo el gran crucifijo que presidía la iglesia de Saint-Pierre. Lo habían sorprendido, pero su ventaja solo duraría minutos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Olivia mientras apretaba con fuerza la mano de su compañero.

—No lo sé, pero si nos lamentamos, no saldremos de aquí con vida.

—Hablan español, ¿te has dado cuenta? No. Aitor ni siquiera había caído en la cuenta de que aquellos dos farsantes hablaban su mismo idioma. Estaba seguro que todo aquello tenía que ver con el libro de las revelaciones que reposaba sobre la mesa de la sacristía. Que Miranda Cardona siguiera con vida o no, ya no dependía de ellos en

absoluto. Aquello iba en serio. Intentó levantar la cabeza y vio como el agredido se rehacía poco a poco. El problema para ellos es que también iba armado con un arma corta.

—Vamos.

El espaviento de Aitor precedió a que se pusiera en pie y tirara de su compañera justo hacia el lado contrario por el que habían llegado. Sin que su perseguidor los hubiera visto, se introdujeron por uno de los pasillos laterales y se volvieron a ocultar tras las columnas romanas que caracterizaban a aquella iglesia parisina. Mientras tanto, vieron como el padre Maurice estaba siendo víctima de un interrogatorio demasiado cruel para que lo pudiera soportar. Su

agresor no dejaba de golpearle mientras le gritaba algo que desde su posición no podían oír. Aquel anciano no lo aguantaría mucho más. Intuyeron que su único escape se encontraba en una sala contigua que había tras su espalda. La palabra “cripta” en francés estaba esculpida en la parte alta del marco de la oquedad en la piedra.

—¿Crees que encontraremos la salida por ahí detrás?

—No tenemos más remedio que intentarlo, tienen bloqueada la entrada. Pero si queremos saber algo más sobre lo que hemos venido a buscar, debemos salvar al párroco.

Olivia negó con la cabeza mientras que Aitor maquinaba a marchas forzadas.

—Van armados, Aitor. No podemos hacer nada más que escapar.

—Intentaré despistarlos mientras tú vuelves a la sacristía. Recupera el libro y vas a la cripta. Me reuniré allí contigo.

Y tal como lo dijo, salió corriendo, oculto entre las columnas, en dirección a la entrada de la iglesia.

CAPÍTULO 13

Iglesia de Saint-Pierre de Montmartre,
París.

El atacante al que había derribado minutos atrás percibió el movimiento y disparó al aire.

— ¡Quietos! —gritó pensando que ambos escapaban a la carrera. Justo en el momento en el que sobrepasaba la posición de Olivia, esta regresó como pudo hasta la entrada de la sacristía sin ser vista. Se podía decir que Aitor estaba atrapado entre Guido y Franco, aunque por el momento uno de ellos focalizaba su fuerza bruta en el pobre anciano que se apagaba lentamente.

Intentaba sonsacarle información, si no ya podría haber acabado con su vida de sobra. Hubo momentos de confusión para Aitor, que no sabía a qué distancia exacta se encontraba su perseguidor. Así que sin quererlo, se santiguó y pidió perdón a las divinidades por lo que iba a hacer.

Oculto tras una columna, se dispuso a empujar la pila bautismal para lanzarla al suelo y así delatar su posición. De esa forma, aunque corriendo peligro de muerte, dejaría vía libre a Olivia por unos minutos. Pero como solía ocurrir siempre, esta se le adelantó.

—¡Eh! —gritó desde la posición del altar mayor para llamar la atención de los presentes. Con una mano sujetaba el

libro del Apocalipsis y con la otra, el candil desprovisto del vidrio que protegía la llama.

—¿Qué demonios haces, insensata? —

Guido dejó de golpear al anciano.

—No sé quiénes sois. Pero buscáis esto

—alzó aún más el libro—. Tirad las armas, dejadnos salir de esta iglesia y os lo entregaré. Si no, este libro será pasto de las llamas.

Como poseídos por una misión divina, ambos asaltantes abandonaron toda acción para solo centrarse en la mujer que sujetaba el libro que tenían que recuperar. Mientras caminaban con cautela en dirección a Olivia, Aitor supo que era el momento de socorrer al anciano. Salió de detrás de la columna y

se dirigió a la nave central de la iglesia, donde en los pies de una bancada reposaba el padre Maurice, más cerca de la muerte que de la vida.

—Tirad las armas —repitió Olivia.

—No saldrás de esta con vida, zorra —bramó Franco mientras lanzaba su pistola al suelo. Su acompañante hizo lo mismo. ¿De dónde habían salido aquellos matones y que tenían que ver con todo aquello? —. Debemos recuperar ese libro por el bien de todos.

—No os acerquéis más.

Olivia esperaba que Aitor pudiera socorrer al anciano, pero sabía que el tiempo se les acababa. Tenía un as en la manga que aquellos dos no tardarían en

descubrir.

Pero ya era demasiado tarde. Habían atrancado la puerta principal de Saint-Pierre y cuando Aitor contempló a la víctima de cerca, supo que tenía poco tiempo de reacción. El rostro del padre Maurice estaba irreconocible. Un amasijo de carne, sangre y hueso se mezclaba en lo que minutos atrás había sido un semblante amable e inteligente.

—Dios...—expresó Aitor intentando no volverse. Alzó la vista y miró a su compañera, que demasiado ocupada estaba con intentar retrasar al máximo su propio final.

—San...San...

—Padre, descanse —intentó reconfortarle. Lamentaba desconocer el

simbolismo de la extrema unción en aquellos momentos.

—San...ella...

—¿Cómo?

Entonces comprendió que con su último aliento, aquel hombre quería expresarle algo.

—¿Ella quién? ¿Miranda?

Maurice asintió en un atisbo de lucidez antes de intentar expresarse en vida por última vez. Pero un reguero de sangre se lo impedía.

—San Juan y San Nicolás... piedra a piedra.

El investigador se agachó para entenderlo mejor, pero lo dio casi por imposible. Aquel hombre estaba pereciendo.

—Ella, piedra a piedra... Por...

Y exhaló por última vez. Aitor notó como un cosquilleo le recorrió la espina dorsal al ver que aquel anciano había muerto prácticamente en sus brazos. Pero tuvo el temple de recordar las palabras exactas que había dicho antes de pasar a mejor vida.

—San Juan y San Nicolás, piedra a piedra, ella, ¿Por?... —se repitió así mismo. Se cercioró al completo de no olvidarlo.

Al alzar la mirada hacia el altar mayor, su visión no fue muy alentadora: Olivia y los agresores desconocidos estaban muy cerca. Pero dados los años de conocimiento mutuo, Aitor entendió el gesto casi imperceptible que ella le hizo

en la distancia. Fue inocuo, pero suficiente como para que él saliera corriendo en dirección a la cripta. Al ver el estímulo, Olivia unió el libro y la llama, lo que hizo que la cubierta del mismo comenzara a prender casi de inmediato.

—¡No!

El grito coordinado fue ensordecedor y ella aprovechó para lanzar el libro justo al lado contrario de la dirección hacia la que comenzó a correr. El volumen del libro del Apocalipsis hizo una parábola en el aire y se estrelló en llamas contra el suelo. Los dos matones corrieron despavoridos para intentar mitigar el desastre acaecido. Aprovechando el despiste, Olivia y Aitor se reunieron y

bajaron las escaleras que daban a la cripta. El pasillo escalonado les llevó a una sala de piedra desprovista de toda luz. Antes de nada y para ganar algo de tiempo, bloquearon la puerta. Aitor conectó la linterna en su teléfono móvil y la sala abovedada quedó alumbrada parcialmente. No hallaron otra salida posible.

—No hay escapatoria —expresó asustada Olivia.

—Ese hombre ha muerto —se refirió al padre Maurice—, si no salimos de aquí estamos perdidos.

Además de un sarcófago de piedra que colgaba de una de las paredes, la sala estaba desprovista de toda vistosidad. Los muros estaban gastados y el olor a

humedad era palpable en el ambiente. Antaño, ese tipo de criptas se construían para ofrecer descanso eterno a santos o mártires, con lo que apostaban que aquel ataúd de piedra podría contener en su interior los restos de alguien importante. Desde allí abajo, pudieron escuchar los gritos de desesperación de Guido y Franco, que con toda seguridad ya se acercaban.

—Olivia, has destruido el libro y la única prueba que nos unía a Miranda Cardona.

Esta, que debido a la tensión se había olvidado por completo, sacó de su cintura un fajo de documentos, todos ellos sujetos por un cordel dorado.

—No. Simplemente desarmé el libro

omitiendo las hojas en blanco del inicio y del final y unté las cubiertas con el queroseno del candil.

—Por eso prendió tan rápido. Qué genio —achuchó su hombro de manera cariñosa.

La sala no contaba con ventanas ni con ningún tipo de mecanismo por el que pudieran trepar hasta un punto más alto. Olivia sabía que en cualquier momento aquellos dos tipos tirarían la puerta abajo. Se focalizó en encontrar algo que pudiera servirles, pero fue Aitor quien la llamó de inmediato.

—Olivia, ven a ver esto.

Justo en el centro de la sala, bajo el techo abovedado, encontraron una trampilla de piedra que contaba con un

par de respiraderos en cada extremo cuadrado. Se cercioraron de que había una inscripción cincelada en la misma base de la portezuela. Con la presión del que debe escapar a toda costa, se agacharon para leer que decía en aquellas letras gastadas por el paso del tiempo.

—¿Es francés?

—“Soyez... bienvenus aux... catacombes saintes de Paris” —hiló sin aparente dificultad.

—Sean bienvenidos a las santas catacumbas de París.

Ambos se miraron y frunció el ceño al unísono. Se entendieron a la perfección sin hablar.

Guido fue quien reventó la cerradura de

un disparo certero. El olor a pólvora se mezcló con el de la humedad incipiente que sentían a unos metros bajo la nave central de la iglesia. Aquella estúpida mujer había cometido el error más grande de su vida al sabotearlos. La muy demente había arrancado las hojas del interior del libro y había prendido fuego al resto. Franco contemplaba cómo el símbolo «Omega» de la cubierta no era más que un trazo irreconocible entre un amasijo de ceniza y papel quemado.

Entraron a la cripta apuntando sus armas, guiados con el haz de las linternas. Pero para su rotunda sorpresa y mayor decepción, aquella pareja de prófugos había desaparecido.

—Enciende la linterna del móvil de

nuevo, ya hemos caminado lo suficiente como para que la luz no se filtre por los respiraderos —susurró Olivia sin soltar la mano de su compañero.

Cuando Aitor conectó el flash, quedaron petrificados. Se encontraban en un pasillo estrecho y de apenas dos metros y medio de alto. En lugar de roca, en las paredes había carabelas humanas que colgaban por doquier. Sus sonrisas inexpresivas les dieron la bienvenida de una manera que no esperaban. Se sabía que desde su fundación, esas antiguas minas de piedra caliza habían servido para almacenar huesos de seres humanos debido al exceso de material orgánico que copaba los cementerios parisinos. Aquella red de túneles era extensa y

parcialmente desconocida hasta la fecha. Se decía que incluso cruzaba la frontera de la ciudad bajo tierra.

—Y he aquí las famosas y entrañables catacumbas de París —intentó sacarle hierro al asunto.

—He leído muchísimas leyendas sobre este lugar...

—Yo también, Olivia —dijo mientras enfocaba en dirección a una oscuridad inexpugnable—. Y espero que ninguna de ellas sea cierta.

CAPÍTULO 14

Galería de antigüedades Lyveron, París.

Dennis Lampierre contempló cómo la puerta de la galería de antigüedades que regentaba se abría. Entraron dos clientes potenciales, un par de chicas que curiosearon desde el primer objeto que encontraron a su paso. Se puso en pie, se alisó el mostacho que orgullosamente lucía y dirigió su esbelto cuerpo a través del pasillo que llevaba a la entrada. Resultaba carismático. Le gustaba su vida; había heredado aquel negocio de un tío parisino por parte de padre que perteneció a una facción de la iglesia ortodoxa en algún lugar de la vieja

campiña y que ganó dinero vendiendo baratijas, hasta que dio con la clave de comprar un local en el viejo París. El encanto de aquel local es que era antiguo y, dada la poca inteligencia de muchos turistas, creían a ciencia cierta que todo lo que compraban eran verdaderas maravillas de la antigüedad. Sin ir más lejos, en el día de ayer había vendido por una fortuna un candelabro de cobre a un turista español, haciéndole ver que había pertenecido al mejor senescal de uno de los gobernantes más importantes de la dinastía caldea en la antigua Babilonia: Nabucodonosor II. Dado que dudaba muchísimo que aquel turista hiciera las comprobaciones pertinentes, no intuía problema en la

operación. Y así es cómo se ganaba la vida aquel tipo, mendigando en mercadillos y rastrillos y falsificando documentación para así encontrar cierta veracidad en su propia palabrería.

Se acercó a las dos chicas, que en aquellos momentos observaban una Biblia antigua que prácticamente se desprendía en sus manos. El distinguido Lampierre se introdujo en la conversación de manera sutil:

—Cuidado, señoritas —expresó en un bello francés—. Este ejemplar perteneció a uno de los conventos de Valladolid en los que se vio nacer la Inquisición española.

Al vislumbrar los ojos rasgados de sus dos visitantes, no pudo más que sentir

alegría: japonesas. Pero intentó no semblar esperanzado ante ellas. Aquella gente poseía dinero, además de generosidad, aunque para él significaban algo más. Bajo su ego de francés refinado y promiscuo, se escondía un leve caparazón de predilección por aquel tipo de mujeres del país del Sol naciente. Las dos niponas lo observaron mientras dejaban escapar una sonrisa nerviosa. Él agarró el volumen de las diminutas manos de una de ellas, no sin evitar un leve roce perceptible y lo abrió por una página al azar.

—¿Entendéis el lenguaje de Napoleón?
Las chicas asintieron mientras contemplaban cómo ese fanfarrón preparaba su numerito de turno.

—El hombre que me entregó este tomo me contó un secreto antes de morir — oró con un tono solemne y disfrazado de mentira—. Me juró y perjuró que este libro esconde la verdad sobre uno de los verdugos más sanguinarios de toda la Inquisición: El duque de la muerte.

El vendedor arqueó una ceja mientras las turistas se sorprendían visiblemente.

—¿Queréis conocerla?

Una de las dos, la del cabello castaño, pareció ruborizarse, mientras que la más decidida accedió a continuar con el coloquio.

—Entrad conmigo, pues. En mi despacho nos adentraremos en un mundo oscuro de leyendas y conspiraciones.

Cruzaron un pasillo repleto de objetos

antiguos, baratijas y vitrinas polvorientas repletas de libros sin demasiado valor. Lampierre invitó a sus dos acompañantes a que se sentaran mientras él hacía lo propio frente a su escritorio. Apartó todo el desorden que había en el espacio de madera y dejó el pesado libro. Las dos turistas japonesas lo miraban a la expectativa.

—¿Conocéis la Santa Inquisición española? —Ambas asintieron de manera escueta— Nuestros vecinos, allá por el Siglo XIII de nuestra historia, confundieron ciertas maneras de promulgar el nombre de Dios entre los no creyentes. Muchos dicen, cierto, que fue en Francia donde se creó dicha supresión, pero apuesto mi honor galo a

que no es verdad. El caso es que ingeniaron las maneras más crueles de torturar a los pecadores que no aceptaban la palabra de Dios en su mísero día a día. Se concibieron esquemas horripilantes... sangre, miembros cercenados, maquinaria capaz de hacer hervir a un hombre...

Una de las dos japonesas se estremeció. Si Lampierre quería llevárselas a su apartamento esa misma noche, debía teatralizar mejor y asustarlas un poquito más. De aquella manera, después, podría sorprenderlas con un final perfecto.

—El caso, es que, durante una época extensa que abarcó no menos de veinte años, un hombre se ocupó de ejecutar

todas las sentencias del malvado Torquemada: El duque de la muerte. Vil en su ser, aquel monstruo medía dos metros y lucía una armadura rojo sangre, el color que más respetaba. Sin titubear, decapitó, cercenó y dio muerte a cientos de personas, entre ellos mujeres y niños — apuntó para ensombrecer el ambiente.

Una de las chicas apartó la mirada, en claro síntoma de incomodidad. Pero aquel restaurador de pacotilla no había hecho más que comenzar.

—Tiempo después, el duque de la muerte murió en circunstancias desconocidas y misteriosas. Unos dicen que fue un ángel caído del cielo que bajó hasta la Tierra para ocuparse

personalmente de él. Otros explican que, sin quererlo, cayó preso en una de sus trampas hasta perecer en la más absoluta de las miserias. Pero el anciano que me entregó este libro —lo volvió a abrir por una página al azar—, cuenta que su espectro aún aparece con asiduidad tras invocarlo con este volumen que tengo entre mis manos.

La chica morena dejó escapar un aspaviento en forma de burla, pero su compañera parecía aterrorizada.

—¿Es cierto? —preguntó la japonesa de delicados atributos.

—Como la vida misma. Cuenta la leyenda que muchas noches aparece de la nada mientras el poseedor de este libro invoca la historia que hay tras él.

Y algunas de esas veces...

BUM, BUM, BUM.

De repente, se produjo un estruendo sonoro cerca de la trastienda que sorprendió a los presentes.

Lampierre no cabía en su asombro.

—¿Qué fue eso? dijo una de las asiáticas agarrando del brazo a su compañera.

—Puede que...

El sonido retumbó de nuevo, esta vez dejándose oír por todo el local. El tipo se puso en pie, intentando descubrir cual era el origen exacto de aquel estrépito sonoro. Asustado, agarró un objeto pesado que tenía a mano y se acercó hasta la trastienda, de dónde parecía provenir el ruido.

En el momento que dio un paso al frente, el suelo se resquebrajó en una parcela no muy lejana a su posición. De inmediato, una ligera nube de polvo le cortó la visión. Los tres presentes en aquella galería de antigüedades permanecían atónitos e incluso sin darse cuenta de que se habían agarrado entre sí.

—¿Es el fantasma del árbol de la muerte? —dijo una de las chicas aterrorizadas. El restaurador la miró con cara amarga, mientras la otra, la más escéptica, sacaba una cámara de fotos réflex para no perder detalle de lo que ocurría.

—Es el duque de la muerte, no el árbol de la muerte. Y son paparruchas.

Historias para que gente como vosotras compréis este tipo de objetos —acabó por confesar preso del pánico.

Justo en aquel preciso instante, se disipó el polvo y vieron una oquedad formada en el suelo de piedra. Frente a ella, había una calavera humana. Los tres dieron un respingo al descubrirla.

—¿Qué demonios?

Y acto seguido, apareció una mano a través del agujero.

—Es... es... ¿una mano? —preguntó Lampierre ocultándose tras las chicas.

Cuando Aitor Cruz asomó la cabeza a través de la oquedad que se había formado al retirar la antigua losa, respiró aliviado. Parecía que habían dado con la salida correcta, ya que

estaban en alguna especie de local y delante de él había tres personas: dos chicas asiáticas y un tipo de rostro temeroso que se ocultaba tras ellas.

—Olivia, es por aquí, podemos subir.

El preludio que habían sufrido a través de las catacumbas los dejó cubiertos de polvo y malos olores, pero Aitor no dudó ni un instante en que se llevaría consigo un souvenir en forma de calavera humana de las profundidades. Ayudó a su compañera a pisar la superficie y después subió él.

—No te pares, no tenemos tiempo que perder —dijo Olivia mientras agarraba su mano tras ponerse en pie. Pese a no tener pruebas fehacientes, temían que aquellos dos matones pudieran estar

persiguiéndoles a través del túnel subterráneo.

Un flash fotográfico los deslumbró tras subir. La chica japonesa también quería llevarse su propio recuerdo de aquella experiencia.

El restaurador salió de su escondite nipón y clamó al cielo mientras aquella pareja cubierta de polvo cruzaba frente a ellos sin prestar la más mínima atención a ningún estímulo.

—¡Eh! ¿Quiénes sois vosotros? Me habéis destrozado el suelo.

Ambos hicieron caso omiso y mientras caminaban en dirección a la salida ya pensaban en el siguiente paso que debían dar. Por suerte, ya no disponían

de mucho tiempo que perder en París.

CAPÍTULO 15

38 Rue du Faubourg, París.

—Así que dices que os han atacado en la iglesia de Saint-Pierre —afirmó la inspectora Duschean de manera casi cómica.

Olivia Giralt la miró con rostro confuso.

—¿Acaso no me cree, inspectora?

—Bueno, no quiero tomar determinaciones antes de conocer las experiencias de mis hombres, pero créame, señorita Giralt, este caso se nos escapa, de todas todas. Comprenda nuestra situación, lo que justamente le confesé ayer: no podemos dedicar nuestros esfuerzos a estas cuestiones.

La mujer, evadiendo toda norma de la OMS sobre fumar en espacios cerrados, extrajo un cigarro de su pitillera y se lo encendió con parsimonia. Olivia no creía conveniente que a su presumible edad debiera fumar, pero no era el momento más adecuado para reseñarle algo al respecto. Tras disfrutar de la primera calada, abrió un cajón y extrajo un dossier que parecía olvidado entre tanto material policial. Lo leyó por encima y lo volvió a cerrar.

—De ayer hasta hoy, ¿qué habéis descubierto de Miranda Cardona? Alguna pista de su paradero, ya sabes...

—Sí. Le he comentado justo al llegar que hemos descubierto cuál pudo ser su destino; es más, en relación al ataque

que mi compañero y yo sufrimos en el día de ayer, creemos que ella puede estar en peligro —los ojos verdes de Olivia resplandecían bajo la luz fluorescente del despacho—. Y no tenemos mucho tiempo.

Justo cuando la inspectora iba a contestar con alguna evasiva propia de lo poco que le importaba la desaparición de aquella ciudadana española, alguien llamó a la puerta. Tras descubrirse, Olivia, sin saber muy bien por qué, sintió alivio.

—Buenos días, inspectora.

La impoluta sonrisa del agente Castedo, del CNI, alumbró la visión de la detective, quien se puso en pie al momento.

—Señorita Giralt, qué alegría verte de nuevo —acercó su cuerpo atlético a su posición.

—Lo mismo digo.

El agente de inteligencia estrechó la mano de Olivia y se dirigió a la inspectora.

—Duschean, este caso es mío. Gracias por la ayuda prestada y demás menesteres, ya sabes de qué va el protocolo. Hablamos ayer mismo.

La mujer guiñó un ojo al agente y se puso en pie.

—Aún me debes una cena por mi colaboración en aquel caso del desierto del Gobi, no creas que me olvido. Sacarte de allí no nos resultó fácil, chico.

—Lo sé, doy por entendida tu perspicacia. Pero ya sabes, la actualidad apremia. Por favor, necesito hablar a solas con la detective Giralt si eres tan amable. Firmaremos donde debamos y regresaremos a Barcelona.

—Acompañadme entonces —dijo dedicando la mejor de sus sonrisas al joven agente.

Minutos más tarde, él y Olivia se encontraban en una escueta sala de reuniones. Castedo ya tenía conocimiento de todo lo ocurrido, ya que había mantenido contacto con su homónimo en la embajada española de la capital francesa.

—¿Crees que ese libro del Apocalipsis puede esconder alguna clave? —

preguntó inmerso en la investigación.

—Me temo que no. Si esconde alguna clave respecto al paradero de Miranda, será entre líneas. El hallazgo del libro nos ayudó a encontrar al padre Maurice...

—No os preocupéis por eso. Si estoy aquí es por esa misma cuestión. Seré yo quien dará las explicaciones pertinentes sobre su muerte ya que vosotros nunca habréis pisado esa iglesia de cara a la opinión pública.

—¿Qué hay de los asesinos del cura?

—Nada. Huyeron, pero no tenemos nada. Hemos desplegado un equipo operativo en Montmartre para intentar localizarlos en caso de que se dejen ver por las inmediaciones del apartamento

de Miranda, pero por el momento no tenemos nada. Habéis hecho un buen trabajo. Pero dime, ¿por qué ese pueblo? Al llamarme por teléfono y explicarme el devenir de la investigación, quedé bastante sorprendido. En un día habéis descubierto el posible destino que tomó la periodista tras abandonar París.

Olivia asintió mientras bebía agua de un vaso de plástico.

Había llegado el momento de las explicaciones.

—Bueno...—intentó ordenar las palabras antes de expresarlas— Omití las últimas palabras que el padre Maurice dijo antes de morir.

Castedo la miró con estupor. Su pícara

sonrisa desprendía seguridad en sí mismo.

—Por favor, continúa.

—Tras huir a través de las catacumbas e ir a parar a una tienda de antigüedades, caímos en la cuenta de que las palabras del cura debían de ser muy importantes. Suerte que Aitor tiene una memoria prodigiosa, yo hubiera necesitado lápiz y papel.

—¿Qué dijo exactamente? ¿Os propuso el nombre del pueblo así sin más?

—No. Creemos que debía desconfiar de cualquiera, señal de que podemos estar ante algo importante que descubrir. Entonces, con su último aliento intentó codificar alguna frase en forma de acertijo: «Ella, San Juan y San Nicolás.

Piedra a piedra».

El agente Castedo, del Centro Nacional de Inteligencia española, frunció el ceño.

—¿Esas fueron las palabras que os dijo el cura antes de morir?

—Sí. Aitor da fe de ello, ya que se cercioró de que no fuera una confusión.

—¿Y tan solo con esas palabras habéis descubierto el posible paradero de Miranda Cardona? —Sonrió— Me parece algo bastante inverosímil. Al poneros en contacto conmigo ya sabíais cuál era el pueblo en cuestión, con lo que debisteis estar recabando información durante unas horas. ¿Cierto? Olivia asintió mientras suponía el paso siguiente que daría el agente.

—¿Y cómo lo hicisteis? ¿Contáis con alguna especie de base de datos para cuadrar localizaciones dependiendo de algunas palabras clave? Sé que existe esa tecnología, ya que nuestro gobierno cuenta con la patente, aunque no lo creas

—Castedo se mostró realmente interesado.

—No, no poseemos esas herramientas, algo que nos gustaría.

—¿Entonces? Imagino que os pusisteis en contacto con alguien para que os facilitara la información. Sé que en vuestro trabajo es muy importante contar con una fuente externa para administraros ayuda en caso de que sea necesario.

—No.

Olivia ya comenzaba a ruborizarse bajo la atractiva mirada del agente, así que no quería demorar más la respuesta.

—Fue a través de Google.

Castedo contempló a la mujer con un punto de predilección y pensando que le acababa de marcar un gol por la escuadra. Lo más sensato sería disimularlo.

—Muy inteligente.

Acto seguido, extrajo su smartphone y escribió las palabras adecuadas en su buscador predeterminado:

«San Juan y San Nicolás, piedra a piedra».

Instantes después, la nítida imagen de una iglesia apareció en la interfaz de su teléfono, quedando este

maravillosamente sorprendido.

—Iglesia de San Juan y San Nicolás del pueblo de Portomarín, Lugo.

—Antes de tomar la determinación, creímos que no debíamos dudar.

—De manera honesta, me parece brillante. Creo que debo corroborar vuestro siguiente paso en la investigación —carraspeó y leyó el breve artículo de entrada—« La iglesia de Portomarín, en la comunidad autónoma de Galicia, España, fue trasladada piedra a piedra a su nuevo emplazamiento en lo alto del monte do Cristo, y en medio del nuevo pueblo que se inauguró en 1966». Así que aquí tenemos también la referencia de «piedra a piedra» —apuntó satisfecho.

—No deberíamos demorarnos en viajar allí y tratar de investigar el paradero de Miranda Cardona.

—Cierto. Me pondré en contacto con las autoridades gallegas para establecer un punto de conexión en nuestra investigación. Imagino que una decena de dotaciones se pondrán en marcha. Ve a buscar a tu compañero y, si no tenéis inconveniente, saldréis en el primer vuelo a Santiago de Compostela.

—El caso es que también te quería hablar sobre él.

—¿Sobre Aitor Cruz? ¿Ha rechazado participar en la investigación? Después de todo, podría llegar a entenderlo.

—No, más bien todo lo contrario. En estos momentos ya está volando hacia

Santiago —explicó de manera escueta mientras rascaba su barbilla—, creímos que no debíamos demorarnos demasiado.

Con cara de pocos amigos, el agente Castedo se puso en pie y se alisó el caro traje que vestía.

—¿Sabes? No me sorprenden estas actitudes vuestras. Aquel comisario con el que trabajasteis en vuestro anterior caso, ya me avisó de que solíais hacer este tipo de cosas por vuestra cuenta.

Olivia Giralt lo miró sin saber si era más idóneo pedir disculpas o mantenerse en silencio.

—Así que vamos —dijo él—, no hay tiempo que perder.

CAPÍTULO 16

Cuenta una antigua leyenda que en el año 813 de nuestro Señor, un ermitaño llamado Pelayo visualizó cómo una estrella se posaba sobre el bosque Libredón, en Galicia. Este, sorprendido hasta límites insospechados, fue en busca de Teodomiro, obispo de Iria Flavia, localidad cercana a Padrón. Marcharon en la noche a través de la espesura boscosa y allí descubrieron una antigua capilla donde existía un olvidado cementerio de época romana. Portando antorchas, descendieron por un corredor angosto que les llevó a una sala en la cual encontraron un sepulcro

de piedra.

Al ver el texto que había tallado en la misma roca, todos quedaron estupefactos ante tal descubrimiento:

«Digno y más Santo Apóstol que refulge como nuestro protector y patrono nacional, evitando la peste y alejando toda enfermedad, calamidad y crimen. Muéstrate piadoso, protegiendo al rebaño a ti encomendado, sé manso pastor para el rey, el clero y el pueblo, que nos revistamos de la gloria del reino conquistado, que por ti nos libremos del infierno eterno».

Tras el hecho acaecido, el obispo Teodomiro se puso en contacto con las más altas esferas eclesíásticas y convino

que tal hallazgo debía ser estudiado. Apareció el nombre del relicario por primera vez en el libro del “Breviario de los Apóstoles”, texto latino redactado a finales del siglo VI en época visigoda y que situaba en Hispania y en lugares occidentales la predicación de uno de los acólitos de nuestro Señor. Tras una misión exhaustiva para descifrar la identidad de las reliquias que reposaban en el sepulcro, se halló un texto en el que se comenzó a revelar que dicho descubrimiento podía tener relevancia mundial. Y fue entonces cuando se descubrió que tiempo atrás, uno de los doce Apóstoles fue enviado a Hispania a predicar la palabra del Señor ante el sombrío poder del pecado. Se supo a

posteriori que dicho portador de fe regresó a Jerusalén, lugar donde murió bajo el mandato de Herodes. Dicho lo cual, tuvo que existir una traslación del cuerpo desde tierra santa de nuevo hasta Hispania. El Obispo León, redactó en sus memorias que un día se le presentaron cuatro discípulos del malogrado y desconocido mártir, diciéndole que habían recogido su cadáver y lo habían transportado en un barco que había llegado hasta tierras gallegas. Y fue en esos momentos cuando se descubrió que se trataba del apóstol Santiago. En una carta, el Obispo León exhortaba a la cristiandad a acudir allí a orar porque ciertamente en ese sepulcro “yace oculto Santiago”.

Alfonso II, rey de Asturias, mandó construir una iglesia en el lugar donde, de acuerdo a los ecos de la tradición, reposan los restos del santo apóstol. A partir del siglo XV, dicha iglesia se convirtió en uno de los centros de peregrinación más grandes de la cristiandad. Es así, pues, como dio comienzo la leyenda del Camino de Santiago.

Gracias a los intercambios culturales que tuvieron auge en aquella época, el número de caminantes que peregrinaban hasta la tumba de Santiago creció exponencialmente durante el siglo X. Ante tal demanda de infraestructuras, los monarcas de Navarra, Aragón y Castilla decidieron facilitar la ruta hasta

Compostela mediante la construcción de puentes, reparación de caminos y edificación de hospitales, algo que provocó que hordas de peregrinos convergieran por aquellas lindes en clara sintonía de paz.

Pero como suele ocurrir, algunas localidades de paso destacaron sobre otras. Una en cuestión se hizo célebre por repartir el mejor caldo gallego que se podía encontrar en el camino, otra en cambio, lo fue por contar con el mejor hospital en el que atender las innumerables heridas que producían las inclemencias del sendero santo. Sin embargo, una de ellas fue conocida por tener el mejor albergue de todos. Aunque había una cuestión que

preocupaba entre los caminantes y es que, en dicho pueblo, siempre había que contar con alguna desaparición aleatoria entre los forasteros. Dicho lo cual y por mitigar dicha fama, los responsables de velar por la salud y el bienestar de los peregrinos intentaron tomar medidas para hallar una solución ante tal desgracia. Se realizaron batidas nocturnas y juicios diurnos, pero nadie supo hallar la respuesta del por qué cualquiera podía irse a dormir por la noche y haber desaparecido al día siguiente. Incluso se cuenta la historia de María Arnís, una joven acolita que pecó de acostarse con su mentor durante una noche de invierno y que al amanecer del día siguiente había desaparecido sin

dejar rastro. El maestro puso tanto énfasis en intentar demostrar que él no tenía nada que ver con la desaparición que incluso confesó su pecado frente al populacho, algo que le supuso la pena de muerte inmediata.

Pronto comenzaron a oírse innumerables leyendas de todo tipo sobre dichas desapariciones; una en concreto, hablaba de cierto demonio antiguo que vivía en una cripta subterránea y que solo aparecía cuando su voracidad de pecado era tal que no podía soportar su encarcelamiento pétreo. Se cuenta que emergía de la oscuridad para robar hasta el último aliento de quienes pecaban con la necesidad de alimentarse del mal que en ellos residía. Dicho lo cual,

regresaba a su guarida sin dejar ningún tipo de destello maligno a su paso. Temían tanto esa leyenda, que no le pusieron nombre por miedo a invocarla desde la más absoluta ignorancia.

Incluso ese rumor ha llegado hasta nuestros días, ya que las extrañas desapariciones no cesaron, o tal vez lo hicieron, pero convenía mantenerlas con vida por un mero hecho publicitario. El caso es que dicho pueblo pasa por ser uno de los más famosos del camino gracias a sus bonitas vistas del río Miño desde su puente de entrada y también a su iglesia dedicada al honor de los apóstoles Juan y Nicolás.

Efectivamente, se cuenta que dicha

leyenda tuvo lugar en el pueblo gallego de Portomarín.

CAPÍTULO 17

Portomarín, Galicia.

Aitor Cruz había podido pegar una cabezada en el trayecto que tomó en taxi y que separaba Santiago de Compostela del pueblo lucense de Portomarín. Dado que había salido a la carrera de París, no había tenido tiempo nada más que de pensar en lo que allí le concernía. Fuera de toda elocuencia, le preocupaban dos aspectos: el poderse equivocar de destino y, sobre todo, el hecho de que la noche anterior dos desconocidos estuvieran a punto de acribillarles a balazos. Suerte tuvo que la gendarmería francesa le había dejado salir del país

sin ningún tipo de reseña, dicho lo cual, se le abría la posibilidad de adelantarse a su compañera por tierras gallegas. La hoja de ruta era clara; averiguar el paradero de aquella periodista llamada Miranda Cardona y que, según la investigación realizada en París, podía estar o haber estado en aquel pueblo que tanto conocían los peregrinos del Camino de Santiago. Porque esa era otra...durante todo el trayecto, no dejaron de cruzarse con caminantes que albergaban esperanzas de llegar intactos a tierra santa compostelana. Los fieles procedían de todos los rincones del planeta Tierra; alentados por seguir el camino que en su día había realizado el apóstol Santiago, los peregrinos

anhelaban tocar su manto y postrarse frente a sus reliquias, localizadas en lo que hoy es la tétrica catedral de Santiago. Él conocía a gente que se había tomado la libertad de intentar seguir la vía láctea tal y como lo hizo aquel apóstol, incluso familiares tan directos como su padre. Aitor, simplemente, no creía en esas cosas. Nunca había tenido la voluntad para ese tipo de sobre esfuerzos místicos ni nada que se le pareciera. Para él, el conocerse uno mismo radicaba en el día a día y no en realizar jornadas maratonianas a pie y a la intemperie para llegar a una meta supuestamente bendecida siglos atrás. Lo respetaba, pero no era su estilo. El taxista lo

despertó mientras cruzaban el bonito puente que conectaba la carretera nacional con Portomarín, y la verdad que las vistas le sorprendieron. El río Miño bajaba enfurecido a su paso por el municipio y bajo el puente se podían ver los vestigios ruinosos del antiguo emplazamiento del pueblo.

—Así que esas ruinas pertenecen al antiguo pueblo.

—Cierto —respondió el taxista con un marcado acento gallego—. Muchos dicen que nuestro caudillo solo trajo ruina al país, pero nadie habla de los embalses que abastecieron de agua a cientos y cientos de concellerías.

El detective lo miró por el retrovisor con cara de pocos amigos y decidió que

ya había hablado demasiado con ese hombre. No había tenido la suerte o la desgracia de pisar Galicia en toda su vida; había malas lenguas que hablaban de que su gentilicio solía ser rácano en buenas palabras y, por el contrario, muchas otras personas los alzaban hasta los cielos dada su loable generosidad. Tenía la percepción de que lo descubriría por sí mismo... Leer sobre el pueblo en cuestión, ya había leído; cierto era que tras la construcción del embalse de Belesar en 1962, Portomarín había quedado anegado, con lo que el pueblo tuvo que trasladarse al vecino Monte do Cristo. Allí, lugar por el que en aquellos momentos Aitor circulaba, se reconstruyeron algunos de los

edificios más importantes, tanto civiles como religiosos. El más llamativo de todos fue la iglesia de San Juan y San Nicolás, cuyas piedras fueron numeradas y ensambladas una a una de nuevo en su actual emplazamiento. Aunque se trataba de uno de los puntos más llamativos del camino, con sus apenas mil seiscientos habitantes, la antigua localidad lucense no tenía nada fuera de lo común que destacara sobre las demás postas de la ruta jacobea. Eso sí, cabía reseñar algunas estructuras como el puente de arco romano que aún permanecía inclemente en la entrada de la villa o el antiguo cementerio que se situaba en la colina que coronaba el pueblo. Pidió al taxista que lo dejara

cerca de la iglesia, que, a la postre, era el factor clave que le había llevado hasta tierras gallegas. A sabiendas de que el día se le tornarí­a largo por aquellas lindes, decidió reservar una habitación en una de las pensiones del pueblo, no necesitaba más. Tras pagar a la carrera y coger la maleta, bajó del taxi y sucumbió ante un helor inhóspito que le recorrió el cuerpo en pocos segundos. Se resguardó bajo la bufanda y resopló para sus adentros. Frente a él reposaba la majestuosa iglesia que portaba los nombres de ambos santos por igual. Llamaba la atención por el gran rosetón que coronaba su fachada, en la actualidad uno de los más grandes del territorio español. En cierta medida

a él le recordaba a la iglesia de Santa María del Pi, situada en pleno barrio gótico de Barcelona y por la que, a sus alrededores, tantas veces había deambulado.

—«San Juan y San Nicolás... piedra a piedra.» —recordó las influyentes últimas palabras que había recitado el padre Maurice en París. Aún de vez en cuando retumbaban en su mente sin poder evitarlo. Sabía que estaba en tierra de meigas y de leyendas, pero no tenía tiempo para pensar en sandeces si lo que quería era encontrar a esa chica y cobrar un succulento cheque de parte del CNI.

Aquella iglesia se asemejaba también a una fortaleza, ya que las almenas que

coronaban en su punto más alto le denotaban un aspecto fiero poco inusual en un templo cristiano. Caminó por los alrededores y no vislumbró ninguna extrañeza. Alentado por las explicaciones de Olivia, debía comenzar la investigación de la manera más sensata posible. Se dirigió al espacio abierto que había frente a la fachada de la iglesia, que, a la postre, resultaba ser la plaza mayor del pueblo. Vista de frente a la iglesia, a su izquierda quedaba el Ayuntamiento y a su derecha la comisaría de Policía local. Eso sin contar el sinfín de peregrinos que ya a esas horas de la mañana deambulaban por el lugar ataviados con su bastón, vieira y, los más puristas, con la

calabaza hueca para portar el agua en lugar de las típicas cantimploras de la cadena de tiendas deportivas Dechatlon. De manera romántica, pensó que aquella gente tenía un mérito incalculable, algo que después desechó al creer que nadie solía hacerlo bajo ninguna obligación. Se sentó en una repisa que sobresalía de una escultura dedicada al peregrino como movimiento social y se resguardó del frío con su cazadora. Le suponía una incomodidad ir cargando con la maleta, pero primero necesitaba situarse. Marcó el número de Olivia con la intención de no congelarse las manos. Un grupo de caminantes lo miró extrañado, tal como si su figura molestara en la estampa que aparecía junto a la estatua.

—Olivia, ya estoy en Portomarín.

—Yo aterricé en Barcelona hace unas horas, ¿hay alguna novedad?

—No, acabo de llegar... Este pueblo es más concurrido de lo que pensaba... Nada más.

—¿Concurrido?

—Sí. Hay demasiados peregrinos incluso a estas horas de la mañana.

—Eso ya lo sabíamos —expresó ella con cierto aire cortante—. No debe ser impedimento para nosotros. Deberías ponerte en contacto con la Policía Local y denunciar la desaparición, supongo que para entonces yo ya estaré contigo. Allí no encontrarás figura más autoritaria que el sargento de turno.

—Ya sé lo que debo hacer. He tenido

todo un trayecto en avión para pensarlo.

—Pero a veces haces que no me fie de ti ni un pelo, amigo mío.

El silencio que precedió a la voz de Aitor fue premonitorio.

—Tengo que dejarte, voy a entrar en la comisaría. Les daré recuerdos de tu parte.

—¿Llevas contigo la fotografía de Miranda?

—Evidentemente. ¿Dónde estás tú?

—Cerca de casa, he creído conveniente realizar algunas investigaciones antes de reunirme allí contigo. Esta noche nos veremos.

—No tengas prisa —resaltó Aitor mientras se fijaba en el edificio que albergaba la comisaría.

—No la tendré —dijo con tono seco—,
pero ten cuidado.

CAPÍTULO 18

Centro evangélico de estudios
Bíblicos, Barcelona.

Olivia entró al edificio nada más colgar el teléfono. Ciertamente era que nunca había estado allí, pero la mera grandilocuencia del espacio le abrumó. Se encontraba en un vestíbulo inmenso con suelo de mármol y repleto de columnas rematadas con capiteles jónicos que daban al lugar un magnífico aire imperial. Caminó hasta una pequeña recepción, en la que una mujer cincuentona la recibió con una sonrisa de oreja a oreja:

—Bienvenida, joven. ¿En qué puedo

ayudarla? —preguntó.

—Buenos días. Llamé temprano para concertar una cita con el señor Coster.

Tras cotejar algún dato en su computadora, la mujer asintió y se puso en pie.

—Señorita Giralt, sígame por favor. El decano le estará esperando en su despacho.

Cruzaron un pasillo extenso y torcieron a la izquierda, donde después de subir dos plantas en un bonito ascensor, llegaron a un corredor repleto de salas de estudios a cada lado. Le sorprendió no toparse con ninguna referencia eclesiástica por el camino, dado en el lugar en el que se encontraban.

El centro evangélico de estudios

Bíblicos estaba situado cerca de la avenida Diagonal y contaba con un sinfín de profesionales que se dedicaba al estudio y disección del libro sagrado para los cristianos. Pero ella nunca imaginó que el lugar albergaría tanto lujo. No era un simple instituto que invertía el tiempo en interpretar las sagradas escrituras, sino que se trataba de toda una institución que impartía seminarios por todo el mundo y que estaba compuesta por los especialistas de más alto rango del país. En su caso y tras buscar cierta información, había creído conveniente reunirse con el profesor Coster, cuya carrera le avalaba. Abrió la puerta del despacho un tipo larguirucho de melena lacia, espesa

barba blanca y manos huesudas. Tras un saludo protocolario, invitó a la detective a que entrara en su no menos lujoso despacho. De las paredes colgaban decenas de títulos enmarcados y varios pasajes de la santa Biblia en latín. La estancia desprendía un olor a canela algo empalagoso bajo el punto de vista de Olivia.

—Siéntese, señorita Giralt. Cuénteme, ¿que le trae por aquí?

Esta, a sabiendas de que casi con toda seguridad debería de coger un avión destino Galicia en las próximas horas, no quiso andarse por las ramas. Extrajo del bolso las hojas del libro del Apocalipsis que habían sobrevivido a la quema en la iglesia de Saint-Pierre y las

dejó sobre el amplio escritorio de madera. El decano ojeó a través de sus diminutos lentes y cruzó las manos. Pedro Coster, diplomado en teología por el centro de investigaciones bíblicas de Jerusalén, doctor en teología pastoral y decano del centro en el cual se encontraban, arqueó las cejas a la espera de que aquella bonita chica se expresara. La primera plana que contemplaba le llamó la atención de manera innata.

—Esta mañana, me dijo que necesitaba información sobre este ejemplar que reposa sobre mi mesa —mostró una voz dulce y aflautada—. Si no recuerdo mal, es al respecto de una investigación policial. ¿Cierto?

—Cierto —mostró Olivia su credencial temporal del CNI—. Sé que se trata del último libro del Nuevo Testamento, hasta ahí llego. Pero necesitaría saber si este volumen en cuestión tiene algo de especial.

—Con su permiso —dijo el refinado académico mientras acercaba la pila de documentos hasta su posición. A primera impresión, cayó en la cuenta de que esa mujer era la más guapa que había pisado ese despacho en años. Lamentó que no fuera su pupila. Tras observar la primera plana, creyó conveniente centrarse en aquel ejemplar que tenía entre manos. Resultaba ciertamente interesante.

—Bien —expresó mientras valoraba las

páginas por encima. Llegó a una en concreto en la que se detuvo. Agradecía que, pese a no tener cubiertas, el número de hojas siguiera su orden nominal. Dictaminó sentencia y dejó el volumen en el centro de la mesa.

—Veo que no ha necesitado demasiado tiempo —expresó Olivia mientras extrajo su inseparable libreta para tomar apuntes—. Se trata de una investigación oficial, le agradecería su máxima colaboración, señor Coster.

El hombre dibujó una sonrisa en sus labios y se dispuso a hablar.

—Es un ejemplar bastante llamativo, por no decir que poco común —le señaló la primera página—. Y ya comenzamos desde el principio. Según

los santos testamentos, el libro del Apocalipsis se puede leer desde varios planos; me explico: puede hacerse de manera simbólica, literal o incluso basándonos en el género literario fantástico que enmarca el mensaje de fondo por el cual fue redactado. Ya sabe, todas esas historias sobre las trompetas y los siete jinetes que anunciarán el fin de los tiempos. Lamentablemente la gente solo se queda con lo más llamativo y no con su mensaje.

—Sí, algo leí durante la catequesis —
sonrió ella.

—Pues usted debe conocer que todas estas escrituras fueron plasmadas bajo unos pensamientos únicos que se cernían

en las vagas creencias que había en aquella época. Ya comprenderá, la simbólica batalla entre el bien y el mal; entre lo divino y lo demoniaco. Entre lo blanco y lo negro. Esa dualidad nos ha acompañado hasta nuestros días, solo que ahora lo matizamos más, por así decirlo. Solo que este volumen tiene algunas diferencias al respecto del original.

Olivia arqueó una ceja a la espera de que aquel hombre se las mostrara.

—Este símbolo «Omega» es la nota característica de este extraño tomo.

—Entiendo, sé que no suele aparecer en los demás volúmenes.

Coster sonrió y volvió a cruzar las manos.

—Se le atribuye tradicionalmente la escritura del Apocalipsis al apóstol San Juan, discípulo de nuestro señor, Jesús de Nazaret. Y pese a que no está demostrado de manera fehaciente, los padres de la iglesia moderna no ponen en duda dicha autoría. Dicho lo cual, hay una extraña leyenda que se cuenta al respecto de este libro y que pone en duda el origen de estas páginas que nos conciernen. Y es por lo que estoy tremendamente agradecido de que haya venido hasta aquí, señorita Giralt. Además, seamos claros, también agradezco su belleza.

Olivia lo miró y no pudo más que intentar sonreír sin ruborizarse.

—Siempre me encanta desmarcarme de

lo convencional de estas tesituras. Le mostraré la diferencia exacta entre este tomo que usted ha portado y otro cualquiera.

El decano se puso en pie y se acercó a una estantería de la cual extrajo un pesado ejemplar de una Biblia antigua. Fue hasta la parte final, donde mostró a Olivia la cubierta del Libro del Apocalipsis de San Juan. A diferencia del que Miranda Cardona dejó en las taquillas de la estación de autobuses de París, en aquella página inicial no aparecía el símbolo «Omega».

—¿Ve? Aquí en la cubierta y al final. En los documentos que usted me ha traído aparece ese símbolo y, en cambio, en la versión tradicional no. Y créame que no

es por mera coincidencia. Y aquí es dónde yo me suelo emocionar.

Avanzó en el libro tradicional hasta llegar a una página en concreto más o menos por la mitad tirando al final. Después mostró a Olivia una plana en blanco en la que tan solo aparecía una inscripción que resultó ser misteriosa para ella. Supuso que la temática de aquel último libro del Testamento se basaba en el simbolismo de un hipotético fin del mundo venidero, pero nunca imaginó que una cita bíblica le erizaría el vello de sus brazos.

«Apocalipsis 19:11-22:5 - Las siete visiones del Fin».

Tras tomar nota mental, el decano abrió el tomo que había llevado Olivia para

contemplar que, efectivamente, la inscripción no era la misma, sino que sufría algún cambio al respecto.

«Apocalipsis 19:11-22:5 - Las siete visiones del Fin La última revelación de Jacob Ω».

—¿La última revelación de Jacob y ese símbolo de nuevo? —preguntó sorprendida Olivia al reconocer la única diferencia entre ambas versiones.

—Efectivamente. La simple aparición de esta inscripción en ese libro del Apocalipsis tiene la virtud de expresar mucho.

—¿En qué sentido?

—En el que cambia al completo la autoría principal del texto, ya que Jacob no tiene nada que ver con Juan. Bueno,

quizá sí.

—¿Vivieron en la misma época?

—Efectivamente, ambos fueron discípulos de nuestro Señor Jesucristo.

—¿Discípulos? Entonces Jacob debería de haber sido apóstol...

—Lo era —afirmó el académico mientras cerraba ambos tomos.

—Pero no me cuadra —expresó Olivia—. Si algo recuerdo de mis tiempos de catequismo, además del insípido sabor de la torta sagrada, es el nombre de todos los apóstoles: Juan, Andrés, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, Santiago el Menor, Santiago el Mayor, Tadeo, Judas Iscariote, Simón y Matías —recitó a la carrera—. No recuerdo a ningún Jacob.

—Claro que lo recuerda. Todos lo recordamos y más de uno lo tenemos presente en nuestras oraciones diarias.

La solemnidad en las palabras del decano abrió la mente a Olivia.

—Solo que en latín —continuó él—, Jacob significa Santiago.

—El apóstol... —sintió un cosquilleo.

—Efectivamente. Estamos ante el libro de la última revelación del apóstol Santiago.

CAPÍTULO 19

Portomarín, Galicia.

—Sargento Iago Martín, para servirte — le estrechó la mano el joven policía uniformado.

Aitor se sentó en una mullida silla que había frente a su escritorio. La abarrotada sala estaba dividida por departamentos y, en aquella sección, el orden brillaba por su ausencia. Olía a tinta y a papel. Metros atrás, varias personas esperaban su turno en una sala de espera carente de toda comodidad.

—Bienvenido a Potomarín. Como ves, no es tan bucólico como lo pintan.

El sargento Iago Martín había sido el

primero de su promoción y recién cumplido los treinta ya ejercía con el rango policial más alto con el que se podía contar en aquel pueblo. De tez blanca y cabello moreno, lucía una pelusilla sobre el labio superior a modo de mostacho que denotaba cierta personalidad en él. Le señaló a Aitor una pila de documentación que había en una de las esquinas del escritorio.

—Todo esto es trabajo atrasado, como ves, no damos abasto.

El detective asintió mientras contemplaba el departamento en el que pasaba las horas aquel policía de buenos hábitos y de reconocible acento gallego. Sacó su credencial del CNI y la dejó sobre la mesa.

—Entonces, como me has dicho abajo, trabajas para el CNI —expresó.

—Sí. O al menos eso creo.

Sin andarse por la inopia, extrajo de su cartera el retrato a color de Miranda Cardona. Sus ojos azules y su cabello rubio aún continuaban impresionándole a primera vista.

—Sería conveniente que le echaras un vistazo a esta fotografía.

—Mmm... Una mujer muy guapa. Dime que no la estás buscando.

Aitor ironizó con la mirada y arqueó una ceja.

—Sí. La estoy buscando. Es periodista y se le perdió el rastro hace unos cuatro días, en París. Nuestra investigación nos sitúa aquí como uno de sus posibles

destinos potenciales.

Iago Martín devolvió la fotografía y frunció el ceño.

—¿A Portomarín? No quiero inmiscuirme en tu investigación, pero a no ser que se le ocurriera hacer el Camino de Santiago... Poco se le puede perder aquí. ¿Quizá algún reportaje periodístico?

—Es poco probable. Suele trabajar por libre y no tenemos constancia de ninguna colaboración laboral en los últimos tiempos.

El sargento se rascó el mentón mientras contemplaba la fotografía que yacía sobre la mesa. Después golpeó la superficie con los nudillos y se realzó.

—Debemos ponernos en marcha

entonces. Sería conveniente hacer fotocopias del retrato y colgarlas por diferentes rincones del pueblo. Es una zona de paso bastante concurrida y estoy seguro de que alguien habría podido verla si ha estado por aquí. Pondré a dos agentes a trabajar para que vayan albergue por albergue y yo mismo estaré al mando. Coordinaré la búsqueda junto a ti y, si todo va bien, a primera hora de esta tarde realizaremos una batida por los bosques colindantes. Incluso, si tenemos efectivos suficientes, podríamos mirar de trazar el tramo del camino que lleva desde aquí hasta el pueblo de Sarria. A la práctica, todo el camino es rural y hay muchísimas posibilidades de perderse o lastimarse

por estas lindes.

Aitor quedó boquiabierto ante tanta energía. El agente había organizado un dispositivo de búsqueda en menos de lo que canta un gallo.

—Bien, que así sea pues.

—Déjame hacer unas llamadas. Con estas cosas hay que ir con pies de plomo y tenemos un alcalde al que le gusta respetar las leyes.

Aitor asintió mientras el sargento abandonó el departamento y comenzó a ordenar la movilización de algunos operativos. Desde su posición podía ver que en la sala de espera de la comisaría había varias personas: peregrinos reconocibles por sus atuendos y un hombre de mediana edad trajeado que

llamaba ciertamente la atención por lo poco que congeniaba en aquel espacio. Tenía buena planta y se fijó de inmediato que prestaba atención a su conversación con el sargento.

Este regresó y se volvió a sentar en su butaca.

—Ya está. En breve se personarán aquí el responsable de la unidad de desaparecidos de la Guardia Civil y el comisario del cuerpo de Policía Nacional en la zona de Palas de Rey, un pueblo cercano. Creo que sería oportuno a que, si tienes algún superior al mando, pudiera venir hasta aquí.

Aitor lo miró con extrañeza mientras el joven policía abría los brazos en cruz.

—¿Qué?

—No, nada. Solo que me extraña con la velocidad que has movido los hilos. Es como si me hubieras estado esperando. El tipo rió mientras se ponía de nuevo en pie.

—Tú no sabes dónde estamos, estoy seguro. ¿Ves toda esta documentación aquí apilada? Se tratan de denuncias por robo, agresión y, entre ellas, también hay alguna desaparición. No es un pueblo que tenga un índice de incidencia muy alto, pero aquí convergen muchísimas personas de diferente índole; nacionalidades, estatus social... Y créeme cuando te digo que debemos movernos rápido si queremos averiguar el paradero de esa mujer.

—El caso es que si nuestras pruebas son

fehacientes...

—La encontraremos.

—Me alegra oír eso. Y sobretodo me abruma que lo digas con tanta convicción.

El sargento paró quieto tras esa afirmación.

—Entiende que el camino de Santiago es el sustento vital de este tipo de pueblos. Hordas de peregrinos de todas las nacionalidades pasan por estas tierras en busca de la paz necesaria para continuar con su día a día. ¿Qué menos podemos hacer? Debemos mantener pura la ruta que lleva a Compostela y la mejor manera de hacerlo es siendo efectivo. Tú dedica tus esfuerzos a tu propia investigación, toma mi tarjeta.

Nos mantendremos en contacto y el intercambio de información será recíproco.

—De acuerdo, me parece bien.

—A las cuatro de la tarde dará comienzo la batida que nos llevará hasta Sarria. De momento ya somos treinta personas. Estaría bien que nos acompañaras.

Los ojos de Aitor se abrieron de par en par. Estaba sorprendido.

—Claro, lo haré encantado.

—Hasta la vista entonces, señor Cruz —le volvió a estrechar la mano ya sin mirarlo—. ¡Siguiente, por favor!

Aquel agente iba por faena. Desde fuera, podría pensarse que el cuerpo policial de Portomarín se dedicaría a trabajar de

una forma pausada, acorde con el tipo de vida que reinaba en el lugar, pero no era así. Le sorprendió con la frialdad que el sargento se tomó la desaparición de aquella mujer. Tuvo la sensación de que su reacción hubiera sido la misma ante cualquier otra tesitura que lo concerniera.

Antes de salir al cortante frío gallego, se detuvo a sacarse un café de la máquina que había en uno de los pasillos de la comisaría. Al menos aquella misma tarde tendría una primera toma de contacto con el resto de autoridades gallegas, pensó que no estaba mal del todo.

—No van a investigar nada.

Aitor fue sorprendido por la cercana

presencia del tipo trajeado que, minutos atrás, esperaba en la sala de espera. Él también reaccionó con frialdad.

—¿Cómo dice?

—Que ese sargento que tanto promete, no va a mover un dedo para encontrar a la mujer desaparecida de la que habla. Es lo que siempre ocurre en este pueblo de Dios.

—¿Y cómo es que lo tiene tan claro? — continuó guardando las distancias mientras se agachaba a recoger el vaso de plástico humeante.

—Conozco bien este pueblo, señor Cruz.

El hombre era alto y vestía un traje gris. Lucía un peinado refinado y tenía unos ojos azules penetrantes, pero, pese a

eso, no era el típico ser humano que infundiera temor. Aitor se lo comenzó a tomar como un simple curioso.

—Veo que las voces del sargento mentando mi apellido no han pasado desapercibidas para usted, señor...

—Quirós —le tendió la mano de manera amistosa—. Mi nombre es Adán Quirós.

CAPÍTULO 20

Centro evangélico de estudios
Bíblicos, Barcelona.

Habían cambiado el despacho del señor Coster por la cafetería del centro, aunque en esos momentos se encontraban a solas en aquel bonito espacio bañado por la luz solar que entraba a través de las vidrieras de colores. Un falso techo en ábside hacía creer que estaban en el interior de una catedral.

—No comprendo, entonces —se sinceró Olivia.

—No tiene mucha explicación, pero sabemos de quién es la autoría de la

frase que marca la diferencia entre una edición del libro y la otra.

—El apóstol Santiago, patrón de este país.

—Entre otras muchas cosas. Como todo apóstol, Santiago fue predicando la palabra de su mentor por allá dónde las fronteras se le abrían. En una época en que la convulsión tras la muerte de Jesús envenenaba el ambiente, aquella gente enviaba un mensaje impío y exento de dolor.

—Lo entiendo, pero no sé qué puede significar esa diferencia entre los dos textos. Y extrapolándolo a mi caso, desconozco aún muchas cosas más. Una mujer ha desaparecido y la única conexión que encontramos para seguir su

rastró es este libro.

El hombre recapituló mentalmente los hechos de la vida de Santiago, a la postre, uno de los más importantes discípulos que tuvo Jesús.

—Se cuenta en el libro de los apóstoles, que Santiago murió en tierra santa después de haber visitado territorio español —dio un sorbo de café—. Según se explica, predicó por el norte del país hasta llegar a Finisterre, el fin de la tierra traducido del latín. Allí en Galicia, atrajo a un grupo de seguidores que sintieron verdadera devoción por él y su mensaje. Y como él estaba destinado a permanecer en tierra peninsular, se hospedaban en las diferentes villas que les ofrecía el

camino. Una noche en concreto, pernoctaron en un pueblo a orillas del río Miño.

A Olivia le comenzó a parecer interesante aquella historia.

—Se explica que durante la madrugada, el apóstol tuvo una extraña visión que provocó que saliera a orar a la diminuta ermita que había en el lugar. Y fue en esa ermita, como si de una señal divina se tratara, donde Santiago tuvo una revelación.

—Una revelación, sí. Pero si la leyenda cuenta eso, simplemente se queda a medias.

—Durante siglos después de su muerte, se rumoreó la existencia de algún poder maligno que permanecía inalterado en

aquellas tierras, pero con el paso de los años se fue olvidando como un susurro en el viento. Tras lo sucedido, Santiago regresó a Jerusalén, algo que no estaba previsto en un principio. Su cometido era predicar en Hispania y no regresar a Israel, donde murió bajo el poder romano de Herodes.

—Leí que fue decapitado.

—Efectivamente, en aquellas épocas, los romanos no se andaban con coqueteos. Los acólitos que lo acompañaron hasta Jerusalén pidieron clemencia y obtuvieron el permiso necesario para trasladar su cuerpo de nuevo hasta tierras gallegas, donde en el año 813 fue descubierto por un ermitaño tras explicar que había visto unas

extrañas luces planeando sobre un bosque deshabitado —ironizó con una mueca en su arrugado rostro.

—La leyenda de la tumba del apóstol. Actualmente, sus reliquias descansan en el interior de un cofre de plata en la catedral de Santiago de Compostela.

—Y es la última parada del famoso camino que lleva su nombre.

—¿Y qué hay de la revelación y de la inscripción del libro?

El decano Coster resopló con desdén y cruzó ambas piernas a merced del espacio entre la silla y la mesa de madera.

—Se cuentan muchas cosas al respecto; en principio, Santiago no debía volver a Jerusalén, pero al parecer cambió de

opinión tras aquella visión que tuvo en tierras gallegas. Algo grave debió suceder para ni siquiera enviar un emisario y partir por su propio pie. Y como dicha acción no aparece en ningún testamento escrito, fue perdurando con el paso de los años hasta convertirse en un mero rumor infundado. Si es que tuvo alguna revelación, ese secreto se ha mantenido oculto hasta nuestros días.

—Entonces no tenemos nada.

—Tenemos todo, señorita Giralt. El camino de Santiago ha unido durante más de un milenio a creyentes de todas nacionalidades. ¿Usted cree?

La pregunta incomodó a Olivia, que de un golpe magistral evadió dicha respuesta.

—Dígame en qué cree usted, señor Coster.

—Yo creo en toda la energía que nos rodea y que fue puesta en la tierra por nuestro Creador.

La solemnidad volvió a aparecer de nuevo en pos de aquel bíblico estudioso.

Viendo que aquella conversación poco podía aportar más, Olivia bebió el último sorbo de café y se puso en pie. Tras un correcto intercambio de percepciones respecto a las creencias actuales, el decano le dejó clara la diferencia entre un libro y otro y, puesto que la revelación que había tenido Santiago era aún desconocida, no creía conveniente perder algo más de su

tiempo.

—Entonces, cargándome de redundancia, he de tener claro que fue Santiago quien incluyó esa inscripción en una serie de tomos que no son conocidos para la historia.

—Así es. Solo una pequeña lista de estudiosos conoce la teoría sobre la revelación del apóstol y su relación con el símbolo «Omega» —explicó orgulloso.

—No hemos hablado del símbolo...

—No soy un experto en dicha materia, pero «Omega» es la vigésimo cuarta y última letra del alfabeto griego. Dicho lo cual y englobándola en el libro del Apocalipsis, querrá expresar el fin de toda existencia de una manera

metafórica, aunque deberíamos preguntárselo al mismísimo apóstol. Él quiso diferenciar e introducir su propia versión del apocalipsis escenificándola con ese signo.

—El fin de toda existencia... Pone el vello de punta.

—Y más cuando se habla de ello en un texto escrito de hace más de dos mil años —ironizó Coster mostrando una hilera de dientes blancos.

—Me ha sido de mucha ayuda, se lo agradezco —le tendió la mano Olivia. Se despidió del hombre y salió de la cafetería. Si bien era cierto que salía de allí con alguna idea más clara al respecto, tampoco podía tirar campanas al vuelo. Existía una diferencia entre el

libro que Miranda Cardona quiso ocultar y entre cualquier otro volumen disponible para todo el mundo. Quizá esa era la respuesta del ataque de aquellos matones en la iglesia de Saint-Pierre...

—Señorita Giralt, disculpe.

La voz provenía de su espalda, justo a la salida de la cafetería. Esperaba que aquel decano no la entretuviese con alguna batallita innecesaria.

—Dígame, señor Coster.

—Lamento haberlo olvidado, tengo una memoria de pez a veces. Imagino que se tratará de los achaques típicos de la edad... Indigna batalla perdida de antemano —expresó teatralmente—. Resulta que hace unos meses asistí a un

seminario sobre teología impartido en Viena, no sé cómo he podido olvidarlo, demonios. Allá entre bambalinas, salió el tema del mito de la revelación de Santiago y la noticia de que un grupo de estudiosos israelitas descubrió la ermita en la que supuestamente el apóstol tuvo la visión que le provocó volver a Jerusalén antes de tiempo.

—Oh vaya, me alegro de que lo haya recordado, puede ser importante. Déjeme que apunte.

—Además, antaño, yo ya había visitado el pueblo en cuestión, durante mi primera ruta jacobea y puedo decirle de primera mano que es precioso.

—Espero tener oportunidad de visitarlo en un futuro no muy lejano, pues. Aunque

no tenga nada que ver con la investigación. ¿De qué pueblo se trata?

—Se trata de una villa que hace años quedó anegada por la construcción de un embalse. El río Miño aún cubre con sus aguas los vestigios de su glorioso pasado.

—¿No me diga? —expresó Olivia súbitamente nerviosa— ¿Y su iglesia fue reconstruida piedra a piedra en su nuevo emplazamiento?

—¿Cómo lo sabe, señorita? ¿Ha estado usted alguna vez en Portomarín?

En aquellos instantes, Olivia obvió la pregunta del decano y le faltaron manos para sacar el teléfono y marcar el número de su compañero Aitor.

CAPÍTULO 21

Portomarín, Galicia.

—Entienda que esa afirmación podría resultar muy grave, señor Quirós.

—No te quepa ninguna duda de que estoy en lo cierto... La policía de este pueblo no suele ser muy efectiva. Y tutéame, por favor. No soy muy dado a estas formalidades.

El hombre acompañó al investigador a través del pasillo que daba a la salida de la comisaría de Portomarín. Aitor se preguntó por unos instantes por qué continuaba hablando con ese tipo trajeado que no parecía tener ningún objetivo entre aquellas cuatro paredes y

que se le había pegado como una lapa. Con muy buenos modales, le abrió la puerta de salida y ambos se descubrieron ante el cortante frío gallego.

—Este invierno está siendo crudo. Si no tenemos suerte, toda la cosecha se echará a perder, con lo que eso significaría para una economía como la nuestra.

Aitor contempló la plaza mayor del pueblo desde su posición y pensó que sería una buena idea comenzar a descubrir por sí mismo cada uno de los rincones del pequeño municipio. Si Miranda Cardona había desaparecido allí, descubriría alguna pista al respecto.

—¿Cosecha? — le preguntó el

detective. Lo cierto era que, con el caro traje que vestía, el tal Adán Quirós no debía de tener aspecto de trabajar en el campo.

—Sí —como si hubiera leído sus pensamientos, el hombre se miró así mismo y sonrió—. Oh vaya... No, no trabajo en el campo. Soy más bien de oficinas.

—¿En alguna factoría cercana?

—Poseo un viñedo propio.

Vaya con el autóctono. Asintió e intentó cambiar de tema ya que no quería entretenerse más de la cuenta. Intentó preguntarle por algo que al menos le sirviera de provecho.

—Interesante... Si vives aquí, seguro que conocerás esta dirección —le

mostró el teléfono móvil en cuya pantalla aparecía una reseña sobre la pensión que había reservado.

—Claro, la conozco.

Quirós se adelantó unos pasos y señaló un callejón que se perdía tras el imponente edificio de la iglesia. Sus ojos azules irradiaban energía.

—No tiene pérdida. Está al final de esa calle, a unos diez minutos caminando. Has hecho una buena elección, pese a carecer de un lujo llamativo, las habitaciones son espaciosas.

Aitor sonrió y guardó el teléfono.

—Entonces no me demoraré más en alojarme. La verdad, ha sido un placer —mintió como un bellaco.

—El placer ha sido mío, señor Cruz.

Espero que tenga suerte con su investigación. Sería un bien para todos.

Ambos se estrecharon la mano y tomaron caminos distintos. Aitor tiraba de su maleta por el suelo adoquinado cuando cayó en la cuenta de que había olvidado preguntarle algo sumamente importante.

—Señor Quirós —lo retuvo a tiempo. Este se giró y de manera amable se acercó hasta su posición. Aitor sacó la foto de la periodista desaparecida y se la mostró —. ¿Tiene usted idea de haber visto a esta mujer por aquí?

Tras observar a la bonita mujer que aparecía en la fotografía, el receptor fue tajante.

—Créeme que ya te lo hubiera dicho. Lo

lamento, pero en esta cuestión no puedo ayudarte.

—Te lo agradezco de igual forma.

—Espero que volvamos a vernos — respondió antes de girarse y comenzar a caminar en sentido contrario.

El edificio que albergaba la pensión solo contaba con dos plantas y la pintura blanca de la fachada estaba comenzando a descascarillarse. El portal estaba abierto y el pasillo que conectaba con la diminuta recepción permanecía a oscuras pese a pulsar el interruptor de la entrada. Le recibió una mujer de edad avanzada y con un carácter algo taciturno. Ni siquiera respondió al saludo de Aitor.

—¿En qué te ayudo?

Este quiso tener la fiesta en paz y comenzar su andadura por aquel pueblo con buen pie.

—Hice una reserva para hospedarme aquí esta noche. A nombre de Aitor Cruz.

—Vaya, ¿es usted? —Preguntó la mujer vagamente decepcionada —. Me esperaba otra cosa.

Él sonrió sin saber cómo debía actuar en una situación como aquella.

—Hace una hora han dejado un paquete para ti —declaró con su característico acento del noroeste. El rostro de Aitor dejó claro que aquella afirmación le sorprendió.

—¿A mi nombre? ¿Quién?

—Un transportista. Esa gente hace su

trabajo y se marcha, solo que en la caja específica que vendrías. Nada más —la oronda mujer se giró, cogió el paquete y lo dejó sobre la mesa que hacía las veces de recepción. Se trataba de una caja pequeña de cartón blanco y bien precintada. El nombre completo de Aitor aparecía en uno de los flancos de la caja escrito en rotulador negro. No había remitente. Tras observarla detenidamente, la palpó. No notó nada extraño. Algo desconfiado, comenzó a extraer la cinta adhesiva que unía las dos solapas principales.

—¿Puedo?

—Por mí como si destrozas lo que hay en su interior. Pero déjame tu DNI, necesito rellenar el registro de

hospedaje.

Aitor le hizo caso y la mujer se concentró en su tarea mientras él abría la caja. Lo que vio fue una hoja de papel doblada sobre un ordenador portátil de diez pulgadas. No había nada más. Cogió el papel y tras desdoblarlo leyó la escueta inscripción que había en él.

«Debes aprender a ser más discreto a la hora de reservar tus estancias. Los canales habituales no suelen ser siempre los adecuados. Este es tu equipo de soporte en esta investigación. Tú mismo llegarás a la conclusión de si procede su utilización o no.

Fdo: Castedo».

Junto a la firma del agente se encontraba el sello del Centro Nacional de

Inteligencia, con lo que Aitor se sonrojó de inmediato. Aquella institución había averiguado su paradero sin pestañear. En ese instante recordó a los dos miserables que les habían atacado en París, estaba seguro de que, de una manera u otra, regresarían. Olivia había accedido a guardar lo que quedó del libro del Apocalipsis, a sabiendas de que esa gente lo estaba buscando, con toda seguridad. Asumió su mala idea a la hora de reservar la habitación y procedió a pensar que no había mal que por bien no viniera.

—Sí, señora. Estaba esperando este paquete. ¿Me entrega la llave?

Minutos después, al abrir la habitación se encontró frente a un espacio amplio y

con luz. La ventana daba a la fachada, y esta a una pared baja que ocultaba un bosque de malas hierbas. No eran las mejores vistas del mundo, pero al menos no se topaba con un muro gris. Los alrededores se veían antiguos y anodinos. Dejó la maleta en una esquina y abrió de nuevo la caja que el CNI le había enviado a destino. Colocó el portátil sobre una mesilla de estudio y lo encendió. No le pidió ninguna contraseña hasta que se plantó en la interfaz del escritorio. De inmediato se abrió una pantalla de reconocimiento dactilar. Lo utilizó y grabó su huella en el sistema. Imaginaba que esa sería la contraseña en caso de tener que necesitar el equipo. De repente la

pantalla se tornó oscura y se abrieron varios archivos de manera correlativa. Se centró en ellos cerciorándose de que se trataban de documentos relacionados con el pueblo en el que se encontraba: fotografías antiguas y modernas, documentos de censo y gráficos de demografía. También había una serie de estudios históricos sobre el traslado que sufrió el pueblo desde su emplazamiento original. Según un anexo, todo se basaba en un exhaustivo reconocimiento de la propia agencia de inteligencia. Otro de los archivos mostraba una serie de planos antiguos de las colindancias y de los edificios más importantes de Portomarín. En aquel momento, tanta información le abrumó. En otro apéndice

semejante a un decálogo corporativo, aconsejaba redactar pautas diarias para que de aquella manera no se obviara nada en un futuro informe final. Tuvo la necesidad de respirar por unos instantes.

Cerró el ordenador, abrió la maleta y colocó algo de ropa sobre el único armario de la habitación. Tras serenarse mentalmente, se abrigó y salió de la habitación con la intención de despejarse. Vio de nuevo a aquella recepcionista sentada en su puesto y leyendo una revista de dudosa reputación.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —la mujer lo miró y asintió sin hablar—. Es respecto a una amiga. ¿Ha visto usted por aquí estos últimos días a una mujer

rubia, más o menos de mi edad y con los ojos azules?

La portera lo miró y dejó escapar una sonrisa lacónica de sus secos labios.

—¿Tú no sabes en qué pueblo estás? Por aquí pasa gente nueva a diario, chico. Y yo no soy un poste de anuncios para responder esas cosas.

—La verdad es que es bastante llamativa... Pero entiendo su respuesta —intentó apaciguarse en un severo exceso de paciencia—. Ha estado haciendo el camino y le perdí la pista por aquí, ya sabe, es de las personas que lleva todo al extremo y no utiliza el móvil durante la ruta.

Aitor se rascaba la barba mientras la mujer parecía impasible.

—Qué gente...

—Mire, a ver si le suena, por casualidad.

El investigador mostró la fotografía a la mujer. Esta la miró de reojo y volvió a la plana de su revista ignorando cualquier respuesta. Había leído que la hospitalidad era una de las mejores armas del camino de Santiago, pero aquel espécimen exponía justamente lo contrario. Aitor se volvió evitando un aspaviento, ya que debía dormir allí aquella misma noche.

—Como te digo, joven —comentó la mujer a la espalda de Aitor sin perder de vista el semanal rosa—, por aquí entra y sale gente nueva cada día —hizo una pausa que llamó la atención del

investigador—. Pero sí que recuerdo haber visto a esa chica hace apenas unos días.

CAPÍTULO 22

Hostal do pazo, Airexe, Galicia.

—¿Cuál es el mejor regalo que os han hecho nunca? —Lanzó la pregunta al público desde el estrado— Decidme, algo que os emocione tanto como para continuar con vuestro día a día.

—Mis hijos —respondió una mujer desde la segunda fila.

—Mi esposa —rio irónicamente un hombre bigotudo mientras hacía saltar algunas carcajadas a los asistentes.

—Ya veo, ya veo. Recapitulemos.

Con una sobriedad absoluta, Adán Quirós manejaba al populacho de la mejor de las maneras. Adoraba lo que

hacía. No era un predicador, pero entendía que hablarle al público frente a frente era una habilidad que se estaba perdiendo con el paso de los años. Como todo lo que realmente valía la pena.

—Querer a la familia está bien, no lo niego. Pero permítanme que empatico con quien no la tiene. Con aquel que decidió recorrer su camino solo. Como yo, por ejemplo. ¿Qué nos queda entonces?

La pregunta planeó sobre el aire mientras los asistentes esperaban una respuesta. Pese a que entre el público la mayoría era gente de la tercera edad, encontró más de una mirada joven y curiosa.

—Decidme, pues. ¿Nadie encuentra la respuesta?

Un silencio sepulcral llenaba el espacio de una de las salas aquel pequeño hostel.

—La fe, damas y caballeros. ¿Qué nos queda cuando todo está perdido? La manera de confiar en que todo va a ir bien. Llámenlo esperanza si quieren, pero a mi me gusta más la palabra fe — acompañó el vocablo abarcándolo con las manos.

Adoraba aquel tipo de coloquios; una vez por semana, Adán Quirós reunía a un buen número de ciudadanos de la zona para debatir en cuanto a la fe y a la esperanza. Todos ellos, igual que él, habían sentido agravio alguna vez con la

institución a la que llamaban Iglesia católica. No estaba interesado en dogmatizar sobre los caminos que cada uno de los presentes pudiera tomar, pero se sentía bien al intentar expresar sus ideas al respecto. Muchos años atrás, había sufrido las inclemencias de un sistema eclesiástico corrupto y que solo mira por reflejar una imagen de paz y bondad cuando más bien dibujaba un panorama completamente opuesto.

Y por eso era él mismo quien se subía al estrado y agarraba un micrófono cada vez que lo necesitaba. No temía a la gente, solo le apesadumbraba la codicia humana.

—Algunos de ustedes pensarán que no es necesaria tanta parafernalia para

expresar algunas de nuestras emociones —rio—. Porque de eso se trata, de expresarnos libremente. No bajo un dogma prescrito. Pero hoy quiero ir más allá. Me gustaría suponer que ustedes se sienten cómodos y receptivos. Porque quiero contarles algo, con su permiso. Pisamos tierra sacra, tierra de leyendas y de mitos. ¿Quién cree en ellos?

Se alzaron algunas manos temblorosas.

—Tranquilos, no voy a hacerlos hablar. Pero sí quiero que comprendan la diferencia entre la fe y la oportunidad. Volvamos dos mil años atrás y pensemos en el buen vino que nuestro Señor ofrecía a sus acólitos. Este estaba elaborado a base de fe. Él no pensaba en la riqueza del producto en sí, tampoco

en su fermentación o en el tipo de uva con el que había sido producido. Sin embargo, se convirtió en un símbolo por predicar con su palabra y confiando en su propia fe —hizo una pausa para tomar aliento y contemplar reacciones faciales—. Las cosas no se consiguen a base de rezar por las noches, pero quizá eso ayude. Y pretendo ser pragmático en mis argumentos, pero, ¿creen ustedes en Dios?

La arriesgada pregunta resonó en la sala mientras él se secaba el sudor con un pañuelo de seda que extrajo de su bolsillo. Se escucharon respuestas positivas por doquier. Adán Quirós bebió un sorbo de agua para aclarar su VOZ.

—¿En qué tipo de Dios? ¿En el que nos dictamina nuestra Iglesia?

Las afirmaciones se sucedían entre los presentes.

—Antaño, hubo alguien maravilloso que pisó esta tierra. Alguien que dibujó esperanza en un lugar en el que no la había. Un revolucionario. Y lo único que hizo fue mostrar un mensaje a aquella antigua civilización—pausó su discurso de manera inteligente—. Sí, les hablo de Jesús de Nazaret. Todo un líder dónde los hubo. En cambio, y por mucho que nos pese, la institución que ha defendido su legado durante estos dos milenios no ha hecho más que aprovechar la oportunidad de utilizar su mensaje hasta nuestros días.

Desde el estrado pudo oír claramente un rumor sordo que iba in crescendo. Pisaba terreno pantanoso y lo sabía. Pero también conocía que la gente era fácil de convencer, y más cuando entre los presentes había víctimas de abusos y de chantajes emocionales que provenían directamente de la Iglesia que todos conocemos.

—Jesús describió una visión, un sueño. Lo hizo de manera tan honesta que incluso dio su vida por él e intentó redimir los pecados de quienes lo crucificaron en el madero. Sí, señoras y señores, le traicionaron e imploró perdón para ellos. Para que luego «su iglesia» destruyera todos los ideales que él había transmitido.

Negó ante un público cada vez más inmiscuido en su mensaje. Contempló cómo había un grupo de octogenarias en la primera fila que incluso se santiguaba mientras hablaba.

—¿Acaso vestía Jesús las ropas que portan los mandatarios de su Iglesia? ¿Acaso él se hubiera dignado a vivir rodeado de tanta opulencia? Por no hablar de las masacres que se continúan haciendo en su santa memoria. Guerras, cruzadas, inquisiciones...—enumeró— El hombre no ha hecho más que negar su mensaje desde que él murió.

—La iglesia lleva la fe a millones de personas desamparadas —se atrevió a expresar un hombre desde la tercera hilera. Parecía visiblemente contrariado.

Adán Quirós lo contempló y agradeció su participación.

—La fe la demuestran las personas, no las instituciones; hay hombres con sotana que han perdurado en la fe durante cientos de años, tengo constancia de ello. Pero, ¿qué me dices de aquellos que han abusado del nombre de Dios para cometer atrocidades de las cuales no sería capaz de hablar en público?

Bien por dejadez o bien por convencimiento, el hombre no replicó al orador. Quirós perdió su mirada entre el público y en un atisbo de locura creyó ver a aquel párroco de recuerdo imborrable para él mezclado entre la multitud. Su cabeza dio un vuelco

inevitable. Por unos momentos rememoró la escena de la azada ensangrentada mientras aquel demonio de hábitos oscuros le pedía clemencia desde la desesperación. «—Fui su Dios e impartí justicia». Se serenó y recuperó la cordura de manera natural. Todo aquello ya había quedado atrás.

—Tenemos nuestra propia muestra de la oportunidad. Mirad a vuestro alrededor, observad este pequeño pueblo del cual la mayoría sois vecinos —dejó un tiempo de reflexión—. Cuando hace cerca de dos mil años hubo un apóstol que recorrió el norte del país para reflexionar sobre la palabra de su mentor... No pensaría que en nuestros días habría albergues que sellarían una

libreta para que alguna institución justificara su espiritualidad. A base de dinero, eso sí. Ya sabéis, el Camino de Santiago del que todos estamos orgullosos. Un camino que parte del hallazgo de una tumba para convertirse en un mísero negocio que juega con el nombre de lo divino.

Muchos de los presentes tornaron su semblante para reaccionar de manera amistosa. Sabía que la multitud por esas lindes era creyente, así que le gustaba jugar con el populismo que representaba la oportunidad convertida en negocio. En definitiva, ese era el mensaje que quería transmitir.

—Deberíamos plantearnos seriamente el hecho de cambiar las cosas. Y las cosas

pueden ser lo que a cada uno le concierna. Creamos en nosotros y no en los mensajes confusos que interceptamos, porque a la larga nadie recordará de dónde venimos y hacia dónde vamos. Solo nuestra moralidad perdurará hasta el fin de los días.

El silencio fue mitigado por el eco que provocaron sus palabras. Todos los presentes le miraron a la espera de algún tipo de reacción por su parte, pero él se quedó en blanco. Pero algo debió cambiar en el ambiente cuando uno de los presentes comenzó a aplaudir como si de un guión ensayado se tratara. Como corderos perdidos en un mar de hierba, el resto del público le siguió y

comenzaron a aplaudir con intensidad. Él saludó y bajó del estrado por la parte de atrás, satisfecho. Su plan perduraría, estaba completamente seguro de ello.

CAPÍTULO 23

Aeropuerto internacional del Prat,
Barcelona.

Olivia Giralt permanecía a la espera de que su vuelo fuera anunciado por megafonía. Según las pantallas de información, este iba con retraso y debería esperar más de la cuenta. Vestía unos pantalones ceñidos de color marrón y una cazadora de piel oscura. Iba maquillada de manera sencilla, como de costumbre. Un poco de color base y algo de pintalabios de un tono no demasiado llamativo. Llevaba el cabello suelto, mostrando una melena dorada envidiable que caía sobre sus hombros.

Ya hacía unos minutos que se había terminado el café y el vaso de cartón reposaba en una de las mesillas de espera. Había reservado el vuelo Barcelona-Santiago de Compostela a cuenta del CNI y, aunque se tratara del cuerpo de inteligencia más importante del país, un aeropuerto era un aeropuerto. No había tenido oportunidad de hablar con su cónyuge al respecto, simplemente le había enviado un mensaje instantáneo para que la llamara en cuanto pudiera. Pero siendo principios de año, él debería estar tremendamente ocupado en el trabajo. Resopló mientras continuaba dándole vueltas al encuentro que había tenido con aquel decano del centro de estudios

bíblicos. Necesitaba recapitular; abrió su libreta y comenzó a preguntarse cuáles eran los cabos que debían atarse antes de continuar.

Miranda Cardona había desaparecido de París dejando un libro oculto en una taquilla. Si lo hizo es porque sabía que corría peligro con la investigación que supuestamente le concernía. Hábilmente mostró un mensaje sobre un receptor de entrega en caso de que algo ocurriera como no esperaba. Lamentablemente el malogrado padre Maurice murió a manos de unos desalmados que buscaban el libro del Apocalipsis que Miranda había ocultado con anterioridad. Rememoró cómo Aitor y ella huyeron por los pelos. En un acto de

heroicidad, el cura expresó un críptico mensaje que tuvieron la habilidad de descifrar a tiempo y, después de la charla con el decano esa misma mañana, los dos puntos opuestos les llevaban al mismo pueblo de Portomarín. Era irrefutable. Algún tipo de investigación relacionada con el libro del Apocalipsis y el apóstol Santiago había llevado a la periodista hasta tierras gallegas, donde presumiblemente había desaparecido. O simplemente estaba tomando medidas para pasar desapercibida. El caso es que tanto ella como Aitor debían descubrir su paradero... Y el hecho de que aquellos dos desequilibrados se hubieran liado a balazos en medio de una iglesia, no le auguraba muy buen

futuro. Intentó ponerse en contacto con Aitor por enésima vez, pero este no le cogía el teléfono después de tres intentos. No es que no confiara en él... Pero se le hacía difícil pensar que siempre optara por el camino más fácil. No, él siempre tenía que hacer las cosas a su manera. Y eso le preocupaba; ya no solo por el devenir de la misión en cuestión, sino porque lo apreciaba. Lo conocía desde hacía tantos años que siempre intentaba ir un paso por delante de él, tal y como sucedió en la investigación del caso del doctor de la peste. Tenía suerte de estar con vida, después de todo.

Se puso en pie y caminó de nuevo hasta la pantalla informativa, portando su

maleta. El teléfono le comenzó a vibrar en su bolsillo. Al ver la larga numeración en la pantalla optó por pensar que se trataría de Castedo. Y así fue.

—Giralt, sé que tu vuelo aún no está disponible. Pero necesitaba hablar contigo imperiosamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupada por Aitor.

—Hemos recibido información de que Miranda Cardona estuvo en Portomarín. Habéis realizado un buen trabajo. Os felicito. Pero ahora es cuando debéis hilar fino.

—No he podido contactar con Aitor.

—No te preocupes, lo tenemos localizado... Igual que a ti.

—¿Cómo? —preguntó ella imaginándose algún tipo de artimaña ilegal.

—Debido a que la misión corre a nuestro cargo, hemos tomado las medidas necesarias para poder protegeros en caso de necesidad. Es por vuestra propia seguridad. Déjame explicarme.

Olivia frunció el ceño y miró a su alrededor de inmediato. Algunos de los transeúntes la miraron con cara de circunstancia mientras ella hacía su propia criba.

—Tenemos completamente monitorizado vuestro dispositivo móvil. Me veo en la obligación de informarte que incluso cuando este está inactivo, emite para

nosotros.

No sabía por qué, pero a ella esa afirmación no le sorprendió.

—Lo imaginaba.

—Es un procedimiento estándar dentro de nuestros parámetros. Necesitamos realizar un seguimiento de todos y cada uno de nuestros efectivos. De esa manera tenemos localizado cuanto necesitamos. Además de mi supervisión, contáis con un analista que sigue toda vuestra actuación desde nuestro centro de control —la voz del agente Castedo sonó monótona y protocolaria. Pese a que en su momento se ciñó al papel de informador gélido, tras lo sucedido en París había optado por un tono más cercano. A veces, Olivia se preguntaba

por el tipo de vida que debía llevar aquel hombre.

—Lo asumiremos.

—Tu compañero Aitor ha dado con la pista de Miranda Cardona, con lo que estoy seguro de que continuará al acecho hasta que descubra su paradero.

Hubo un silencio entre ambos que incomodó a Olivia. Influenciada por la información respecto al libro del Apocalipsis y al viaje del apóstol Santiago a Galicia, continuaba pensando que lo más importante era que Aitor no actuara por sí solo. Tenía la sensación de que Castedo se había puesto en contacto con ella por lo mismo, para que interfiriera.

—Solo esperaría que, por el bien de

todos, no se excediera demasiado en su planteamiento.

—Estoy segura de que hará bien su trabajo—respondió Olivia de manera honesta. Lo que no le expresó al agente Castedo es que tenía un muy mal presentimiento sobre lo que se les venía encima.

CAPÍTULO 24

Portomarín, Galicia.

Aitor contempló el gastado cartel que decía «O Mirador» a tonos rojos y blancos. Subió la escalera y abrió la puerta de acceso hacia un comedor reconfortante. La calefacción era muy necesaria en aquel frío ambiente. Al fin había conseguido asegurarse de que el destino de Miranda Cardona tras salir de París, había sido Portomarín. Desde el momento que tuvieron referencias de la conexión entre Miranda y aquel pueblo, intuía que todo se debía en parte a la iglesia, pero por el momento le había sido imposible entrar en ella. Al

pasar frente a su puerta hacía unos minutos, de nuevo la había visto cerrada. Ya tendría su momento. La portera de la pensión en la que se iba a hospedar esa noche le aseguró que la periodista había pasado por allí, ya que fue ella misma quien le recomendó el lugar en el que él se encontraba en esos momentos. Al parecer, Miranda llegó al pueblo por la tarde y sin reservar hospedaje, algo bastante arriesgado teniendo en cuenta la masa de peregrinos que llegaban cada día desde el pueblo de Sarria y cercanías. La casera le aseguró que en «O Mirador» encontraría alojamiento, y eso precisamente es lo que quería averiguar Aitor Cruz. Justo habían pasado tres días de aquello, con

lo que después de todo quizá no era tarde. Un hombre lo recibió tras una mesa de escritorio junto a un recibidor alicatado en madera. Una de las paredes estaba repleta de fotografías que hacían referencia al camino; un claro homenaje a los peregrinos que pasaban por ahí. Se entretuvo en mirar las imágenes mientras el recepcionista terminaba de ejecutar el registro de dos peregrinos sexagenarios.

«O Mirador» servía a los caminantes como restaurante y albergue privado, pero sus habitaciones no pasaban de los cinco euros la noche, exactamente igual que la tasa establecida para los municipales.

—Es magnífico —dijo el hombre desde su posición—. Nunca me dejo de

asombrar de la voluntad de la gente. Estos dos peregrinos vienen desde Hamburgo. Llevan más de dos meses caminando.

Aitor sonrió y se acercó al puesto de recepción. Prefería no expresar su opinión al respecto.

—Tú no tienes pinta de peregrino —dijo el hombre dejando escapar el característico acento de todos los autóctonos de la zona.

—No, solo he venido de visita porque me gusta este pueblo.

—Un placer oír eso, amigo—enseguida el hombre le tendió la mano— ¿Qué necesitas, reserva para almorzar?

—Quizá luego —expresó simpático—, ahora me gustaría preguntarle por una

amiga que pasó por aquí hace unos días. Extrajo su teléfono móvil y le mostró la fotografía de la mujer. Para pasar desapercibido sería mejor no ir mostrando por el pueblo una fotografía de tamaño 10x15 a todo color. Entendió que guardar la discreción sería vital para no espantar moscas, como se solía decir.

El hombre ojeó la imagen y sonrió:

—Oh sí, la recuerdo —Aitor tuvo ganas de abrazarlo—. La recuerdo perfectamente, una joven así no es fácil de olvidar. Estuvo por aquí hace un par de días.

Al parecer por su reacción, no había tenido mala percepción de ella.

—Menos mal —teatralizó—. Llevo toda

la mañana buscándola por aquí y nadie sabe decirme nada sobre ella.

—Bueno, yo tampoco sabría decirte dónde está. Vino por la tarde y no teníamos disponibilidad de hospedaje. Incluso para ser principios de enero hay demasiados peregrinos. Aceptó cenar aquí y subió al comedor.

Aitor frunció el ceño, al parecer, Portomarín rebosaba de huéspedes cada fin de jornada. Lógico, por otra parte.

—Habla con Bastián, es el camarero que la atendió y los vi conversando un rato antes de que se marchara.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —le preguntó al amable hombre.

—Arriba, es el único camarero que hay en este turno. De paso, échale un ojo a

las vistas que tenemos aquí, caralho, y tómate un buen chupito de aguardiente.

—Primero la vistas, después ya veremos —respondió con un guiño de ojo.

Cruzó un pasillo y subió unas escaleras que daban a un comedor en el que a esas horas desayunaban algunas personas. Lo cruzó y salió a la terraza que había al final del salón. Ahora entendía el significado del nombre del restaurante-albergue. Las vistas que ofrecía la balconada eran espectaculares. Se podía contemplar el río en todo su auge y el puente que conectaba con la carretera estatal. Aitor apoyó los codos en la barandilla y disfrutó del espectáculo visual que se cernía frente a él. Valía la

pena pese al frío. Era impresionante. Se sentó en una mesa solitaria y pidió una cerveza a un camarero de color, que se le acercó de inmediato. Minutos después, el hombre regresó con la cerveza sobre una bandeja.

—Gracias, cóbrate cuando puedas —le dijo ofreciéndole un billete de cinco euros—. ¿Eres Bastián?

El hombre pareció extrañado, pero de inmediato ofreció una sonrisa de oreja a oreja.

—El jefe siempre delatando mi nombre.

—No te preocupes, soy de fiar —contestó—. Le pregunté si había visto a una amiga mía, y me contestó que tú estuviste charlando con ella.

Mostró la foto al camarero, que la miró

con interés.

—Oh, Miranda. Claro, muy buena mujer. Aquí se conoce a gente maravillosa a diario. Es lo que más valoro de trabajar en este lugar.

Aitor intentó no parecer muy interesado, ya que tenía miedo de ruborizarlo. Dejó que el hombre continuara.

—La pobre recorrió el pueblo entero en busca de cama para dormir, pero a las horas que llegó le fue imposible. Fue de eso de lo que hablamos.

—Ajá. La verdad es que siempre es así. Suele dejarse las cosas para el último momento, y paga las consecuencias. Dímelo a mí, somos compañeros de trabajo.

—Pues es usted muy afortunado —le

dijo.

—¿Sabe entonces si salió del pueblo?

—Bueno, le aconsejé que dejara de buscar. Pero también le dije que tenía una última oportunidad de pasar noche aquí si quería.

—¿En tu casa?

Bastián rió a carcajadas.

—Ojalá, pero yo no vivo en este pueblo y ella estaba realmente interesada en pernoctar aquí. Es un lugar especial. Entonces, le conté mi historia.

A Aitor le estaba comenzando a parecer interesante aquella conversación.

—Me interesará a mí también, estoy seguro.

—No es interesante. Pero la primera vez que llegué desde Camerún, me pasó lo

mismo. No encontraba lugar para dormir —contó vivaracho—. Y aunque sabía que estaba prohibido, me puse a dormir en uno de los bancos de la plaza mayor. Entonces, se me acercó un hombre de madrugada y preguntó que qué demonios hacía durmiendo a la intemperie. Me advirtió de que podía morir de frío. Y claro, le dije que un forastero negro y recién llegado no iba a colarse en cualquier casa para dormir, ya que todos los albergues estaban llenos.

El tono de voz rezumaba melancolía a la par que agradecimiento.

—Y para mi sorpresa, el hombre era párroco del pueblo y me invitó a dormir en sus celdas.

—¿Qué celdas? —se recostó más

cómodamente en la silla de madera.

—Y eso es lo que pocos peregrinos saben —afirmó serio—. La iglesia cuenta con dos celdas para el estudio y el pensamiento.

—¿San Nicolás?

—En efecto. Así que me dio acceso al estudio de piedra y dormí allí. Era frío, pero el gentil hombre me prestó un par de mantas. Y es lo que le recomendé a la chica, que preguntara por dormir allí. Pero no sé si lo hizo o no, ya que se marchó y la perdí de vista.

—Entiendo, creo que debería ir a preguntar a la iglesia, pero la he visto cerrada hace un rato.

—Oh, sí. El párroco siempre cierra la puerta principal por las mañanas, pero

hay una entrada trasera cerca de la sacristía. Conociéndolo, estoy seguro de que te atenderá sin problemas.

—Quédate el cambio de los cinco euros, por favor.

—Solo lo haré si le das recuerdos míos a ese hombre.

—Dalo por hecho.

Se despidió del camarero y dio la espalda al maravilloso paisaje que escenificaba el río Miño a su paso por Portomarín. Caminó por un sendero pedregoso los aproximadamente doscientos metros que separaban el establecimiento de la iglesia y fue en busca de la parte posterior de la misma. Efectivamente, vio una puerta trasera de madera a medio cerrar. Cruzó un camino

de grava que la separaba de la calzada y entreabrió llamando con los nudillos.

Aunque llevaba ya demasiados años trabajando como detective privado, no tenía por qué saberlo todo. Y honestamente no tenía ni idea de qué era una celda, como que lo consultó a través de su teléfono. Tal y como le informó aquel simpático camarero, se trataban de espacios dirigidos al estudio y al pensamiento. Lo que no le dijo, aunque podía intuirse por la propia palabra, era que solían ser sencillos y aislados, por lo general. Existían también en el interior de los monasterios y su uso era más bien dirigido al personal de mayor rango que necesitaba ausentarse psicológicamente de la

sociedad y de su clero. Por mucho que no entendiera aquellas situaciones, no cabía más que respetarlas. Todo este mundo se basaba en diferentes creencias que lo único que hacían era converger entre nosotros. Quizá él mismo algún día podía sentir la necesidad de evadirse de la humanidad, aunque fuera por un tiempo.

—¿Hay alguien?

La entrada trasera daba a un pasillo por el que se accedía a la nave central de la iglesia. A cada paso que daba, incrementaba un olor a incienso quemado y maloliente. El viejo cura que pereció en la iglesia de Saint-Pierre le dio referencias sobre el posible paradero de Miranda Cardona y pese a

su ostracismo inicial, en aquellos momentos, Aitor Cruz estaba nervioso. ¿Y si realmente la periodista se encontraba en el interior de aquella iglesia? Lo dudaba, básicamente porque desconocía el motivo por el cual no daba señales de vida.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz a su espalda.

Al volverse, vio a un hombre menudo y calvo. No llevaba hábito, sino que vestía con ropa corriente.

—¿No has visto que la puerta principal está cerrada?

—Lo siento, pensé que podía entrar también por esta otra —lanzó balones fuera mientras contemplaba la cara de enfado del hombre.

—Está cerrado hasta las tres. Debe marcharse.

—Déjeme que le explique.

No atendiendo a suposiciones, el hombre caminó hacia Aitor haciendo aspavientos.

—Si tuviera que dejar que cada una de las personas que entra a esta iglesia me explicara sus excusas, no cerraría nunca. Lo siento, vuelva más tarde.

—No creo que sea el modo...

—Lo siento. Cuando regrese el cura le explica a él lo que necesite.

—Señor, no me toque —se defendió Aitor ante el brazo que le agarraba suavemente del hombro. Algo sorprendido, decidió que era momento de comenzar a utilizar el tipo de

autoridad que le concernía. Dio un paso atrás liberándose de aquellas débiles manos y extrajo la identificación que le acreditaba como colaborador del CNI en caso oficial.

—No me haga darle más explicaciones.

—¿Qué es eso, un nuevo tipo de cartilla compostelana? —expresó agudizando la visión.

—Me veré en la obligación de llamar a la policía si es usted tan ingenuo como para entorpecer una investigación oficial del CNI —no sabía por qué, pero siempre había querido decir eso.

Aquel conservador de la iglesia lo miró con cara de pocos amigos y frunció el ceño.

—Por favor, colabore. No tengo mucho

tiempo que perder. Necesito saber si conoce a esta mujer —mostró por enésima vez el rostro de Miranda Cardona.

—¿Ella? —Vilipendió el hombre sin ningún tipo de rubor— Ya sé por lo que vienes. Y la verdad que ya iba siendo hora.

Su reacción sorprendió a Aitor, que visiblemente confundido prefirió seguirle el juego.

—¿Cuándo estuvo aquí?

—Hace dos noches. Y le aseguro por lo más santísimo que no volverá más. Eso se lo digo yo.

—Explíqueme.

—No creo yo que valga demasiado la pena. Esa mujer, Miranda, o como se

llame, llegó al pueblo por la tarde y como es lógico no encontró cama para dormir. Y por meras casualidades de la vida, conoció a un hombre al que yo ayudé hará algunos años. Este, pobre demonio, le recomendó que preguntara por las celdas de estudio.

—Sí. Conozco esa historia.

—Ella durmió aquí aquella noche y se marchó. Y mi pecado fue el haberme fiado de su rostro angelical, ya que, de haber sabido lo que iba a hacer, hubiera tomado las medidas necesarias.

La decepción al saber que Miranda Cardona no se hallaba allí, le dejó patidifuso. Intentó no desconectar de la conversación, ya que todo lo que extrajera de aquella persona podía ser

importante para descubrir el paradero de la periodista. ¿Qué diablos estaría investigando por aquella tierra? Si era cierto que Olivia había encontrado algo de información al respecto, necesitaba saberlo.

—Deduzco que querrá ver lo que hizo —repuso el hombre mientras extraía un pesado juego de llaves que colgaban de su cinturón—. Acompañeme.

No les hizo falta salir a la nave central de la iglesia. Les bastó con introducirse por una puerta y subir unas escaleras que llevaban a una torre interna del edificio. Pese a ser mediodía, la humedad era latente. A medida que subían, dejaban atrás diferentes ventanucos, a través de los cuáles, Aitor

pudo contemplar la plaza mayor de Portomarín desde las alturas. La piedra pulida e incluso los apliques que antaño sujetaron las antorchas, le daban al lugar una especie de misticismo medieval que el investigador no pudo obviar.

—La gente que sube aquí siempre se sorprende. Nadie espera que esta iglesia tenga una torre escondida en su interior.

—Tiene razón, yo tampoco lo esperaba —intentó por primera vez parecer simpático. Tenía un aura que le inquietaba. Después de lo que había ocurrido en París, se encontraba en la iglesia que aquel cura le mentó en su lecho de muerte.

—¿No sabe dónde fue?

—¿Quién? ¿La chica? La verdad, no me

gustaría pensar que le ha ocurrido nada desagradable, pero intuyo que estaba metida en algo turbio. Drogas, alcohol, quién sabe.

Aitor frunció el ceño a medida que subía tras aquel conservador. Si bien era cierto que no encontraría a Miranda en aquellas dependencias, al menos esperaba alguna pista de su paradero. Subieron un último repecho de escaleras y se detuvieron frente a una puerta de madera vieja. ¿Por qué estaría tan molesto con ella?

—Esta es una de las celdas de estudio que llevan utilizán-dose desde hace demasiado tiempo.

El conservador abrió la puerta y se apartó para que Aitor pudiera pasar. De

dentro emanó un olor a perfume femenino que lo embriagó de inmediato. —Aún huele a su pretenciosa fragancia —expresó asqueado el viejo.

La sala cuadrada no contenía más que un camastro, un escritorio acompañado de una silla de madera y un escueto orinal metálico. Aitor no vio nada extraño para que aquel tipo estuviera renegando desde hacía ya un rato. Sintió un cosquilleo al continuar percibiendo aquel perfume, dándole la sensación de que estaba muy cerca, de que podía sentirlo.

—Ahí, en el escritorio —incriminó el hombre desde la entrada.

Al dar unos pasos y colocarse frente al pupitre de madera, pudo comprender de

alguna manera por qué el conservador de aquellas instalaciones estaba tan furioso con lo que había hecho Miranda Cardona.

CAPÍTULO 25

Iglesia de San Juan y San Nicolás,
Portomarín.

La superficie del escritorio estaba totalmente rallada, arañada y desconchada por ciertas partes. Había sido tal la violencia que se había empleado para ejecutar dicha tarea, que bajo el suelo aún quedaban retazos de madera a medio barrer.

—Lo dejé todo tal y como estaba para que lo vierais.

—¿Y asegura que esto lo hizo la chica de la fotografía que le mostré?

—Completamente seguro. Cada día compruebo el estado de este lugar que,

como ves, no rebosa de lujo. Y antes de que ella durmiera aquí, ese antiguo escritorio estaba impoluto. Y la muy... —se reprimió— no tuvo otra cosa que hacer que destrozarlo.

—Está bien, tomaré nota.

El hombre continuó hablando a su espalda, pero el investigador había aprendido a asentir sin ni siquiera escuchar. Estaba totalmente embelesado con las inscripciones que había encontrado en aquel escritorio. Tras cotejarlas, todo cuadraba para que las hubiera ejecutado la misma Miranda Cardona. Entre trazos sin sentido, pudo ver algunas inscripciones demasiado interesantes como para obviarlas. Encontró el símbolo «Omega» dibujado

varias veces, incluso el nombre del libro del apocalipsis y del apóstol Santiago. Todo aquello bajo una nitidez absoluta. Pero había un nombre y apellido que se repetía una y otra vez y no lograba encontrarle sentido para con la investigación: Lázaro Ponte.

Tras hacer una fotografía al escritorio, se volvió hacia el hombre.

—¿Le suena algo el nombre de Lázaro Ponte?

El hombre asintió desde el umbral.

—Es un ciudadano de Portomarín.

Aitor arqueó una ceja algo sorprendido.

—¿Y qué tiene de especial para que destrocen una mesa con su nombre?

—Nada, que yo sepa. Era una especie de predicador que pululaba por ciertas

parroquias de la zona. Pero se retiró hace tiempo. Sé que vive en Portomarín, pero no sé exactamente dónde.

Aitor asintió y volvió a mirar el escritorio. El símbolo «Omega» aparecía por doquier y en cualquier tamaño. Las referencias al libro del apocalipsis eran menores, pero igualmente visibles. Intentó averiguar si había algo más que pudiera ayudarle en la investigación, pero lo desechó al momento. Aconsejó al restaurador que no abriera la celda hasta nuevo aviso policial y bajó las escaleras que daban a la planta inferior del templo.

Lázaro Ponte... Debía averiguar quién respondía a ese nombre, ya que estaba seguro de que debía de ser importante.

Tras despedirse del hombre, salió al frío de nuevo. Sacó el teléfono y marcó el número de Olivia, pero al verlo desconectado, intuyó que ya se encontraría en pleno vuelo. De todas formas, seleccionó la fotografía que había hecho al escritorio y se la envió por un programa de mensajería instantánea.

Caminó hasta uno de los flancos de la plaza mayor, pensando que, si quería descubrir la identidad del tal Lázaro, debía comenzar por preguntar en la comisaría. Entendía que allí le podrían dar toda la información relacionada con el censo del pueblo, ya que el ayuntamiento ya permanecía cerrado a esa hora. Entró al vestíbulo y preguntó

por el sargento Iago Martín. La agente policial que atendía a la recepción le informó de que este había salido, pero que no tardaría en regresar. Haciendo tiempo, Aitor se sentó en la sala de espera y dejó que atendieran a un grupo de peregrinos ofendidos porque alguien le había robado sus pertenencias mientras dormían la noche anterior.

Sopesó la idea de volver a llamar a Olivia, pero dejó que fuera ella quien tomara la iniciativa una vez hubiera aterrizado en Galicia. Siendo las horas que eran, ya estaría a punto de hacerlo.

Mientras intentaba ordenar sus ideas respecto al caso, se le acercó un agente uniformado y le pidió que lo acompañara. Cruzaron un pasillo de

linóleo y se introdujeron en una sala de operaciones semivacía.

—Siéntese, por favor. El sargento Martín me dio instrucciones de que le atendiera en caso de que él no estuviera. Sé por qué está en Portomarín, agente. Sorprendido, Aitor se acomodó en la silla.

—Vayamos al grano, pues. Necesito que me localicen a Lázaro Ponte, un hombre que según tengo entendido, vive en el pueblo.

El agente se colocó frente a un ordenador y comenzó a teclear.

—A bote pronto, no me suena su nombre —dijo tras cotejar varios resultados en la pantalla.

Tras unos instantes en los que el policía

parecía convencerse a sí mismo de que debía hallar una respuesta, decidió desistir.

—¿Estás seguro de que ese es el nombre? —Preguntó abandonando la consola informática —En el sistema de censo no me aparece ninguna entrada así.

—Estoy completamente seguro.

—Detective Cruz —saludó una voz conocida desde la entrada de la sala de control —. Veo que tu día está resultando productivo.

—Lo está siendo, sí —se puso en pie y le devolvió el saludo al sargento Iago Martín, máxima autoridad en el pueblo.

—Ya puedes dejarnos, Héctor. Gracias por atender al investigador.

El otro agente se puso en pie y abandonó la sala sin rechistar. Rodeó la mesa y se sentó en su lugar.

—Tenía necesidad de verte, hemos tenido que posponer la batida por falta de efectivos.

La confesión del sargento le conectó directamente con la afirmación que aquel tal Adán Quirós le había hecho en la puerta de la comisaría unas horas antes. Al parecer, en aquella comisaría todo era poca voluntad, comenzando por su sargento. Aitor sopesó un aspaviento, pero entendía que no era el lugar ni el momento idóneo. Le bastaba con que le identificaran a aquel hombre que buscaba.

—Lo lamento, creo que hubiera sido de

mucha ayuda.

—Teniendo en cuenta la inmensidad boscosa que rodea este pueblo, no podemos perder el tiempo enviando a una decena de personas al anochecer. Me comprometo a enviar más personal al alba. Es lo mejor que podemos hacer. Asintió y mostró al sargento la fotografía que había tomado al escritorio hacía un rato.

—Miranda Cardona ha estado aquí, en Portomarín. De eso no tengo ningún tipo de duda —afirmó con tono serio.

El sargento contempló la imagen y no pareció que esta le produjera ningún tipo de reacción.

—¿Esas son sus pruebas? —Se rascó el mentón —Imagino que habrá derivado

en ellas en consecuencia de alguna otra cuestión.

Aitor lo miró sin remordimientos.

—Sargento, esto lo ha hecho ella. Como ve, en esa mesa se repiten una serie de patrones, pero desconozco uno de ellos en concreto: Lázaro Ponte.

Iago Martín arqueó las cejas mientras Aitor retiró la imagen en cuestión.

—Sí. Lo conozco. Vive en este pueblo.

—Necesitaría localizarlo, y creo que tú puedes ayudarme mejor que nadie.

El policía, pensativo, se recostó en el respaldo de la silla. Tras deambular aparentemente en la inopia durante unos segundos, trató de explicarse:

—No puedo hacerlo.

La respuesta, tan tajante como rotunda,

escoció a Aitor tal y como si le acabaran de rociar vinagre sobre una herida reciente.

—¿Cómo?

—No puedo ayudarte. Es más, tengo que confirmarte que te he mentado. Pero déjame explicarme.

El sargento se quitó las gafas, mostrando un rostro aún más juvenil.

—Creo que debería marcharme. No creo que deba recibir ninguna explicación sin hablar directamente con el CNI.

—Ese es el problema, Aitor. El CNI —dijo de manera elocuente—. La fiscalía nos ha prohibido realizar ninguna batida sin una orden expresa del juez. Y eso, como comprenderás, no se expide de la noche a la mañana.

—Estamos hablando de un caso real de una persona cuyas pruebas fehacientes la relacionan con este pueblo. Creo que eso ya sería suficiente como para comenzar a mover ciertos hilos.

—El CNI va por libre, y en su caso, tú eres el encargado de dar la cara por ellos. Y las cosas no son así; todo tiene un procedimiento. ¡Qué te voy a decir a ti! Sabes de sobra cuáles son las reglas. Con todos mis respetos, no pueden enviar a un investigador y que este ponga a todo el pueblo patas arriba con sus preguntas.

Aquello ya comenzaba a ser el colmo. Directamente, aquel sargento de pacotilla lo estaba acusando. Ante la creciente indignación de Aitor, el agente

continuó con su charla.

—No quería decírtelo, pero sé que has estado en el «O mirador» preguntando por Miranda Cardona. El propio camarero me ha informado de que un forastero le había linchado a preguntas esta misma mañana. Y todo al respecto de una mujer que había pasado por el pueblo. Verás, por esta tierra pasan miles de desconocidos cada mes. Son el sustento vital de todos nosotros y, claro está, estamos obligados a ser recelosos de nuestra propia intimidad.

—¿Y qué me quieres decir? ¿Que me vuelva a mi pensión y espere noticias?

—No. Simplemente que respetes el hecho de que el CNI ni siquiera nos ha informado de tu llegada. A partir de ahí,

todos nos pondremos en marcha.

—Está bien —se levantó sin expresar ninguna palabra malsonante—. Cada minuto que pasa, puede ser uno menos en la vida de Miranda Cardona. Comprende que entienda esto como una ofensa.

El sargento Iago Martín se puso en pie tal y como lo hizo su interlocutor. Ambos parecían condenados a perder los estribos.

—No voy a jugarme mi puesto de trabajo ni el de todo mi equipo por permitir una investigación que la fiscalía no ha autorizado por el momento.

Aitor le dio la espalda y abrió la puerta de salida de la sala de control de la comisaría de Portomarín. Aquello era el

colmo. Indignado, cruzó de nuevo el pasillo y salió del edificio evitando aspavientos innecesarios. Al fin y al cabo, se había encontrado con aquel problema cientos de veces en su vida. Salió de nuevo al frío invernal y pensó que lo más sensato sería respirar y olvidarse de todo. Lamentaba decirlo, pero quizá con la llegada de Olivia sería otro cantar. Volvería a la pensión, pediría algo para comer y reposaría hasta recibir noticias de su compañera. Por la tarde quizá saliera a continuar investigando por la zona. Lo que tenía claro es que no iba a permitir que unos pueblerinos le dijeran lo que tenían que hacer con su investigación. Aunque sin querer asumirlo del todo, tenía la vaga

sensación de que le estaban comenzando a ocultar algo que desconocía.

CAPÍTULO 26

Aeropuerto de Santiago de Compostela,
Galicia.

Olivia notó que le vibraba el teléfono una vez hubo recogido su maleta de la cinta transportadora. Se detuvo en una esquina y descolgó.

—Aitor, ya he llegado.

—Gracias a Dios, me estoy comenzando a aburrir en este pueblo del demonio.

—¿Qué te ocurre?

—Trabas y más trabas.

—Cuéntame, estoy saliendo a la terminal del aeropuerto. Ponme al día.

Olivia salió al sencillo espacio que abarcaba la terminal de llegadas del

aeropuerto y continuó en dirección a la salida. Su idea era que un taxi la llevara hasta Portomarín lo antes posible.

—No nos autorizan a comenzar hasta que el CNI de el visto bueno.

—¿Cómo? Creo que debería llamar a Castedo y explicarle lo que ocurre.

—He descubierto cosas, Olivia. Te he enviado una foto en la que verás un escritorio lleno de inscripciones. En ellas aparece un nombre que me descoloca. Un tal Lázaro Ponte.

—No me suena. Pero ten cuidado Aitor, no vayas por libre hasta que el CNI no nos autorice. Esto me lo olía yo...

—Miranda Cardona ha estado aquí. No hay ningún tipo de duda. Así que no debemos quedarnos con los brazos

cruzados, no sabemos dónde puede encontrarse.

—Ya sabes lo que pasa cuando te tomas la libertad de hacer las cosas por tu cuenta, Aitor. No creo que sea necesario que te lo recuerde —dijo plantándose antes de salir.

—No voy a hacer nada, esta vez dalo por seguro. Pero creo que hay algo más en este pueblo.

—¿Algo? ¿A qué te refieres?

—Es una sensación de hermetismo poco común. He hablado con un camarero esta mañana que me ha reconocido a la chica de inmediato. Pero poco después me ha delatado al sargento, algo que me hace dudar —explicó de manera honesta.

—No te preocupes —intentó matizar su declaración.

—No es un lugar común, Olivia. Por aquí pasa muchísima gente cada día, no es el típico pueblo en el que las vecinas se sientan a cotillear en las tardes de verano.

—¿Me estás intentando decir que te ocultan algo?

—No me malinterpretes, no pienso eso.

—Hablaré con el agente Castedo. Le diré que remueva cielo y tierra para que podamos investigar como Dios manda. Intentaré tener una orden antes de esta noche. Hasta entonces, por favor, no saques los pies del tiesto.

—¿Necesitas que vaya a buscarte?

Olivia sopesó la respuesta entendiendo

que si viajaba hasta Santiago no se metería en problemas. Pero pese a que lo veía algo alterado, decidió no desconfiar.

—No, cogeré un taxi y estaré allí en un par de horas como mucho.

—Otra cosa, Olivia.

—Dime —contestó algo asustada debido al cambio de tono de su compañero.

—En la pensión en la que me hospedo... No quedan habitaciones libres.

—Pero te han dado una, ¿no?

—Sí. Claro, una. Con una cama.

—¿Y qué problema hay? —preguntó Olivia con toda la confianza a sabiendas de que a él le incomodaba el tema. Aún recordaba cómo los ojos de Aitor la

miraron en aquel hotel veneciano.

—Ninguno —notó rubor en su voz.

—Pues ya está, yo duermo en la cama y tú en el suelo.

El silencio evidenció que este descomprimió su incomodidad al instante.

—Por supuesto... En eso justo pensaba yo.

—Nos vemos en un rato. No te desvirtúes demasiado.

—No, quizá salga a tomar una cerveza y a conocer mejor el pueblo. Tenemos trabajo que hacer.

—Intentaré hablar con Castedo.

Alzó la mano y el primer taxi que pasaba por su lado se paró al instante. Hacía muchísimo frío y en el horizonte

se comenzaban a ver las primeras luces rojizas del atardecer. Después de la información que había recibido esa misma mañana del decano del centro de estudios bíblicos, caía en la cuenta de que acababa de aterrizar en una tierra de leyendas, misterio y fantasía. Quizá el apóstol Santiago pensó lo mismo cuando visitó Galicia para convertirla al cristianismo por primera vez. Marcó el número de Castedo, pero este no contestó. Volvería a intentarlo más tarde.

—A Portomarín, por favor.

—De acuerdo —contestó el taxista autóctono—. Tardaremos una hora y media, más o menos. No creo que haya mucho tráfico a esta hora.

—Lo sé, gracias.

Olivia miraba cómo un avión comercial se alzaba sobre sus cabezas mientras el coche arrancaba de nuevo. Entendía que no localizar a Castedo era un problema en aquellos momentos, al igual que el hecho de que la Policía no colaborara en la investigación hasta que se hubiera oficializado la burocracia. Pero también veía como un enigma gracioso el hecho de tener que compartir habitación con su compañero de batallas aquella misma noche.

Sería realmente divertido.

CAPÍTULO 27

Factoría vinícola Cavour, Airexe,
Galicia.

El bueno de Adán Quirós contemplaba de cerca una de las botellas del vino que llevaba su sello. Estaba siendo una buena remesa, por mucho que dijeran los críticos especializados. Podía entender que alguien de manera subjetiva opinara que su vino no era el mejor del mundo, pero le importaba que valoraran su trabajo. Y no solo el suyo, sino el de todo un pueblo que estaba influenciado por las ganancias de aquel negocio. Su última puesta en escena con aquel grupo de ciudadanos no había ido mal del

todo, ya que su mensaje de la oportunidad y el aprovechamiento había calado hondo entre los presentes. Incluso más de algún cliente pidió immortalizarse junto a él. Inmortalidad; que lujuriosa palabra.

Dejó la botella en su soporte y encendió el ordenador. Facturas, pedidos y más facturas. Era un dolor de cabeza. Suerte que la fase de producción apenas la llevaba él, si no se trataría de todo un sin vivir. Pese a no ser un hombre pretencioso, estaba rodeado de opulencia; vivía en una parcela inmejorable cerca del viñedo, en la misma casa colonial que le vio llegar treinta años atrás junto con su familia. La había reformado y reconstruido en

parte, ya que había añadido una facción completamente nueva. Le gustaba estar a la última en cuanto a tecnología y era un enamorado del deporte. Su cuerpo curtido en su propio gimnasio así lo escenificaba.

Alguien llamó a la puerta de su despacho, extrayéndolo de sus pensamientos. A esas horas, a punto de anochecer, le resultó extraño.

Pero cuando vio quien entraba, se sintió completamente seguro.

—¿Qué nuevas me traes?

El visitante se quedó en el umbral en un principio, pero incitado por la obediencia que sentía hacia Quirós, caminó hasta su mesa de nogal.

—Esta vez es importante. Ha vuelto a

suceder.

—¿De qué estás hablando?

—Alguien ha vuelto a poner sobre la mesa el nombre de Lázaro.

—Oh... Lázaro —teatralizó de manera eficiente Quirós—, aquel que regresó de entre los muertos para mostrarnos el camino.

—No es una broma, Adán —replicó el visitante con cara de pocos amigos—. Es la segunda vez en un espacio de tiempo muy corto que ocurre. Deberíamos comenzar a pensar que algo está fallando.

—Y de eso, precisamente te ocupas tú. ¿Cierto?

—No intentes echarme la culpa de algo que no debes. Quizá nos estemos

exponiendo demasiado.

—Es el precio de la historia, por si no te has dado cuenta.

Haciendo oídos sordos, el recién llegado obvió las palabras de Quirós.

—¿De quién se trata esta vez? — preguntó observándole con sus punzantes ojos azules.

—Es un detective de poca monta — hizo una pausa—. Creo que no tiene ni idea de en qué se está metiendo, pero temo que abra los ojos.

—No lo hará, ¿verdad? Si no ando en el error, alguno de vosotros viajó hasta París para recuperar el libro... Y, además de no hacerlo, me hablasteis de unos investigadores que andaban en la pista.

—Efectivamente. Hay cuestiones que no podemos controlar desde este mísero pueblo.

Adán Quirós volvió a coger la botella de vino que había dejado en su expositor minutos atrás. La contempló de cerca, vislumbrando cada uno de los detalles que hacían único al líquido que reposaba en su escafandra de cristal. Después miró al visitante con rostro pétreo.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Si falláis, las consecuencias por el bien de este pueblo podrían resultar nefastas.

CAPÍTULO 28

Taberna del Norte, Portomarín, Galicia.

En condiciones normales, la taberna del Norte habría sido justo el tipo de bar que le gustaba a Aitor Cruz: sencillo, sin pretensiones y barato. Pero las condiciones no eran normales. En tres días había viajado en avión desde tres destinos, comenzaba a echar de menos a Olivia y estaba enormemente cansado de tanta búsqueda sin sentido. Además, aquel pueblo, a principios de enero, no era tan encantador como se decía. Lo último que le apetecía en esos momentos era regresar a la pensión para intentar centrarse sin demasiado éxito. Había

salido de la misma tras la conversación que había mantenido con su compañera y para colmo, esta aún no llegaría hasta pasadas un par de horas. Tenía una sensación extraña, como de punto muerto que le evidenciaba una falta de seriedad en la investigación que detestaba.

Sin embargo, comenzaba a desesperarse. Portomarín estaba resultando ser un callejón sin salida. Sabía y tenía evidencias de que Miranda Cardona había pasado por allí, pero no podía asegurarse así mismo que se hubiera marchado o lo peor de todo... Que estuviera viva. Fue la primera vez que lo pensó. La simple idea le rondó la mente, pero la intentó desechar de

inmediato. De ahí a que hubiera tenido que recurrir a esa taberna, un antro situado en uno de los callejones que desembocaba en la iglesia, donde según su aspecto exterior, no era muy conocido para los peregrinos. Se trataba de un edificio de madera en mal estado, situado entre dos almacenes en el interior de aquel olvidado corredor. El tiempo había empeorado de manera súbita, una tormenta se acercaba rápidamente y el viento silbaba entre las calles, a la vez que hacía rodar periódicos abandonados entre los adoquines. «¿Qué coño hago aquí?», se preguntó mientras abría la puerta del bar.

El interior estaba oscuro, con un

ambiente recargado que olía a pescado frito y a cerveza. Cuando sus ojos se acostumbraron, Aitor vio que los presentes, el encargado y tres clientes abrigados hasta los ojos, habían dejado de hablar y lo miraban con atención. Se notaba que era un local de clientes habituales y no de peregrinos forasteros. Aunque al menos no se estaba mal gracias a la estufa de leña del centro de la sala.

Una vez se hubo sentado en una mesa apartada de las demás, hizo una señal al barman y pidió una mediana. Intentó pasar inadvertido y poco a poco se reanudó la conversación entre los clientes. Gracias a ella averiguó que todos ellos trabajaban en un viñedo

cercano y que en ese momento se auguraba que la recogida iba a ser mala. Entre sorbo y sorbo de cerveza, observó el bar. Probablemente necesitaba aquel ambiente en esos momentos. La decoración era marinera y de época: fotos de barcos de pesca y redes con bolas de cristal que colgaban de las paredes de madera. Todas las superficies, incluido el techo de yeso, tenían una gruesa mácula de polvo, humo y roña.

Después de beberse dos cervezas casi sin darse cuenta, se animó y tuvo una brillante idea, producto del alcohol, claro está.

—Luis —dijo llamando al dueño por el nombre de pila que había oído en la

conversación—, permítame invitar a una ronda, y ya que está, tómese usted otra.

Luis se lo quedó mirando un momento, luego con una palabra tosca de agradecimiento cumplió su petición. El reparto de cervezas fue acompañado de gestos y de gruñidos de extrañeza.

El investigador bebió un buen trago de la suya, consciente de que era importante parecer un tipo normal, lo cual en Portomarín significaba no ser un peregrino común.

—Estaba pensando si tal vez habría alguien por aquí que pudiera ayudarme —dijo preso de la confianza que adquirió gracias a la malta fermentada.

Se fijaron las miradas y algunas de ellas se tornaron en curiosidad y recelo.

—¿Ayudarte a qué? —preguntó un hombre canoso al que se habían referido los demás como Claudio.

—Estoy buscando a alguien de este pueblo.

—¿Y tú como te llamas? —preguntó otro de los clientes, un hombre calvo y menudo. Tenía la cara curtida por el viento y unos brazos del grosor de un tronco de madera.

—Aitor.

—¿Eres guardia civil? —preguntó Luis, con el ceño fruncido.

—No. Investigador privado. Trabajo para una aseguradora. Es sobre una herencia —se inventó intentando salir bien parado.

—Una herencia...

—Bastante dinero. Me han contratado para que localice a dicha persona y pueda entregarle el montante.

El bar quedó en silencio mientras los parroquianos digerían la noticia. Más de un par de ojos se iluminó al hablar de dinero.

—¿Quién es? —se atrevió a preguntar uno mordiendo el anzuelo.

—Lázaro Ponte. Tengo pruebas fehacientes de que reside aquí en Portomarín.

Los clientes se miraron entre sí contrariados. Para Aitor era una evidencia que habían reconocido el nombre al instante. Pero continuaron en silencio. No debían fiarse.

—Luis, por favor, sirve otra ronda —

hizo un receso para beber de la suya—. Los del seguro también me han dado permiso para que les ofrezca una pequeña recompensa a quienes me ayuden a localizar a ese hombre.

Aitor vio que los clientes se miraban entre sí y después a él.

—Entonces, ¿alguien puede decirme algo al respecto?

—Yo sé quien es —se avanzó uno de ellos—. Pero te costará encontrarlo después de lo que pasó.

—¿Qué pasó? —preguntó el detective, procurando no mostrarse muy interesado.

Se miraron de nuevo entre ellos.

—Yo no sé mucho, pero ese hombre tenía familia. Y desapareció.

—Hubo una época, hace años, en que se contaban muchas cosas al respecto — continuó otro—. Se dice que perdió a su gente en extrañas circunstancias y que luego enloqueció. Los vecinos decían que por la noche lo oían llorar y dar porrazos en la puerta, completamente fuera de sí.

—Vamos, Andrés, la que gritaba era la mujer, que era una meiga del carajo — replicó Luis riéndose—. Has visto demasiadas películas de miedo.

—Lo que pasó es verdad. Ya conoces lo que se cuenta por aquí. Sus dos hijos cayeron en un pozo y no salieron nunca más. Y lo peor de todo es que la meiga que tú dices fue en su búsqueda y también pereció. Y no es broma.

El propietario sacudió la cabeza en señal de repulsa.

—Siempre con las historias para no dormir.

—Yo no jugaría con los muertos, amigo. Vengas de donde vengas —inquirió uno de ellos, el más bajito.

—Solo necesito algo de ayuda para encontrarlo —carraspeó—. No me importan las leyendas que se cuentan aquí. Supongo que vosotros mismos respetáis vuestro trabajo, al igual que yo respeto el mío —los miró—. Luis, sé tan amable de poner otra ronda a estos señores.

—A mí me contaron lo contrario —decía otro mientras cogía su cerveza—. Decían que la loca era la mujer, que

mantuvo encerrado a Lázaro hasta que este perdió la cabeza. Y un día los mató a todos de un plumazo. Ya sabéis que era cazador.

Cada vez las versiones se tornaban más histriónicas y descabelladas. El único dato que le habían podido proporcionar era que, en efecto, ese hombre existía y que era bastante conocido. Aunque cada vez intuía más inverosímil una supuesta relación con Miranda Cardona.

—Chicos, chicos —intentó pausar la conversación—. No todos a la vez. Lo único que me interesa es que me digáis dónde puedo encontrar a ese hombre para pagarle lo que le deben. Nada más. Yo no sé lo que le ocurrió y ciertamente no me incumbe. Pero ya que estamos

entre amigos, os pagaré

—expresó cansado y dispuesto a sacar la cartera.

Se volvieron a mirar entre ellos por enésima vez.

—¿Pagarnos por llevarte hasta él?

—Podría hacerlo, sí.

De nuevo miradas entre ellos.

—¿Sin trucos? —preguntó Claudio.

Aitor sacó su cartera y extrajo dos billetes de veinte euros. Dejó uno sobre la barra para que Luis cobrara las rondas y mostró el otro a los demás interesados.

—¿Será suficiente?

Claudio miró al hombre bajito y le guiñó el ojo.

—Le llevo yo y mañana te invito a un

trago en el desayuno.

—No tiene pérdida —dijo mirando a Aitor después de arrebatarse el billete de la mano—, pero debemos coger el coche.

Confuso debido al alcohol y a la brillante idea que había tenido, siguió al hombre en dirección a la puerta de salida. Se despidió y volvió a salir al frío de la noche. Pero esta vez, en cambio, estaba ciertamente satisfecho.

Lo que no se le había pasado por la cabeza a Aitor Cruz, es que en el otro lado de la calle había alguien observándole desde el interior de un vehículo. Esperó pacientemente a que el investigador saliera del bar y se

introdujera en la camioneta de aquel vecino del pueblo. Cuando iniciaron la marcha, él arrancó y los siguió con cautela a través de las oscuras calles que desprendían aroma a tormenta venidera.

CAPÍTULO 29

Portomarín, Galicia.

A medida que el coche iba avanzando por aquel sendero, Aitor desconfiaba más. El vehículo había salido del pueblo siguiendo la carretera comarcal y tras pocos kilómetros se había introducido por un camino sin asfaltar que conectaba directamente con el acceso a una pedanía cercana. Por un momento pensó que aquel desconocido giraría allí y se dirigirían al núcleo de pequeñas edificaciones que se veían a lo lejos, pero no fue así. Había anochecido y el viento soplaba con fuerza.

—¿Es por aquí? —le preguntó al

conductor.

—Sí. Tú quieres ir a ver a Lázaro, pues yo te estoy llevando. Enseguida llegamos —contestó con media sonrisa entre dientes—. Por veinte euros hago lo que sea.

La oscuridad los rodeaba, pero a lo lejos había un perímetro vallado y alumbrado con luz anaranjada. Estaba sobre una colina desnuda y el recinto parecía solitario. Llegaron a su altura y el Renault cruzó una verja entre muros de ladrillo decorados con hojas de hiedra salvaje. Entre la vegetación había un cartel que informaba a los visitantes que habían llegado al cementerio de Portomarín. El muro delimitaba un césped quemado por el frío y repleto de

malas hierbas. En un pasillo lateral, se agolpaban una decena de lápidas de piedra pulida. En medio de la pradera se erguía un panteón de color hueso y sin encanto. No había nada más; pocas tumbas y el panteón.

—Tiene que ser una broma, ¿verdad?

Las facciones de Aitor se endurecieron.

—Lo siento, chico. Aquí las cosas son así. Ni yo me fiaba de ti ni tú te deberías haber fiado de nosotros. Me pagas los veinte euros y te llevo de nuevo al pueblo.

Le dieron ganas de abofetearlo. Incluso ardía en ganas de explicar que todo ese embrollo se trataba de una investigación oficial y que corría el riesgo de obstruirla con esa estúpida broma.

El cementerio estaba vacío y el coche se detuvo frente a una hilera de lápidas comunes. El conductor se bajó y pidió a Aitor que hiciera lo mismo. Así que el archiconocido Lázaro Ponte estaba muerto. Debía de haberlo imaginado antes.

—Ahí está su lápida—dijo el tipo casi por obligación.

Aitor rodeó el vehículo y se colocó junto a aquel despreciable.

—¿No hubiera sido mejor decirme que estaba muerto?

—No.

Por no sentirse completamente humillado, Aitor ojeó la lápida de piedra. A su alrededor crecían malas hierbas y hiedra. Justo en el centro de la

misma, estaba esculpido el nombre de Lázaro Ponte. No había fechas ni epitafio, pero la lápida parecía antigua.

—Según se cuenta —habló el chófer impostor—, la versión más reconocida es la que explica que su mujer cayó por un pozo y murió en el acto. Él no pudo soportarlo y enloqueció. Tenían dos hijos, los cuales tuvo que acoger la hermana de la madre por la creciente pérdida de lucidez del tal Lázaro.

—Macabro —asintió—. ¿Qué tal si me ahorras los veinte euros?

—No me hagas esto, debo continuar con la broma. Si no mañana sería el hazmerreír de los muchachos.

Pero justo cuando Aitor se reponía e iba a regresar al vehículo, vio algo en la

lápida que le llamó la atención. Bajo el nombre de Lázaro Ponte también había tallado, aunque algo más borroso: el símbolo «Omega».

Dio un respingo y su percepción respecto a aquella visita cambió al completo.

—Volvamos, hace frío y se avecina tormenta —expresó el hombre abriendo la puerta.

Mientras, Aitor se había acercado a inspeccionar la lápida. No había margen de error, el símbolo «Omega» aparecía tal y como lo hacía en el libro del Apocalipsis que encontraron en París. Veía la necesidad de discernir sobre la conexión entre aquel hombre muerto y Miranda Cardona.

—Sé volver solo.

Vagamente sorprendido, pero entendiendo su actitud debido a la pesada broma que había sufrido, entre risas, le comentó que si la tormenta le alcanzaba caminando por aquella carretera, no llegaría sano y salvo al pueblo. Pero al investigador le apetecía estar solo para pensar y trazar una conexión entre lo que allí le mantenía.

—No tiene pérdida. Márchate y ríete de mí con tus amigotes —le reprimió pareciendo más indignado de lo que realmente estaba.

Era cierto que corría el riesgo de sufrir algún percance si volvía a Portomarín a través de la cuneta desierta si la lluvia le alcanzaba, pero prefería esas

consecuencias antes que volver al coche de aquel hombre. Sacó la cartera y le tiró los veinte euros al suelo, cerca de un matorral.

—Te dije que te lo daría. Pero no que te los fuera a entregar en la mano.

El billete dibujó una parábola mientras era empujado por el viento. Fue cómico ver cómo aquel rudo hombre corría detrás del dinero tal y como si le fuera la vida en ello. Tras alcanzarlo, se subió al coche, arrancó y bajó la ventanilla.

—Vas a ser el hazmerreír del pueblo durante mucho tiempo. Lázaro Ponte...

—y su risa fue camuflada por el sonido del tubo de escape. Cuando la humareda se hubo disipado en el ambiente, Aitor lamentó haber sido tan ingenuo. Intentó

no darle más importancia de la necesaria. Al fin y al cabo, le interesaba estar allí pese al frío cortante.

Se agachó y fotografió la lápida. Pensó en mandarle la imagen a Olivia, pero lo descartó por el momento. No parecía tener nada extraño. La rodeó; y fue cuando se dio cuenta de que había algo fuera de lo común: justo tras la losa encontró tierra removida, como si alguien hubiera estado manipulando el terreno. Pateó la arena con las botas y entendió que el tacto bajo aquella grava no era igual que el de los alrededores. Se agachó. Pese a que estaba fría, la removió con interés y al momento tocó fondo. Al tacto parecía duro. Buscó por los alrededores y encontró un madero

astillado que le podía servir de ayuda. Con pericia, apartó la arena que había tras la lápida y descubrió una losa de madera de un tamaño considerable: era una trampa.

El verlo en perspectiva, se podía decir que delante de la lápida estaba la tumba en sí, mientras que detrás había esa especie de puerta tumbada en horizontal. Suspiró y se repuso. Siguió apartando la arena metódicamente con el pie hasta que la descubrió al completo. La inspeccionó y encontró el mecanismo de abertura. Se trataba de una especie de gancho que sobresalía de uno de los extremos de la trampa. Le pareció muy extraño. Era metafórico que el tal Lázaro tuviera una puerta de entrada y

salida de su propia tumba, ya que, según se explicaba en la Biblia, un personaje con el mismo nombre había resucitado después de muerto. Se volvió a agachar y tiró del gancho, que cedió con facilidad. Tuvo que esforzarse para abrir la oquedad al completo, pero lo logró. Estaba oscuro y de dentro emanaba un olor a humedad tal y como si ese agujero se introdujera en los confines de la tierra. Encontró otro símbolo «Omega» al volver la puerta gracias al juego de bisagras oxidadas que le permitió abrir. Conectó el flash de su teléfono móvil y se agachó. Silbó para sus adentros. Había una caída impresionante, ya que no veía suelo alguno desde su posición. Tan solo

encontró unos peldaños metálicos adheridos a la pared que se introducían de lleno en la penumbra.

Pero ahí se detuvo. El corazón le latía con fuerza, ya que se veía cerca de alguna de las respuestas que lo habían llevado hasta allí. Desconectó la linterna y se dispuso a marcar el número de Olivia, pero una luz le deslumbró desde la entrada del cementerio.

Bajó el móvil y avanzó unos pasos para no delatar su descubrimiento. Lamentablemente, no tuvo tiempo de cerrar la trampilla. Se trataba de un vehículo oscuro que recorrió la distancia hasta su posición. Se detuvo a unos metros y Aitor no pudo reconocer a su conductor hasta que no bajó del

mismo. De igual manera, se palpaba el arma que llevaba en la cintura. Desde los sucesos acaecidos en París, no estaba de más prevenir ante cualquier amenaza. Pero al ver de quien se trataba, bajó la guardia de inmediato y se relajó.

—Aitor, ¿qué demonios haces aquí?

La voz aflautada del sargento de policía Iago Martín le reconfortó. Aitor no pudo ocultar la evidencia de su descubrimiento tras la lápida del malogrado Lázaro Ponte. Pese a que en su último encuentro no habían terminado demasiado bien, le alegró verlo.

—Lo siento, debía continuar con la investigación —dijo apartándose para que el agente viera la oquedad en el suelo.

Sorprendido, el sargento sacó el arma en un recurso adquirido en la academia. Siempre desenfundar en caso de posible amenaza. Colocó una linterna de gran potencia sobre la pistola en clara posición de defensa.

—¿Cómo has encontrado esto? — preguntó mientras avanzaba hasta la oscura entrada.

Guardó de nuevo el arma y apuntó a la oscuridad con el haz de luz.

—He seguido las pistas que me parecían importantes —dijo ante la posibilidad de que el policía se ofendiera.

Siguiendo con el protocolo, el sargento se agachó e intentó vislumbrar un fondo sin éxito.

—Está muy oscuro.

—Creo que deberíamos bajar —opinó Aitor.

—No tenemos el equipo necesario —dijo.

—Pero...

—Y creo que nunca deberías haber llegado hasta aquí.

Aquella afirmación sorprendió a Aitor, quien intentó comprender su significado más primario.

—¿Cómo? —se atrevió a preguntar.

Instigado por un nerviosismo aparente, el policía contempló la trampilla que tenía frente a él.

—Ayúdame a cerrarla, este portal no debería abrirse nunca más. ¿Me has oído? Nunca.

Haciendo caso a sus acciones, Aitor se

acercó a la trampilla y volvió a mirar hacia la oscuridad. Estaba muy cerca del borde.

—No podemos hacerlo —inquirió en tono severo—. Miranda Cardona también ha podido llegar hasta aquí.

El sargento Iago Martín lo miró y frunció el ceño en clara señal de desconfianza.

—Y ese fue su craso error.

Aitor, casi sin tiempo de digerir aquellas incriminatorias palabras, vio como este le golpeaba en el pecho y notó cómo perdía pie a través del agujero. A partir de ahí, en lo único que pensó es en que aquella caída al oscuro vacío no fuera mortal.

CAPÍTULO 30

Portomarín, Galicia.

En el transcurso de tiempo que pasó durante su desplazamiento hasta el pueblo cayó la noche. Debía reconocer que el puente que conectaba la carretera estatal con la colina en la que se encontraba Portomarín le había sorprendido por su belleza y longitud. El hándicap, evidentemente, era el frío nocturno. Mientras deambuló por las calles en busca de la pensión en la que su compañero se había hospedado, a Olivia Giralt solo se le veían los ojos. La casera no le puso impedimento en entregarle otra llave de la habitación,

casi no tuvo ni que insistir. Desechó la maleta y se sentó en la cama, pensativa. Vio su ropa y el equipo que les había enviado el CNI, pero no quiso manipular nada hasta centrarse. ¿Dónde demonios estaba Aitor? No había querido atosigarlo, pero lo había llamado un par de veces desde que el taxi la dejó en aquel pueblo sin obtener respuesta por su parte. No le extrañaba, no debía estar preocupada, pero sabía que él estaba esperando su llegada. De todas maneras, no se iba a quedar de brazos cruzados en aquel hostal de mala muerte hasta que él regresara. Era la hora de cenar y debía tener una primera toma de contacto con aquella bonita villa peregrina. Con lo que tomó la

determinación de volver a salir. Al entregarle de nuevo la llave, la casera tuvo la decencia de informarle de que su compañero de habitación había salido sin decirle a dónde iba, todo esto con un tono áspero exento de toda delicadeza.

Cenó algo ligero en un restaurante situado en la plaza mayor del pueblo, en la parte baja de un edificio resguardado por una serie de arcos de medio punto que daban cierta belleza rústica al emplazamiento. Tuvo suerte de poder hacerlo, ya que el local estaba prácticamente lleno de peregrinos que terminaban su jornada para preparar lo que sería el día siguiente. Los contemplaba sin mucho énfasis, pensando que todo aquello parecía un

bonito circo animado; capaz de convertir una villa situada en una colina olvidada, en un punto mágico de encuentro entre personas con la misma fe. Salió y volvió a intentarlo con Aitor. Nada. Le daba tono, pero simplemente no contestaba. No sentía preocupación, pero había tenido la percepción de que él la esperaba con ansia. Por primera vez, tuvo el temor de que se hubiera metido en algún lío, pero lo desestimó. No había caído en la cuenta de que, aún habiendo llegado allí, no había pensado en clave Miranda Cardona; según la última evidencia que le había pasado su compañero, una fotografía a un escritorio con algunas inscripciones concluyentes, era veraz su conexión con

el pueblo. Desechó la idea de que se tratara de una peregrina común que por alguna razón hubiera sufrido algún tipo de percance relacionado con las inclemencias del camino; incluso había llegado a esa conclusión junto al agente Castedo.

No había tenido la sensación en ningún momento, pero por primera vez pensó que ella podía correr peligro. Todas aquellas conexiones con el libro del Apocalipsis, el apóstol Santiago y el símbolo «Omega» le hacían pensar que el embrollo podía ser de grandes dimensiones. Ahora solo les quedaba descubrir su paradero, o al menos algo que le llevara hasta él.

Más tarde, salió del restaurante algo

saturada y contempló la iglesia que, de manera majestuosa, copaba buena parte de la plaza más importante del pueblo. Hacía frío y apenas quedaba gente por las calles. Era cierto que al ser los peregrinos tan madrugadores, estos se recogían temprano.

Pero también se podía oler un ambiente festivo, como si todos los visitantes comenzaran a vislumbrar la meta que tanto anhelaban. Quizá para ella algún día fuera un objetivo, pero lo dudaba básicamente porque odiaba caminar. Y era una evidencia que hacerlo durante semanas ininterrumpidamente, no entraba en sus planes más inmediatos. Está bien. Tal y como le había informado Aitor, la comisaría se

encontraba en aquella plaza, concretamente justo al otro lado de su posición. Intentaría ganar tiempo y al menos pensó en que sería buena idea el hecho de presentarse a las autoridades y, de paso, mediar para intentar desbloquear la situación con el CNI.

El cambio de temperatura con el exterior era notorio. El lugar desprendía ambiente amistoso por doquier. Incluso por su decoración a base de maderas nobles y tonos claros, no se asemejaba a los tipos de comisarías que había visitado últimamente. A esas horas estaba prácticamente vacía, solo quedaban un par de personas en la sala de espera y no se les veía muy alterados que se dijera. Se acercó al mostrador,

donde una agente uniformada la recibió con una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarte, guapa? —expresó distendida. Lucía una permanente anticuada para el gusto de Olivia y unas gafas de pasta negra.

—Estoy buscando al sargento, Iago Martín —hizo acopio de buena memoria tras su última conversación con Aitor.

La mujer miró el reloj algo extrañada.

—Precisamente nosotros también nos preguntamos por él, ya debía de haber regresado de su patrulla.

Olivia arqueó una ceja en vistas a dicha respuesta.

—Quizá le espere allí, en la sala de espera —señaló al fondo—. Necesito hablar con él hoy a ser posible. Y si me

dices que debe estar al llegar...

—Está bien, como prefieras. Pero necesito que me prestes tu DNI para rellenar el registro de visita, si eres tan amable.

—Claro.

—Bueno, espera —dijo la mujer mientras miraba a la puerta esperanzada —. Allí viene, te registrará él mismo.

Olivia vio entrar por la puerta a un joven policía uniformado, moreno de tez blanca y gafas oscuras. Lucía buena planta, pero estaba alejado de los cánones de rudo agente de la ley establecidos. Él contempló a Olivia nada más cerrar y saludó a la recepcionista. Tras intercambiar algunas palabras, se giró hacia ella extendiendo

la mano en forma de saludo.

—Hola —dijo escueto. Ella le devolvió el saludo.

—Soy Olivia Giralt y estoy aquí por una investigación oficial a cargo del Centro Nacional de Inteligencia —no dejó de sonreír. Tenía rostro de cansado y le llamaron la atención un par de manchas de barro que el agente lucía en sus bien planchados pantalones. Tras una escueta sonrisa, asintió y le indicó el pasillo que llevaba a su despacho.

—Mejor que lo hablemos en privado, si eres tan amable. Ya sé de qué va la cuestión —respondió con modales exquisitos.

—Claro.

Olivia lo siguió e intentó partir el hielo

a mitad de camino:

—Estoy esperando noticias de mi compañero, él llegó esta mañana y me dijo que se reunió contigo, ¿cierto?

El sargento Iago Martín intentó no llamar la atención al sobre actuar, pero se detuvo en medio del pasillo.

—Oh sí, Aitor Cruz. He tenido la suerte de conocerlo hace una hora —sonrió impasible.

CAPÍTULO 31

Al abrir los ojos notó como estos le ardieron, pero no vio nada debido a la oscuridad. Los volvió a cerrar y apretó con todas sus fuerzas. Un par de lágrimas le resbalaron por cada mejilla, al unísono. Se palpó la cabeza y efectivamente, notó una hinchazón en el hueso parietal que aún le producía dolor al tacto. Exactamente no sabía cuánto llevaba allí en reclusión, puesto que había perdido la noción del tiempo en aquella opaca negrura. Intentó recapitular en sus pensamientos, pero le fue imposible debido a que poco o nada podía recordar. Pensó que debía de

tratarse de un efecto secundario por el fuerte golpe que había recibido en la cabeza. Estaba oscuro y olía a orín. Con sus pies notó que el suelo era de piedra y que reposaba sobre una especie de lecho de paja. Se intentó mover, sorprendiéndose del dolor que le producían las articulaciones debido a la inactividad. Percibió saliva seca en sus comisuras y sintió sed. El aire estaba algo viciado, con lo que tuvo la esperanza de pensar que, al menos, su internamiento no debía de llevarse a cabo en un lugar aislado. Como pudo, tambaleándose y apoyándose en la pared de roca sin pulir, se puso en pie. Con sumo esfuerzo, dio un par de pasos hacia su izquierda con las manos extendidas

para evitar cualquier colisión. Llegó a un rincón y siguió caminando, a la vez que intentaba contar la distancia con los pies; en otros tantos pasos, siempre guiándose gracias a la pared, llegó a un receso, que siguió hasta chocar con una puerta. Madera. La palpó hacía arriba y hacía abajo. Tenía remaches y bandas de hierro que la atravesaban.

Había un pequeño resquicio por el que penetraba un diminuto residuo de luz. Pegó el ojo, pero la oscuridad era limitada y frustró sus esfuerzos por ver a través. Levantó un puño, vaciló unos instantes y al final golpeó la puerta. Primero una vez, luego otra. Oyó los ecos de sus propios golpes resonar en el espacio adyacente. Tras un largo

silencio, percibió sonidos de pasos acercándose y acercó el oído a la puerta para escuchar.

De pronto se oyó un ruido sobre su cabeza, como si estuvieran rascando. Justo cuando levantaba la vista se encendió una luz cegadora en algún espacio de la madera. Se tapó los ojos por instinto y retrocedió. Después se giró, entornándolos hasta casi cerrarlos. Al cabo de un buen rato empezó a acostumbrarse a la luz y miró otra vez.

—Necesito ayuda —logró decir con voz ronca.

No hubo respuesta.

— ¿Qué quieres de mí?

Tampoco. Pero sí que escuchó un ruido: un zumbido profundo y regular. Miró la

fuente de la luz y esta vez distinguió una pequeña rendija rectangular en lo alto de la puerta.

Era por donde entraba la luminosidad.

— ¿Quién eres? —preguntó.

Apagaron la luz de inmediato, algo que provocó aún más dolor en sus retinas.

Una voz grave y aterciopelada, contestó: —No vivirás lo suficiente como para que mi nombre tenga alguna importancia para ti.

Después se cerró con fuerza la rendija y, Miranda Cardona, la mujer que había desaparecido de la faz de la tierra hacía algunos días, volvió a quedarse a oscuras.

CAPÍTULO 32

Red de túneles subterráneos,
Portomarín,

De rodillas, se sintió bendecido por no haber perdido la vida en aquella caída. Aitor miró hacia arriba, pero la trampilla que él mismo había descubierto minutos atrás se había cerrado por obra y gracia del sargento de policía, Iago Martín: perro inmundo. Se golpeó el costado, pero su caída había sido amortiguada por un lecho de paja de grandes dimensiones. Suerte la suya, de lo contrario, se habría partido la mitad de los huesos de su cuerpo contra el frío suelo de piedra.

¿Qué interés había tenido ese estúpido en matarle? Acababa de cerciorarse de que algo extraño ocultaban en aquel pueblo y que la desaparición de Miranda Cardona no debía de tratarse de una simple banalidad. Había una serie de agarres metálicos en la pared que llevaban hasta la trampilla, pero el primero de ellos estaba situado a unos tres metros de altura, imposible de alcanzar. Agudizó la visión y entendió que se encontraba en el inicio de un túnel que se perdía en una oscuridad inhóspita, pero que no tenía más remedio que superar si quería salir de allí. Por su mente vagaban innumerables indicios de que algo trascendente ocurría en Portomarín, si no no

comprendía que hubieran querido quitárselo de en medio en menos de un día. Aquel hijo de puta no tendría campaña gallega para huir en cuanto lo agarrase por el cuello. Sintió la necesidad de avisar a su compañera de inmediato, pero bajo aquel cementerio no había red disponible. Intuyó que estaría en peligro en el mismo momento en el que pisara aquella colina del demonio. Y fue entonces cuando se maldijo por no haber contestado a sus llamadas, pese a que las había oído durante el transcurso de aquella noche. Solo pensaba en que el CNI estuviera al caso de todo y que pronto asomaran la cabeza por el lugar. Era la segunda vez en menos de dos semanas en que un caso

se les iba de manos. Quizá sería el momento de comenzar a plantearse muchas cosas. Injustamente, lo que había comenzado por localizar a una periodista del montón, se había convertido en una carrera insulsa ¿por qué? Miró a su oscuro alrededor, ¿por sobrevivir?

—Joder, joder —se desesperó él solo al pensar en la aplastante lógica que llevaría a Olivia a buscarlo con el consiguiente temor de que intentaran acabar con ella también.

Alzó la mirada y gritó en dirección a la trampa, evidentemente sin ninguna respuesta a cambio.

Resopló y conectó la linterna de su teléfono móvil a sabiendas de cuál era

el camino que debía de tomar a continuación. Se la colocó en el bolsillo de su cazadora de manera que el haz de luz le alumbrara unos metros por delante sin tener que llevarla en la mano.

La desaparición de aquella periodista, los hechos acaecidos en París, la llegada a Portomarín, con el posterior hallazgo de la celda y el escritorio con las inscripciones del símbolo «Omega» y del tal Lázaro Ponte... Y ahora allí estaba. Había sobrevivido a un intento de asesinato perpetrado por la mismísima autoridad de aquel pueblo. Que lo aspasen si no era una locura. Y para colmo, estaban todas esas leyendas que hablaban de las personas que paulatinamente desaparecían por

aquellas tierras gallegas. Y además... Si Miranda Cardona había dejado las consignas necesarias para que las pistas le llevaran a la entrada de aquella tumba, es por que ese túnel desembocaría en algún lugar importante, de eso estaba seguro. Entendía que su reclusión no solo concernía a su propia persona, sino que cuanto más tiempo pasara él bajo tierra, más tiempo estaría Olivia expuesta al desconocimiento de una verdad que le hacía correr un serio peligro. Suspiró, sacó su arma reglamentaria y comprobó que todo estuviera en orden. Miró al túnel que se perdía en la oscuridad y se armó de cierto valor:

—Está bien, allá vamos.

CAPÍTULO 33

Portomarín, Galicia.

Olivia Giralt había salido de la comisaría con la misma información con la que había entrado. Aquel sargento que, durante la corta conversación, se mostró algo nervioso y nada certero, no le había ofrecido más premisas de las que ella ya tenía. Por el contrario, afirmó que sí se había reunido con Aitor hacía unas horas, pero que en esos momentos desconocía su paradero. Le instigó a pensar que podía estar recabando información sobre la desaparición de Miranda Cardona, que a la postre era por lo cual había llegado a

las entrañas de ese pueblo. Siendo las horas que eran, no tenía más remedio que regresar a la pensión y esperar allí mientras ponía sus ideas en orden.

Ella mismo cogió la llave de su cajetín, ya que la portera había decidido hacía rato que ya fue suficiente por aquella jornada. Se cruzó por las escaleras del edificio con un grupo de peregrinos que ya preparaban su material para la etapa del día siguiente, en concreto la que les uniría con Palas de Rey, según pudo escuchar. Entró en la fría habitación y se sentó en la cama, deambulando en sus pensamientos. Si sus sensaciones no eran buenas, aún empeoraron al intentar contactar de nuevo con Aitor, y es que en esos momentos su teléfono había

pasado de dar tono a estar desconectado. Frunció el ceño, se puso en pie y conectó el ordenador portátil que habían enviado desde el CNI para registrar los avances del caso.

Ella no era obsesiva en sus procedimientos, pero odiaba que aquella situación pudiera lastrarles. Desde el cuerpo de policía local se negaban a actuar hasta que no hubiera una orden del fiscal que así lo autorizara, y desde del CNI no había ninguna noticia al respecto.

En la interfaz de inicio se le abrió una pantalla con todos los datos del caso. Y dado que no lograba dar con Aitor, recordó la información que le brindó el agente Castedo hacía unas horas, en la

que le explicó que sus respectivos teléfonos móviles estaban monitorizados desde su base central, con la intención de tenerlos localizados por su propia seguridad. Y había llegado el caso en el que ella anhelaba conocer la localización de su compañero. Lo único que hizo fue pulsar un icono en el centro de la pantalla y esperar a que le contestaran. Se volvió a poner en pie y fue al baño para refrescarse el rostro. Apenas tuvo tiempo de secarse cuando su teléfono móvil comenzó a emitir la melodía de llamada entrante. Esperanzada, le decepcionó que la llamada proviniera de un número desconocido y no de su compañero. Se colocó la cabellera detrás de la oreja y

contestó.

—Hola.

—Olivia Giralt —expresó resuelta la voz al otro lado del teléfono—, soy el agente Riera y me han asignado la tarea de analizar vuestra investigación y de servirlos como punto de apoyo remoto. Tengo constancia de que el agente Castedo te informó al respecto.

—Sí, lo hizo. Por eso me pongo en contacto con vosotros.

—Déjame abrir el expediente.

Olivia escuchó como aquel joven de voz vivaracha tecleaba en su dispositivo y tras unos instantes, contestó.

—Lo tengo. Os tengo localizados.

—¿A ambos? —preguntó esperanzada.

—Sí, aunque veo que estáis algo

distanciados. Déjame que cuadre vuestra distancia, imagino que si te has puesto en contacto conmigo es porque no localizabas a tu compañero.

—Efectivamente —dijo sorprendida por la eficiencia de aquel agente al teléfono. Al fin parecía que el CNI actuaba acorde a la responsabilidad que le concernía.

—Veamos, lo tengo —carraspeó—. Aunque no veo manera posible de ponerlos en contacto remoto. Podríamos tener la forma de conectarlos, pero el satélite no me permite entrar en su IP para ejecutar la orden. Es fácil, se debe encontrar en un lugar con poca señal.

—Imagino, no da cobertura —se comenzó a poner nerviosa.

—Entiendo, comprobando los parámetros me doy cuenta de que el punto de la dirección IP de tu compañero no está en nuestro ramal de alcance. Pero...

—¿Pero? ¿No me puedes decir el lugar en el que se encuentra?

—Sí, lo estoy viendo monitorizado en mi pantalla, aunque la señal es débil. Y es porque esta proviene de bajo tierra.

Los ojos de Olivia se abrieron como platos, consciente de la sorpresiva afirmación del analista.

—¿Muy lejos de donde yo me encuentro?

—Sí. Según el visor lo podemos situar fuera de tu rango, con lo que tenéis una distancia aproximada de unos 10

kilómetros, sin contar el desnivel aparente. Ahora que ya he logrado cuadraros, voy a enviarte a tu dispositivo el esquema de localización. Ahí va.

Después de unos segundos, Olivia vio como uno de los iconos de la pantalla comenzó a parpadear. Al hacer clic sobre él, se desplegó un mapa en el que se podían distinguir dos puntos bien detallados y una serie de números bajo ellos. Eran distancias reales.

Se sintió aliviada al momento. Vio que el mapa era bastante detallado, un callejero en el cual aparecían las nomenclaturas más importantes de la villa y sus puntos de interés. Se localizó a sí misma en el edificio de dos plantas

en el que se encontraba. Pero la posición de Aitor...digamos que le llamó la atención. Según el mapa, el punto de conexión con la IP de su compañero estaba a nueve kilómetros y medio, fuera del pueblo en sí. Según el mapa, en un terreno libre de grandes edificaciones. Se extrañó y sucumbió al pensamiento de que ya habría actuado con demasiada celeridad en la investigación, tal y como siempre acostumbraba a hacer. Lo que no le cuadraba, aunque tampoco podía conocer su paradero con exactitud, era qué estaba haciendo bajo tierra.

—Giralt —interrumpió los pensamientos la voz del agente al teléfono.

—Sí. No logro comprender la posición que...

—¿Esperas a alguien más?

La pregunta descolocó a Olivia, que se puso en pie apartando la vista del mapa.

—¿A qué te refieres?

—El sistema me indica que hay dos personas paradas frente a la puerta de tu habitación.

—Deben ser un par de peregrinos con los que me he cruzado antes de subir — dijo sorprendida y algo asustada. El silencio que precedió a la respuesta del agente fue premonitorio.

—No, esa gente continúa en el pasillo de la planta baja. Los dos individuos a los que hago referencia han entrado en el edificio y han subido directamente.

Paralizada, Olivia dejó el teléfono sobre la repisa, cerró la pantalla del ordenador portátil y se dirigió a la entrada con toda la inseguridad del mundo. Quizá debió pensar en abrir el cajón de la mesilla en la que había depositado su arma hacía apenas unos minutos. Pero no le dio tiempo; acababan de llamar a la puerta.

CAPÍTULO 34

Planta de producción vinícola Cavour, Airexe, Galicia.

Había caído la noche y los operarios de turno intentaban resguardarse del frío que hacía en la nave de bidones de la planta, situada en la pequeña aldea de Airexe, a unos setenta kilómetros de Santiago de Compostela. Aquella nave de construcción nueva contaba con una serie de muelles para la carga y descarga de producto que, al tener los portones abiertos, dejaban notar las bajas temperaturas. Como cada noche a esas horas, el dueño de la factoría y del

viñedo propiamente dicho, bajaba a comprobar cómo había sido la producción del día. Lo hacía de manera distendida, antes de que la fábrica quedara sin personal y sin mostrar el carácter que a veces le retraía en alguna cuestión relacionada. Aprovechaba cada minuto en desglosar el día a día en aquel sueño que él mismo había puesto en pie. Adán Quirós aún recordaba las primeras jornadas que pasó en esas tierras frías junto a su familia. Tras lo sucedido en su pueblo natal, aquel lugar le adoptó de la mejor manera que lo pudo hacer: dándole una identidad. Evolucionó como persona y, para cuando sus padres fallecieron, él ya se había convertido en un emprendedor nato. Fundó Cavour

desde los míseros cimientos del anterior viñedo, venido a menos tras unos buenos años de producción. Pero aún tiene en mente aquel momento puntual en el que su vida cambió para siempre. El hallazgo del que fue testigo hacía ya algunos años en los sótanos de la casa colonial, le había dotado de una perspectiva diferente en cuanto a la propia visión de su vida; se convirtió en un hombre nuevo. Trabajó e investigó hasta que al fin pudo revelar a los más cercanos lo imprescindible de su descubrimiento. Él solo había sido un peón dispuesto en el tablero de Dios.

Cogió una botella de la línea de envase aún por encorchar y se la llevó a los labios. Fue un gesto impío, libre de toda

mala intención. El sabor de aquel albariño era característico, meloso y afrutado. Sabía que esa temporada no lograría romper con los estándares de ventas actuales, pero tampoco se trataría de una decepción. Apartó la botella y la dejó sobre una mesa de control cerca de los mandos de la maquinaria. Vio como un par de empleados hablaban con un transportista y los saludó a su paso. Se sentía un hombre respetado. Pagaba al día y lo hacía bien, por encima del salario que ofrecía la propia competencia. El hecho de que todos los empleados residieran en aquella aldea o en el vecino pueblo de Portomarín era todo un logro. Se conocían y eran pocas las rencillas que había entre ellos.

Caminó hasta el módulo que albergaba la sala de control de producción y cotejó los balances del día en el Mac. Nada extraño. Un día absolutamente corriente para aquella época del año. Pero había algo fuera de aquel ámbito que le preocupaba, ya que no estaba acostumbrado a cargar con ciertas losas sobre sus espaldas. Aquellos últimos días se habían producido una serie de extrañas circunstancias que lo estaban haciendo actuar con demasiada celeridad. Pero una cosa era la celeridad y otra eran las prisas; y aquello no le gustaba. Justo a la hora que habían concretado, el sargento de policía Iago Martín entró por la puerta. Vestía de paisano y portaba el rostro

apesadumbrado.

—Lo he hecho —afirmó incluso antes de sentarse.

Adán Quirós lo contempló y cruzó los dedos entre sus manos. No contestó y dejó que el joven se explicara con más clarividencia.

—No he tenido alternativa, la situación era idónea.

—Imagino que no habrás dado pie a que nadie te descubriera —expresó sin el menor atisbo de sentimiento.

—No... No. No hay opción —dijo mientras sus ojos relucían—. Pero estoy cansado, Adán. Mi trabajo justo debería ser proteger a la gente, no intentar acabar con ella.

—Te comprendo —expresó con

parsimonia—, pero priman las circunstancias. Y el hecho de ser la máxima autoridad te ofrece las garantías necesarias de actuar con responsabilidad. Y acabas de cometer una acción responsable. ¿Está muerto? —preguntó. Conocía a aquel joven de treinta y dos años desde hacía mucho tiempo y siempre tenía la certeza de que se podía contar con él para lo que fuera, aunque a veces fuera reticente a comprender ciertas cosas.

Iago Matín asintió temeroso, sintiéndose culpable de la atrocidad que había cometido en contra de aquel detective que había investigado más de la cuenta. Quirós se levantó y se acercó a un mueble bar que había oculto en una

despensa del despacho. La luz de los fluorescentes daba al lugar un aura tecnológica de la que carecía. Extrajo una botella y la descorchó. Ni siquiera ofreció un vaso al policía.

—Sabes lo que nos jugamos.

Iago Martín odiaba cuando ese hombre activaba el modo discurso allá donde fuera. Y sabía que ahora había llegado ese momento. Desde que lo conocía, lo respetaba. No era un fanfarrón adinerado que manejaba esa empresa con mano dura, todo lo contrario. Se trataba de una persona afable que luchaba por lo que tanto esfuerzo le había costado levantar.

—Si lo que se oculta bajo estas tierras sale a la luz... Imagínate qué

consecuencias traería consigo. No puedo llegar a imaginarlo.

—Algún día, alguien lo descubrirá — contestó serio.

—Pero que no sea porque nosotros hayamos obrado mal. Llevo muchos años intentando hallar el momento exacto en el que todos estemos preparados, pero no es fácil.

—Han estado muy cerca. Esa chica, Miranda, lo ha rozado con los dedos. Precisamente ella atrajo a esos detectives.

—No debería volver a ocurrir. ¿Qué has hecho con el cuerpo del tal Aitor?

—Le disparé y cayó en la tumba de Lázaro —mintió respecto al disparo, pero estaba seguro de que no podía

haber sobrevivido a la caída

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Lo utilizaremos.

—Hay otra cosa, algo sin importancia.

—No sé por qué no me sorprende. Espero que el CNI no haya comenzado a meter sus narices en el pueblo.

—No, no es eso. No nos ha hecho falta buscar a la otra investigadora que encontramos en París. Ella sola ha venido hasta mi comisaría hace unas horas.

—Bien, supongo que querrá encontrar a su compañero. Esos dos han sabido llegar hasta aquí.

—Sí... Aunque ya he enviado a dos de mis hombres para que finalicen el trabajo.

Quirós dejó de nuevo la copa sobre la mesa y se volvió a sentar. Tenía el semblante relajado, como aquel que estaba satisfecho por un productivo día de trabajo.

—Entonces, hagamos que todo regrese a la normalidad —expresó mientras el sargento de policía se ponía en pie.

CAPÍTULO 35

Portomarín, Galicia.

Aquella vez no tenía escapatoria, ya que jugaban con el factor sorpresa a favor. No estaban en una iglesia de París, sino en una pensión de mala muerte que ambos conocían de sobra. Guido llevaba el arma oculta bajo la cazadora para no llamar la atención, pero estaba seguro de que no le haría falta utilizarla. Lo habían planeado todo: entrar a la habitación y obligarla a salir de buenas formas o punta de pistola si fuera necesario, introducirla en el vehículo y ejecutarla en las afueras del pueblo, cerca de la presa. Lo que luego hicieran

con su cuerpo ya era cosa del sargento y de ese lunático de Quirós. Al fin y al cabo, eran sus órdenes. Él y su compañero Franco eran gente honrada que solo buscaba ganarse un buen montante de dinero extra con aquellos trabajos. Luego estaban las leyendas y esas historias que pululaban por ahí, que a él no le importaban.

Franco llamó a la puerta con los nudillos, y, de repente, aquella chica dejó de hacer ruido. Si se pensaba que no la habían oído, estaba muy equivocada.

—Llama de nuevo, si no abre tiramos la puerta abajo —susurró a su compañero. Al segundo intento, más de lo mismo. No les había dejado más remedio.

Guido cogió impulso y sin pensarlo dos veces golpeó la puerta con su costado. Esta cedió levantando un mar de astillas que salieron disparadas hasta el rellano. Pese a la violencia del golpe, ambos entraron en la habitación con cierta calma. La tal Olivia no estaba allí. Miraron bajo la cama y en el armario. Nada. Guido desenfundó el arma tras cerrar la puerta, no quería llamar la atención de ningún peregrino curioso.

—¿Dónde estás? —Preguntó en tono jocoso— No vamos a hacerte daño.

Tampoco estaba allí.

—Guido, mira esto —lo requirió el matón.

Justo en esos instantes, este notó un golpe bestial en la cabeza y perdió pie

hasta caer al suelo. Como si de una estampida se tratara, Olivia Giralt había abandonado su escondrijo tras la puerta del baño y le había golpeado con la jabonera de vidrio que reposaba en la pica. Después evitó el obstáculo en el que se convirtió su cuerpo y salió de la estancia lo más rápido que pudo. Lo primero que vio fue a su otro perseguidor agachado cerca de su maleta y ya que tenía el factor sorpresa a su favor, intentó aprovecharlo. Se lanzó contra él, pero este, hábil en su planteamiento, la evitó saltando sobre la cama. Olivia cayó de bruces al suelo y suerte tuvo de no lastimarse. Tuvo la ventaja de que la puerta de salida quedaba a su espalda. Franco se repuso,

pero Olivia salió arrastrándose mientras él desenfundaba el arma. Había perdido línea de tiro, pero la alcanzaría corriendo.

Olivia corrió por el pasillo en lo que estaba segura de que se iba a convertir en una carrera en toda regla. Giró en el rellano y tuvo la brillante idea de intentar llamar la atención de los demás huéspedes.

—¡Ayuda! —gritó mientras se acercaba a la hilera de escaleras que daba a las otras dos plantas del edificio. A esas horas de la noche, la mayoría de peregrinos ya estaban durmiendo plácidamente en sus camas.

En lugar de bajar, que sería lo lógico, ella pensó que engañaría a sus

perseguidores subiendo escaleras arriba. La adrenalina le iba a flor de piel. La segunda planta del edificio estaba a oscuras. Giró en un flanco y caminó hasta llegar a un pequeño escondrijo que había cerca de un contenedor de cartón. Le parecía muy extraño que utilizaran ese lugar para reciclar, pero, habiendo conocido a la casera, en aquel edificio todo parecía ser posible. Se detuvo, con el corazón en un puño. Había dejado todo en su habitación. Lo único que llevaba era el teléfono móvil. Ya se había cruzado con aquel par de malhechores en París. ¿Por qué la perseguían? No tuvo tiempo de pensar, ya que su corazón le iba a mil revoluciones. Prestó atención a cada

sonido sin obtener respuesta alguna sobre el paradero de su perseguidor. El otro estaría un rato inconsciente, ya que le había partido la jabonera en su bonita y exenta de pelo cabeza. Notó un crujido cerca de su posición e intentó conocer su procedencia, pero al asomar la cabeza, se delató a sí misma.

—Aquí huele a puta —fueron las palabras de Franco al golpear el contenedor y hacer que rebotara de manera violenta en Olivia. Ella gritó de dolor mientras cayó de espaldas al suelo. El ruido debería haber despertado a medio Portomarin.

Al rehacerse, aún de cuclillas, pulsó el interruptor que inundó el pasillo de luz. Franco hizo caso omiso y continuó hasta

ella.

—Oh... La luz —dijo irónico—. ¿Crees que aquí también vas a poder escapar por las catacumbas? Además, ahora estás solita.

Asqueada a la par que atemorizada, lo contempló. Aquel tipo tenía un semblante rudo y tosco poco dado al romanticismo. Le mostró la culata del arma, en clara advertencia de que no quería trucos.

—Levántate del suelo y saldremos los dos por la puerta de este edificio, como las personas.

Olivia estaba perdida y asumió su rendición sin parangón. Pero un golpe de suerte jugó en su favor. Una de las puertas del pasillo se abrió y de ella

salió un hombre alto en pijama. Tenía cara de sueño y parecía indignado.

—Si he pagado por quedarme en esta pensión, es por evitarme los espectáculos de los albergues. ¿No tenéis habitación? —contempló extrañado a un hombre poco agraciado y a una mujer en cuclillas frente a él. La situación brillaba por la ausencia de normalidad.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

Franco, en una demostración de mal humor sacó el arma y apuntó directamente al pecho al varón.

—Vuelve a tu madriguera y métete en tus asuntos, peregrino.

Y esa fue la oportunidad que tuvo Olivia para intentar escabullirse. Aunque de

reajo, Franco intentó detenerla, ella volvió a utilizar el contenedor para lanzarlo contra su atacante en un alarde de valentía innata. Era él o ella. Y en medio de la confusión, otra puerta se abrió, esta vez mostrando a una pareja de mediana edad enfurecida por los ruidos del pasillo. Por mucho que evitó caer al suelo, Franco se desestabilizó aunque no soltó el arma. Este, sumido en un nerviosismo perceptible, disparó al aire haciendo que la ensordecedora deflagración dejara medio sordos a los allí presentes. La oquedad del techo provocó que se desprendiera parte del yeso que lo cubría. No podía permitir que aquella mujer se le escapara de nuevo.

Cuando se repuso, Olivia había vuelto a desaparecer por las escaleras. Enfurecido, corrió por el pasillo y bajó hasta la planta baja, donde la vio correr en dirección a la salida. La orden de Iago Martín había sido que la ejecutaran, así que cumpliría la premisa fuese como fuese. Teniéndola a tiro, se detuvo y apuntó. La bonita figura de aquella miserable corría hasta la salida, dejando una clara línea de tiro desde su posición. Colocó el dedo en el gatillo y cuando iba a apretar, un grupo de jóvenes visiblemente borrachos, entró en la recepción. Olivia no chocó de milagro. Incluso uno de ellos la intentó torear haciéndole el paseíllo característico que realizaban los toreros.

Era cómico, pero esa muchacha tenía suerte. Franco no se cortó y siguió apuntando ante la mirada de los presentes, que ensombrecieron sus risas al unísono.

—Quitaos de en medio —pasó frente a ellos a toda velocidad.

Olivia giró a la derecha y corrió por el camino asfaltado hasta llegar a una callejuela en paralelo a su posición. No veía salida, pero no tenía más remedio que encontrarla. Pedir ayuda sería inútil, ya que bajo la oscuridad que reinaba solo lograría atraer a algún curioso desde su ventana. Pensó rápido y vio una persiana medio abierta al final del camino, en un edificio bajo casi derruido. Sería un buen lugar para

ocultarse en caso de que no le hubieran seguido la pista. Pero no fue así, ya que Franco había visto como se había metido en aquel centro de peregrinos medio abandonado. Sin embargo, no era ese su único problema, ya que Guido, el otro matón al que había dejado grogui durante un rato, ya había vuelto a las andadas pistola en mano. Olivia Giralt estaba en un serio aprieto. Y lo peor de todo era que no sabía exactamente por qué. Entró en un comedor repleto de mesas de madera volcadas y de paredes pintadas. Intentó localizar un lugar para ocultarse y eligió un resquicio bajo las escaleras que daban a la segunda planta. Aquel lugar le recordó, en cierta medida y salvando las distancias, al palacete

veneciano que había visitado no mucho tiempo atrás. Le vino a la mente Aitor y no pudo imaginarse lo mucho que lo echaba de menos en aquellas circunstancias. ¿Dónde estaría? ¿Correría peligro como ella? Tenía tantas preguntas en mente que intentó olvidarlas para no atropellarse a sí misma. Incluso se sintió totalmente desamparada por el CNI, que no daba señales de vida por ningún lugar. Vio cómo por la puerta del edificio entraron no uno, sino sus dos perseguidores. El sonido de sus botas al pisar los cristales rotos del suelo la pusieron de los nervios.

—Vamos, sal de donde estés escondida. No tienes escapatoria y ya nos has hecho

perder demasiado tiempo. No vamos a hacerte daño.

Ya por el simple tono que usó, se notaba a leguas que mentía. Además, con sus propios ojos había visto cómo uno de ellos ejecutó al padre Maurice en la iglesia de París hacía unos días. No sabían el cometido que tenían, pero estaba segura de que no acabaría bien parada.

Suspiró hondo con la sensación de ser el niño que intenta cerrar los ojos para desaparecer mientras juega al escondite.

—Si haces las cosas tal y como te las digo, te diremos dónde está tu amigo. Es más, hoy estoy generoso —gritaba Guido ya habiendo localizado la posición de Olivia—. No tendré en

cuenta el incidente del lavabo, al fin y al cabo, me colé en tu habitación y podrías haber estado desnuda —rio con desdén. Este hizo un gesto a Franco para que abarcara a Olivia por su retaguardia. Estaba completamente expuesta al fuego enemigo. En definitiva, no había sido una buena idea el hecho de introducirse en aquella boca del lobo.

Se sintió vilipendiada al oír cómo uno de ellos hizo referencia al paradero de su compañero y asomó un poco la cabeza para ver dónde estaban. Craso e infantil error. Notó cómo el tacto de una bota la empujaba hasta salir de su escondite. Un segundo después estaba en el suelo, desamparada y con la molesta luz de una linterna enfocándole en su

rostro.

—Tiene unos ojos bonitos —dijo Guido mientras la agarraba del mentón—. Pero por mucho que no comparta a veces las órdenes de mi jefe, debo respetarlas. A mí me va el hecho de tener que dar de comer a mis hijos. Y por esto me dan una pasta. No soy como tú, metida en aventuras de espías y búsquedas de libros antiguos —se burló.

Franco le palpó un pecho de manera obscena, acción a la que respondió Olivia con un aspaviento que alcanzó el rostro del miserable deshecho humano. Incluso Guido pareció contrariado.

—Tú. ¿Qué demonios haces?

—Vas a pagar por esto, zorra.

Olivia no comprendía tanto odio hacia

su persona. Se resignó a su cruel destino.

—Ponte de rodillas —ordenó Guido.

Ella tuvo el valor suficiente de hacerlo a la vez que contemplaba sus ojos. Sus rodillas tocaron con el terreno duro.

—Así es como siempre deberías estar, de rodillas.

—Machista de mierda...—dijo Olivia antes de recibir un brutal golpe en el rostro.

—Si continúas así, tú y yo vamos a acabar mal —reprimió Guido a Franco con mala leche.

—¿Pero qué diablos te importa a ti lo que le hagamos?

—¿De qué estás hablando? —le gritó mientras Olivia se rehacía.

—¿Vas a pegarle un tiro en la cabeza y tienes remordimientos de que disfrutemos con ella antes de hacerlo? Siempre he pensado que eres un gilipollas —afirmó herido en su orgullo. Justo en aquel momento de locura transitoria, el teléfono de Guido comenzó a vibrar. Curiosamente, Olivia notó en su bolsillo el mismo tipo de vibración producida por su dispositivo móvil. Tuvo el ademán de cogerlo, pero sus captores lo evitaron.

Guido sacó el suyo y lo miró:

—No tengo cobertura, pero me está vibrando.

—Te estarán llamado. Puede ser el jefe, sal a fuera —dijo Franco con ansías de quedarse a solas con aquella bonita

mujer expuesta. Guido lo pensó y accedió.

—No se te ocurra tocarla.

El teléfono de Olivia tampoco dejaba de vibrar, con lo que le resultaba extraño que los dos dispositivos se hubieran sincronizado para hacerlo a al vez. Mientras uno de los dos salía, se quedó a solas con el calvo corpulento.

— ¿Ves? —Dijo acariciándole el mentón de manera asquerosa— Eso pasa por estar siempre pendiente del teléfono. Yo en los momentos importantes lo dejo en casa.

Se agachó y palpó sus piernas, introdujo su mano en el bolsillo tocando más de la cuenta y sacó su móvil. Notó como una erección comenzaba a excitarle de

manera visible. Olivia decidió dejar de mirar. Asustada, no tenía fuerzas para luchar.

—Así me gusta, que no intentes resistirte.

Un leve siseo. Fue imperceptible, casi silencioso, pero ella lo escuchó debido a la tensión que sufría. También sintió cómo aquel miserable manoseaba su cuerpo con sus ásperas manos. Pero cuando más temió por su integridad, la presión que ejercían sobre ella descendió paulatinamente. Extrañada, abrió los ojos y vio como una figura oscura apuntaba a bocajarro a la cabeza de Franco.

A continuación, la voz que escuchó le supo a gloria bendita:

—Apártate de ella o te vuelo la cabeza
—aseguró su desconocido salvador.

CAPÍTULO 36

Red de túneles subterráneos,
Portomarín.

Aitor había estado caminando durante más de media hora viendo lo mismo: un oscuro túnel que parecía no tener fin. Las paredes se ensanchaban y estrechaban mientras el nivel descendía. Por un momento pensó que podía estar caminando en círculos, pero no estaba seguro del todo. De una manera racional, intuía que aquel corredor debería tener una salida. Era la semana de los túneles para él, ya que hacía unos días había deambulado por las míticas catacumbas de París, pero aquella

situación era diferente; estaba solo y, pese a que iba armado, tenía la incertidumbre de descubrir por qué aquel agente policial había querido matarle sin éxito. El mensaje «sin servicio» continuaba apareciendo en la pantalla de su teléfono móvil, que al menos le estaba ofreciendo una ayuda inestimable gracias a la luz de su linterna.

Después de mucho rato oyendo sus propios pasos, al final cambió algo en el ambiente. El túnel giró a la izquierda y se topó con unas escaleras de piedra que descendían. El tramo era corto, de apenas unos veinte peldaños, pero lo agradeció a la par que lo esperanzó. Entró a un pasillo más estrecho y llegó

a un cruce que le hacía tomar una determinación. La mezcla de olores extraños le alentaba. No creía en su propia suerte, así que decidió tomar el camino de la derecha sin pensarlo. Algo más nervioso, se cercioró de que aquel corredor acababa a unos cincuenta metros de su posición y que no tenía salida. Pero al pasar justo por su lado, la vio: una puerta de madera algo astillada. Aunque en el cruce no había intentado probar por su izquierda, no podía desaprovechar la oportunidad de abrir esa puerta. El pomo estaba gastado y cedió sin esfuerzo.

Contra todo pronóstico, del interior emanaba una tenue luz que iluminaba el espacio parcialmente. Aitor se introdujo

en la estancia de piedra. La luz provenía de una hilera de velas que había colocadas sobre unas columnas. La sala, de planta cuadrada, olía a cera quemada y también a incienso. Tuvo la esperanza de encontrar a alguien allí debido a que no parecía abandonada, sin embargo, la suerte le fue esquiva. Cruzó una fila de bancos de madera que eran presididos por un altar de piedra situado al fondo. Sobre la construcción también encontró una representación en tres dimensiones de un símbolo de sobras conocido por él en los últimos días: «Omega». Sin dejar el arma, se acercó y contempló que si obviaba aquello, la sala carecía de todo interés. Se trataba de alguna especie de capilla para la oración, así lo denotaban

los bancos, las candelas y el propio altar, estaba seguro. Tras el sagrario había otra puerta de madera, que sería el paso a su siguiente destino, ya que también estaba abierta. Aquella capilla le había sorprendido y entendió que debía de estar cerca de una posible salida. Pero cuando vislumbró lo que tuvo enfrente al abrir, quedó desconcertado: aquella cámara estaba situada en la parte alta de una construcción de pasarelas de madera que se introducían más aún en las entrañas de la tierra. Lo más llamativo fue que la oscuridad le impedía ver absolutamente nada alrededor de dicho levantamiento.

—¿Qué diablos es este lugar?

El juego de pasarelas era similar a las que se utilizaban en las minas para ascender y descender niveles, y ya que desconocía la localización al completo, dedujo que ese subterráneo podía contener algún material prolifero en la zona. La construcción, pese a estar cimentada en madera y ensamblada con cuerdas, no parecía inestable. Desde su posición en la parte alta, contempló como en los niveles inferiores había algo de luz. Calculó que debía contar con una envergadura de unos cuarenta metros. Bajó por la rampa con cuidado de no dar un mal paso y evitando mirar hacia la oscuridad; no era propenso a sufrir ataques de vértigo, pero al notar el temblor de la estructura a cada paso que

daba, descendió despacio y bien agarrado a la baranda. Continuó hasta llegar al nivel inferior de los cuatro que había contado. El suelo era de piedra sin pulir y pensó que desde que había caído desde el cementerio, había descendido muchísimo. Frente a él y ya habiendo abandonando el espacio abierto, encontró la entrada a un pasillo construido en un muro de hormigón. Era bastante más ancho que el que le había precedido antes de entrar a la capilla.

Allí abajo hacía más frío y el corredor estaba alumbrado por una hilera de antiguas bombillas que colgaban del techo, lo que resultó ser un alivio, ya que pronto debería poder toparse con alguien en aquel espacio.

De repente, un olor nocivo le embriagó a través del pasillo. Era como una especie de mezcla entre algo podrido y un aroma floral con el que habían intentado camuflar aquella esencia. Aitor no pudo más que tapar su nariz e intentar respirar lo mínimo posible. Pero omitirlo fue una quimera. Caminó, pero el olor acrecentaba por momentos. Entendía que si continuaba allí podría salir mal parado. Encontró una puerta a su derecha, por la que decidió entrar de inmediato. Le costó abrirla y sus bisagras se quejaron al doblarse. Pero lo que no supo el investigador es que el origen del olor nauseabundo provenía de aquella infausta estancia. Al cerciorarse de lo que ella contenía, sintió asco

primero, y después un temor primitivo que le hizo retroceder.

No podía creerlo, era inaudito, pero, desordenadas y repartidas por el terreno, había cabezas humanas. Sí, cabezas cercenadas de seres humanos. El terror le hizo trastabillar consigo mismo y cayó de culo. Ocultó su boca bajo la cazadora e intentó establecer un esquema visual de lo que estaban contemplando sus ojos. Era terrorífico; cabezas humanas cortadas a la altura de la tráquea. La simple idea le horripilaba. Casi sin quererlo, se fijó en algunas de ellas: parecían ser de diferentes épocas, había algunos ejemplares que resultaban más

reconocibles que otros debido a que aún contaban con cabello, carne y sangre. Incluso había carabelas sin ningún tipo de vestigio humano que las cubriera. ¿Qué demonios había ocurrido en aquel lugar? De manera curiosa y pensando en lo que quizá le concernía, intentó localizar algún busto de cabellera rubia y ojos azules tal y como podía reconocer a Miranda Cardona, pero su hastío le ganó la batalla. De igual manera, los miembros cercenados se acumulaban unos sobre otros sin ningún tipo de orden o motivo. ¿Quién había hecho eso? Sintió una arcada y no pudo evitar vomitar debido al olor y a la impresión. Cientos de ojos le contemplaban inertes, con visiones perdidas en una maraña de

gritos ahogados de incomprensión. Se rehízo como pudo e intentó ponerse en pie, pero le costó muchísimo. Aquello era lo más parecido al mismísimo infierno que había visto en su vida. ¿Quién era toda esa gente? Aún no podía creer que sus ojos estuvieran contemplando un centenar de cabezas cercenadas mezcladas en un olor a sangre y podredumbre infecta. Volvió a vomitar antes de levantarse. En medio de la confusión, le pareció escuchar un leve gorgoteo, un sonido parecido al que provocan las gárgaras de alguien descuidado. No le dio importancia y deshizo sus pasos para volver por donde había llegado, sin embargo, la luz de la sala se desvaneció sorpresivamente. El

sonido gutural incrementó en la oscuridad y Aitor empuñó el arma sin saber a dónde apuntar. Más asustado que envalentonado, apretó el gatillo en dirección a la salida y la deflagración iluminó el espacio por unas décimas de segundo. Pero la imagen de la figura que vio agazapada en una de las esquinas de la sala, no la olvidaría en la vida.

CAPÍTULO 37

Portomarín, Galicia.

El agente del CNI, Unax Castedo, informó a los efectivos policiales que aquellos dos malhechores deberían pasar la noche bajo rejas a la espera de la orden del juez. Cuando se hubieron introducido en el coche patrulla, él regresó al furgón que lo había llevado hasta allí. Hacía frío en aquel pueblo, y aún así habían tenido suerte de que todavía no había comenzado a llover, porque la tormenta que se acercaba no sería de las pequeñas. Se podía respirar en el viento que soplaba desde el norte. Se introdujo en la parte de atrás

mientras uno de los efectivos médicos terminaba de examinar a Olivia Giralt, quien ya fuera del estado de shock que había sufrido, descansaba esperándole. Castedo despidió al auxiliar y se sentó frente a ella, al otro lado del espacio.

—¿Mejor? —observó las ojeras que se dibujaban bajo sus ojos.

Esta asintió y desvió la mirada.

—Gracias, me ha ido de bien poco —él no se molestó ni en contestar.

—¿Dices que son los mismos dos hombres que os atacaron en París?

—Sin ninguna duda.

—Son residentes de este pueblo. Trabajadores ambos de un viñedo en una aldea cercana, con antecedentes, pero nada serio. Estamos investigando la

posible conexión dado que ellos dos solo son la punta del iceberg.

—Estoy segura de que todo está relacionado con la desaparición de Cardona. Pero no podría decirte quién los puede enviar. ¿Cómo me encontraste?

Castedo bajó la vista y frunció el ceño.

—Olivia —expresó de una manera ciertamente dulce—. Ya te dije que desde la base del CNI monitorizamos vuestros teléfonos por vuestra propia seguridad.

Ella abrió los ojos, esperanzada. Si la habían localizado a ella, podrían hacer lo mismo con Aitor.

—El propio analista con el que hablaste me avisó de que algo no funcionaba. Y

solo tuve que seguirte la pista hasta ese centro de peregrinos abandonado. Llevo en Galicia desde el mediodía. Has tenido suerte, pero como siempre digo, también en el azar hay algo de voluntad. Utilizamos un inhibidor de ondas magnéticas, que es lo que hizo que tanto tu teléfono móvil como el del tal Guido se tornaran inestables. Simples trucos tecnológicos a la vanguardia de la ciencia.

—¿No podemos localizar a Aitor? — preguntó muy a la expectativa.

—Evidentemente, para eso estamos aquí —fue rotundo—. Pero hace unas horas que perdimos su señal.

El rostro de la mujer languideció. No podía creer que Aitor permaneciera en

paradero desconocido incluso para el CNI.

—Lo teníamos monitorizado pese a que su señal era débil. Con lo que no toda la esperanza está perdida. Y es precisamente de lo que te quería hablar. Castedo se puso en pie y se acercó a un armario metálico. De su interior extrajo una serie de documentación que dejó sobre un escritorio abatible. Olivia se dio cuenta entonces que el agente no vestía ropa de paisano, sino que llevaba ropa táctica de asalto pese a estar bien camuflada en tonos oscuros.

—Desde hace mucho tiempo, tenemos este pueblo en nuestro punto de mira — se acercó a una esquina y extrajo una pizarra magnética de la que colgaba un

mapa topográfico de Portomarín.

Olivia lo contempló sin entender bien qué significaban aquellas líneas verdes y rojas que aparecían por algunas de las franjas y cuadrantes del esquema.

—Y en el momento en el que vuestra investigación conectó con este lugar, se encendieron todas mis alarmas —dijo—. ¿Ves este mapa topográfico? Apenas hace unas horas, nuestro satélite de inteligencia ha realizado un barrido a en el que ha dejado al descubierto una red de túneles subterráneos bajo el pueblo. Como entenderás, es un lugar idóneo en el que perderse.

—Entiendo. Podría ser que Miranda estuviera allí abajo.

—Aquí abajo —aclaró señalando al

suelo metálico—. Bajo nuestros pies. He tenido a un analista recabando información sobre la zona durante cinco horas y lo único que ha podido sonsacar es una pared detrás de otra. Una mina de amianto abandonada, una fábrica textil que ocultaba producción en los sótanos para venderla en el mercado negro y negocios de poca monta. Pero la magnitud de esa red de túneles abarca mucho más. Algo que incluso nosotros desconocemos.

El rostro del agente parecía fresco pese a las horas de la noche, sin rastro mínimo de cansancio.

—Y la última señal que tenemos de Aitor proviene de allí abajo.

Ella no pudo reprimir una mueca de

sorpresa.

—Deberíamos ir a buscarlo...

—Todo a su debido tiempo, Olivia —pareció reflexionar—. El caso que tanto a ti como a tu compañero os concierne, ha llegado a su fin.

—¿Estás diciéndome que nos apartemos? Aún no hemos encontrado a esa periodista del demonio —dijo enfurecida.

Contento por la reacción de la mujer, Castedo suspiró y se rascó el mentón.

—Esto se ha ido de manos —se acercó a una pila de papeles y recogió uno al azar—. Quiero que le eches un vistazo a esta documentación. Por ejemplo —carraspeó antes de leer—. Gloria Muñoz, dieciséis años. En el año 1984

desapareció de la aldea sin dejar rastro. Solo sus padres denunciaron la desaparición y nadie pareció hacer caso. Año 1975, el joven de veintidós años, Joaquín Brey, desaparece en el bosque mientras juega al escondite con su hermano menor. También quedó en el olvido. Y podría recitar hasta un centenar de casos de peregrinos que han desaparecido en estas tierras sin que nada más se supiera.

Oliva recordó en aquellos momentos las palabras del decano del centro de estudios bíblicos en las cuales hablaba de una leyenda maldita que corría por la zona.

—Nunca hasta ahora una investigación oficial nos había traído hasta aquí. Pero

el hecho de seguirle la pista a Miranda nos ha abierto los ojos. Debemos actuar con celeridad, porque, según nuestros últimos informes, creemos que hay algo que se nos escapa.

—Pero, ¿qué tiene ella para haber hecho saltar esas alarmas?

—Nada. Hemos extremado la investigación sobre su círculo más íntimo y no hay nada. Quizá se puso en la pista de algo hasta que llegó demasiado lejos. Pero debemos encontrarla porque tengo la corazonada de que ella nos llevará hasta Aitor.

Olivia suspiró nerviosa y se puso en pie. Necesitaba sentirse útil en aquel momento más que nunca.

—En estos precisos instantes un equipo

táctico del CNI se dirige hasta aquí. Gracias a este mapa topográfico — señaló la pizarra magnética—, hemos descubierto dos accesos a la red de túneles que hay bajo nuestros pies. Uno al norte y el otro en el otro extremo, justo al sur.

Por uno se accede a través de lo que parece un cementerio y al otro desde la presa del embalse.

Ella prestaba atención a las instrucciones de Castedo, dando a entender que quería colaborar.

—Si vais a bajar, quiero hacerlo con vosotros. Al fin y al cabo, sigue siendo mi caso.

—Eso si yo no digo lo contrario — recalcó en tono serio—. Puede ser un

lugar peligroso y no creo que estés instruida en este tipo de operaciones.

—De todas formas, iré —se sorprendió a ella misma de su actitud.

Castedo suspiró y volvió a ocultar el mapa y la documentación que le había mostrado. Ya estaba todo dicho. Al conocer la conexión de Miranda Cardona con el pueblo de Portomarín y recabar información del mismo, había pedido autorización para actuar. Cuando conoció de primera mano todas aquellas historias sobre desapariciones y leyendas, no tuvo ninguna duda de que la operación había alcanzado su clímax y que no había marcha atrás. La misión de reconocimiento daría comienzo en una hora y, aunque no era lo correcto, no

estaría de más que esa investigadora los acompañara. Al fin y al cabo, fueron ellos dos quienes habían puesto el nombre de Portomarín sobre el mapa.

—Está bien. Vendrás conmigo y no te separarás de mí. Un equipo táctico irá a la vanguardia y el sargento y su grupo de policías también nos acompañarán.

Indudablemente, ya habrían recibido algún tipo de autorización de la fiscalía para actuar sobre suelo gallego. Aquel sargento mequetrefe ya estaría tranquilo. Alentado por Castedo, ella se dispuso a bajar del furgón, pero este la detuvo en el último momento:

—Giralt, conoces la historia que cuenta que, debido a la construcción del embalse, el pueblo se trasladó hasta esta

colina, ¿verdad?

—Sí —afirmó—. La he oído unas cuantas veces estos últimos días.

—No es del todo cierta; según cuentan algunas voces autorizadas, es verdad que todo se reedificó aquí arriba. Pero no fue debido al embalse.

—¿Entonces? —contestó extrañada.

—Sepultaron el pueblo bajo las aguas del río porque intentaban huir de algo que desconocemos.

CAPÍTULO 38

Red de túneles subterráneos,
Portomarín.

La imagen que había visto, le acompañaría toda su vida, estaba seguro. Completamente alentado por un terror inhumano, salió a la carrera de aquella sala en la que contempló el infierno de la manera más clara posible. Gente decapitada. Miradas perdidas en la negrura ante un final que seguramente no esperaban. Y después, aquella imagen... El destello de luz que provocó la deflagración, mostró una figura horripilante, agazapada en un rincón escondida, pero provocando en Aitor un

terror que le recorrió todo el cuerpo y le hizo abandonar la estancia a toda velocidad. No supo reconocer con exactitud de qué clase de homínido se trataba, pero estaba seguro de que lo que fuera, esperaba acuclillado su oportunidad de atacar. La simple idea de reconocer que no parecía humano... Le avergonzaba. Tal vez se tratara de un animal de grandes dimensiones que, debido al miedo, Aitor confundió, pero sabía que debía recordar su apariencia para un posible reconocimiento posterior. Lo que más le llamó la atención fue su fiera apariencia y su cuello musculado de manera abrupta. Era como si la evolución hubiera pasado de largo para aquella alimaña envuelta

de espeso pelo negro y marrón. Pero ante todo recordaría aquellas inexpresivas pupilas negras que denotaban una amenaza desconocida. Le espeluznaba la simple recreación de su visión.

No recordó con exactitud el tiempo que había transcurrido desde que salió de allí y fue a parar al lugar en el cual se encontraba; estaba sentado en el suelo con la parte trasera de su vestimenta completamente mojada. Su teléfono móvil (con su linterna) había desaparecido y por fortuna, no le dio por soltar el arma. Había caído por algún tipo de pasarela que le hizo descender otro nivel más, esta vez hasta un anodino pasillo que se introducía en

una oscuridad solo atenuada por la presencia de alguna que otra bombilla cada cierto trazado. Aquel laberinto era incuantificable.

No recordaba si el final del pasillo anterior conectaba con esa pasarela que descendía o había penetrado en ella por error, pero el caso es que aquella criatura debía de quedarle bastante lejos. Se puso en pie e intentó sacudirse la arena mojada que portaba encima. Esa red de túneles subterráneos rezumaba antigüedad y daba la sensación de que no parecían acabarse nunca. Hasta el momento, él había trazado un mapa mental para poder regresar al menos hasta la entrada al cementerio, pero el hecho de haber

caído a través de aquella rampa le imposibilitaba volver, perdiendo la única salida conocida hasta el momento. Caminó con parsimonia y completó el trazado que llevaba hasta otro rellano de escaleras, que esta vez subían un leve repecho. Perder su teléfono había significado todo en esos momentos, ya que además de no contar con la luz supletoria en caso de necesidad, también perdía la oportunidad de ponerse en contacto con Olivia en cuanto fuera posible. ¿Dónde estaría ella? Habían perdido la conexión en el peor de los momentos y seguramente estaría molesta por la simple cuestión de que no la hubiera esperado. Lo que tenía claro es que no había puesto en riesgo el caso,

sino todo lo contrario. Denegó pensar en ello de nuevo. Y también intentó negar sin éxito que la echaba de menos.

El pasillo se introdujo en un cobertizo alicatado en madera, el cual desembocaba en dos puertas que había incrustadas en la pared izquierda del mismo. Eran de madera y cada una contaba con un tipo de oquedad para que la luz pudiera entrar en el interior. Dudó si mirar o no, pero le pudo la curiosidad y sucumbió. Se asomó por el primer resquicio y, además del hedor que emanó del interior, no vio nada reseñable. Solo una especie de celda vacía y sin ventanas. Se acercó a la siguiente y repitió la acción. Agudizó la visión y contempló algo en la negrura

que le hizo dudar. No sabía si se trataba de un cuerpo humano o de un bulto inerte, pero el caso es que había algo. Intentó abrir, pero la puerta no cedió. Aitor era alto y llegaba de sobras a la rendija, pero sus palabras no fueron contestadas. Negando la evidencia de que pudiera tratarse de una persona, pensó que en el interior de aquella celda podría encontrar algún material que le sirviera. Retrocedió, cogió impulso y pateó la puerta sin éxito. Se dio de bruces con la madera, pero tenía un as en la manga. Miró alrededor y no encontró nada que pudiera ayudarle a desbloquear el paso. No tenía más remedio, así que, por segunda vez en poco tiempo, se dispuso a abrir una

cerradura a tiros. Empuñó el arma con las dos manos y efectuó dos disparos certeros. No había eco en el pasillo y la deflagración sonó fuerte, pero no fue nociva. Un par de hilos de humo ascendieron desde la cerradura, que, completamente destrozada, se aguantaba de milagro. Aún empuñando el arma, Aitor empujó la puerta con el pie y descubrió el espacio a través el cual entró la luz del corredor. Olía a orín y a podredumbre. El suelo era de piedra y las paredes de hormigón. También había un lecho de paja y, al introducirse más en el interior, vio un cuerpo humano tumbado. Su primera reacción fue subir la guardia y apuntar, pero si quien estuviera tumbado no había respondido

al estímulo que significó el disparo... Seguramente estaría muerto. Era adulto y descubrió que tenía una cabellera rubia y larga. Sintió un escalofrío y, excitado de repente, guardó el arma y se agachó. Se trataba de una mujer, alta y delgada. Vestía unos vaqueros y un jersey oscuro, pero la ropa estaba mojada. Le giró el rostro y la vio; las fotografías no engañaban, después de todo.

Intentó recostarla y le golpeó un par de veces de manera suave en el rostro para alentarla. Estaba helada. Después de unos segundos que se hicieron eternos, Miranda Cardona reaccionó. Un hombre desconocido, con barba y despeinado, la miraba con profundidad. Estaba dolorida y tosió. Aitor contempló sus

radiantes ojos azules e intentó reincorporarla con cautela.

—Con cuidado —dijo él.

—¿Quién eres? —su expresión era desconfiada, pero no tenía la fuerza suficiente para entablar ninguna lucha. Pese a que la habían investigado hacía algún tiempo, ella no le reconoció. No pudo evitar una mueca de alivio y dibujó algo parecido a una sonrisa en sus labios antes de recostarse en la pared.

Aitor había cumplido con la difícil empresa de dar con el paradero de Miranda Cardona; misión cumplida. Solo que ahora les quedaba el pequeño detalle de tener que escapar de las entrañas de la tierra.

—Me llamo Aitor Cruz y trabajo para el

CNI, he venido a sacarte de este agujero.

CAPÍTULO 39

Embalse de Belesar, Portomarín.

—No tienes por qué venir, te lo digo de verdad —le dijo Castedo mientras contemplaba la inmensa represa de hormigón. La titánica construcción emergía de la noche entre niebla y un frío que cortaba la respiración. Olivia Giralt se asomaba a la cascada pensativa, mientras el resto del equipo del CNI esperaba órdenes para entrar en el edificio que había situado al otro lado del camino asfaltado.

—Lo sé, pero debo ir. Es mi compañero y ambos estamos en esto.

Acompañó su respuesta girándose hacia

el agente. Ciertamente era que, desde aquella posición, la presa le daba impresión, pero su mente no estaba allí en esos momentos.

Por el camino, el agente le había informado de que el paradero de Aitor era desconocido, ya que su teléfono móvil había dejado de emitir, con lo que el satélite del centro de inteligencia no podía cotejar su señal. Aquel hecho le preocupaba mucho, ya que no entendía el motivo por el que Aitor podría estar deambulando bajo tierra en aquellos precisos instantes. Además, le fue honesto al expresarle que podían temer por su vida.

Un equipo de hombres armados esperaba órdenes directas mientras

charlaban entre ellos. Vestían de paisano, pero todos llevaban chaleco antibalas. Fue el mismo Castedo el que le ofreció uno.

—No sabemos qué podemos encontrarnos ahí abajo, con lo que es mejor prevenir.

Olivia asintió y comprobó su arma, una Beretta px Storm de 9 mm que un agente le había prestado y que estaba cargada con quince proyectiles de punta hueca. Castedo dio la orden y el grupo de tres hombres, más ellos dos, se acercaron a la puerta del edificio de abastecimiento. El encargado del mismo, ya estaba fuera hablando en aquellos momentos con el sargento de policía de Portomarín, Iago Martín.

—Sargento, cuando quiera.

—Yo estoy listo —dijo ajustándose el cinturón.

Estaba preocupado por Adán Quirós. Este no había respondido a sus dos últimas llamadas y suponía que le interesaba el hecho de que el CNI estuviera rondando por la zona desde hacía unas horas. Además, estaba el tal Castedo... Su prepotencia le enervaba. Habían podido aguantar menos de un día la cometida de la agencia de inteligencia por aquella investigación. ¿Qué habían hecho mal? ¿Quién movía los hilos? Se suponía que a aquellas alturas debían tener todo controlado, hermético, pero ahora estaban en un certero peligro bajando a la red de túneles que había

bajo la presa. Incluso le sorprendía de la eficaz manera que habían descubierto las diferentes entradas, gracias a un mapa topográfico escaneado por satélite. Pasmoso. También la del cementerio, aunque él tuvo la suerte de no tener que entrar por ahí, de aquella manera se evitaba encontrarse con el cuerpo de aquel investigador, con lo que hubiera supuesto. Había pensado durante horas en él después de haberlo empujado a través de la tumba ficticia de Lázaro Ponte, pero no sentía remordimiento alguno. Había intereses más importantes que la vida de un solo hombre. Secretos que deberían perdurar hasta el fin de los días.

—Sargento —volvió a sacarle de sus

pensamientos aquel estúpido del CNI—, procedamos, por favor.

El clan se dirigió en masa hacia la entrada, la cual abrieron introduciéndose en el anodino espacio que escenificaban las oficinas de la sala de máquinas. Nada reseñable. Según el plano que ojeaba Castedo de vez en cuando en su inseparable iPad, la entrada al laberinto de túneles no dejaba de ser un paso que se creía anegado tras el trasvase del pueblo hasta la colina. Dejaron atrás el sistema de líneas de transmisión y el encargado de la planta les mostró el camino que descendía paralelo al sistema de conducción, que era por el lugar por el que se filtraba el agua desde la presa hasta el embalse.

Cabía reseñar que aquella presa resistía una presión de agua bestial y que, tal y como Olivia pensaba, al introducirse por aquellos túneles, lo estaban haciendo bajo el lecho acuático del río Miño. Caer en la cuenta de aquello no le hizo ninguna gracia. De vez en cuando escuchaba como Castedo intercambiaba palabras con los miembros del otro equipo vía transmisor. Tras bajar hasta la última planta, el encargado les mostró un portón metálico de aspecto antiguo y les informó de que hacía años que no se abría.

Le despidieron y se pusieron en posición. Un par de agentes del CNI iban a la vanguardia, el sargento, Castedo y Olivia les seguían y un último

efectivo cerraba la formación. Aquella formación militar armada desprendía cierto respeto.

Según les habían informado desde el centro de inteligencia de manera no muy fehaciente, la red de túneles que marcaba el mapa topográfico podría haber sido construida por la presencia de alguna mina en el siglo diecinueve, pero no estaban seguros debido a la poca información que pudieron recabar al respecto. Forzaron la puerta comprobando la presión con un dispositivo volumétrico, básicamente para que no les sorprendiera una lengua de agua al abrir. De dentro, emanó olor a tierra mojada y ante ellos se mostró un pasillo oscuro que se introducía en la

oscuridad.

—Alpha, ¿me recibes? —preguntó Castedo a través del intercomunicador. Tras unos segundos y un par de destellos de ruido blanco, otro agente contestó desde el otro lado.

—Recibido, aquí Bravo. Hemos bajado a través del cementerio. No lo vas a creer. La entrada estaba camuflada por una tumba ficticia.

Castedo sopesó una respuesta e inquirió a sus hombres que se introdujeran en la oscuridad.

—Nosotros penetramos en estos instantes. Nos mantenemos informados. El sargento iba a la vanguardia, apuntando con el haz de luz de su linterna a la negrura que le precedía.

Sabía que el otro equipo entraría por el cementerio y debía estar al tanto de las noticias sobre el hallazgo del cadáver de aquel investigador... Pero tenía que resignarse y realizar bien su trabajo. Al fin y al cabo, las cosas podían volver a su cauce si todo funcionaba tal y como esperaba. Pero asumía que había demasiados factores y distracciones que podían enviar todo al traste.

Bajaron un repecho que se introducía en otro angosto túnel y fueron a parar a un espacio amplio que parecía haber pertenecido a alguna construcción antigua. Había madera roída por doquier.

—¿Qué debe ser este lugar? —preguntó fascinada Olivia.

—Una mina clausurada.

—Hay escritos de la época que dicen que en la zona fue clausurada debido a un escape de agua que la anegó —se introdujo el sargento en la conversación.

Castedo se agachó a comprobar la madera, que, pese a su antigüedad, no parecía haber estado sumergida.

—Al menos hasta aquí, el agua no llegó. ¿Qué se cuenta en el pueblo sobre las desapariciones? Tú debes estar al tanto —afirmó.

—Es todo un problema. Es normal que de cara a los peregrinos lo intentemos ocultar... Cada vez se cuentan más cosas sobre Portomarín que no nos convienen. Mitos, leyendas,

desapariciones... No ayuda.

El amplio espacio se estrechaba para converger con otro pasillo que descendía. Pasaron minutos hasta que encontraron algo reseñable en aquel túnel.

—Señor, una puerta —informó el agente más adelantado.

Pese a su juventud, Castedo parecía contar con un rango bastante elevado dentro del organigrama de la agencia. Se detuvo en seco y contempló el iPad.

—Según el plano, da a una sala rectangular con una salida justo al otro extremo. Continuemos.

Uno de los miembros del equipo abrió la puerta y los demás le siguieron. Los haces de luces de sus linternas

descubrieron una estancia singular: tal y como había advertido Castedo, su planta era rectangular y contaba con varias estanterías repartidas por el espacio. El suelo y las paredes eran de madera. Se asombraron cuando uno de ellos pulsó un antiguo interruptor y, como respuesta, una hilera de bombillas se encendió de manera perezosa. Olivia contemplaba aquel espectáculo de luces como quien ve llover. Y fue entonces cuando descubrieron que las estanterías estaban repletas de antiguo material de laboratorio.

—No toquéis nada —repelió Castedo con mal humor—. Que alguno de vosotros recoja pruebas visuales. Deberíamos peinar este lugar con

celeridad antes de continuar.

El equipo se repartió por la sala mientras que, tanto Olivia como el sargento Martín, deambulaban de manera curiosa.

Repartidos por la sala, había diferentes tipos de material de laboratorio, puede que del siglo veinte o incluso del diecinueve. Olivia no entendía mucho de aquellos artilugios, pero caminó en paralelo a una estantería para visualizarlos. Cubiertos de una capa de polvo y dejadez, encontró tubos de decantación, embudos de vidrio y picnómetros, mientras que en la estantería contigua pudo vislumbrar un juego completo de manómetros de rama abierta. Llegó al final y torció la

esquina, lugar al que todavía no habían llegado los miembros del equipo táctico. Al alzar la vista hacia el estante, su corazón dio un vuelco; no pudo evitar un grito, y, enseguida, dos agentes del CNI se acercaron corriendo hasta su posición. Con el fusil en alto, apuntaban hacia el estante. Aunque omitiendo el grito, también quedaron visiblemente estupefactos.

En lo alto de la misma reposaban tres recipientes de cristal rellenos de un líquido visiblemente viscoso. Y el problema no era el líquido, sino lo que contenía en su interior; en los dos primeros encontraron algo parecido a órganos humanos, dando por hecho que estaban siendo conservados en formol.

Pero la estupefacción la provocó el busto decapitado que reposaba en el interior del tercer y último recipiente. El rostro cercenado los observaba con una mueca de horror indescriptible. Olivia giró la vista de inmediato, era demasiado macabro para ella. Al estar conservado en formol no podían averiguar de qué época podría tratarse, pero resultaba horripilante. Aquel rostro pétreo los observaba mientras los presentes seguían haciendo cábalas sobre el hallazgo, incluso el sargento de policía reprimió una arcada. El único que se mantenía al margen era Castedo. Pero este se encontraba inmiscuido en una cuestión más importante. A través del intercomunicador, el líder del

equipo Alpha se había puesto en contacto con él avisándole de que habían entrado a un espacio muy parecido a una capilla. Le mentó un símbolo de piedra sobre un altar y esto lo alertó. Segundos después, la conexión comenzó a fallar y lo único que logró entender fueron los gritos de desesperación de los miembros de su equipo operativo. También pudo oír el sonido inequívoco de sus fusiles semiautomáticos escupiendo plomo. Intentando recapitular en silencio, Castedo visualizó la idea de que les habían atacado. Intentando no llamar la atención de su equipo, se puso en contacto vía interna con la base central, desde donde le confirmaron sus peores

augurios; la señal directa de cada uno de los efectivos, lo que les indicaba si estaban con vida o no, había desaparecido.

En ese preciso instante, justo cuando él se quitaba el intercomunicador de manera violenta, Olivia Giralt se acercó con el rostro pálido. Al parecer habían descubierto algo descabellado en aquellas estanterías. Cuando sus miradas se cruzaron, supieron de inmediato que estaban en peligro.

CAPÍTULO 40

Red de túneles subterráneos,
Portomarín.

—Ten cuidado, no vayas a lastimarte ahora —expresó Aitor mientras la agarraba por los hombros. Miranda Cardona, aún convaleciente de su reclusión, acostumbraba su vista a la luz a marchas forzadas mientras caminaban por un pasillo no diferente a los que le precedían. Cojeaba debido a la inactividad y sus huesos le dolían. Estar recluida en aquella fría sala y con la ropa empapada, la había destrozado por dentro, pero tenía suerte, las pistas que había dejado por el camino habían

llegado a buen puerto y aquel detective privado (como tal se había presentado) había dado con su paradero. ¿El CNI? Le sorprendía grotescamente que la agencia de inteligencia estatal hubiera movido los hilos para investigar su desaparición. Solo por eso necesitaba sobrevivir, para agradecerse a quien hiciera falta. Aquel investigador no dejaba de hablarle sobre los menesteres de su supuesto caso, pero ella no estaba en condiciones de aprobar o de replicar ninguna de sus afirmaciones. Asentía a la vez que caminaban. Cruzaron una pasarela de madera que les llevó hasta una sala de suelo de hormigón y paredes de piedra, sin nada reseñable. Traspasaron un marco horadado en la

roca y se volvieron a introducir por un pasillo de gravilla que convergía con un espacio más amplio. Allí, Aitor decidió que ella debía descansar por unos instantes.

—Miranda, no tengas prisa. No necesito que me respondas todo lo que te quiero preguntar, ya tendremos tiempo de eso más adelante. Pero es necesario que me dejes vislumbrar ciertas cuestiones — Aitor intentó empatizar con ella, que continuaba con la mirada perdida y el rostro confundido. Su tez era blanca y sus radiantes ojos azules eran tan llamativos como el cielo del amanecer. No veía necesario recordarle que ya se habían conocido con anterioridad, no en aquellas circunstancias. Después de

todo por lo que había pasado para encontrarla, se alegraba de poder estar con ella.

—¿Sabes quién te secuestró? Necesitaríamos tener al menos una pista o alguna conexión.

Miranda recordó el momento en el que perdió el sentido antes de caer desmayada. Recordaba con claridad aquella capilla con el altar de piedra y el símbolo «Omega» sobre él. Pero discrepaba en sus pensamientos posteriores.

—Recuerdo una sala parecida a una capilla en la que alguien me golpeó por la espalda —incluso le costaba un gran esfuerzo hablar—. Pero allí, antes de perder el conocimiento, vi algo.

—Yo también pasé por esa sala... Y creo que sé a lo que te refieres con lo que viste.

Los ojos de Miranda se abrieron como platos.

—Creo que fue quien me atacó —explicó—. Le perdí de vista mientras intentaba esconderme y no recuerdo nada más. Después desperté en esa celda. Pero esa figura...

—Esa bestia, diría yo —discrepó con cierta rotundidad—. La vi agazapada, a punto de atacar, pero por suerte pude escapar a la carrera. No sé qué demonios es, pero sea lo que sea, no parece humano.

Aquella confesión de Aitor cogió por sorpresa a la periodista debido a que él

había asumido con facilidad que la alimaña que pululaba por esa capilla carecía de humanidad.

—Entonces, también encontraste el lugar en el que había decenas de cabezas cercenadas.

—No lo podría olvidar... Qué horror — dijo mientras comenzaban de nuevo a caminar a través del corredor —. Este lugar es horripilante.

—¿Y qué te llevó hasta aquí? —hiló Aitor.

Esta contempló la hilera de bombillas que alumbraban el pasillo y se detuvo con la mano en el costado.

—Curiosidad.

El investigador no esperaba esa respuesta, pero no por eso perdió

interés. Su cometido era descubrir el paradero de la periodista y lo había conseguido. Después ya estaban las consecuencias que aquello pudiera acarrear. Pero él ya había hecho el trabajo por el cual le habían contratado. Desde el principio, con el hallazgo del libro del Apocalipsis, tanto Olivia como él, se habían involucrado muchísimo en la investigación. Y era bien sabido que en un informe final sin un buen testimonio de la víctima... Además, no se fiaba que el CNI pudiera intercambiar información, con lo que lo más sensato sería poder sonsacarle toda lo que fuera necesario.

—Curiosidad llevada al extremo diría yo —le ayudó a bajar un repecho de

escaleras.

—Un fotoperiodista amigo mío me llamó hará cosa de un mes. Vive en Roma y me puso en la pista de las leyendas que se cuentan en esta zona del país —recitó—. Él hizo el camino de Santiago y quedó prendado. Pero al hacer parada en Portomarín, escuchó las historias que se contaban sobre un índice alto de desapariciones en extrañas circunstancias.

—Sí... Algo tengo oído —ironizó.

—Me lo contó, y yo, al trabajar por mi cuenta, decidí investigarlo para poder vender la historia a un buen postor. Creí que era interesante. Y visto lo visto, no andaba en el error.

—¿Llegaste a hablar con el sargento del

pueblo?

—No. El trabajo que realicé me llevó a conocer a un párroco en París.

—Maurice...—Aitor hizo una mueca de negación y miró a Miranda.

—Lo sé, sabía desde el primer momento que si él salvaguardaba la información que le atesoré, no acabaría bien. ¿Quién fue?

—Creemos que las mismas personas que intentaron matarme aquí.

—¿Matarte?

—Es una larga historia, Miranda. Ya tendremos tiempo. ¿Cómo lograste el libro del Apocalipsis?

—La primera parte de la investigación me llevó a Santiago, allí lo conseguí. De todas maneras, ese volumen es una

burda copia del original. Lo único que lo diferencia es que las supuestas inscripciones de...

—Santiago —la contempló—. Sé toda la historia. Lo de su viaje hasta estas tierras y lo de su revelación. Todo eso ha sido un bonito embrollo que me ha llevado hasta ti.

—Este lugar... Debemos salir de aquí. Caminaron recto y encontraron un resquicio de luz. Se introdujeron en él y llegaron a un espacio abierto en el cual había unas escaleras en forma de espiral que descendían. Parecía que aquel subterráneo no tenía fin.

—No tenemos más remedio que descender —contemplaba Aitor el espiral descendiente agarrado a la

barandilla.

—No creo que la salida sea por aquí.

—No tenemos más remedio.

En aquellos momentos, una serie de extraños sonidos les alertaron. Claramente pudieron oír una ráfaga de disparos y lo que creyeron que eran gritos humanos. Dieron por hecho de que procedían de una posición no muy lejana a ellos y sus sentimientos se contradijeron. Por una parte, pensaron que era buena señal el hecho de haber encontrado a alguien en esos túneles, puede que incluso los estuvieran buscando a ellos. Pero por otra, aquellos desgarradores gritos los pusieron en estado de alerta. Aitor pensó en Olivia y no pudo más que

omitir un sollozo inaudible. La sonoridad provenía de algún punto sobre sus cabezas, pero la red de corredores huecos los había filtrado hasta aquel lugar. Aitor, arma en mano, tomó la determinación de alejarse de aquello.

—Debemos bajar, sea quienes sean, están en peligro.

Miranda, que parecía mejorar a cada momento, asintió y siguió al detective a través de las escaleras. Descendieron por unos minutos a un paso ligero y al llegar al piso inferior encontraron una puerta que como mínimo, les provocó curiosidad.

De grandes dimensiones y acabada en acero, sus dos alas separaban la mitad de un símbolo «Omega» que hacía de

enganche entre ambas. Miranda, visiblemente fascinada, no pudo evitar acercarse y palpar el símbolo con sus manos. Aitor, en un bonito gesto de generosidad, le había prestado su cazadora de piel y él se resguardaba del frío tan bien como podía.

—Este lugar existe —susurraba mientras veneraba la puerta.

—¿Este lugar? ¿A dónde lleva esta puerta?

—Si todo lo que he descubierto hasta ahora es cierto, nos debería llevar...

Aitor se adelantó e intentó abrir el portal. Este, pese a no estar cerrado con llave, opuso cierta resistencia.

Al lograrlo, descubrieron un espacio desconocido e inesperado; si Aitor no

supiera dónde estaba, habría jurado que la extensión que tenían delante se encontraba a la intemperie en lugar de encontrarse bajo tierra. Pese a la oscuridad, un extraño destello de luz azulada alumbraba una colina en la cual había edificada una ermita de escueto tamaño.

—La iglesia primigenia de Santiago —afirmó visiblemente emocionada.

La colina estaba repleta de vegetación baja que se repartía entre una superficie amplia y etérea. Desde su posición, lo único que vislumbraban era el pequeño campanario de la ermita edificada en piedra.

—¿Iglesia primigenia?

Miranda Cardona se adelantó mientras

contemplaba su alrededor con visible expectación.

—Este lugar existe. ¿No te das cuenta? He encontrado el motivo de mi investigación.

—Detente, Miranda —expresó Aitor mirando a su alrededor— ¿De qué estás hablando?

—Esta —señalaba con énfasis—, es la iglesia, dónde verdaderamente fue enterrado el apóstol Santiago.

Aitor arqueó las cejas mientras ella no dejaba de caminar hacia delante.

—Según tengo entendido, fue enterrado en la catedral que lleva su nombre, ¿no es así?

Ella se giró y lo contempló. Después sonrió mostrando una hilera de dientes

blancos perfectamente alineados. Aitor estaba exhausto para ese tipo de menesteres relacionados con la vida y obra de aquel apóstol, así que hizo un aspaviento con las manos.

—Eso es lo que nuestra bendita Iglesia nos ha hecho creer. Pero no. En esta colina se descubrió el verdadero el origen de la leyenda del apóstol.

El lugar, abovedado por una gran cubierta de roca, estaba alumbrado por una tenue luz azul que aún hacían brillar más los ojos de aquella mujer, que en cuestión de minutos había pasado a un estado eufórico que poco podía comprender Aitor. Bueno, o puede que sí, después de todo. Si sus afirmaciones estaban en lo cierto, estaban en un lugar

de importante relevancia histórica.

Pero entonces, ¿a qué se debían todas aquellas desapariciones? ¿Alguien intentaba ocultar ese lugar subterráneo? El batiburrillo de preguntas que tenía en su mente chocaba con la intensidad con la que la periodista estaba viviendo ese momento. Se agachó a comprobar la vegetación y arrancó un trozo de césped. No daba crédito.

—¿Y qué hay de las cabezas cercenadas y de los desaparecidos? —preguntó Aitor mientras la seguía. Cada vez estaban más cerca de la ermita, que resultaba ser una edificación gótica sin mucho misterio. Tejado a dos aguas y un campanario que se alzaba pocos metros de la planta principal. Después de

haberla encontrado, de nuevo volvían las historias respecto al apóstol Santiago y aquel símbolo del demonio. Al acercarse, Aitor se dio cuenta de que la luminosidad azul provenía de una edificación moderna que había tras la ermita. Se trataba de una de construcción hidrológica que contenía una gran cantidad de agua en su interior y que conectaba con la bóveda de roca. Entonces, Aitor comprendió que se encontraban bajo lecho marino.

—Estamos bajo el río.

—Sepultados en lo que se conocía como el antiguo Portomarín. Sobre nuestras cabezas aún se conservan sus vestigios.

—¿Pero por qué Franco inundó el pueblo para hacer la presa? —preguntó

visiblemente nervioso a sabiendas de que millones de toneladas de agua deambulaban sobre su cabeza.

—Nunca lo llegaremos a saber — cruzaron el porche de roca que daba a la entrada de la ermita—. Este lugar tiene más de dos mil años de historia y si se ha conservado bajo tierra es por que algo nos esconde.

—Espero, aunque no sé como, que esta ermita nos ayude a salir de aquí.

—Según la leyenda, en el interior de estas cuatro paredes —dijo en un tono solemne que a Aitor le extrañó—, el apóstol Santiago tuvo una extraña revelación que el hizo regresar a toda prisa a Jerusalén, donde fue asesinado por los romanos.

Olivia le había contado aquella historia esa misma mañana vía telefónica.

—Después —continuó él—, un grupo de seguidores lo trajo hasta aquí...

—La historia cuenta que un ermitaño descubrió este lugar al vislumbrar en la noche una serie de luces fatuas que planeaban sobre la colina —puso la mano en el pomo de cobre, bajo la atenta mirada de Aitor—. Lo que encontremos tras esta puerta, ha sido silenciado durante muchísimo tiempo.

En un silencio cargado de emotividad, Miranda Cardona, con el beneplácito silencioso de Aitor Cruz, tiró de la puerta.

Del interior emanó una luminosidad incandescente, que, para sorpresa de

ambos, los deslumbró.

CAPÍTULO 41

Red de túneles subterráneos,
Portomarín.

El sargento de policía de Portomarín, Iago Martín, había obrado mal. No sabía por qué, pero en esos momentos se sentía en decadencia con su propia actitud. Había creado un personaje diáfano, sin ningún tipo de cordura aparente más que la de dar al pueblo una imagen digna y moderna. Quizá por eso lo había colocado allí Adán Quirós. Pero se había cansado. Estaba cansado de ocultar historias que no llevaban a ningún lugar. Cansado de realizar tareas

como la que había ejecutado hacía unas horas, empujando al tal Aitor Cruz hasta la muerte. Y ahora, todo ese embrollo se estaba convirtiendo en una pesadilla para él. El personal del CNI, con aquella investigadora incluida, había descendido hasta la red de túneles con la idea de tomar nota del asunto que trascendía en los supuestos casos de desapariciones. Además, también les habían mentado la desaparición del compañero de Giralt, que parecía tremendamente angustiada. Le daban ganas de acercarse a ella y gritarle «— ¡He sido yo! Yo he matado a tu compañero», pero sabía que con aquello no arreglaría nada. Es más, descubriría aquel pastel aún por abrir. Y, además de

eso, no muy lejos de su localización, se encontraba recluida aquella bella mujer, Miranda Cardona, quien sin quererlo había propiciado una catástrofe de mil narices. Pese a que el fanfarrón de Castedo le había alentado para que no se separara, nadie mejor que él conocía el laberinto de túneles que tenían delante. Bueno, quizá sí, alguien tenía mejor conocimiento que él de aquel sistema minero abandonado que convergía con la superficie bajo la tierra.

—Este corredor no tiene salida, déjame ir a echar un vistazo —fueron las palabras que le había dicho a Castedo unos minutos antes. Accedió a duras penas y autorizó su humilde excursión. Iago sabía que en el extremo opuesto de

ese pasillo había una trampilla que daba a un nivel inferior, cerca del punto en el que se encontraba la iglesia primigenia, y quería evitar a toda costa que nadie se acercara allí. Pero pensaba, ¿por qué? ¿Por qué tenía que soportar de nuevo tantas muertes? Llegaría a un punto en el que se sentiría tan presionado que incluso sería capaz de explotar y contarle a los cuatro vientos la verdad, pero por aquellos túneles rondaba un mal desconocido. Y lo que no esperaba es que él mismo sería pasto de su horror. Caminó despacio, tranquilo, hasta llegar a un descenso de nivel que le dirigía directamente hasta una pared sin salida. Cerca del final, se agachó y descubrió la trampilla de madera oculta entre el sucio

suelo. En cuclillas, cotejó que estuviera bien cerrada. No era así. Los bordes carecían de polvo, señal de que había sido manipulada con reciente anterioridad. En esos instantes, sintió un sonido gutural a su espalda. Languideció del terror que significaba, pero se serenó de inmediato. Se puso en pie, se giró con parsimonia y contempló a aquella grotesca figura. Por instinto, agarró la culata de su arma. La efigie era horrorosa; alta, cerca de metro ochenta, corpulenta pero delgada. Semejante a una bestia, pero con una forma humana reconocible, caminaba curva. Su vello marrón y negro se arremolinaba entre sus facciones y sus manos y pies contaban con unas garras capaces de

cercenar cualquier material. Y precisamente eso era lo que hacía. Su rostro demacrado era precedido por un cuello de aspecto temible; tumefacto, inflamado, como si la propia naturaleza le hubiera injertado la maldad que poseía en aquella parte de su infame cuerpo. Debido a eso, de su boca escapaba cierta espuma de un color blanco impoluto, lo que provocaba aquel sonido gutural tan grotesco.

Impasible, Iago Marín dibujó una mueca cómica en su rostro. No habló, justificando que estaba intercomunicado con aquel grupo operativo del CNI que se encontraba a unos metros de su posición. La bestia se acercó a pasos cortos pero seguros. Sin prisa, como

apreciando cada detalle de la situación. Sus pupilas no evidenciaban ningún sentimiento, ya que eran negras como el azabache. Cabría informar de que Iago Martín ya había estado frente a ella en más de una ocasión. Contempló cómo en las garras había restos visibles de sangre seca. Se colocó a su altura y, pese a que Iago no debía hablar, estaba completamente tranquilo. A aquella bestia jamás se le ocurriría tocarlo. Se sentía suficientemente importante como para percibirlo de aquella manera. Este arqueó las cejas en clara alusión a que no podían comunicarse entre sí e incluso le hizo un gesto mostrándole el otro extremo del túnel. Pero aquella bestia inmunda ni se giró; continuaba con la

mirada fija en el sargento. Con una facilidad pasmosa, se dio algo de impulso para después clavar una de sus garras en pleno abdomen de aquel joven. El grito desgarrador de este fue precedido por un intento de coger su pistola, pero ya era tarde. Iago Martín sentía su propia muerte como si esta nunca estuviera por llegar. Notó el amargo sabor de su sangre subiéndole hasta su cavidad bucal, y, de un espasmo, sus lentes cayeron al suelo. Aquellas negras pupilas lo contemplaban inertes, muertas, bajo una coraza de horror inmenso.

El sargento intentó gritar, pero las garras se le clavaron profundas en el cuello, que escupía sangre sin parar. Se le nubló

la mirada e intentó luchar por escapar, pero aprisionado por la violencia de la alimaña, gateaba sin sentido. Sus manos enguantadas no podían cortar la hemorragia y su tono vocal ya era un leve recuerdo de lo que había sido. Se notó morir a sí mismo. Con unos movimientos grotescos, el animal se agachó frente a él y giró su inflamado cuello en claro síntoma de regocijo. Tumbado en el suelo y presenciando su propio final, sin sentido alguno, intentó agarrar el brazo peludo de aquella bestia que lo observaba de cerca. Pidió clemencia en un lenguaje visual poco rotundo y sin efectividad.

De un certero movimiento, las temibles

garras se volvieron a clavar en su cuello, esta vez para cercenar cuanto encontraran a su paso. E inexplicablemente aún con vida por unos horrorosos instantes, esa fue la última imagen que Iago Martín tuvo de su insignificante existencia: la de su propio cuerpo sin cabeza yaciendo sobre el suelo.

CAPÍTULO 42

Iglesia primigenia del apóstol Santiago.

Debieron detenerse unos instantes, hasta que sus ojos se acostumbraron al cambio de luminosidad que había en el interior de aquella capilla. Ambos, atónitos, contemplaron que su alrededor no era precisamente lo que esperaban; no hallaron ni pila bautismal ni presbiterio, no había iconos antiguos ni figuras religiosas. En su interior no olía a cera ni al característico olor que desprendían las candelas al prenderse. Nada de eso. Por el contrario, se toparon con un espacio impoluto, suelo de mármol blanco y paredes de idéntico tono.

Aquella construcción no era antigua, al menos en su interior, sino más bien todo lo contrario. Una hilera de fluorescentes de aspecto moderno colgaba de un techo repleto de cableado eléctrico envainado en su escueto soporte, mientras que en ambas paredes había mecanismos de ventilación automática. Miranda dejó escapar un sollozo de emoción y Aitor permanecía visiblemente sorprendido. Bajo aquella claridad, sus rostros denotaban el cansancio correspondiente al haber estado deambulando por aquella red de túneles desde hacía unas horas. Los ojos azules de la periodista no dejaban de contemplar todo detalle. Pese a su miserable confinamiento, su semblante había cambiado por completo

dando paso a un rostro de incipiente esperanza. Caminaron a través del brillante pasillo de mármol que les llevó a un repecho de escalones que ascendían un pequeño desnivel. Se toparon con un corredor más estrecho en el que, repartidas a ambos lados, había sendas vitrinas de cristal.

—No esperaba esto, es increíble —dijo ella mientras intentaba descubrir qué podían esconder en su interior.

Se acercaron a la primera, que le quedaba a su más inmediata izquierda. Dentro, bien colgado de un soporte brillante, había un sombrero de cuero de ala ancha. Parecía antiguo y tenían un millar de imperfecciones repartidas por toda su superficie. Bajo el mismo, de

manera escueta, había un membrete identificativo en el que se podía leer el mensaje:

“Annus XXXIII CE”, Jacobus.”

—Año 33 de nuestra era, Jacobo...—
tradujo en voz alta Miranda ante la sorpresa de Aitor— Jacobo, en latín es Santiago.

—¿Quieres decir que este sombrero perteneció al mismísimo Santiago apóstol? —Preguntó él mientras colocaba el rostro pegado al cristal —
¿Cómo se ha conservado hasta nuestros días?

Se fijaron que, tras la vitrina, cerrada herméticamente, había una hilera de

tubos conectados a un dispositivo que se introducía en la misma.

—Puede que gracias a esos tubos que hay tras ella. Continuemos, quizá encontremos una salida.

Siguieron esta vez hasta la vitrina del flanco derecho, en el que pudieron ver en su interior un volumen de grandes dimensiones sobre un atril de sobremesa. Tenía el lomo dorado y la cubierta en sí ya era significativa; de fondo oscuro y rugoso, en el centro de la misma contenía únicamente un símbolo dorado que brillaba bajo el reflejo de los fluorescentes.

—El libro de las revelaciones...— colocó la mano Miranda sobre el impoluto cristal.

El membrete detallaba que, efectivamente, se trataba de un ejemplar del libro del apocalipsis en el cual aparecían tomadas a mano las supuestas últimas revelaciones del apóstol Santiago.

—Es el original. No puedo creerlo. Tras este cristal está el puño y letra del apóstol.

Aitor no quiso ocultar su asombro, pero todo aquello más bien le venía al pelo. Tenía ganas de salir de allí y, respetando la estupefacción de aquella bonita mujer, buscaba por doquier una posible escapatoria. Miranda juró que intentaría sabotear esa vitrina para tomar nota de aquel maravilloso y antiguo volumen que contaba con casi dos mil años de

edad.

Siguieron hasta toparse con otra vitrina, cuyo contenido se repartía entre una vieira y un bastón de gran tamaño. Según contaba la leyenda, la concha era un accesorio que tan solo deberían portar aquellos peregrinos que ya hubieran alcanzado su meta, Santiago de Compostela, y que ya estuvieran de regreso a su lugar de procedencia. En latín, tal y como explicaba el membrete, recibe el nombre de “Pecten Maximus” y simboliza la generosidad, una virtud que desde el momento que había alcanzado el final del camino, debería acompañarle hasta el resto de sus días.

La última vitrina que quedaba albergaba un abrigo largo de cuero, que pese a

contar con algunas imperfecciones perceptibles, era loable de la manera en la que había pasado el tiempo. Todo aquel material tenía en común que procedían del mismo año... Y de la misma persona.

—Estamos ante las reliquias del apóstol —afirmó emocionada—. A día de hoy y durante muchísimos siglos, este atuendo ha sido el que ha acompañado a todo peregrino. Pues bien, esta es la imagen original, la manera primigenia en la que el apóstol llegó a nuestra tierra acompañado de sus súbditos.

—Y según el mito, ¿aquí tuvo una revelación?

—Algo que le hizo volver a Jerusalén —asintió Miranda—, me topé con esta

historia de casualidad, pero lo que acabamos de descubrir aquí dentro no tiene comparación.

Aitor, quien seguía queriendo escapar de aquel extraño lugar, pensaba en Olivia. Una punzada de temor le recorría su cuerpo cada vez que lo hacía, pero era innegable que no lo podía evitar. ¿Cómo estaría?

—Sigamos —le extrajo ella de sus pensamientos.

Vislumbraron que, ya acercándose al otro extremo de la nave, había un ente de un tamaño considerable. Desde una distancia prudente, comprobaron que se trataba de un ataúd de piedra que yacía colocado sobre un expositor. Además del propio ataúd en sí, había un par de

cuestiones que les llamaron la atención de manera notoria; a unos metros de distancia del féretro, sobre un atril de madera, había otro documento informativo y salvaguardándolo por ambos flancos, sendas figuras del símbolo «Omega» ejecutadas en mármol negro.

De inmediato creyeron que ese lugar tenía toda la importancia del mundo. Tampoco la localización del mismo estaba dispuesta al azar. Allí parecían converger todos los túneles que se ocultaban bajo Portomarín. Al acercarse, vieron que reposaba justo bajo el campanario, que en su interior era hueco. De aquella manera, la luz azulada que ya pudieron ver filtrada en

el exterior de la ermita, emitía unos destellos vagamente curiosos sobre el ataúd. Lo que no se fijaron ellos dos, era en la inmensa línea de tuberías repletas de agua que envainaban el interior del campanario. En su más absoluta ignorancia, desconocían que aquel lugar en todo su conjunto era un prodigio de la arquitectura.

Se detuvieron a leer el membrete que había resguardado por los dos símbolos «Omega» de mármol negro.

«Y heme aquí, con mi lengua hispana más arcana, en el lugar donde me revelé a mí mismo como un prófugo de la más innata elocuencia. He aquí la revelación que me llevó de nuevo a la tierra de mi

maestro. Tal vez el negro destino me devuelva a este esquivo templo con la verdad como bandera. Hasta entonces, permaneceremos en silencio para ocultar nuestra más absoluta humanidad, el origen de toda leyenda y el destino de nuestra estirpe. El principio y el final, nuestro Omega máspreciado.
Jacobus sancti, XXXIII. ».

Respetando la solemnidad del momento, Aitor notó cómo Miranda Cardona sollozaba en silencio. Una lágrima resbaló por su mejilla mientras con sus manos acariciaba aquella letra que el mismo Santiago había escrito cerca de dos mil años atrás. Por mucho que aquella tarjeta informativa no era

originaria de la época, ella se emocionó al leer el texto.

—He aquí la revelación... ¿Dónde? — replicó impaciente Aitor.

—Ahí, en el féretro —le contestó Miranda señalándole la mole de piedra. Caminaron unos metros y bajo una luz azulada que denotaba al lugar un aura extraña, se dieron cuenta de que el ataúd carecía de cubierta superior.

Cuando se asomaron para vislumbrar lo que había en su interior, no pudieron más que evitar un estremecimiento.

Dentro del ataúd, que carecía de acolchado lateral, descansaba una figura grotesca. De forma humana, sus facciones discrepaban terriblemente de lo que se podría entender como pura

normalidad. El extraño y huesudo espécimen reposaba desnudo con los brazos en cruz y su tono de piel color arcilla solo era atenuado por el azul que se filtraba a través de la claraboya del campanario. Con toda seguridad, pensaba Aitor, se trataba de un humano embalsamado. Algo asqueado, apartó la mirada en cuanto pudo. Cabía reseñar la cuestión de que bajo el cuerpo podían ver cientos de tubos diminutos que emitían un leve zumbido casi imperceptible.

Miranda Cardona, por unos momentos, parecía haber perdido el oremus:

—Es el final del camino, el final del camino —repitió mientras se santiguaba.

—¿El final del camino?

—Era cierto, Aitor, ¿no te das cuenta?

—se tomó cierta confianza.

—¿Es el apóstol Santiago? —preguntó sin saber por dónde continuar.

—No...no, no es él. Es algo que trasciende a nuestro entendimiento.

Aitor la miró extrañado, suponía que aquella visión le espeluznaba y confundía igual que a él.

Pese a tener un aspecto extraño, perfectamente podía pasar como un cuerpo momificado. ¿Aquella fue la revelación que tuvo el apóstol?

Mientras la contemplaba, percibió un leve sonido procedente del ataúd, pero se aseguró a sí mismo de que procedía de los tubos que había bajo el cuerpo.

Inmiscuido en unos pensamientos que lo llevaban fuera de esa iglesia primigenia, miró el rostro apagado de aquella grotesca figura. No tenía labios ni orejas y su nariz era un destello de lo que podía haber sido antaño. Pero había algo en su extraña presencia que lo atraía a seguir mirando, a seguir discerniendo por entre cada uno de los pliegues de su marchita piel rugosa.

Y cuanta más adicción sentía por continuar mirando aquel cuerpo etéreo, más temor infundado percibía. Entonces, mientras no dejaba de prestarle toda su atención, el extraño ser abrió los ojos.

CAPÍTULO 43

Red de túneles subterráneos,
Portomarín.

Mientras más descendía bajo aquella oscuridad, Olivia más desconfiaba de poder encontrar con vida a Aitor. Lamentaba profundamente el hecho de haberle permitido viajar a Santiago mientras ella hacía lo propio hacia Barcelona. Había confiado en él, había puesto muchas esperanzas en su destino juntos como investigadores, pero, de nuevo, el caso les había sobrepasado. Para ella, todo error era aquello que no se podía controlar con sus propias manos, y quizá esa exigencia diaria le

hacía anticiparse siempre a las adversidades.

La antesala de laboratorio les había dejado con un regusto de boca extraño, pero Castedo se había negado por activa y por pasiva a abortar la misión. Todo lo contrario, envió a un grupo de analistas para que examinaran palmo por palmo aquella estancia. Por el contrario, ellos continuarían con la búsqueda de Aitor y Miranda. Ella sujetaba su arma y seguía a los agentes del CNI que la precedían. Castedo iba a su altura, mientras el sargento había decidido ir a echar un vistazo a un túnel colindante. No es que aquel policía le diera mala espina, pero no compartía su manera de actuar. Además, denotaba una actitud recelosa e

incluso a veces entorpecedora. El jefe de la misión no había dudado ni un segundo en continuar pese a la petición del joven agente autóctono.

Cruzaron un pasillo abovedado y se detuvieron a la altura de una intersección. Frunció el ceño y desenfundó su arma. El resto de los allí presentes alzaron la guardia de inmediato, creyéndose susceptibles de cualquier amenaza. Se palpó el transmisor y se lo retiró de la oreja. Casi en un susurro, alertó:

—Hemos perdido al sargento, abrid bien los ojos. Parece que no estamos solos.

Olivia resopló nerviosa mientras él la agarró de uno de sus hombros en actitud

conciliadora.

—No te preocupes, no te separes de mí. Te aseguro que encontraremos con vida a tu compañero —expresó con rotundidad.

Al cabo de unos minutos caminando en línea recta, se toparon con un portón de madera al final del camino. Lo abrieron y entraron en un espacio diferente al que le precedía. A ambos lados de un pasillo estrecho hallaron cientos de barricadas de madera que reposaban sobre estanterías bien armadas.

—Una bodega —aportó un miembro del equipo operativo. Los otros dos, además de Olivia y Castedo, no perdían detalle de su alrededor. Se encontraban en la parte inferior de una bodega,

efectivamente. Repartidas en tres plantas diferentes, estaban en el nivel inferior, lugar que albergaba más de dos mil barriles de vino en reposo. En el ambiente pululaba un ligero aroma avinagrado que denotaba que, por lo tanto, aquella cogida no parecía abandonada a su propia suerte. El líder del CNI, más pendiente del intercomunicador que de su realidad, iba dejando detalles sobre las conversaciones que mantenía con el analista remoto. Y pese a que él ya había notado la extraña presencia que los acompañaba desde hacía rato, no dijo nada por el bien del equipo. Aquel sótano era un laberinto de pasillos que convergían unos con otros y en los que

las barricadas de madera y el bajo techo eran el denominador común. Se utilizaban ese tipo de espacios para el reposo de la producción debido a que se controlaba la temperatura de manera regular y sin sobresaltos.

—¿Habéis oído? —expresó uno de los miembros de la batida con el fusil en alto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Castedo desde la distancia.

—Un sonido extraño, como si alguien estuviera vertiendo líquido.

—No, no he escuchado... Quietos —ordenó agarrando el antebrazo de Olivia para que se detuviera. Su mirada se había clavado en algún punto al final del túnel, justo en la convergencia de dos

hileras de barricas de madera.

Contemplaron el reflejo de una extraña figura agazapada, expectantes de su siguiente movimiento. Debido a la acústica del lugar, el sonido gutural que emitía la bestia se percibía desde su estática posición. Con un movimiento pausado se ocultó tras una de las hileras de barricas. Confusos, los miembros del equipo debatieron en susurros si se trataba de un humano o de un animal de grandes dimensiones. Pese a estar entrenados para aquel tipo de situaciones extremas, lidiar con aquello les resultaba toda una temeridad.

—Disparad a matar en cuanto lo tengáis a tiro —volvió a alentar Castedo— Tú también, Olivia. No dudes en hacerlo.

Ella se sentía vulnerable en esas circunstancias. Sin embargo, estaba rodeada de personal armado. Apretó sus labios en claro síntoma de hastío y se esforzó mentalmente para no desprender el temor que sentía. No tenía la mente clara para discernir sobre lo que había visto al final del corredor.

Los dos tiradores se adelantaron a través del pasillo y no se separaron cuando alcanzaron una de las convergencias. Pese a que eran expertos, curtidos en otras misiones de campo, aquello les podía resultar peligroso. Si la orden de su superior era disparar... Intuían que algo no iba bien. Apuntaban a la negrura con sus respectivos fusiles semiautomáticos sin cuestionar la

operativa. Pero aquella alimaña no era humana. Estaban seguros. Pese a no dar crédito de lo que buscaban a través del visor, debían continuar. Sin embargo, les esperaba algo terrible.

Justo en el momento que uno de ellos se adentró en el pasillo que le quedaba en el flanco izquierdo, la bestia se le abalanzó por la espalda sin esperarlo. Los gritos fueron desgarradores cuando el portentoso ser le clavó las garras en la zona costal, en un golpe certero que lo desangraría en poco tiempo. Los disparos atenuados por el silenciador no la alcanzaron y, para cuando su compañero se acercó, ya era tarde. Agazapada en la oscuridad, la alimaña también ejecutó a su siguiente víctima

con una facilidad pasmosa.

—Debéis salir de allí inmediatamente —le informaron a Castedo a través del intercomunicador. Mediante unas señales térmicas codificadas, el analista de la central podía seguirles la posición fácilmente. Cuando algún miembro del equipo perdía la vida, la señal emitía una interferencia y se apagaba —han caído.

—Olivia, no te separes. Hemos de regresar —su voz había perdido cualquier atisbo de elocuencia en aquellos momentos. Sin embargo, la investigadora no sabía bien cómo reaccionar; ¿qué demonios era ese ser grotesco que se ocultaba entre las barricadas?

Ambos se dieron a la carrera hasta la puerta por la cual habían entrado, pero cuando estaban cerca, aquel monstruoso ente de cuello infesto hizo acto de presencia. Castedo tuvo tiempo de detenerse y efectuar un par de disparos defensivos que no alcanzaron a la criatura. Olivia también probó suerte sin efectividad. Atrincherados de sopetón, dieron la vuelta y corrieron a través del pasillo sin saber a dónde les llevaría. Olivia contempló de reojo como les siguió unos metros para después introducirse por otro corredor colindante al central. Seguramente estaría ocultándose para después aparecer por sorpresa. Pero ellos dos no podían hacer más que correr. El olor a

uva fermentada era embriagador en la bodega. Castedo gritó a Olivia para que le siguiera a través de una bifurcación que les llevó a la izquierda. Dejaron atrás los cuerpos sin vida de los dos últimos miembros del equipo. Aquella misión de recuperación estaba siendo un completo fracaso. El esquema del CNI había acabado en tragedia. En un gesto que la alivió, él le agarró la mano y ambos corrieron desesperadamente a través del pasillo. Vieron un leve destello de luz azulada al final, en el que una puerta de cristal les separaba de una planta de producción moderna. Casi agradeciéndolo, esta se abrió de manera automática. De dentro emanó un frío latente, ya que la temperatura allí estaba

controlada para la buena producción de la uva. Se encontraban en una planta de producción vinícola en pleno funcionamiento. No sabían en qué momento su perseguidor volvería a hacer acto de presencia. Mientras corrían, dejando atrás máquinas envasadoras y cintas transportadoras, Castedo cayó en la cuenta de que aquella red de túneles subterráneos, efectivamente, cruzaba todo el pueblo.

Tras unas horas deambulando por aquellos túneles, pisar aquella planta de producción les supo a gloria. No negarían que sintieron cierto alivio al cerciorarse de que abandonaban aquel laberinto de corredores que tenían como punto de origen la antigua mina de

amianto clausurada. Mientras Castedo apretaba su mano para ayudarla a escapar de aquella barbarie, Olivia pensaba en su compañero Aitor. Ver los cuerpos ensangrentados de aquellos dos miembros del CNI le resultó ser la prueba definitiva de que él también había corrido la misma suerte. Su sentimiento de impotencia era tal, que simplemente se estaba dejando llevar por su acompañante, quien se detuvo bruscamente frente a la puerta de salida. Delante de la misma, agazapado y respirando agitadamente, se encontraba el ser que había acabado con todos los miembros del equipo operativo del CNI. No podían averiguar su envergadura real, ya que el hecho de que estuviera

agazapado era concluyente. Su cuello rezumaba un líquido viscoso y sus pupilas negras atemorizaban debido a su inexpresividad. Instintivamente, Castedo apuntó y disparó a matar. El disparo acertó en el abdomen de la bestia, quien emitió un gruñido y volvió a levantar la cabeza como si nada. Se alzó, mostrando un cuerpo musculado y poderoso. Su rostro perpetraba el mal. Su cuello inflamado no parecía de este mundo y las garras de sus extremidades estaban mancilladas por la sangre de las víctimas que habían caído allí abajo. Apuntó al rostro, limitando su radio de visión. Pero la bestia percibió aquel movimiento y ágilmente se ocultó en un flanco. Era completamente consciente de

que aquellos humanos disparaban a matar. Este, hastiado, vació el cargador de su Beretta con el único propósito de acabar con la vida de la alimaña, pero nada más lejos de la realidad, no tuvo oportunidad de alcanzarla. Olivia cayó en la cuenta de que había pasado de investigar maridos infieles a correr tras personajes enmascarados y a escapar de aquella especie de animal inclasificable. Ironizó sobre su situación debido a que no era el mejor momento para debatir sobre su evolución profesional en los últimos tiempos.

Ambos tenían la sensación de que su perseguidor conocía aquellos pasillos como la palma de su mano; la forma de ocultarse, la manera de acortar las

distancias utilizando corredores alternativos... Y, de repente, volvió a aparecer.

—¡Olivia, dispara! —gritó desesperado un Castedo que en un acto irresponsable había malgastado sus proyectiles.

Pero pese a que el agente confió en su puntería, ella falló estrepitosamente en su intento. No es que la distancia los apartara demasiado, pero no estaba en condiciones mentales de concretar la acción de apuntar. Sus tres disparos salieron desviados y estallaron contra sendas barricadas de madera. Una de ellas reventó de tal manera que el caldo que contenía se esparció por todo el suelo. La bestia aprovechó ese momento para contraatacar; tras impulsarse con sus

musculadas patas traseras, saltó en dirección a la mujer, pero, de una manera sorpresiva, Castedo se interpuso en su camino. Ambos se enzarzaron en una pelea de golpes insensatos, en los que la alimaña no lograba conectar sus garras con el cuerpo del agente que, envalentonado, no desistía en ofrecer diferentes tipos de acciones defensivas. Tras un roce en el que ambos salieron despedidos, él le gritó a Olivia:

—¡Corre, sal de aquí! —ordenó a la par que intentaba ponerse de nuevo en pie.

Lo contempló mientras la bestia se alzaba de nuevo y corría en dirección al agente. Por unos instantes, aquel ser parecía vulnerable ante las acometidas de Castedo. Tuvo el valor suficiente de

volver a apuntarle a la carrera, respiró hondo y aguantó el aire en sus pulmones. Detuvo el tiempo a su alrededor y tuvo coraje como para obviar que su objetivo la contemplaba mientras corría. Apretó el gatillo y el retroceso le sorprendió. El disparo fue certero y le alcanzó en el pecho. Tras eso, ella dio unos pasos al frente. La grotesca figura había caído de espaldas y se retorció en el suelo; era el momento de Olivia. Terminaría con aquel ser que había emergido de las mismas tinieblas. Se colocó cerca, apenas a tres metros de distancia y le encañonó. Apretó el gatillo, pero el arma no hizo el ademán de disparar; todo lo contrario. El tubo del percutor retrocedió dándole la clara señal de que

se había quedado sin balas. Tan sorprendida como asustada, miró a Castedo, quien continuaba en el suelo doliéndose de una secuela del enfrentamiento. Pudo sentir cómo sus pupilas verdosas la contemplaban con todo el odio del mundo.

—Sal de aquí, regresa por donde hemos entrado.

Las palabras inquisidoras del agente la sacaron de su extraño letargo y salió corriendo por el mismo pasillo por el que habían llegado. De reojo comprobó cómo la alimaña volvía a ponerse en pie con alguna que otra dificultad. Palpó la humedad que había en la sala de producción y cómo sus pasillos la confundían a cada paso mientras llegaba

a una bifurcación que no recordaba y giró a la derecha, siendo precedida por una gran máquina envasadora. Encontró las puertas de cristal que daban a la bodega, pero justo cuando se introducía por ellas, percibió un destello de luz azulada que se colaba tras una serie de barriles metálicos. Se acercó y entendió que aquella luminosidad entraba a través de una oquedad en la pared. Nerviosa, apartó uno de los bidones y descubrió ante sí unas escaleras que descendían a través de un pasillo. Era la primera vez que contemplaba esa salida. Miró por última vez atrás y bajó, cerrando la trampilla a su paso. Intentó comprobarla para cerciorarse y comprendió que no había vuelta atrás. Acababa de encerrar

al agente Castedo.

El pasillo de escaleras estrecho le llevó a un rellano alumbrado bajo el mismo destello de luz azulada. Se dio cuenta de que se encontraba en una pasarela en las alturas. Descendió a través de unos agarres en la roca y se agarró a la barandilla. Pese a que no era muy dada a sufrir ataques de vértigo, la propia altura a la que estaba construida la pasarela le impresionó. Se tomó unos segundos en los que derramó toda la adrenalina que tenía en su interior. Un par de lágrimas de impotencia le resbalaban por sus mejillas; no había sido capaz de acabar con esa bestia ni estando a bocajarro. Era cierto que la había herido, pero abandonó al agente

Castedo a su propia suerte contra aquel ser. Agradecida debería estarle por haberle protegido. Todo lo que concernía a aquel caso, se había convertido en una terrible pesadilla que deseaba que acabara cuanto antes. En un extremo de la pasarela metálica había un dispositivo hidráulico de tamaño descomunal; se trataba de un cilindro volumétrico repleto de agua que conectaba con la parte alta de un edificio que había unos metros más abajo, en la superficie de aquella cámara. Se acercó pensando si podría tratarse de un montacargas o algo por el estilo, pero la inscripción en su base lo negaba:

«Conectar solo en caso de máxima

urgencia»

Olivia desechó la idea de inmediato y continuó por el otro extremo. La pasarela descendía paulatinamente hasta llegar al nivel del suelo, pero, desde las alturas, comprobó que aquella cámara subterránea no tenía ningún sentido: se encontraba en una inmensa explanada verde, repleta de vegetación y en la que lo alto de una colina era coronada por una ermita de piedra de estilo gótico. El inmenso cilindro transparente que bailaba en las alturas se introducía a través del campanario de aquella antigua edificación. La mezcla entre lo arcaico de la ermita y moderno de la obra hidráulica convergía sin parangón. En aquellos momentos, le vino a Olivia la

idea de que, con toda seguridad, la construcción procedía del embalse de Belesar, situado sobre sus cabezas. Toda aquella presa descansaba sobre aquel lecho subterráneo. Tras unos segundos a la carrera, llegó al nivel del suelo y pudo comprobar de primera mano que aquella vegetación era real.

—¿Qué diablos es este lugar? —se dijo a sí misma obviando que estaba hablando en voz alta.

Además, el destello azulado dibujaba en la extensión un toque mágico, evadido de aquel derroche de túneles sin sentido que conectaban con la superficie.

Sin dudarlo, caminó por un sendero de grava hasta llegar a la ermita. Esa visión le hizo recordar los pormenores de la

misión; el libro del Apocalipsis, la iglesia de Saint-Pierre y la interesante información que le brindó el estudioso en la santa Biblia sobre Santiago apóstol y su viaje hasta tierras gallegas. ¿Estaría sobre tierra sagrada? Se dio cuenta mientras caminaba hasta el porche de entrada que el símbolo «Omega» copaba un gran espacio en la puerta de acceso. Lo miró tal y como si estuviera embriagada de su magnitud y misterio. Se acercó a la puerta de la iglesia primigenia y colocó la mano en el pomo. Creyó oír voces en su interior, pero no sabía si se trataban de ilusiones infundadas. Empujó, pero una fuerza aterradora tiró de ella hacia atrás. Cayó por los peldaños de piedra hasta rodar

por la vegetación. Sin tiempo de rehacerse, recibió un tremendo golpe en el rostro que por poco le hace perder la consciencia debido al dolor. De rodillas en el suelo y ensangrentada, esperaba que el siguiente golpe fuera el definitivo. Pero este, para su sorpresa, no llegaba. Entonces, al alzar la mirada, vio de nuevo a esa bestia frente a ella. Había regresado, pero, contra todo pronóstico, parecía débil en aquellos momentos. Incluso sus pupilas parecían menos fieras, más humanas. Inmota de dolor, la alimaña se acercó y le acarreó un puntapié en el costado que baldó a Olivia. Se acercaba su inevitable final. Sus lágrimas de impotencia se le mezclaron con la sangre que emanaba su

herida del hueso frontal.

Aun así, tras volver a mirarla, notó algo extraño en la bestia, que ya no caminaba agazapada ni emitía aquel sonido gutural que la había caracterizado en la oscuridad. Su pelaje estaba ensangrentado por zonas y una herida parcialmente mortal le recorría su costado derecho. Incluso su característico cuello había perdido volumen. Al parecer, antes de morir el bueno de Castedo la había dejado malherida.

Olivia se puso de rodillas pidiendo clemencia en silencio. No quería dolor, no quería lamentos. Solo un final digno. ¿Así era como acabaría todo? El ser caminó despacio, a pasos seguros. Ella,

que no intentó defenderse, solo tenía ojos para sus ensangrentadas garras. No parecían cinceladas por la naturaleza, sino más bien por el trabajo del hombre. Eran como cuchillas industriales ensartadas en aquel pelaje homínido. Pensar aquello no tenía ningún tipo de sentido a esas alturas. El sujeto se acuclilló frente a ella y la agarró por su delgado cuello. En una demostración de fuerza inaudita, la alzó por encima de su cabeza, quedando esta totalmente separada del suelo. El olor a putrefacción era inhumano. En unas horas, había acabado con todo un equipo especializado del CNI, y ella era el último recodo para terminar su tan majestuosa obra. Se sentía impotente,

pero no tenía fuerzas para demostrarlo. Fuera lo que fuera, aquel ser había ganado. Si toda aquella leyenda que se contaba era cierta, vanagloriaba su propia reputación. Por la cabeza le pasaron muchas cosas antes de que la vista se le nublara. Su marido, su vida y por supuesto, Aitor. Curiosamente, su rostro fue lo último que percibió antes de que su memoria se redujera a un sentimiento imperceptible. Perdiendo el conocimiento, notó como las garras de aquella bestia rasgaban sus vestiduras a la altura del abdomen. Su cerebro se nubló en el afán de encontrar un posible escape a esa situación, exenta de oxígeno y nada más lejos de su propia percepción, moría poco a poco.

Y bajo aquella red de túneles subterráneos, en una extensión de terreno sagrado que ni ella misma comprendía y alejada del mundanal ruido de su Barcelona natal, llegó su hora; era el final de la investigadora privada Olivia Giralt.

CAPÍTULO 44

Airexe, Galicia.

El inspector Boada, a veces, odiaba con todas sus fuerzas el trabajo que desempeñaba. Le habían llamado un par de horas antes, sacándolo prácticamente de la mesa, para que viajara hasta una aldea cercana a Portomarín. Lo que le faltaba. Rodearse de nuevo de peregrinos. Trabajar para el CNI en la delegación de Galicia era un engorro. No solo le salían un millón de cuestiones que resolver en un mes, sino que sus desavenencias se dividían entre pérdidas de mochilas, agresiones entre caminantes o robos a extranjeros. Los

asiáticos se llevaban la palma. Aún no entendían cómo aquellos turistas eran capaces de regresar una y otra vez tras ser sustraídos sus bienes más preciados. Pero bueno, para eso estaban ellos. Se infiltraban en ciertas etapas del camino, generalmente las más conflictivas, y velaban por la seguridad de los que parecían más vulnerables. Pero la llamada que había recibido del comisario general de zona aquella noche, le había extrañado. No tenía que visitar ningún albergue de mala muerte ni mediar entre una disputa por una litera libre. Suponía que para aquello ya tendrían disponible a personal del cuerpo de Policía local. Debido a una reciente operación, que él por el

momento desconocía, la llamada había derivado en registrar palmo por palmo una mansión situada en Airexe, apenas a unos kilómetros del archiconocido pueblo de Portomarín. Lo que le extrañó era que su propia agencia de inteligencia se ocupara de aquella cuestión. Supuso que se trataría de algo importante y de urgencia reseñable.

Cuando llegó allí, a una descomunal casa colonial situada en lo alto de una colina, se encontró a cuatro agentes armados que lo esperaban cerca del porche de entrada.

—Menudo recibimiento —inquirió irónico a los presentes.

—Inspector Boada, tenemos orden de registro. Procederemos cuando sea

necesario.

—Descansa, marine —respondió irónico—. No es necesaria tanta cordura, muchacho. Frente a él, surgía en la noche una mansión de bonito aspecto y mejores condiciones. Colindando con la misma, había una extensión de terreno que era utilizada para cultivar viñas, algo normal dada la denominación de origen vinícola que existía en el páramo. El dueño, un mecenas llamado Adán Quirós, no se encontraba en las dependencias aquella noche. La redada orquestada por el CNI, que es lo que extrañaba al inspector, estaba a punto de comenzar. Aunque no tenía el placer personal de conocer al anfitrión de aquella morada, sabía que

era el dueño del viñedo que albergaba aquella hectárea de terreno. Cavour se llamaba aquella producción vinícola del que no había tenido el más mínimo placer de oír hablar.

No tenía más información adicional al respecto, solo la formal y ordinaria. Aquello solía suceder así; te sacan de casa en medio de la cena para que el único cometido fuera que la mansión sea registrada palmo a palmo y que se informara de cualquier contenido que llamara la atención. ¿Y qué podía ser llamativo para el dueño de un viñedo?

Eso es lo que odiaba, que no le dijeran más que las evidencias. ¿Qué tenía que buscar? Realmente no tenía ni la menor idea. Leyó en el informe preliminar que

el caso de raíz lo llevaba el agente Castedo, aquel fanfarrón barcelonés al que tanto le gustaba llamar la atención. Estaba seguro de que se trataría de algún caso de drogas o relacionado. Se informó sobre la vida del tal Quirós, descubriendo que no tenía antecedentes de ningún tipo ni posesión de armas y que, además, colaboraba en la ayuda de diversas cuestiones benéficas en la zona. Todo un ángel caído del cielo.

Tras informar al personal del servicio doméstico que se encontraba en el interior de la mansión, el equipo de búsqueda del CNI entró y procedió con el registro.

La edificación colonial era antigua, pero su fachada había sido rehabilitada años

atrás. La misma, contaba con un establo, con un jardín privado e incluso, según plano original, con una sala de baño turco en el sótano. Le hubiera gustado conocer al tal Quirós, lástima que cuando regresara a su casa se encontraría todo patas arriba. Cada vez tenía más claro que aquello se trataba de un chivatazo o de algún tipo de chapuza para justificar alguna acción malintencionada. O eso o que el agente Castedo, bastante valorado dentro de la agencia, había metido la pata hasta el final.

El dilatado inspector Boada mandó a un equipo operativo a la planta baja, mientras él subió arriba acompañado de otros dos agentes.

Lo cierto es que aquel empresario no había escatimado en lujo; justo frente a las escalinatas de mármol que daban a la primera planta, colgaba un retablo hecho a mano que escenificaba el “Triunfo de Baco”, de Velázquez. Boada conocía aquella mítica obra que se exponía en el Prado. Pero la copia era exacta a simple vista. Describe una escena en la cual aparece el dios romano del vino, Baco, coronando con hojas de hiedra a uno de los siete borrachos que lo rodean. Algunos de los presentes de la obra miran al espectador entre risas, algo que hace que te introduzcas en la misma.

—Tomad nota de todo, incluso de esto —decía mientras continuaba subiendo.

Tras investigar las habitaciones y no

encontrar nada, halló lo que parecía el despacho privado de Quirós. La puerta permanecía cerrada bajo un lector de clave numérica. Avisó a un agente, quien, tras utilizar un objeto parecido a un lapicero digital, logró desentrañar la codificación, autorizando la entrada a la misma. Ambos penetraron en el despacho, que carecía de austeridad. Las paredes estaban cubiertas por una capa de vidrio templado que cubría una mole de hormigón visto. Tenía estilo. Cruzaron un pasillo y se adentraron en un espacio que solo contaba con un escritorio y un Mac de sobremesa. Todo resultaba muy minimalista, al contrario que en el resto de la mansión.

—Haz una copia del disco duro y

mándala a la base, también nos han pedido esto —tras emitir dicha orden, se colocó un dedo en el intercomunicador de su oreja— Equipo, ¿nada por lo que nos debemos preocupar?

—Negativo, inspector. Todo parece correcto. Hemos registrado la cocina y los baños de la planta inferior. Nada de nada.

—Está bien, cuando terminéis abajo, subid.

—Afirmativo.

—Inspector, venga a ver esto —le informó el efectivo que lo acompañaba. Boada se acercó a la pared del fondo que, contraria a las demás, estaba construida en madera oscura. El agente había encontrado un resquicio

sospechosamente desencajado de la construcción original.

—Interesante. Las prisas han debido provocar que esta puerta oculta se quedase medio abierta.

Varios tirones entre ambos fueron necesarios para que la puerta cediera a sus intentos. Frente a ellos apareció una galería que era culminada con un panel inmenso que copaba toda la pared frontal. A ambos lados del espacio amplio e iluminado artificialmente, colgaban sendas obras de arte tal y como lo harían en cualquier colección clandestina del mundo. El inspector Boada avisó por el intercomunicador que necesitaría más efectivos para el registro, si no, presumiblemente,

regresaría a casa bien pasada la madrugada. Necesitaban entregar un trabajo impoluto, ya que aquella sala albergaba una colección tan dispar como interesante; de las paredes colgaban obras de Dalí, Rembrandt, Velázquez e incluso una partitura original de Sebastian Bach de una canción que ni remotamente le sonaba. Pero, sin duda, lo que más llamaba la atención era el panel gigantesco que ocupaba toda la pared frontal. En él, había dibujado un antiguo boceto en color del planeta Tierra, en el cual la parte interna del mismo, el núcleo, era habitado por unos seres diminutos que convivían entre sí rodeados de valles, montañas y lagos. Toda una oda al ostracismo del ser

humano y de la humanidad en sí. Nada de lava incandescente y de explosiones erráticas que permitían la vida en la superficie, sino una comunidad de seres extraños que vivía en un tipo de desdoblamiento del interior del planeta Tierra. Bajo aquel mapa, se leía la siguiente inscripción en letras claras bien visibles.

«AGARTHA».

A diferencia del resto de obras, aquel panel era totalmente desconocido para los presentes. Le sonaba el nombre de Agarthá y era una evidencia que el símbolo «Omega» era utilizado para infinidad de menesteres, pero desconocía al completo cuál podía ser su conexión más inmediata. Y de nuevo,

tal y como si alguien hubiera abandonado el lugar con cierta prisa, aquel panel dejaba entrever otra estancia en su interior. Abrieron el mapa de la Tierra de par en par (seres pululando en su interior incluidos), y se introdujeron en un espacio fuertemente aterrador. Una luz automática que colgaba del techo les dio la bienvenida, pero la reacción de los miembros del CNI no fue la más halagüeña posible.

La armería que ocultaba aquel panel era abrumadora. Además de tres rifles de caza que podían justificarse para la causa, también había decenas de armas cortantes y punzantes de todo tipo: cuchillos largos, bracamartes antiguos, kunais japoneses y una larga lista de

dagas y puñales de todo tipo y envergadura. También llamaba la atención una larga lista de cuchillas industriales que reposaban sobre una mesa de mármol tal y como si las hubieran manipulado para su uso personal. En todos sus años de experiencia, aquella era una de las salas más extrañas a las que había tenido acceso. ¿Podría tratarse el tal Quirós de un peligroso perturbado? Con semblante serio, ordenó un registro a fondo y emitió una orden oficial para la búsqueda y captura del empresario, dueño de aquella mansión y con toda seguridad del arsenal de armas blancas que hallaron en su interior. Pero aquello no acababa allí, porque, adentrándose

aún más en la estancia del terror, pudo comprobar que había un espacio reservado para un gabinete de disfraces horrorosos. Se trataban de largos juegos de vestidos colgados en diferentes percheros y que representaban algún tipo de bestia peluda del pasado. Pelo, más pelo y una máscara de mirada grotesca y pupilas perdidas en la negrura. También halló chalecos antibalas y prendas blindadas capaces de soportar la efectividad de un disparo cercano.

—Chicos, intentad dar el máximo de luz posible. Subid focos halógenos si es necesario. Y por favor, que nadie juegue con esos disfraces de bestia parda que hay ahí colgados. Ya sabéis lo que

pienso sobre subir fotos a según qué redes sociales —pese a todo, no reprimió su agrio sentido del humor. Salió fuera y desde la balconada que daba al salón central de la gran mansión pensó que debía de realizar un par de llamadas importantes. En la primera, facilitó la información necesaria al comisario jefe para que enviara la caballería y se centrara en la búsqueda y captura de aquel tal Adán Quirós, que pese a todo, había resultado ser una gran sorpresa. La fiscalía se había puesto ya en marcha para emitir dicha orden. La siguiente llamada la aprovecharía para poner en vereda al tal Castedo, que pese a estar al cargo de la inspección, no había tenido la mínima decencia de

aparecer por aquella latitud.

Lo que el bueno del inspector Boada no sabía era que el agente Castedo yacía herido a doscientos metros bajo sus pies y que no contaba con la mejor disponibilidad del mundo para descolgar su insulsa llamada.

CAPÍTULO 45

Iglesia primigenia del apóstol Santiago.

Olivia Giralt no comprendía de qué hablaban los que, según propios testimonios, habían regresado de la muerte. Sumida en un estado de levitación profundo, sus pensamientos más arcaicos deambulaban por los más recónditos sentimientos de niñez, adolescencia y madurez. Había llegado al punto en el que su subconsciente mandaba sobre todas las facciones de su cuerpo y mente. Sus párpados se habían negado a permanecer abiertos bajo la luz que destellaba desde el cilindro que se introducía a través del campanario de

la ermita que allí habían edificado. Tuvo una sensación de nitidez mental respecto a tiempos pasados, en los que, en un ademán de elocuencia, notó que su cuerpo caía y caía. Pensó, con el sano juicio que le quedaba, que aquella caída entraba en los planes del Dios que supuestamente había creado cuanto nos rodeaba. Todo ser humano tenía la leve esperanza de encontrar algo tras cruzar el umbral desconocido. Y notó dolor. Un dolor parcialmente mezquino, sorpresivo e inesperado. Su cuerpo yacía en el suelo, en un páramo desconocido para ella. Quizá en el purgatorio, quizá en la antesala de un infierno frío y oscuro. Después de todo, la imagen popular que se tenía de un

Infierno en llamas pestilentes había sido creada por el poeta florentino Dante Alighieri y la humanidad solo había extrapolado su visión al imaginario mundano. Oyó ecos, voces lejanas que se mezclaban con los lamentos de quienes la perseguían por su propio averno. No podía moverse, tenía una sensación desconocida, como aletargada por algo que la retenía en aquel sucio callejón del infierno. Extrañada, pero consciente, sucumbió a la idea de los millones de fervientes que creían en una vida después de la muerte. Y ella lo estaba comprobando en su propio ser. No sentía materia, no sentía poderes ancestrales; solo una mezcla de sensaciones etéreas que reconocían su

propio cuerpo tumbado en el frío suelo. Y bajo esa sensación de ingravidez, sus párpados comenzaron a responder al estímulo que los alzaba cual portones medievales.

Escuchó una voz, un leve susurro que la llamaba desde el final del túnel que se le apareció frente a ella. Tenía miedo, se sentía retraída. No quería acceder a abrir los ojos por el temor que le infundiría aquella percepción que, con toda seguridad, desconocería. Sin embargo, sentía una tremenda afinidad por aquel timbre de voz que intentaba rescatarla de las garras del averno.

Al fin, sepultada por un terror infrahumano, abrió los ojos. Frente a ella, su salvación:

—Olivia, vamos —golpeó su rostro con la palma abierta—. Regresa, joder.

Aitor Cruz yacía de rodillas con ella en su regazo, protegiéndola, haciéndole regresar del lugar en el que había penetrado. Al verla volver en sí, sonrió y dejó escapar una tímida lágrima de felicidad por su rostro barbudo. Ella, sin embargo, notó al principio un temor infundado por la ingravidez que había sufrido, pero después lo reconoció. En un acto reflejo, se repuso tal y como pudo, agarró el rostro de Aitor y lo acercó al suyo, fundiéndose de aquella manera en un beso que rompía todas sus barreras establecidas. Tras el acto lícito, él la contempló atónito y, sin dar crédito, volvió a besar sus labios sin

importarle lo más mínimo el mundo que se desmoronaba a su alrededor.

—Te he echado de menos —dijo mientras intentaba levantarla con sumo cuidado.

Ella asintió y contempló su alrededor: no estaba muerta. A unos metros de su posición, la bestia que casi había acabado con su vida, yacía de espaldas en el suelo. Aunque para su fastuosa sorpresa, se retorció de dolor en lugar de permanecer inmóvil.

Minutos atrás, Aitor salía a la carrera de la iglesia primigenia acompañado de Miranda Cardona y se topó con la alimaña en pleno ataque contra Olivia. Pero justo antes de que pudiera acabar con su vida, le disparó varias veces por

la espalda. El ser dejó caer a Olivia y después deambuló a trompicones hasta que finalmente cayó en redondo en una parcela de césped colindante. Ya estaba herida con anterioridad. Pero era una evidencia que no había muerto. Se movía en el suelo, más que dolorida, rabiosa. Por eso Aitor alzó a Olivia de inmediato. Continuó apuntándola para encontrar mejor línea de visión e incluso se acercó unos pasos. Empuñó el arma con las dos manos y puso el dedo en el gatillo, listo para la deflagración.

Pero ante su inmensa sorpresa, aquel ser grotesco emitió un sonido tan reconocible que lo hizo detenerse.

—¡No!

Aitor Cruz y Olivia Giralt se miraron

sorprendidos. ¿Habían escuchado un nítido «no»?

El ser comenzó a removerse en el suelo y, en un acto rápido, se llevó las manos a la cabeza... Para extraerse la especie de escafandra que portaba. El hombre disfrazado se giró, lanzó su máscara al suelo y descubrió su identidad.

—Tú...—expresó Aitor bajo la perdida mirada de Olivia. Ella no conocía a esa persona que poco a poco se desvestía del disfraz de su alter ego.

—Adán Quirós...—afirmó.

—No me dispares, no me dispares —suplicó con voz trémula.

Aitor permanecía con el arma en alto, a sabiendas que aquel ser podía continuar siendo peligroso. Olivia, por su parte,

contemplaba la escena sin saber exactamente qué decir.

—No tenía alternativa...—se arrodilló en el suelo—. No he tenido más remedio que transformarme en este ser agonizante todo este tiempo.

En clara señal de confianza, Quirós se retiró los guantes en forma de zarpas. Las grandes cuchillas que portaban resonaron al caer al suelo. Mientras, negaba con la cabeza. Su rostro contaba con varias magulladuras y con un corte profundo en la ceja derecha que le dibujaba un reguero de sangre oscura. Suspiró, sin saber bien qué esperar de aquellos dos detectives privados.

—No te muevas.

—Si ahora me disparas... Acabarás

conmigo. Descubrirás que sin este traje blindado no sería capaz de resistir todas las acometidas de las que he sido víctima.

Pese a que Aitor había conocido a aquel tipo hacía unas horas, no tenía la más mínima idea de qué se había cocido en su mente para que hubiera actuado de esa forma.

—Tú eres el responsable de todas las muertes... De esas cabezas cercenadas...—se asqueó.

Quirós hizo una mueca de desaprobación y miró a su alrededor.

—Mirad dónde estamos. Todo esto tiene un precio, por si no lo sabéis. Lo que se oculta dentro de la ermita puede romper con todos los esquemas establecidos de

nuestra humanidad.

Aitor había visto con sus propios ojos aquel humanoide que reposaba en su féretro y que, de repente, había abierto los ojos. Estupefactos, Miranda y él contemplaron como salía del ataúd, se puso en pie y caminó torpe hasta su posición. Temieron incluso dispararle, con lo que tomaron la determinación de huir de la ermita a la carrera.

—Ese... Ser... Lo que sea que había en el interior del ataúd...

—Caronte. Su nombre es Caronte.

Ambos lo miraron con serias dudas. Según la mitología, Caronte era el barquero del Aqueronte, el río que cruzaba el Hades, más conocido como el inframundo. Él era el encargado de guiar

en su bote a los espíritus errantes de los difuntos recientes, siempre y cuando tuvieran una moneda para pagar su travesía. En caso contrario, deberían vagar por las riberas del río hasta que, cien años después, el mismo Caronte accedería a llevarlos sin gasto alguno. Por esa razón y temiendo la leyenda, en la Antigua Grecia se enterraba a los cadáveres con una moneda bajo la lengua.

—¿De qué estás hablando? ¿No tienes suficiente con regentar el viñedo que abastece a todo un pueblo?

—Cavour... El vino es solo una tapadera para ocultar lo que estos túneles albergan. No entendéis ni lo más mínimo lo que está en juego, ¿verdad?

—En juego están las muertes por las que serás juzgado.

—Supe de inmediato que me darías problemas, en cuanto te vi —miró al investigador.

—Sí. A punto estuvieron de ahorrártelos tirándome tumba abajo en el cementerio.

—El sargento cometió demasiados errores y yo mismo le hice pagar por ellos.

—El sargento de policía —apuntó Olivia—. Él sabía algo... Lo disimuló mal...

—Hasta que acabé con él con mis propias garras. El poder conlleva una responsabilidad que él no sabía administrar. Y por eso, yo mismo actuaba.

—Pero, ¿qué te llevó a cometer tantas atrocidades? Has matado a muchísima gente haciendo creer una leyenda inexistente sobre una bestia encerrada en una mina abandonada o en lo que sea lo que nos rodea.

Adán Quirós, derrotado, se sentó en el suelo. Su rostro denotaba cansancio, hastío y hasta un punto de alivio.

—No encontré otro método para ejecutar mi plan, lo lamento. Lo lamento por los cientos de familias a las que di sufrimiento. Pero este hallazgo no procedía... No en el momento actual. Tenía que mantener alejada a la muchedumbre de este lugar... Y a la vez, continuar con la leyenda que se cierne sobre él. No podía abandonar su legado.

—Y nosotros te hemos fastidiado el plan.

—No, no fuisteis vosotros. Todo se torció cuando aquella chica robó la copia del libro del Apocalipsis del apóstol.

—Estamos al tanto de todo eso — arqueó Aitor una ceja.

—¿Dónde está Miranda Cardona? — preguntó él con cierta ansia.

—Creo... Que después del tiempo que las has tenido en reclusión, no mereces hacer esa pregunta. Demasiado mal lo ha pasado como para rendirte cuentas ahora.

Olivia miró a Aitor sin interrumpir la conversación. Había encontrado a la mujer desaparecida y había completado

la misión. ¿Pero dónde estaba?

Quirós sonrió de manera irónica.

—Qué insensato... ¿de verdad crees todo lo que te dicen? Para ser un investigador privado, no estaría de más que contemplaras a tu alrededor.

—Olvídame.

—Toda leyenda, señor Cruz, tiene algo de realidad. Todo mito se fundamenta en vivencias que, por algún motivo u otro, son basadas en verdades como puños —recitó solemnemente—. Y por eso estamos aquí. Nada más ni nada menos. Imagino que a través de la investigación que os ha llevado a descubrir el paradero de Miranda, habéis conocido la leyenda del apóstol.

—No tiene desperdicio. Aunque ya la

conocíamos.

—No la verdadera. Conocéis la que se cuenta a través del camino de Santiago; la que explica que fue enterrado en el lugar en que se construyó la inmensa catedral que todo peregrino adora. Y no fue así.

—¿Y eso justifica todas las muertes? ¿Porque se mintió sobre la sepultura de un apóstol?

—No seas mezquino, Aitor. No me infravalores.

—Cuenta, pues —en un acto ilícito, volvió a apuntarle con el arma.

—El verdadero apóstol Santiago reposa en una cripta bajo esta ermita —afirmó—. En un ataúd de piedra, alejado de todas las curiosas miradas que cada día

llegan a Santiago con el afán de venerarlo.

—Resultará que, al final, hay todo un harén en aquella ermita. El tal Caronte y el apóstol Santiago.

—Caronte, fue su revelación.

Ambos se miraron, pero Aitor decidió no bajar el arma.

—Durante su periplo por tierras gallegas, Santiago se topó con esta construcción romana —señaló la ermita que había a sus espaldas—. Su grupo de seguidores y él mismo, pernoctaron aquí, pero de madrugada, se sintió inquieto y despertó al contemplar un retablo que colgaba de un muro medio derruido. Y quedó prendado por lo que en él encontró; según sus propios

escritos, aquel retablo contenía un pictograma sobre «un planeta Tierra circular y desdoblado, con otra humanidad conviviendo en su interior». Fue tal la predilección que sintió, que espiritualmente se obligó a investigar la colindancia —hizo una pausa—. Hay que tener en cuenta, que jornadas atrás, el apóstol había tenido una visión de la Virgen María sobre un pilar de piedra, en la ciudad que actualmente conocemos como Zaragoza. La Virgen, según escritos, le alentó a que continuara su camino hasta tierras gallegas y que se negara a perder toda esperanza. De esa visión viene la leyenda de nuestra patrona.

—La virgen del Pilar...

—«Y de toda leyenda beberemos» dijo Jonás en las Santas Escrituras —recitó—. Aunque no lo sepamos, muchas de nuestras expresiones se basan en mitos que realmente desconocemos.

Olivia pensó que aquel hombre disfrutaba con eso. Se le veía cómodo entre aquellos pasajes que, por ciertos momentos, le vanagloriaban.

—Lo que nuestro querido y predilecto apóstol descubrió, fue un boceto de lo que hoy conocemos como «Agartha».

—Vamos...—contestó Aitor tan irónico como impertinente— Agartha es un mito, una leyenda que no cuenta con ningún tipo de fundamento. Todos los teóricos de la conspiración mundial creen en esa tierra, especialmente los esotéricos más

chiflados.

—Y veo que tú la conoces. Deberíamos explicárselo a tu compañera, ¿no es así? Hace cara de no saber de qué estamos hablando.

Olivia, quien evidentemente se dio por aludida, negó con la cabeza.

—Agartha, déjame ilustrarte, es un supuesto reino legendario que se oculta en las mismísimas profundidades de nuestra tierra. Durante siglos, exploradores, investigadores y un sinfín de personalidades han intentado dar con su paradero, pero siempre les ha resultado imposible. Se cuenta que dicho reino subterráneo alberga millones de especies autóctonas, y su propio ecosistema de mares, ríos e

incluso montañas tan altas que se sumergen entre nubes. Es un reflejo desdoblado de nuestra propia tierra — esperó la impasible reacción de los allí presentes—. Pero el apóstol no solo encontró ese boceto que, por cierto, oculto yo mismo en mis dependencias. Encontró algo más.

Aunque se negarían en afirmarlo, a ambos investigadores les estaba comenzando a atraer aquella historia.

—Él encontró a Caronte, el humanoide que reposa en el interior de la iglesia primigenia. Un ser perteneciente al reino de Agartha y que ha sobrevivido hasta nuestros días. En definitiva, la prueba más fehaciente de su clara existencia.

CAPÍTULO 46

Factoría vinícola Cavour, Airexe, Galicia.

Había fracasado. A tenor de lo acaecido, no había ningún tipo de duda al respecto. El agente Castedo, del Centro Nacional de Inteligencia yacía sentado, desangrándose poco a poco, víctima de la lucha contra aquella alimaña que había logrado escapar sin que la hubiera podido detener. En un análisis rápido, determinó la situación como urgente, ya que, o recibía asistencia de terceras personas o perecería en la planta de producción de aquel viñedo gallego. Se sentía como el

típico niño pretencioso que ejecuta sus acciones sin el menor miramiento, pero que, a la hora de la verdad, evade la responsabilidad en cualquier otra persona. Había recibido la llamada del inspector Boada, miembro del CNI que había descubierto la extraña identidad del mecenas gallego, Adán Quirós. Lo cierto es que no daba crédito a que todo un pueblo hubiera ocultado tal fechoría, pero no tenía más remedio que claudicar e intentar redimir sus propios pecados vanidosos. Intentó rehacerse, pero la profunda herida del estómago por la cual se desangraba, le impedía realizar movimientos severos. Había mandado a todo un equipo de operaciones directamente a la muerte, a cavar su

propia tumba en ese decrepito laberinto de túneles. Su fracaso sabía a la sangre que emanaba a través de su cavidad bucal, sin un atisbo de esperanza. Él, que había sido destinado con anterioridad en Viena, Bangkok o en la península del Yucatán, perecería en aquel pueblo gallego de apenas dos mil habitantes. ¿Había confiado demasiado en su egocentrismo? Quizá había justificado demasiado el sexto sentido que le decía que algo extraño se cernía en aquellas tierras de mitos y leyendas. Como pudo, vía telefónica, había alentado al inspector Boada a que fueran en su ayuda.

Fue el propio Castedo quien emitió la orden de investigación a todo el pueblo

y las colindancias en un radio de diez kilómetros. El mismo fanfarrón pretencioso que siempre había querido ser, ahora pedía ayuda. Recordó fugazmente una vez en Bangkok, en plena operación de rescate de una cooperante española retenida por una guerrilla de campesinos; la situación se complicó y tuvo que tomar medidas tan extraordinarias como utilizar de cebo a un periodista tailandés por el simple hecho de justificar errores operativos en la misión. Lo dejó morir. Rodeados en medio de una frondosa jungla, aquel inteligente acto (para él), les ayudó a escapar de la barbarie. Tras lo sucedido, incluso recibió una medalla al valor que no merecía, ya que según su

agencia, «en la batalla debe prevalecer el sentido común por encima del sentimentalismo».

Y ahora él, el analista perspicaz y superdotado, se debatía entre la vida y la muerte por haber sido atacado por el alter ego de un ricachón con ínfulas de revolucionario. Moriría, sí. Pero lo que más le dolía en su orgullo era el desconocimiento de la causa; vaya, el motivo por el cual Adán Quirós había procedido a asesinar a decenas de personas en pos de algún objetivo. Toda la misión se había ido al traste, él no tenía conocimiento del paradero de la tal Miranda Cardona y aquellos dos detectives privados habían resultado ser más un estorbo que una ayuda.

El agente Castedo intentó ponerse en pie, pero sus piernas fallaron debido a la creciente falta de sangre. Contempló aquel lugar con una incipiente melancolía; lo que más le dolía de todo aquello, por encima de su inevitable aflicción física, era asumir que nunca vería el rostro de su hijo. Languideció al pensarlo e intentó tomárselo con la mayor naturalidad de la que podía hacer gala. En aquellos momentos, su pareja, embarazada de seis meses, dormía en casa. Había sido difícil. Debido a sus responsabilidades, traer una criatura al mundo hubiera sido un punto de inflexión, un alto en el camino. Pero no tendría tiempo. Un inconmensurable ardor le recorría el pecho, dejándolo

postrado en el suelo sin aliento. Recordó la reunión inicial con Aitor Cruz y Olivia Giralt, en la que les informó de la desaparición de Miranda Cardona y en la que comenzó toda aquella desastrosa operación. Ellos aún desconocían toda la verdad, pero jamás en su sano juicio hubiera imaginado que todo acabaría tal y como estaba acabando.

Se mareó y cayó de espaldas al suelo de hormigón. Suspiró, asimilando que se acercaba el final. Se debatía entre perder el conocimiento y albergar un hilo de esperanza tan pequeño como una insignificante mota de polvo. Contempló una barrica de madera antigua y pensó

que hubiera pagado con su propia vida por el hecho de haber conocido el secreto que se ocultaba bajo esa red de túneles. Lamentablemente, ya era demasiado tarde para él.

CAPÍTULO 47

Iglesia primigenia del apóstol Santiago.

—¿Un ser perteneciente al reino de Agartha? —repitió de manera irónica Aitor.

Aquel reino del que hablaba Adán Quirós era una leyenda, toda una quimera de nuestra historia. Muchísimos investigadores hablan de teorías que ocultan dicho territorio, pero el caso es que, hasta la fecha, no había sido descubierto. Pasaba algo parecido con la Atlántida. Todo un continente sumergido bajo las profundidades marítimas del que existían escritos, memorias e incluso litografías griegas.

Pero nunca habían dado con su localización exacta. Agatha era diferente; no se hablaba de humanos conviviendo en otra dimensión, sino de una antigua civilización oculta bajo nuestros mismísimos pies, en las profundidades de nuestro planeta. Y de ahí se extrapola que su cultura es muchísimo más avanzada que la nuestra. Las revelaciones más clarividentes habían sido llevadas a cargo del almirante americano, Richard E. Bird, quien explicó en su diario de a bordo cómo se cerraba una de las entradas a este reino situada en el Polo Sur, algo que contempló él mismo durante un vuelo rutinario. Pese a que descendió con su avioneta y dejó nota de ello, le

fue imposible penetrar en aquel misterioso acceso. Tiempo después, sus memorias fueron desacreditadas por los más escépticos, pero la búsqueda continuó. Es uno de aquellos misterios que perdurarán durante siglos y en el que el ser humano poco puede hacer más que esperar.

—No puedes estar seguro de ello —reprimió el investigador—. No podrías demostrarlo... Además, si fuera cierto que el apóstol Santiago vio por primera vez a ese humanoide, debería tener...

—Más de dos mil años —afirmó Quirós sin ningún tipo de duda al respecto— ¿Crees que no lo sé? Tengo la vaga sensación de que pensáis que habéis descubierto un pastel aún por abrir. Y no

es así— dijo con cierto aire de superioridad—. Durante estas tres décadas, he ocultado recelosamente el misterio para que Caronte no fuese descubierto. Durante todos estos siglos, él intentó salir a la superficie, aunque tengo por seguro que había algo que lo evitaba. Pienso que su mera curiosidad por el ser humano provocó que asesinara por temor innato, en una especie de defensa propia infundada. Huelga decir que su modus operandi fue tan brutal como efectivo. Pero cuando lo descubrí en la capilla de iniciación al rito «Omega»... Estaba prácticamente muerto. Se convirtió en un ser inofensivo, potenciado por mis investigaciones y cuidados. Deambula

por estos túneles, temeroso de cualquier roce humano. Ha sobrevivido lo inexplicable sin ni siquiera enfermar, imaginaos todo lo que podríamos descubrir sobre su anatomía.

Olivia contemplaba la escena desde la más absoluta distancia emocional. No tenía la mínima intención de compartir las ideas de aquel asesino, por mucho que Aitor estuviera interesado.

—No puedes estar en lo cierto. Hay algo en todo esto que chirría. ¿Y por qué no lo sacas a la luz? Sería un descubrimiento único que te reportaría fama y reconocimiento mundial — afirmó Aitor aún con el arma en alto.

Adán Quirós sonrió.

—Veo que no podré contar con vuestra

ayuda, muchachos. Vuestra mente está bloqueada en el presente sin pensar en el futuro. Tal y como está nuestro mundo, descubrir a esta criatura supondría su más mísero final. He contactado con las sociedades de investigación más importantes del planeta y nadie daría un duro por mi historia —giró su cuello en dirección a la ermita—. Caronte, por el momento, está abocado a mis cuidados o a su más absoluta destrucción.

—¿Y qué hay de la entrada al reino de Agartha?

—Mis explicaciones te desconcertarían, detective Cruz. Solo las mentes más profundas serían capaces de atender a una llamada de ese reino subterráneo. Con lo que nuestro desdoblamiento sería

toda una amenaza para nosotros mismos. Deberíamos... Deberíamos entrar. Él no tendrá reparos en dejarse contemplar por vosotros.

A Adán Quirós, aunque no lo escenificara, le preocupaba muchísimo el paradero de aquella chica que él mismo había secuestrado, Miranda Cardona.

Aitor miró a Olivia, preguntándole con su mirada. Ella negó con la cabeza, no creyéndose ni una de las palabras de aquel rufián charlatán.

—Deberíamos irnos, Aitor. Estoy herida —este negó con la cabeza y dirigió su mirada a Quirós.

—Saldremos de este lugar; nosotros hemos completado nuestro cometido y te

entregaremos a las autoridades.

—¿A qué autoridades? —sonrió—
¿Crees que ellos no estaban al tanto de todas mis ilícitas actividades? ¿Cómo si no me podría haber permitido el lujo de asesinar a tantas personas sin que nadie sospechara nada? Creo que os he sobrevalorado. A ambos. Tanto el sargento como todo su equipo eran conscientes de que mi plan debía de ser respetado. Y aún lo saben, todo el pueblo lo sabe. No penséis ni por asomo que me he ido ocultando de mi vida pública, ni mucho menos. De ahí a que mis elecciones solo fueran peregrinos que visitaban esta tierra por primera vez —dijo sin sentirse orgulloso—.
Simplente he continuado con la tarea

que Caronte comenzó hace cientos de años, en una época en la que el mundo se comenzó a forjar de mitos y leyendas. Contemplad vuestro alrededor: este lugar fue sepultado bajo tierra para ocultar uno de los hallazgos más maravillosos de nuestra era. Un ser diferente que, por primera vez en la historia contemporánea, compartiría el planeta Tierra con nosotros. Los hombres y los habitantes de Agartha. Pero dejadme haceros una pregunta, ¿qué pensaría de todo ello nuestra querida Iglesia Católica?

Ambos detectives lo seguían contemplado sin saber a dónde quería ir a parar. Si su bienaventurado plan era seguir con las muertes que había

provocado aquel ser... La mente de aquel hombre había cruzado el límite.

—Su terror sería fundado. Una dilatada historia de dos mil años se iría al traste al demostrarse que las sagradas escrituras mentían respecto al origen de la humanidad. Podemos pensarlo, es evidente, pero bajo la tutela de la fe no hay nada escrito. La santa Iglesia perecería en su propia ínfula de mentiras y pecados ante la demostración de la existencia de otra raza diferente a la nuestra. Tal y como han ocultado estos dos mil años.

Las últimas palabras de Quirós retumbaron en el espacio abierto. La luz azulada destellaba en un sinfín de matices perpetuos.

—Por eso, si yo muero, este secreto morirá conmigo. Tengo la responsabilidad de salvaguardar la última voluntad del apóstol.

—No creo que estés en posición de amenazar con nada —Aitor le volvió a mostrar el arma.

Quirós negó con la cabeza, alzó las manos en son de paz y se puso en pie no sin dificultad.

Abrió los brazos en forma de cruz, teatralizando lo que solo él en esos momentos percibía:

—De verdad, veo que no valoráis lo suficiente este lugar. Nos encontramos en un espacio único, no solo por Caronte, sino por lo que a él le rodea. El mismísimo apóstol Santiago pisó esta

tierra, respiró este aire y ejecutó su plan para ocultar su revelación. Su féretro yace bajo nuestros pies. Cuando regresó a Jerusalén y explicó a sus más allegados lo que había descubierto, no dudaron en asesinarlo vilmente. Lo tomaron por loco y, en aquella época, no se andaban con medias tintas.

Las pupilas azules de Quirós se tornaron acuosas debido a la emoción que explicar aquello le producía. Aitor miró a Olivia y esta le devolvió la misma mirada hastiada.

Negó con la cabeza e inquirió una respuesta irrefutable:

—Tendrás la oportunidad de contarle todas estas historias al magistrado que te juzgue, Quirós —explicó Olivia—. No

vamos a estar escuchándote todo el tiempo. Saldremos de aquí de inmediato. Ella se sentía mal, su cuerpo dolorido aún le recordaba lo que había pasado por culpa de aquel descerebrado. Su interlocutor volvió a negar y en un alarde de tozudez, volvió a tomar la palabra.

—Estáis ante una maravilla arquitectónica: todo este espacio que os rodea soporta el peso del embalse de Belesar. Toneladas de agua que lo sepultaron, pero que, gracias a una obra de ingeniería única, solo correría peligro de inundación en un supuesto caso premeditado. La presa se construyó bajo el régimen franquista, pero el pueblo de Portomarín fue inundado

gracias a esta tecnología.

—¿Cómo dices? ¿Ellos sabían lo que se ocultaba aquí abajo?

—No. No seas insensato. Simplemente querían mantener a buen recaudo la antigua mina de amianto. Producía muchísimo beneficio y no querían que quedara obsoleta. ¿Veis ese cilindro que se introduce directamente a través del campanario de la ermita? —señaló la construcción azulada— Bien, la presión de su interior está regulada por un mecanismo capaz de desestabilizarla. Con esto quiero decir, que me aseguré de dejar un trabajo bien hecho por si me ocurría algo. No todo iba a depender del azar o de mis afectivas acciones. Repartidos por esta red de túneles hay

una serie de interruptores activos que provocarían la despresurización que inundaría esta estancia en la que nos encontramos.

—Borrando todo rastro.

—Veo que comienzas a entenderme, Aitor.

—Pero, sin embargo, se acabaron tus estratagemas —afirmó el detective.

—Estáis cometiendo un grave error. Si este descubrimiento ve la luz, Caronte y una posible localización del portal de Agartha estarían abocados a su destrucción. Tenemos muchísimo trabajo por hacer, mantener viva la llama de la leyenda es la clave para prepararnos para un futuro en sintonía con esa otra civilización. Es lo que he intentado a

toda costa durante gran parte de mi vida —explicó con un gran sentimiento de pesadumbre.

—Deberías comprender que no podemos obviar tu plan de ejecución — intentó razonar con él Olivia—. Has matado a decenas de personas y has retenido a Miranda Cardona en contra de su voluntad. ¿Todo por honrar los asesinatos de ese humanoide?

Al oír de nuevo hablar de ella, Adán Quirós torció su gesto de inmediato.

—Os equivocáis —hizo una pausa para intentar explicarse mejor—. Esa mujer, Miranda, no es quien vosotros...

De repente, un ruido seco de deflagración atronó en el espacio. En un acto inconsciente de defensa, Aitor

empuñó el arma mientras contemplaba cómo el cuerpo de Adán Quirós se desvanecía hasta golpear el suelo violentamente. Alguien le había disparado. Olivia se había agachado con las manos en la cabeza en síntoma defensivo. Apenas a unos metros de sus respectivas posiciones, se encontraba Miranda Cardona con un arma en alto. Había asesinado a sangre fría a su antiguo captor. Había cerrado el círculo...

La cabeza de Adán Quirós se había convertido en un amasijo de carne y sangre que recién se mezcló con la tupida hierba. El charco de fluidos se tiñó del reflejo turquesa que permanecía en aquel lugar olvidado de toda cordura.

Miranda Cardona miró a ambos detectives y bajó el arma.

Aitor hizo lo propio y desvió la mirada hacia su compañera, quien reconoció el rostro de la periodista de inmediato.

—Miranda, ya está. Todo ha acabado — se acercó Aitor poniéndole una mano en su hombro.

—Encontré esta pistola en la ermita... Pensé que podríais correr peligro.

Miranda y Olivia se abrazaron.

—Gracias por dar con mi paradero... Estáis heridos por ello. Ese malnacido...—contempló el cuerpo sin vida de Quirós.

Olivia negó con la cabeza.

—Has debido pasar por algo indeseable —miró por última vez el busto

irreconocible que yacía en el suelo —. Deberíamos encontrar una salida y llegar a la superficie.

Aitor pensó que aquel miserable tenía el final que se merecía. Después de todo, un posible hallazgo de un habitante del reino de Agartha no justificaba la pesadilla que habían vivido.

—Todo ha acabado, regresemos — guardó su arma en la funda.

—Por allí —señaló la periodista al interior de la ermita—. He encontrado un montacargas que debe subir hasta la superficie.

—Salgamos de aquí.

Casi a la carrera por un nerviosismo infundado, los tres se introdujeron en la iglesia primigenia de Santiago. Olivia

quedó sorprendida por el diferente contraste que halló con el exterior. El magullado césped dio paso a un suelo de mármol impoluto y la oscuridad azulada a una hilera de radiantes fluorescentes. Todas esas reliquias seguían reposando en sus vitrinas, intactas a las inclemencias. No podía ser verdad, pensaba mientras casi al trote intentaba vislumbrar lo que le rodeaba. Aquel irresponsable había ocultado todo un mundo de riquezas bajo los cimientos de Portomarín.

Miranda Cardona iba a la cabeza, segura de sí misma, mientras los dos detectives la seguían, con Olivia algo rezagada debido a sus magulladuras. Llegaron a la parte final de la ermita, bajo el

campanario azulado y frente al ataúd de piedra en el que, de nuevo, reposaba Caronte, el superviviente del reino oculto de Agartha.

—Vamos, allí está el montacargas —apremió Cardona señalando una pared en uno de los flancos. La brillante intensidad azulada era aún más notoria bajo el cilindro. Las explicaciones de Adán Quirós respecto a una posible inundación estaban perturbadoramente presentes.

—Espera —le dijo Olivia en un ademán de curiosidad—. Quiero verlo antes de salir.

Aitor asintió, sin saber bien qué pasaba por la cabeza de su compañera. Tenían el féretro ornamentado a apenas unos

metros de distancia. Redujeron el paso y se acercaron. Al asomar la cabeza, Olivia notó una presencia extraña que le nubló la mente por unos instantes. Debió pensar que se trataba de la propia impresión. Tumbada boca arriba, la criatura que en su día había pertenecido al reino de Agartha reposaba con insolente tranquilidad. Su rostro momificado y su torso reseco provocaron en Olivia un sentimiento de incompreensión que no logró descifrar. Aquel ser tenía un significado que por mucho que lo intentara, la humanidad no comprendería. Tras mirar sus párpados cerrados, llegó a creer en la versión de Adán Quirós; la verdad que escondía Caronte en ese marchito cuerpo no sería

aceptada por la raza humana. No todavía. El territorio oculto de Agartha y toda su civilización continuarían bajo el velo del desconocimiento más intolerante y ellos no podían hacer nada por evitarlo.

Percibió un leve movimiento en la figura que la perturbó.

—Antes ya lo ha hecho, abrió los ojos e incluso se intentó recostar —explicó Aitor de manera coloquial.

—No podemos marcharnos, Aitor —obvió a Miranda—. Es demasiado importante como para mirar hacia otro lado. ¿Qué vamos a hacer? ¿Dejarlo aquí como si nada?

El investigador no podía creer que a esas alturas Olivia aún quisiera

entretenerse más por aquellas lindes.

—Si es cierto lo que ha dicho Quirós, este ser puede tener más de dos mil años de edad. ¿Te imaginas todo lo que podríamos descubrir de él? Se trata de una raza desconocida, por el amor de Dios.

Miranda Cardona contemplaba la escena impaciente, queriendo abandonar aquel lugar lo antes posible.

—Olivia...—la agarró su compañero por el hombro de manera cariñosa—Ya tendremos oportunidad de pensar qué deberíamos hacer. Esta criatura, no sé cómo, permanece viva. Y tú mírate, estás herida.

Aitor había leído cientos de historias de Agartha y sus seres. Recordaba aquellas

largas noches en la facultad de criminología en las que magazines tales como el Más Allá o Muy Interesante hacían sus delicias. Siempre le había llamado la atención lo esotérico, sin embargo, se decantó por la criminología debido al poco futuro que auguraba en la materia. Decenas de teóricos de la conspiración hablaban de Agartha como una tierra de oportunidades, con una tecnología infinitamente superior a la nuestra y en la que sus seres, tales como Caronte, se relacionaban entre sí sin la necesidad de palabras, llevando a cabo un vocabulario basado en la telepatía. Le dieron tremendas ganas de explorar su cuerpo en busca de las notables diferencias que compartía con el ser

humano.

—Llévemoslo con nosotros. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Piensa lo que estás diciendo. Ha muerto mucha gente, no creo que sea buena idea que aparezcamos en la superficie con una reliquia que no sabemos cómo respondería ante la sociedad. No sabemos cómo ha permanecido vivo durante todo este tiempo y míralo, su aspecto no inquina demasiada confianza.

Ella lo miró apenada. Estaba exhausta y se sentía contrariada. No podía creer que justo en aquellos momentos, Aitor quisiera actuar con el sentido común que nunca lo había caracterizado. Seguramente se trataba de dar una buena

impresión delante de Miranda.

En un acto reflejo, Caronte sufrió una convulsión que desvió la atención de los presentes.

—Míralo —se rehízo en sus pensamientos—. Debemos sacarlo de aquí.

La criatura parecía agitada y sufrió otra convulsión. Por un momento dejó entrever sus dos pupilas oscuras y una hilera de dientes amarillos y uniformes, algo que entristeció aún más a Olivia. Volvió a suplicar con la mirada a su compañero, pero su justificación era que nadie sabría cómo reaccionar.

—Te prometo —dijo él— que lo primero que haré nada más llegar a la superficie de Portomarín será buscar a

la persona adecuada para administrar correctamente este maravilloso hallazgo. Vamos, Olivia, no te he echado tanto de menos para ahora discutir contigo por esto.

Aquella última afirmación la sorprendió tanto que logró desviar la mirada de Caronte.

Pero en un acto tan incomprensible como vil, Miranda Cardona empuñó de nuevo su pistola y abrió fuego indiscriminadamente contra la criatura que reposaba en el interior del ataúd. Las convulsiones y los gritos ahogados de dolor que sintió Caronte pudieron palpase bajo las paredes de aquella iglesia primigenia. Claramente consciente de sus actos, Miranda contó

mentalmente que aún le restaban dos proyectiles en su cargador.

El ser emitió un último suspiro y pereció bajo la atónita mirada de Aitor y Olivia. En un reflejo casi involuntario, el detective sacó su pistola, pero cuando se disponía a empuñarla se encontró con el cañón del arma de Miranda apuntándole a bocajarro. Ella sonrió al ver el semblante de asombro de los dos insensatos investigadores:

—Tira el arma, Aitor —ordenó con voz trémula.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—¿Yo? Nada —se congratuló al consumir su traición—. Esta es mi manera de agradecerte lo necesario que has sido en la ejecución de mi plan

desde el principio.

—No tiene sentido, Miranda.

—Sí lo tiene —apuntó a Olivia Giralt con el arma—. Ya lo creo que lo tiene.

CAPÍTULO 48

Iglesia primigenia del apóstol Santiago.

—No puedes estar diciéndolo en serio
—intentó serenarse Aitor dejando el arma en el suelo. Se sentía amenazado
—. Hemos viajado hasta aquí para rescatarte, para descubrir lo que te había sucedido. Hemos investigado para dar con tu paradero, nos hemos jugado la vida.

El silencio de aquella solemne capilla solo era entorpecido por el zumbido de los fluorescentes.

—Eso mismo os ha condenado.

Miranda Cardona apuntaba a Olivia con actitud impasible. Llegó a la conclusión

de que todo tenía que terminar en el interior de aquella iglesia primigenia, lugar en el que antaño, el apóstol Santiago encontró a Caronte. Incluso tenía algo de romántico el hecho de que Adán Quirós le hubiera proporcionado de manera pasiva la forma con la que sepultaría todo lo que allí se ocultaba. Su plan había sido un éxito.

—Baja el arma, Miranda —aconsejó el detective visiblemente asustado.

—¿Y si no? ¿Vas a intentar matarme? Para ser investigadores privados, deberíais mirar mejor a vuestro alrededor. Pero sin duda, de no ser por ti, ya estaría muerta a estas alturas.

Aitor negó mientras temía por Olivia; le atemorizaba la idea de que esa lunática

apretara el gatillo como había hecho con aquella criatura. Caronte yacía muerto en el interior del ataúd; la sangre oscura que emanaba de su cuerpo lo cubría casi en su totalidad.

La falsa periodista sintió ciertas ínfulas de culpabilidad y creyó conveniente poner en contexto a sus dos interlocutores.

—Este secreto nunca debería ser revelado, pero Quirós iba a hacerlo en un futuro no muy lejano—Aitor contempló su mezquino rostro sin interrumpirla, esperando algún tipo de explicación por su parte. Mientras, Olivia seguía con la esperanza de que bajara el arma sin entender prácticamente nada.

—¿Qué pretendes? —le preguntó él.

—No seas infantil. Esto escapa a mis propios intereses. Va más allá. —miró el cuerpo sin vida de Caronte— Definitivamente, he concluido mi misión.

Aitor asumió las palabras sin saber muy bien qué debía decir para intentar disuadirla.

—De todas maneras, no lo comprenderíais. Este mundo no está preparado para un hallazgo de estas dimensiones —su bello rostro carecía de toda duda.

—¿Y crees que lo más sensato es terminar con él como has hecho? No puedes llegar a imaginar lo que has destruido...

—No tengo por qué imaginarlo. Esto nunca debería haber sucedido. Durante dos mil años, la Iglesia ha forjado una historia que ha repartido esperanza a miles de millones de fieles. Agartha o el simple descubrimiento de su existencia lanzaría todo por la borda. Dibujaría una nueva ventana al desconocimiento que a nadie le convendría. Siento decirlos que vosotros os habéis interpuesto en una guerra que no os concernía.

—Así que es eso...—discernió el detective— Con la iglesia nos hemos topado.

—Nuestro servicio de inteligencia llevaba años controlando los movimientos de Adán Quirós, a

sabiendas de lo que había descubierto. Y justo cuando se ha acercado demasiado al umbral... Es cuando ha caído. Nada ocurre al azar en este mundo, Aitor. La gente cambia, evoluciona. Pero hay ciertas cuestiones que deben permanecer en la sombra por el propio equilibrio de nuestra humanidad. Yo cometí el error de involucrarme demasiado en la caza de Quirós y él demostró ser una persona consecuente con sus actos, un tipo inteligente. Aprovechó su posición para trazar un plan maestro en el que la piedra angular de su hallazgo sería la paciencia. Una paciencia que lo ha condenado.

—Os conocíais...

—Él encontró a Caronte y forjó toda una leyenda a su alrededor para que no fuera descubierto. Dio libertad a la criatura para que se moviera por las profundidades, hasta que llegara el momento de exponerlo a la luz universal. Estudió su cuerpo, su mente y lo investigó hasta los límites que marcan la ciencia. Siguió ejecutando a seres humanos tal y como lo hizo él durante siglos. Todo bajo la tapadera de un viñedo sin éxito. Si los informes de nuestra agencia de investigación están en lo correcto, Quirós posee todo un archivo de información al respecto.

—¿Estás justificándolo? —Preguntó Olivia visiblemente molesta— Asesinó a muchísimas personas. Hoy sin ir más

lejos.

—A veces hay que cometer aberraciones para salvaguardar el equilibrio — expresó ella segura de sí misma. Su mirada se perdía entre aquel espacio, orgullosa de la determinación que había tomado—. Pero alguien tenía que acabar con esto. Y el propio Quirós lo supo en el momento en el que construyó el sistema de inundación de toda la red de túneles subterráneos —miró al cilindro azulado que tenían sobre sus cabezas—. No se fiaba de nadie. No quería entregar la información al gobierno español, ni mucho menos al CNI. ¿O creéis aún que la agencia que os ha contratado para este trabajo no sabía lo que había en juego? Este lugar quedará sepultado bajo las

aguas del embalse y nadie se atreverá a poner en duda la hegemonía de nuestra Iglesia.

—Has perdido la cabeza. ¡Entiéndelo!

Miranda Cardona soltó una carcajada y caminó alrededor del ataúd mientras no dejaba de apuntar a Olivia.

—Todo el peso de nuestra historia recaerá sobre este bonito cuento de hadas y Agartha volverá a quedar en el olvido, tal y como siempre ha ocurrido.

—Te hemos salvado de una muerte segura —recordó Aitor—. Déjanos huir.

—Lo lamento —se burló—. Te estaré eternamente agradecida, pero la información que conocéis es demasiado valiosa para los tiempos que corren. Huelga decir que, si los matones de

Quirós no hubieran acabado con el padre Maurice en París, yo misma lo hubiera hecho. Tendréis la oportunidad de morir en el interior de esta cámara sagrada. Seréis mártires tal y como lo fue nuestro venerado apóstol al descubrir esta ermita, hace dos mil años.

—Vuestra institución, lo único que ha hecho ha sido difamar y mentir durante dos milenios —gritó con fuerza Olivia.

Enrabiada y en un acto instintivo, Miranda Cardona apretó el gatillo y su disparo impactó contra el hombro derecho de la investigadora. Esta emitió un grito de dolor y cayó al suelo. Aitor acudió a su ayuda de inmediato.

—Por gente como vosotros nuestra

humanidad está sumida en la más absoluta de las discordias— increpó Cardona mientras se acercaba al ataúd de Caronte.

Aitor abrazó a Olivia y se cercioró de que el impacto del proyectil no la había alcanzado en ningún punto vital.

—Tranquila, Olivia. Respira. Saldremos de esta —quiso mentirle.

—Me duele —sollozaba sin poder impedirlo. De la herida emanaba sangre de forma preocupante.

—En el momento en que active el dispositivo de inundación, toda la estructura se resquebrajará gracias a la presión de los millones de toneladas de agua que caerán a través de este cilindro. Todo por obra y gracia de

Adán Quirós—decía Miranda mientras intentaba mover el cuerpo de Caronte. Bajo el mismo, oculto en uno de los flancos del ataúd de piedra, se encontraba el sistema de interruptores que accionaban el dispositivo que inundaría toda la red subterránea — Mientras Quirós os contaba su historia, notifiqué al servicio de inteligencia del Vaticano de que la misión había sido un éxito. Ellos mismos se han encargado de enviar a los rotativos más importantes del país la noticia sobre un resquebrajamiento del lodo marino del embalse, provocando de esa manera una inundación interna. Así, todo quedará justificado como un simple accidente.

—No te saldrás con la tuya —aseguró

Aitor con los ojos vidriosos e inyectados en rabia.

Confiada, apartó con una mano las piernas de la criatura y encontró el interruptor que accionaba el sistema de inundación.

—Y así es como acaba la historia, detectives.

Alzó una cobertura de protección y descubrió un botón amarillo. Los planos que había leído Cardona sobre la ingeniería de la construcción durante la fase inicial de su misión, dejaban claro que el espacio podría inundarse en un corto periodo de tiempo, existiendo pocos minutos para una hipotética evacuación en caso de emergencia. Y aquel caso lo era. Miró cómo Aitor

intentaba levantar a Olivia y, sin pensarlo, pulsó el botón.

A los pocos segundos, el sistema de ventilación comenzó a funcionar sobre sus cabezas. Fue el preludio que emitió la construcción antes de comenzar a introducir agua en el espacio que cubría la ermita.

—Nos veremos en la otra vida —dijo Cardona mientras les daba la espalda y se dirigía a la entrada del edificio. Había mentido respecto a la existencia del montacargas, siendo su única intención terminar con Caronte desde el principio. Era su misión: sabotear toda la instalación subterránea.

—¡No lograrás huir! —gritó impotente Aitor viendo cómo el agua comenzaba a

penetrar en la edificación. En el momento que aquel cilindro que había sobre sus cabezas se abriera, estarían perdidos— Vamos, Olivia. Tenemos que hacer un último esfuerzo.

Esta lo miró y le abrazó, a sabiendas de que sería inútil intentar escapar en su estado.

—Vete tú, Aitor. Solo seré un lastre para ti.

Sin hacerle el más mínimo caso y haciendo acopio de un valor innato, la cogió en brazos con cuidado y se dispuso a abandonar la iglesia primigenia del apóstol Santiago.

CAPÍTULO 49

Iglesia primigenia del apóstol Santiago.

Pese a alguna dificultad, Miranda Cardona había ejecutado con éxito su misión; hallar el cuerpo de Caronte, destruirlo y accionar el dispositivo de inundación asistida que Quirós había construido tiempo atrás. De aquella manera, todo el peso del embalse recaería sobre las instalaciones subterráneas y la presa se activaría de manera automática, abasteciendo de nuevo al río Miño a su paso por Portomarín. El propio servicio de inteligencia del Vaticano ya había movido los hilos necesarios para

justificar todo lo que acaecería en un futuro inmediato y ella sería reconocida.

Todo había comenzado años atrás, durante la postguerra, cuando un grupo de arqueólogos israelitas había descubierto unos misteriosos planos filtrados del subsuelo de Portomarín. El Vaticano halló pruebas fehacientes de que en aquellas tierras podía encontrarse un posible acceso al reino de Agartha y decidieron investigarlo. Durante décadas, la zona fue controlada y llegaron a la conclusión de que la amenaza de un posible descubrimiento que desestabilizara los pilares fundamentales de su dogma, era real.

Un emisario del Vaticano se puso en

contacto con ella y acordaron las bases establecidas para una futura colaboración. Había sido reclutada y adiestrada años atrás, utilizando como tapadera su trabajo de periodista al mejor postor. Al contrario de lo que mucha gente pensaba, la Iglesia contaba con un grupo de efectivos trabajado en la sombra, ocultos de toda elocuencia mediática y a la expectativa de todo descubrimiento. Aquella facción conocía el hallazgo del que había sido testigo Adán Quirós y lo habían mantenido segmentado a la espera de noticias. Todo continuó con normalidad, hasta que el bueno del mecenas comenzó a actuar de manera intolerante. Por miedo a un incipiente descubrimiento,

creó una historia propia sobre el mito de una bestia que se ocultaba en el interior de aquella mina de amianto abandonada. De vez en cuando y de manera aleatoria, aprovechaba el sinfín de peregrinos que deambulaban por la zona para atraerlos y asesinarlos por el bien de mantener con vida la leyenda y las muertes que Caronte había provocado hasta que su cuerpo marchitó. Por mucho que pudiera llamar la atención, nadie sería capaz de acercarse lo suficiente como para descubrir nada. Según los informes a los que había tenido acceso la agencia de investigación eclesiástica, el modus operandi de cercenar las cabezas de las víctimas se asemejaba mucho al que había utilizado durante años el

humanoide. Era sencillamente perturbador.

Contactaron con ella en Roma y llegaron a un acuerdo por el que debía de hacerse pasar por periodista de investigación, asomar la cabeza más de la cuenta para terminar con Quirós y con cuanto le rodeaba. Aunque él había demostrado ser una persona inteligente y se anticipó a sus actos, descubriéndola y aprisionándola. Pero con toda seguridad, no contó con la incursión de aquellos dos detectives que envió el CNI para desmontar su propia justificación. Todo había sido un acto premeditado en el que las pistas que había dejado por el camino, se habían acordado meticulosamente. Desde la

propia interferencia de aquel cura parisino, hasta el robo en primera instancia del libro de las revelaciones del apóstol e incluso la manera de hallar la tumba del archiconocido Lázaro Ponte. En primer momento había fracasado, ya que aquella bestia de la que se disfrazaba Quirós la había sorprendido en la capilla de iniciación al rito de «Omega». Todo aquel lenguaje eclesiástico de símbolos había sido creado por el propio apóstol para no entrar en conflicto con la futura religión que sentaba sus bases en aquella época, dos mil años atrás. El cristianismo contaba con una cruz, mientras que Agartha podría contar con el símbolo que la había perseguido durante los

últimos tiempos. Todo aquello sí que contaba con una veracidad absoluta. Y fue paradójico que, justo en el momento en el que él debía hacer fuerte su mensaje para con Dios y su mentor, Jesucristo, apareciera una criatura de una civilización ancestral que lo tirara todo al traste. Siempre nos quedará la duda al respecto sobre lo que hubiera ocurrido si Santiago no hubiera sido decapitado a su regreso a Jerusalén.

¿Hubiera continuado haciendo acopio del catolicismo o por el contrario se hubiera posicionado en la investigación de la procedencia de Caronte?

Sin embargo, a ella le resultaba gracioso el nombre con el que Quirós había bautizado a esa criatura: Caronte, tal y

como el barquero del infierno. Se basaba en que él sería quien transmitiría todo el conocimiento de una civilización a otra, tal como un barquero que une los diferentes puertos de toda ciudad.

Y gracias en parte a Aitor Cruz, ella había podido escapar. Pese a tener que cumplir con su misión a rajatabla, le estaba agradecida. Y la humanidad también debería estarlo por haber evitado el descubrimiento de algo que no comprenderían.

Cruzó de nuevo la puerta y vio cómo el páramo de vegetación que había en el exterior, se estaba inundando a marchas forzadas. El sonido que provocaba el agua al descender de todo acceso a ese lugar era ensordecedor. Sintió un temor

poco fundado y bajó los escalones. A aquel bendito lugar le quedaba poco tiempo de vida. Caminó con dificultad, ya que el agua ya le llegaba por las rodillas. Giró y buscó el acceso por el que había descendido Olivia Giralt con anterioridad, aquel que daba acceso a la planta de producción vinícola y que quedaba justo en la parte trasera del cilindro hidráulico. Estaba segura de poder salir con vida de allí. Debería poder viajar a Roma en unas horas.

Pero justo en aquellos instantes se detuvo, víctima de una especie de jaqueca que no esperaba; el dolor de cabeza fue acompañado por una pérdida de audición paulatina, en la que lo único que percibía era un sonido agudo, tal

como una trompeta desafinada. Se detuvo y no pudo evitar un grito. Intentó caminar unos pasos, la pasarela que la llevaría a las alturas estaba cerca, pero fue incapaz de continuar. De improvisto, el sonido agudo dio paso a una voz gutural y nítida, pero incomprensible para ella. Miró a su alrededor, pero Miranda estaba sola. El lugar estaba comenzando a desmoronarse e incluso rocas de gran envergadura caían desde la bóveda.

Se acuclilló con las manos en la cabeza en síntoma de un dolor incomprensible, empapándose hasta el pecho. Aun así, la cazadora de piel de Aitor aún le resguardaba del incipiente helor que comenzaba a sentir. Gritó sin saber a

quién y entonces, oyó de forma nítida la voz que solo percibía en el interior de su mente. Fue una especie de vocablo desconocido, pero que le indujo a detenerse. Sintió miedo y un sentimiento de ingravidez mental que la detuvo. Su rostro había perdido expresividad y de su nariz comenzó a emanar un fino reguero de sangre. Sus ojos azules se habían detenido, como inertes en una verdad que desconocían. Entonces, frente a ella, aparecieron una serie de humanoides de aspecto desconocido. Eran bajos y de actitud serena, pero la atemorizaron. En un acto de elocuencia insospechada, recordó el rostro de Caronte en aquellos extraños seres.

Completamente bloqueada, Miranda Cardona clavó sus pies en el terreno que poco a poco se inundaba sin remedio.

CAPÍTULO 50

Iglesia primigenia del apóstol Santiago.

Cuando Aitor vislumbró el panorama que los rodeaba, tuvo un mal presentimiento. Diferentes torrentes de agua caían por todas partes, condenando a aquella cámara a una inundación inevitable. El lugar por el que había llegado con Miranda Cardona se había convertido en una cascada de agua que abastecía a todo cuanto les rodeaba. Sucumbiendo a su propio destino, el cilindro que se introducía en la ermita emitía un rugido metálico inequívoco, dando a entender que en pocos minutos se resquebrajaría vertiendo un flujo de

agua incommensurable. El nivel ya llegaba a las rodillas y había cubierto al completo los escalones que daban a la construcción de piedra que dejaban atrás. Olivia, en un susurro casi inaudible, dio a entender que encontrarían la salida a través de la pasarela que estaba tras la edificación. Aitor miró y, efectivamente, reconoció en las alturas una trampilla que, por el momento, no estaba anegada. El agua helada le caló hasta los huesos, pero tenía prohibido sentir dolor en aquellas circunstancias. Caminó tambaleante con Olivia en brazos y su corazón dio un vuelco en el momento que se dio de bruces con Miranda Cardona; esta estaba detenida, ajena a la tromba de

agua que se le avecinaba. Pese a estar sola, mantenía una posición extraña y su semblante era de puro terror. Un reguero de sangre corría a través de sus orificios nasales. Aitor cruzó su posición y la contempló; sus pupilas inertes estaban perdidas. Entonces, fue cuando él percibió una desconocida presencia que lo aletargó. Sintió ínfulas de detenerse, pero el hecho de llevar a Olivia en sus brazos se lo impidió. Por extraño que pareciera, podía llegar a comprenderlo. —Telepatía... Ese ser...—se dijo mientras de manera súbita se abría otro torrente de agua a unos metros de su posición. Había leído en un centenar de ocasiones que los habitantes de Agartha podrían contactar entre sí por telepatía,

eran simples teorías conspiratorias, de ahí que no necesitaran cuerdas vocales ni ningún sistema de audición. El nivel subía a toda velocidad y ya alcanzaba a Olivia. Si no corría en dirección a esa pasarela, morirían ahogados o destrozados por una de las piedras que caían violentas desde el techo abovedado.

Concentró todos sus pensamientos en alcanzar la pasarela y, al cabo de unos angustiosos minutos, lo lograron. La parte baja de la misma ya estaba anegada, pero por suerte no perdieron pie antes de agarrarse.

—Olivia, vamos. Tienes que despertar, ya estamos llegando y te necesito. Agárrate.

Cogió su mano y la agarró a la barandilla por miedo a que el agua pudiera tirarles de nuevo hacia atrás. La pasarela subía a medida que el nivel la alcanzaba con irrefutable rapidez. En un vistazo rápido, Aitor vio que ya había anegado la posición en la que se encontraba Miranda Cardona, habiendo desaparecido bajo las frías aguas. De manera lenta y a trompicones, Olivia avanzaba con paso seguro.

—Vamos —contemplaba nervioso el cilindro que estaba a punto de ceder.

La agarró por la cintura e intentó tirar cuanto pudo, pero el inevitable hecho que temía, sucedió; con un grotesco sonido que aventuraba un rápido final, el cilindro que contenía la mayor parte del

agua del embalse se resquebrajó. En décimas de segundo, un torrente de agua descendió y anegó la ermita, que, debido a la propia presión, quedó destruida en pocos instantes. La efectiva obra de ingeniería de Adán Quirós había terminado con toda esa historia de un plumazo. El nivel los alcanzó y no tuvieron más remedio que dejarse llevar intentado no descontrolar su posición. Perdieron pie y comenzaron a nadar.

—No me sueltes, Aitor, no me sueltes — suplicó ella agarrándosele al cuello.

—Nos ahogaremos —decía mientras el nivel ascendía con rapidez. Tuvieron suerte de que ninguna piedra cayera cerca de su posición. Sin soltar a su compañera, aprovecharon la rápida

ascensión del nivel para alcanzar la trampilla, pero, debido a una lógica descomprensión, el agua dejó de ascender apenas a cinco metros del techo abovedado.

Olivia, envalentonada dada la emergencia de la situación, nadó con un brazo hasta la escalera metálica por la cual había descendido tiempo atrás. Se giró y vio a Aitor, que alcanzaba su posición.

—Tenemos que ascender. El techo podría ceder en cualquier momento —expresó sin dejar de patalear en las frías aguas. Arropó a Olivia por su espalda y la ayudó a que se agarrara a la escalera. La indujo a subir empujándola por la cintura. Ella se quejaba y su brazo

imposibilitado dificultaba la acción.

—Ya casi lo tienes —la alentó mientras el cilindro de agua ya había superado su propio colapso. Aquel espacio podría implosionar en cualquier momento debido a la insoportable presión. Aitor notaba cómo sus oídos se taponaron en un molesto síntoma. Olivia ya había alcanzado la mitad del corto espacio que la separaba de la trampilla de evacuación.

Ella notó cómo Aitor la agarró de manera cariñosa de la mano inutilizada, en clara señal de ánimo respecto a la adversidad. Con un notable esfuerzo, subió dos escalones de una tacada.

—Vamos, Olivia. Este lugar se va a anegar.

—Ya casi lo tengo —dijo ella alcanzando la tapa metálica de la oquedad. Recordaba a la perfección que esa entrada los llevaría hasta la planta de producción de Cavour. Pese a que el espacio se derrumbaba a su alrededor y su hombro estaba parcialmente perdido, ella sonrió. Lo habían conseguido y estaba plenamente satisfecha. Entonces, notó cómo la mano de Aitor dejó de ejercer presión sobre la suya. Agachó su cabeza a través del espacio vertical y contempló el rostro de su compañero. Denotaba un semblante de dolor e incomprensión que la alarmó de inmediato. En un gesto inconsciente, Aitor tosió y dejó escapar un destello de sangre de su boca.

—¡Aitor! —gritó.

Temiendo por su equilibrio, intentó envolver sus piernas en él, pero le fue imposible. ¿Qué demonios había ocurrido? Entonces, lo vio: a unos metros bajo su posición, equilibrándose en el agua, se encontraba Miranda Cardona. La maldijo con toda su alma. No, no había perecido bajo el trémulo nivel que la alcanzó en la superficie. De manera incomprensible, sujetaba la pistola con la que había disparado a Aitor por la espalda. Ese fue el último proyectil que le quedaba. Después, mostrando una sonrisa maquiavélica, tuvo un espasmo y se perdió entre la negrura de las profundidades que la rodeaban.

Él emitió un sollozo y agachó la cabeza, derrotado.

—No te sueltes, Aitor. Por el amor de Dios, resiste.

Justo en esos momentos, algo comenzó a maquinarse en las profundidades. Era la temida implosión que tendría lugar gracias a la presión que se había concentrado en el lugar. En breve, todo saltaría por los aires.

—Dame la mano, no te sueltes —pero era imposible.

—No, no...—susurró él con la cavidad bucal ensangrentada. Su barba se le empapó de agua mezclada con sangre. Sus ojos se cerraban en pos de un terrible dolor. Aitor Cruz colgaba de un hilo invisible que lo aferraba a la vida,

pero el disparo certero le había alcanzado el omoplato derecho, siendo mortal de necesidad— debes salir, Olivia...

—¡No! Vamos, haz un último esfuerzo —gritó ella llorando de la impotencia.

—Olivia... ¡Vete! —La miró carente de toda energía— Vete, por favor —suplicó con un susurro.

Sus ojos dejaron escapar unas lágrimas mientras miraba a su compañera.

—No Aitor, no lo hagas —sollozaba mientras intentaba aferrarse a una última esperanza—. Te quiero, por favor, no te sueltes —sollozó sin casi dejarse entender.

Pero bajo un estado de incoherencia

absoluta, ella notó que la vida debía determinarse por los momentos vividos, y no por los que estaban por venir. Justo cuando la presión de aquel espacio subterráneo llegó a su clímax y un sonido estruendoso se apoderó de todo su alrededor, Aitor, su compañero de mil batallas y por el que ella hubiera dado la vida en más de una ocasión, se soltó de la escalera y sucumbió a las profundidades de aquella fosa cavada en las entrañas de la tierra.

CAPÍTULO 51

Factoría vinícola Cavour, Airexe, Galicia.

El estruendo provocado por la implosión extrajo de su sopor al agente Castedo, quien yacía recostado sobre una barrica de madera. El temblor de toda la instalación hizo que decenas de las mismas se agrietaran, dejando que el vino que reposaba dentro se esparciera por toda la extensión. Con la poca sensatez que le quedaba, pensó que todo debería haber terminado ahí, pero lejos de la realidad, aquel espacio hermético que resultaba ser la planta de producción, quedó exento de todo daño.

Miró a su alrededor, siendo consciente de que de un momento a otro podría ocurrir algo que no esperaba. Había perdido demasiada sangre, pero aún le quedaba un último aliento para desfallecer. Tras el pequeño caos que se había instaurado debido a la explosión inferior, notó cómo de manera insólita comenzó a llegar agua hasta su posición. Se agarró a una de las vigas metálicas e intentó ponerse en pie; lo logró con severa dificultad y tuvo suerte de que el nivel del frío elemento le alcanzó solo por las rodillas y parecía detenerse allí. Hizo un cálculo rápido albergando en su mente todo tipo de posibilidades; no lograba entender cómo se estaba pudiendo anegar aquella parte de la

bodega, pero no cabía duda de que la presa tenía mucho que ver en aquella cuestión.

Se cercioró de que además de agua y bidones por doquier, había algo más al fondo del pasillo. Sin fuerzas para gritar, se acercó tal y como sus dificultades le permitieron. La tromba de agua había sucumbido tan deprisa, que había arrastrado a todo lo que tuvo en su camino.

Cayó en la cuenta de que lo que se recostaba sobre una de las barricas era una persona. Intentó acelerar el paso, aunque le era sumamente difícil. Su herida estomacal estaba abierta y perdía sangre a raudales. Su tez blanquecina y sus ojeras denotaban un estado de

agotamiento del que necesitaba escapar a marchas forzadas. Al ver el cabello dorado de la persona que yacía apenas a unos metros de su posición, supo que se trataba de Olivia Giralt.

La alcanzó y el primer ademán que tuvo fue el de comprobar si continuaba con vida. Afirmativo. En contra de lo que esperaba, no parecía tan malherida como él.

—Olivia, ¿qué ha ocurrido?

Ella, sumida en un estado de shock creciente, solo pudo mirarle sin mediar palabra.

Debido a su dilatada experiencia, Castedo supo que aquella mujer podía sufrir un ataque en cualquier momento, con lo que apremió en sus acciones. Se

agachó, sufriendo un dolor letal que casi le hace perder el conocimiento. Acarició el mentón de la chica y la alentó a que reaccionara:

—Olivia, todo ha acabado. Tenemos que salir de aquí.

—No —respondió ella ante su más insensata incredulidad—. Aitor está abajo.

Castedo miró al fondo, a través del pasillo que cada vez más se iba colapsando debido a la entrada de agua. Si salían de allí a una velocidad coherente, no correrían peligro. Comprendió entonces que la red de túneles subterráneos había quedado completamente inundada. Y lo que era peor, Olivia se encontraba en estado de

shock por la pérdida de su compañero. En aquellos casos, debía prevalecer el sentido común y no forzar la situación. Sin implorarle más pesquisas en forma de palabras, Castedo intentó levantarla con toda la voluntad del mundo. Ella cedió algo su peso y se puso en pie. Se dio cuenta de que tenía el hombro ensangrentado y que necesitaría una intervención quirúrgica con toda seguridad. ¿Qué diablos había ocurrido? Estaba empapada y su rostro contaba con diferentes magulladuras que carecían de importancia. Tiritaba sin darse cuenta y su mirada estaba perdida. Castedo rezó por que aquella chica resistiera hasta llegar al menos a la planta de producción de bidones.

Cruzaron el último pasillo de la bodega y abandonaron el olor a vino y la humedad que allí los rodeaba. De nuevo juntos en la planta de producción, Castedo a punto estuvo de perder pie debido a un desvanecimiento.

La contempló, pero no se atrevió a interactuar con ella; estaba demasiado inestable. Ya tendrían tiempo las posteriores explicaciones.

Paso a paso, con un aliento del que creía carecer, dejaron la gran máquina de bidones para detenerse justo al lado de una cinta transportadora. ¿Habría aquella mujer resuelto el caso? ¿Había encontrado a Miranda Cardona?

El agente lo lamentaba profundamente. La sorpresiva incursión de Adán Quirós

en forma de leyenda ficticia, había enviado al traste todos los planes de dar con la falsa periodista. Miró de nuevo a la guapa chica: tendría su merecido reconocimiento. Pese a todo lo sucedido, ella y su compañero deberían estar orgullosos de su trabajo, aunque él hubiera perecido en el intento.

Concentrándose en sus pensamientos, Castedo tropezó con un desnivel y ambos cayeron al suelo. Suspiró y se cercioró de que ella se encontrara bien. Apenas a unos metros de su posición, estaba el muelle de carga en el que los camiones se abastecían de los productos vinícolas de Cavour. A través de las diferentes oquedades construidas en el muro, contemplaron que había

amanecido sobre tierras gallegas. A lo lejos comenzaron a escuchar las primeras voces de los operarios que iniciaban su turno aquella misma mañana.

Estaban salvados.

Tal y como escenifica el símbolo «Omega» en uno de sus innumerables significados, el principio y el final siempre acababan convergiendo en un punto concreto establecido.

Y para él, herido desde el suelo, contemplar el amanecer y la fina capa de nieve que caía sobre la estepa en la que se sustentaba el viñedo, le resultó un más que digno desenlace para aquella macabra historia.

CAPÍTULO 52

Portomarín, Galicia.

Más de un vecino quedó sorprendido al ver cómo el nivel del agua del embalse de Belesar había perdido más de la mitad de su capacidad en apenas una noche. Después, se cercioraron gracias a las noticias y a ese tan irrefutable conocimiento que era el boca a boca, de que había tenido lugar un accidente en las instalaciones internas de la presa. Cientos de rotativos nacionales se habían hecho eco de la noticia; fue durante la madrugada, donde después de una inspección rutinaria a cargo de la empresa que explotaba los servicios

medioambientales de la misma, el sistema eléctrico que medía la presión del lecho marino había explotado por accidente, acarreando un incendio que alcanzó las antiguas instalaciones de la mina de amianto abandonada que aún permanecía sepultada bajo la tierra. Aquel hecho provocó que las aguas del embalse se filtraran violentas en su interior, anegando cualquier punto hasta que los propios niveles se equilibraron. Muchos vecinos reconocían haber sentido un temblor parecido a un movimiento sísmico, pero no le dieron importancia. Algunos otros, conoedores de todo el secretismo e incertidumbre que recorría el subsuelo de su propio pueblo, les pareció una

curiosa coincidencia.

El caso es que horas después, se averiguó que en dicho accidente habían perecido algunas personas de la localidad; uno de ellos fue el sargento de Policía Iago Martín, que como responsable de seguridad había decidido acompañar a las autoridades de la inspección con terrible suerte. Los ciudadanos lo lamentaron, ya que aquel joven agente tenía un brillante futuro por delante. Otro de los que perecieron en dicho accidente fue Adán Quirós, propietario del viñedo Cavour y una de las personas más adineradas e influyentes de la zona. A él se la atribuía la búsqueda de patrocinio para una mejor explotación de las instalaciones.

Además de ellos, una decena de personas habían perdido la vida sepultadas bajo las aguas del embalse y había sido imposible penetrar en la red de túneles para efectuar la extracción de sus cuerpos. Por el momento, la presa había sido clausurada hasta nuevas noticias, siempre pendiente de las inclemencias meteorológicas para una posible reapertura. Se rumoreó durante un tiempo que solo habían sobrevivido dos personas y que estas fueron rescatadas por los servicios sanitarios en las instalaciones de la factoría vinícola, a unos pocos kilómetros de la localidad. También se oyó que, en los días posteriores al accidente, un grupo de personas desconocidas fueron

preguntando a los vecinos y tomando nota de sus respectivas respuestas respecto al accidente.

Portomarín amaneció diferente aquel día. Había nevado durante toda la noche y una fina capa de hielo aún permanecía adherida a todas las calles, edificios y construcciones. Muchos peregrinos se habían sorprendido ante tal estampa y grupos nutridos de niños jugaban entre sí, conoedores de que no era demasiado común que aquel impoluto elemento alcanzara sus tierras. Pero aquel invierno estaba resultando ser duro.

Mientras tanto, aquella aura de serenidad perduraba en el pueblo, ajenos a toda anomalía que se cerniera

sobre él. Su buena gente seguiría acogiendo a desconocidos en sus albergues, dando de comer a peregrinos en sus buenas y valoradas posadas y simpatizando ante un Camino de Santiago que no perdía ni un ápice de su misterio y grandilocuencia. Si por algo se caracterizaba aquella tierra, era por su generosidad en pos de quien confiaba en liberar su espíritu realizando aquel sendero mágico que seguía la Vía Láctea, rememorando el camino que el apóstol Santiago realizó dos mil años atrás. A nadie le importaba que su féretro no estuviera realmente en Compostela ni que bajo sus propios pies pudiera existir la entrada a un reino cuyo conocimiento destronaría toda

nuestra perspectiva vital.

Pero debido a los hechos allí acontecidos, aquella tierra rica en mitos y leyendas, permanecería silenciada durante un tiempo, a la espera de un nuevo despertar.

La puerta de la habitación se abrió justo en el momento que Olivia despertó. Pese a encontrarse estable tras la operación, se sentía cansada y dolorida. Desde la planta cuarta del hospital general de Santiago de Compostela, podía contemplarse el monte do gozo y el tan inconfundible campanario de la catedral, ambos símbolos del peregrinaje por antonomasia. Ella rehuyó a dicha visión y se volvió. La enfermera le realizó las curas y el análisis pertinente antes de

traerle el almuerzo. Quedaban ya pocos vestigios de la nieve que había caído en la zona días atrás. Sus padres y su marido la acompañaron en todo momento, ya que, tras la operación dedicada a la extracción del proyectil de su hombro, había tenido una buena reanimación. Con toda seguridad regresaría a Barcelona en dos días máximo.

De vez en cuando le pedía a su madre que le mostrara el reflejo de su rostro en el espejo, algo que le hacía recordar por lo que había pasado. Muchas veces se despertaba llorando, quejosa de su situación y de su destino. La habían tratado con cierta prioridad debido a su estado y, sin embargo, repudiaba el

hecho de continuar allí. Conscientes de la extraña situación en la que se vieron envueltos, los operarios de la planta vinícola que la encontraron tanto a ella como a Castedo, habían actuado con la máxima celeridad posible. Aun así, no pudieron evitar que Olivia se desvaneciera durante una serie de horas que resultaron eternas. Lamentaba tantas cosas... Pero, por encima de todo, lamentaba el hecho de tener la capacidad de recordar. Eso le dolía. No quería rememorar ni por un momento más aquellos hechos. Tanto sus padres como Albert, su marido, se encontraban en la cafetería cuando llamaron a la puerta con los nudillos. No sabía por qué, pero su corazón comenzó a latir con

fuerza, como a la espera de alguien que le había sido negado. Con voz débil, autorizó la visita desde la cama. Poco a poco y secundado por dos muletas metálicas, el agente Castedo entró en la habitación. Portaba un ramo de tulipanes no con cierta dificultad. Sonrió al verla tan entera y dejó las flores en la repisa.

—Olivia —dibujó una pequeña sonrisa en sus labios. Una ligera barba de dos días mancillaba su desmejorado rostro.

Pese a que vestía un traje caro, él no podía evitar el hecho de que internamente se sentía destrozado. Con sumo cuidado se postró en una silla a los pies de la cama.

Se atrevió a tocar los pies de la investigadora en una clara señal de

confianza.

—Me alegro de verte —expresó ella no con mucha sinceridad.

—Yo también, aunque me ha ido por los pelos. Unos centímetros más profunda y mi herida hubiera resultado mortal.

Ninguno de los dos hizo mención al comentario. Ella contemplaba por la ventana en clara señal de reproche hacia Castedo, pero sin saber bien por qué. Él, experto en lenguaje corporal, intentó redimirse.

—Entiendo que puedas estar molesta conmigo. Incluso que tengas la voluntad de querer culparme por lo sucedido —tenía aquel discurso ensayado de antemano—. Pero comprende que hay ciertas cuestiones que no podemos

controlar. Por el amor de Dios, tú lo sabes más que nadie.

Ella continuaba en la inopia.

—He perdido muchos hombres, algo que acarrearé mi cese con toda probabilidad. Pero no puedo hacer más, lo hice lo mejor que pude. Quizá el hecho de...

—No te culpo de nada —interrumpió Olivia.

Castedo frunció el ceño. Llegaba a comprender su estado defensivo. Tenía por seguro que debía obviar la pérdida de su compañero, aunque no sería cortés.

—Lamento la pérdida de Aitor. No se ha podido extraer ningún cuerpo de los fallecidos debido a la presión de la

cámara —fue lo más escueto posible sin querer añadir más.

El Sol del mediodía se reflejaba en los bonitos ojos verdes de Olivia, que de manera inexpresiva cotejaban el paisaje urbano de la ciudad gallega.

—Debo informarte de diferentes pesquisas respecto a la investigación.

Ella continuaba sin querer mirarle a los ojos. Quizá no se sintiera con fuerza o la lucidez le había permitido avergonzarse del hecho de que le salvara la vida en aquella bodega.

—Es algo que, por desgracia, siempre ocurre. Quiero ahorrarte el hecho de que vuelvas a visitar nuestras instalaciones de Barcelona; mis superiores me han autorizado a que te traslade toda la

información vital respecto a las medidas que se han tomado.

Se abrió la americana y extrajo un par de objetos; uno era una memoria interna y el otro era un portafolio diminuto con varios documentos en su interior. Se ayudó de una mesa portátil para mostrárselos.

—Requiero de toda tu atención, Olivia. Esto es importante. Ten por seguro que una vez terminada nuestra conversación, nunca más volveremos a vernos. Sé que te agrada esa idea.

Ella prestó atención a los diferentes documentos que había sobre la mesa. Castedo le mostró un papel de color rosa, doblado y en muy mal estado. Suspiró dispuesto a dar las

explicaciones pertinentes.

—Este documento fue hallado de manera simulada en el interior de tu cazadora a la hora de proceder con tu rescate. Es un permiso de inspección que justifica tu presencia a la hora del accidente acaecido en la presa. De igual manera, esta otra tarjeta identificativa corrobora que tenías acceso por todo un día. Punto dos: este informe médico, el cual ya tiene máxima veracidad respecto a los anteriores, informa de que tus heridas fueron provocadas por la explosión, concretando que debido a la metralla, tu hombro fue perforado —hizo un silencio a la espera de una posible respuesta por parte de la mujer—. No hubo proyectiles ni ataques premeditados.

—Es así como todo debe acabar... Con una gran mentira tras una cortina de humo.

La mirada de Castedo se endureció, estaba entrenado para aquel tipo de reproches.

—Se trata de una cuestión de seguridad nacional. No podemos ir explicando según qué cosas a todo un país.

—Deberé creerlo si tú lo dices.

—Punto número tres: tu investigación fue cancelada por la gendarmería francesa, quedando abruptamente incompetente en la materia del caso que nos envuelve. No hubo hallazgo de ningún tipo de volumen bíblico ni persecuciones en ninguna iglesia parisina. Tienes una serie de coartadas

al respecto en este pen drive del que te hago entrega. Al parecer, el propietario de una galería de antigüedades en París efectuó una denuncia en contra de tu persona, mostrando imágenes de video vigilancia como amparo. No te preocupes por ello, careces de ningún cargo en tu contra. De esta manera, todos los cabos quedan atados y no incurrirás en ningún tipo de anomalía al respecto.

Casi ajena a toda la explicación, Olivia seguía mirándole.

—Por el contrario, yo presentaré mi renuncia como agente del CNI. Espero que al menos esta circunstancia pueda aliviarte lo más mínimo.

—Me has salvado la vida en dos

ocasiones —le sorprendieron sus palabras—. De no ser por ti, no quiero saber qué hubieran hecho conmigo aquellos dos maleantes.

Castedo recordó cuando siguió su rastro hasta aquel edificio abandonado de Portomarín. Guido y Franco seguirían entre rejas y sin fianza hasta que se encontrara una buena coartada para ellos.

—Y estoy segura de que si no llegas a socorrerme, el nivel del agua hubiera provocado mi muerte en la bodega de Cavour.

Tomó nota mental de la buena predisposición de la investigadora. Dejó en orden la documentación sobre la mesa y se puso en pie.

—No tenemos ninguna noticia respecto a Agatha ni sobre ningún ser que proceda de una civilización desconocida. Y evidentemente, no existe ninguna iglesia primigenia en la que descansan los verdaderos restos del apóstol Santiago. Todo ha quedado en el más mísero recuerdo.

Ella asintió sin remedio. Castedo, ayudándose de las muletas, rodeó el lecho y se postró junto a ella. Acto seguido, extendió su mano en claro síntoma de despedida.

Ella aceptó la encajada y apretó sus dedos contra los del agente.

—Pese a todo, señorita Giralt, ha sido un placer.

Asintió y soltó su mano. Vio cómo se

volvía y caminaba con dificultad hacia la salida de la habitación. Toda aquella seguridad en sí mismo quedaba reducida a un leve cojeo producido por sus heridas. Aquella era la verdadera moraleja del ser humano.

—Castedo —llamó su atención antes de que se marchara, girándose este vagamente sorprendido—. Gracias.

El agente del CNI asintió agradecido, giró el pomo y abandonó la habitación sin la más mínima percepción de resentimiento.

Justo al salir él, Albert entró en la habitación.

—¿Quién es, Olivia?

—Un agente en relación con el caso. Por favor, guarda en mi bolso esa

documentación que hay sobre la mesa — señaló los objetos que le había entregado Castedo.

—Se supone que algún día me explicarás lo que realmente ha ocurrido, ¿verdad?

Ella agarró las manos de su marido y le invitó a que se sentara a su lado. Él sonreía.

—Albert, sabes que no se trata de un trabajo de nuestra agencia, sino de algo que no puedo explicar así como así. Ese hombre que salía de la habitación trabaja para el CNI... Y debo estarle agradecida.

—Cuando os ingresaron en este hospital a ambos, escuché que él era un representante de una compañía de medio

ambiente o algo parecido.

—Ya... ¿Y te diste cuenta qué pronto lo trasladaron a otro hospital?

Albert pensó por unos instantes y cayó en la cuenta de que tenía razón. Honestamente, no le gustaba el hecho de que su mujer estuviera tan expuesta a ciertos peligros. Pero al igual que uno respetaba todo lo que generalmente le rodeaba, él debía respetar la vocación de su compañera tal y como si fuera la suya propia.

—Debo ser cauta unos días, solo es eso.

Él ensombreció su semblante a la par que jugueteaba con el anillo de Olivia.

—Cariño, quería evitar hablarte de esto hasta más adelante, pero he convenido

con tus padres de que cuanto antes lo hagamos, mejor.

—¿De qué quieres hablar, Albert? — preguntó ella aun sabiendo por donde iban los tiros.

—Es sobre Aitor.

En aquel momento, un cúmulo de recuerdos le vivieron a la mente. Dado el hecho de que se trataba de su propio marido, quiso evitar al máximo el impacto emotivo que sintió al volver a escuchar su nombre. Guardó un silencio solo matizado por sus lágrimas.

—Sé lo que sentías por él y lo que significaba para ti —dijo con trémulo esfuerzo—. Soy tu marido y nunca lo he podido obviar.

Sin querer mirarle directamente a los

ojos, ella apretó sus manos.

—Lo lamento mucho, Olivia. Sé que siempre lo tendrás presente en nuestras vidas y solo quiero decirte que lo entiendo —intentó no derrumbarse—. No sé si quizá algún día sobrepasaste la línea con él, pero quiero decirte que no importa, que siempre lo he podido comprender porque te conozco demasiado bien como para evitarlo.

Ella sollozaba sin poder evadirlo. Además de la trágica pérdida de Aitor, ahora se le sumaba un sentimiento de culpa que se acrecentó debido al roce que tuvieron en aquella cámara subterránea. Sus labios aún ardían en deseo de haberle podido besar de nuevo, algo que jamás volvería a

ocurrir. Asintió mientras lloraba con ahínco.

—Tranquila, Olivia. Tranquila. Le brindaremos a Aitor la despedida que merece, por mucho que su cuerpo no esté presente entre nosotros.

Cuando se hubo tranquilizado mínimamente, se dispuso a dar una explicación. Sus ojos brillaban bajo la luz que se filtraba a través de la ventana.

—Nunca te he mentado, Albert —se traicionó a sí misma—. Siento algo profundo por Aitor, pero a ti me une nuestra historia y nuestro futuro. Quiero envejecer contigo, quiero ser madre a tu lado y quiero olvidar estos días. Pero será difícil, ya que cada rincón de mi vida me recuerda a él.

—Para eso estoy yo, para ayudarte —se secó una lágrima mientras se ponía en pie—. He tenido mucho miedo de perderte, no quiero volver a sentir de nuevo esa sensación.

Albert se sentía ligeramente herido en su orgullo, pero su predisposición en la mejora de Olivia era tal, que estaba dispuesto a renegar de cualquier sentimiento nocivo. Para él, en eso se basaba el significado de querer a una persona. En sobreponerla ante sus propios pensamientos.

—Avisaré a tus padres, les dije que esperaran un momento en la cafetería mientras hablaba contigo.

Sonrió y salió de nuevo de la habitación. Aun sollozando, Olivia se recostó de

lado en la cama.

Miró a través de la ventana, donde la visión del antiguo campanario de la catedral de Santiago copaba toda su atención. Maldiciendo aquella tierra, cerró los ojos en pos de un descanso certero. No sabía ni cómo ni cuándo, pero debía de abandonar aquel sentimiento de rabia infundada que la envenenaba por dentro. Solo entonces, sería capaz de olvidar aquellos extraños días que pasó en tierras gallegas.

CAPÍTULO 53

Extracto de llamada entre el agente de servicio, Unax Castedo y el Director general de operaciones del CNI, Clemente Jáuregui.

—Dime, —la voz del director sonaba inquisidora— ¿todo se ha zanjado tal y como habíamos acordado?

Castedo se retiró a una de las mesas más apartadas de aquel solitario bar. En el ambiente pululaba aroma a cerveza y a desinfectante.

—Hemos sufrido bajas irreparables, pero puedo afirmar que los objetivos con los que contábamos desde el principio se han cumplido —respondió

el agente, consciente de que estaban conversando bajo el amparo de una línea segura.

—Con todo un embalse desembocado sobre una antigua mina. No creo que esa fuera la manera más correcta de proceder, Castedo.

—Lo expreso en mi informe, asumo toda responsabilidad. Tanto de las muertes de los miembros operativos como de los desperfectos que todo este affaire ha podido causar.

Su voz sonaba diáfana y con el claro punto de antipatía que a veces le caracterizaba.

—No es cuestión de cesiones de poderes o de responsabilidades, es más el hecho de corresponder a todo el

mundo con lo que merece. Teníamos informes de Adán Quirós. Conocíamos el hecho de que, siendo un adolescente, había cometido un crimen que pasó inadvertido. El viñedo lo poseía de manera lícita y actuaba como un buen empresario, pero intuíamos asuntos turbios entre líneas. ¿En qué hemos fallado? No podemos estar tan ciegos.

—El caso es que lo hemos detenido. Ya tenemos a todo un equipo detrás encargado de maquillar informes y de inventarse hipotéticos guiones para que toda una nación los crea. Estar en el campo de acción puede acarrear este tipo de situaciones, director.

—Llevas muchos años trabajando en la agencia y ya sabes cómo funciona, hijo.

No somos un grupo de agentes de tres al cuarto que tan solo resuelve minucias; toda la seguridad nacional de un país depende de nosotros. No podemos despistarnos con casos aislados como este y que se nos escapen de las manos. Hemos perdido a cerca de una decena de efectivos.

El silencio incomodó a Castedo, quien reprochaba continuamente el hecho de que muchas de las misiones se desvanecieran en un secreto que toda población desconocía.

—Los asesinatos que cometió ese hombre quedaron ocultos por no ahondar demasiado en la cuestión —se molestó el agente—. Nadie movió un dedo por investigar las desapariciones.

—Todo tiene un precio. La ruta jacobea que pasa por esas tierras tiene un peso muy importante en la historia. Si es cierto que la red de túneles ha quedado anegada y que nadie más podrá operar en la zona, no deberíamos preocuparnos. —¿Y qué hay de Agatha, director? No hemos podido recuperar el cuerpo de esa criatura.

Se produjo otro silencio incomodo al otro lado de la línea. Después, un suspiro creciente.

—Ese es un tema que debemos olvidar. Agatha no existe.

—¿Olvidar?

—No nos concierne, Castedo —inquirió—. El gobierno jamás aprobará una partida presupuestaria para investigar un

portal hacia otra especie de dimensión, por mucho que tengamos planos y esquemas de su localización. Es todo un mito.

—Sabes que tenemos pruebas fehacientes de su hipotética existencia.

—Tu prueba, con todos mis respetos, es la declaración de una investigadora privada que en estos momentos aún se encuentra convaleciente en el hospital. Tú no has visto nada.

—Confío en ella.

—No lo pongo en duda, debes hacerlo —le sorprendió aquella tajante afirmación del agente. Después de todo, él era uno de los miembros mejor valorados de toda la agencia—. Hemos cotejado los informes que has redactado

y los hemos cruzado con los de los analistas, llegando a la conclusión de que los objetivos se han alcanzado parcialmente.

—¿Parcialmente? Nos hemos jugado la vida en ese pueblo.

—Quizá por eso mismo. Hemos tenido que reducir todo a una simple inspección protocolaria para descubrir uno de los hallazgos más importantes de nuestra era. Un accidente inventado como remedio a toda la destrucción que se ha llevado a cabo. Ten por seguro que tendremos noticias desde Roma.

—No es justo. Después de lo que hemos invertido, quizá otro se lleve el reconocimiento del hallazgo en un futuro.

—Nada en la vida lo es. Deberías saberlo ya, Castedo. Por eso quiero proponerte que tomes tú mismo alguna determinación.

—No es necesario que me obligues a dimitir, sé hacer las cosas a mi manera.

—No me comprendes, tú siempre tan terco. No queríamos revelártelo por el éxito o fracaso de la misión, pero imagino que te habrás preguntado por qué contratamos los servicios de esos dos detectives privados.

—Sí, el capitán me informó de que se trataba por el hecho de ser un caso aislado —se escuchó una leve risa al otro lado de la línea telefónica—. Nunca lo creí.

—Muy perspicaz. Cierto es que se

trataba de un caso aislado y que no le dimos la importancia que merecía. No podríamos llegar a pensar que una agente infiltrada del Vaticano tendría esos propósitos. Y sobre todo, no creímos en la veracidad de Agatha.

—Ella ha ganado. Quiso que el secreto no saliera a la luz y lo consiguió. Generalmente cuando una persona actúa con esa actitud tan extremista, poco le importa su propia vida.

—Miranda Cardona hubiera sido un muy buen efectivo para nuestra agencia, pero lamentablemente no la pudimos persuadir demasiado. Era un alma libre que se sentía atraída por sus proyectos, no por sus ideales. Cualquiera quien fuera su responsable le había prometido

el descubrimiento de Agatha y ella había accedido. Y contra eso no pudimos hacer nada. Llevábamos años siguiéndola y el Vaticano había preparado esta misión recelosamente — hizo un silencio—. De esa misma forma, tanto Giralt como Cruz, estaban en nuestras bases de datos como futuribles. —¿En un futuro lejano?

—Su corto y curioso periodo de prueba ha sido suficiente —Castedo continuó a la expectativa— Desde hoy mismo se han convertido en agentes del CNI a pleno derecho. Solo nos queda transmitirles dicha información.

—Lo entiendo y lo celebro en parte, pero a mí no me concierne. Lo mejor sería que abandonara la agencia—

expresó Castedo con la máxima honestidad de la que disponía.

—No lo tienes permitido, hijo. Y más en estos días que corren. Hay algo... Algo que me preocupa. Es respecto a una valiosa información que nuestro servicio de inteligencia ha interceptado y que no ha podido descifrar. No tiene nada que ver con este caso, pero debes ponerte en marcha cuanto antes. Desconocemos su remota procedencia, pero, pese a eso, nos concierne demasiado como para eludirlo. Te he enviado el archivo encriptado a tu dispositivo, necesitaría que lo verificaras cuanto antes.

—Con todos mis respetos, creo que el CNI cuenta con una de las mejores

secciones de contraespionaje de toda Europa. Nunca dependemos de ningún agente en concreto.

—Me temo que en este caso sí —suspiró—. No me sentiría tranquilo si asigno a cualquier otro agente para una cuestión de estas características.

—Entenderás de mi convalecencia, director. Por mucho que ocultemos cierta información, no puedo obviar la herida del estómago que casi acaba con mi vida.

—Me gustas por tu dramatismo, Castedo. No es necesario que obvies nada, tendréis vuestro tiempo para tomar diferentes determinaciones. Esos dos detectives y tú pronto volveréis a trabajar juntos.

—Lamento comunicarle, por si no le ha llegado la noticia, que Aitor Cruz murió en la inundación de la cámara subterránea de la iglesia primigenia.

—...

—Creía que lo había dejado claro en el informe. Lamento el malentendido, señor.

—Cierto —expresó de forma neutra—. Una noticia lamentable. Intentaremos reconducir la situación, de eso no hay duda. Pero manténgase alerta, es una premisa.

—Sabe que siempre lo estoy.

—Pero por nuestro bien, a partir de ahora debe estarlo más que nunca. Esto solo ha sido el principio.

Fin de la llamada.

CAPÍTULO 54

Sector Diagonal mar, Barcelona.

—¡No! Vamos, haz un último esfuerzo —gritó ella llorando de la impotencia.

—Olivia... ¡Vete! —la miró carente de toda energía— Vete, por favor —suplicó con un susurro.

Sus ojos dejaron escapar unas lágrimas mientras contemplaba a su compañera.

—No Aitor, no lo hagas —sollozaba mientras intentaba aferrarse a una última esperanza—. Te quiero, por favor, no te sueltes —sollozó sin casi dejarse entender.

Cuando sintió de nuevo cómo su compañero se soltaba de la escalera y

caía al agua, abrió los ojos, sobresaltada. Eran las tres de la madrugada y reinaba el silencio en su piso del sector Diagonal mar. Notó como su marido la contemplaba desde su parcela de la cama, acostumbrado ya en cierta medida a los achaques nocturnos que sufría. La miraba con pausa, sin reprocharle nada, a sabiendas que aquella pesadilla volvía y volvía una y otra vez. Olivia se sentó en el borde de la cama, pensativa. Él se colocó a su lado y rodeó su cuerpo con el brazo.

—Quizá no es buena idea que vuelvas dentro de unas horas al trabajo, considero que es muy precipitado.

Ella no respondió, solo acarició el

brazo de Albert y se puso en pie, colocando los pies sobre la mullida moqueta. Caminó hasta el cuarto de baño y observó el reflejo de su propio rostro en el espejo: aún contaba con alguna cicatriz de su desequilibrada batalla contra Adán Quirós. Sentía jaquecas y su médico le había recetado antidepresivos. Nunca lo había necesitado, pero era consciente de que si su situación continuaba por esos lares, necesitaría prescripción psicológica. No se veía sentada en un diván explicando una y otra vez cuáles eran sus miedos y fobias, pero el principal remedio para aquellas causas era reconocer que había un mal en su interior.

Preparó café y se sentó en el sofá a

sabiendas de que no podría volver a dormir en horas.

Había regresado de Galicia hacía una semana y no lograba desconectarse de la sensación que percibía. Era como si alguna tesitura de aquel trágico caso hubiera quedado abierta, como si no lograra comprender por qué no habían ahondado más en algunas de las cuestiones relacionadas.

El CNI se puso en contacto con ella para darle las merecidas condolencias por la pérdida de su compañero y para felicitarle por un trabajo eficiente. Pero no todo acababa allí; por mucho que se había interesado en una futura investigación del paradero de Caronte o hasta del hipotético portal hacia el reino

de Agartha, solo había hallado evasivas como respuesta. Negaban todo cuanto había acontecido. Incluso una noche, intentó de manera desesperada ponerse en contacto con el agente Castedo, pero por activa y por pasiva le informaron de que se encontraba en paradero desconocido hasta nueva orden. Quizá así vivían los agentes de contraespionaje, con una mujer en cada puerto y con destinos tan intangibles como la propia imaginación. Pero estaba segura de que volvería a verlo. Durante muchos días se había estado informando sobre el reino oculto de Agartha; recuperar el tiempo perdido quizá le convertiría en una experta en la materia, pero no necesariamente se daría por

vencida. Aunque solo fuera para glorificar la memoria de Aitor, no se rendiría.

¿Un reino oculto en un desdoblamiento de la tierra? ¿Por qué no? Ella misma había visto con sus propios ojos a aquella criatura tan antigua como la misma cristiandad. Y aunque el CNI había negado toda relación, allí estaban sus pruebas. Lucharía contra mar y montaña a la hora de demostrar que había claras evidencias al respecto, le pesara a quien le pesara. Y estaba segura de que algún día pondría pie sobre suelo pantanoso, pero no se detendría.

Lo más sensato para ella era volver al trabajo. Pese a su deplorable estado, así

lo había decidido.

Se cambió de ropa y, evadiendo las miradas de misericordia que su marido le dedicó, salió de casa. Condujo durante horas por las desiertas calles de Barcelona, intentando encontrar un destino que, pese a saber cuál era, no se atrevía a alcanzar.

Para estar a finales de enero, no hacía frío, pero la temperatura tampoco invitaba a detenerse a la intemperie. Tras un buen rato al volante, se detuvo frente a un bloque de pisos lujosos en plena avenida Diagonal. Tuvo suerte de encontrar un aparcamiento colindante al portal que la precedía. Cogió un manojo de llaves de la guantera y bajó del coche. Había llegado el momento de

luchar contra sus propios fantasmas.

Aitor había decidido alquilar aquel lujoso apartamento con los honorarios recibidos tras la consecución del caso del doctor de la peste. Para ella era demasiado pretencioso, pero él en sí lo era. Subió hasta el ático y localizó la puerta. Tan solo con introducir la llave en la cerradura, sintió un escalofrío. Al abrir, el aroma que desprendía su interior la tumbó; aún olía a él. La primera lágrima no tardó en resbalar a través de su mejilla. Dado que se acababa de trasladar allí, sus cajas se amontonaban de cualquier manera en el espacio reservado para la sala de estar. Aquel apartamento era muy bonito. Las vistas a través del ventanal daban a

plena plaza Francesc Macià, centro neurálgico de la ciudad condal. El corte urbano producido por la avenida Diagonal se podía percibir con facilidad desde las alturas. Pensó en lo que hubiera disfrutado viviendo allí. Su mente fue más allá y también pensó en la hipotética vida que el futuro le hubiera deparado; ¿hubieran correteado niños por entre aquellos pasillos? ¿Quizá hubiera persuadido al amor de su vida con alguna de sus fanfarronerías de detective venido a menos? Olivia Giralt no pudo evitar sonreír pese a lo triste de la cuestión. Cruzó el pasillo que le llevó a una de las habitaciones del apartamento. Algo más adecentada, parecía que ese hubiera sido su futuro

despacho, ya que había un escritorio sobre el que reposaba un ordenador por estrenar. No había tenido tiempo de colocar nada más en la habitación. Se introdujo en la estancia y vio que sobre el escritorio también había una caja de cartón del tamaño de un folio, de aquellas que se utilizan para las mudanzas. Olivia se detuvo, pensativa. No pudo dudar que le extrañó el hecho de que la misma estuviera cerrada a cal y canto, pero tan bien colocada sobre la mesa. Conociendo como había conocido a Aitor, se trataba del rey del desorden. Aquel apartamento que alquilaba hasta hacía poco tiempo en pleno barrio gótico, era el claro ejemplo. Miles de recuerdos le vinieron a la mente en el

momento que sus pensamientos deambularon por épocas pasadas, pero para eso estaba allí, para despedirse de Aitor en la soledad que merecía para con él. Muerta de curiosidad se acercó a la caja, no pudiendo evitar sentir remordimiento si la abría. Pero sabía que no acarrearía en ninguna locura al hacerlo. La tomó en sus brazos y notó que no pesaba nada. Estaba vacía. Pero, al soltarla, percibió algo en su interior. La destapó y descubrió una única fotografía. Antes de ni siquiera mirarla, lloró emocionada. Recordaba aquel día como si hubiera sido ayer, pero habían pasado cerca de veinticinco años. Era un antiguo retrato en formato Polaroid que los padres de Olivia habían tomado

en la salida de la atracción de los espejos mágicos, en el parque de atracciones del Tibidabo, en Barcelona. Fue el día que se conocieron. En la fotografía, unos jóvenes Olivia y Aitor posaban sentados, con el paisaje barcelonés como telón de fondo. Sus miradas eran pícaras, de niños felices que tenían toda una vida por delante. Olivia recordó entonces, que le había ayudado a salir del laberinto repleto de espejos que resultó ser una trampa para él.

Un grupo cerrado de personas había completado la visita, todos menos Aitor, que se perdió en el interior de la instalación tras despistarse en un recodo sin salida. Viendo a sus padres

angustiados, Olivia entró en su búsqueda para evitar llamar la atención de las autoridades del parque. Simplemente se trataba de un niño que se había perdido en aquella atracción ilusionista. Él deambuló entre reflejos grotescos que saboteaban su aspecto real, intercambiándolos con figuras verdaderamente surrealistas. Aquella niña desconocida había resultado ser un ángel para él. Se miraron, ella sonrió y agarró su mano hasta la salida. Después, sus padres entablaron una larga conversación entre ellos que aún perduraba en forma de amistad duradera. Él no medió palabra hasta que se despidieron.

—¿Ni siquiera le vas a preguntar cómo

se llama, Aitor? —le dijo su padre alentándole después de que la chica hubiera ofrecido su inestimable ayuda.

Él se acercó ruborizado y le preguntó con la mirada.

—Me llamo Olivia —le volvió a extender la mano.

Aquellos recuerdos le dolían tanto... Pensar en el simple hecho de que no volvería a verlo más la estaba matando. Pero había algo de romántico en aquella despedida, algo que le hacía pensar que Aitor se encontraba en paz allí dónde estuviera. Ella misma lo necesitaba y fue en lo primero que pensó nada más volver a la ciudad. Volvió a mirar su retrato y, en lugar de devolverlo a la caja, lo guardó en el bolsillo de su

cazadora.

Notó un leve cosquilleo, como una presencia extraña que la alentó. Un crujir en el parqué, en susurro en el ambiente. Miró a su alrededor, clavando sus pupilas en aquellas paredes que debían de haber sido su amparo durante muchísimos años. Después, mientras cruzaba el pasillo de vuelta al salón, volvió a dejar escapar una lágrima tan díscola como su propio destino.

—Adiós, querido amigo.

EPÍLOGO

Barrio de Gràcia, Barcelona.

Su trayecto hasta la oficina había resultado ser tan rutinario como antaño; los mismos atascos de siempre, el mismo programa de radio emitiendo en su vehículo y aquella mácula de carisma intacto con la que contaba la ciudad de Barcelona. El encargado del parking preguntó sobre el porqué de su ausencia durante aquellos días, a lo que ella contestó con una cariñosa evasiva. No tenía motivo alguno, pero se sentía apaciguada en su interior. El Sol brillaba sobre la ciudad y ese día comenzaba su nueva vida, con lo que

ningún pensamiento mezquino debía interferir en sus sentimientos. El reloj marcaba las nueve de la mañana cuando se dispuso a abrir la puerta de su propia oficina de investigación, «O.G. Detectius», como tantos días atrás. Suspiró y temió la reacción que sentiría. El interior estaba vacío como de costumbre a esas horas; Juan Roca, el encargado administrativo de la agencia, aún no había llegado. Entró y colgó su cazadora en el perchero de pie, como otros tantos cientos de veces. Se sentó en su asiento y encendió el ordenador. Hasta ahí, todo bien. Tendría que ponerse al día sobre muchas cuestiones, y una de ellas era el de aceptar el primer caso que entrara por aquella puerta. Sus

dos últimas investigaciones habían resultado tan agotadoras que estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa que la mantuviera entregada al cien por cien durante unos días. Y sabiendo que no podría evitarlo, desvió su mirada hacia el escritorio de Aitor, dibujando una sonrisa en sus labios. Durante unos segundos permaneció en la inopia, hasta que escuchó un ligero rumor proveniente de la sala de reuniones, situada al final del espacio que ocupaba la oficina. Aprovechó para conectar la calefacción y, temerosa de un silencio que pudiera resultar inquisidor, conectó la radio bañando el espacio de templada música.

Tiempo del primer café de la mañana:

suponía que su compañero Juan habría mantenido limpio el pequeño espacio reservado para el office en la sala de reuniones. Cruzó el pasillo inmiscuida en sus quebradizos pensamientos y abrió la puerta de sopetón.

Tanto fue así, que se topó con una inesperada muchedumbre que la sorprendió de una manera tan efectiva que perdió sus propias palabras. Frente a ella había una veintena de conocidos ataviados con detalles festivos tales como gorros, collares hawaianos y matasuegras que emitían un ruido ensordecedor.

—¡Sorpresa! —gritaron todos al unísono de manera vilmente premeditada.

De las paredes colgaban mensajes como «bienvenida» y «te queremos», algo que sin duda la ruborizó en primera instancia. Esa bienvenida había sido obra de su marido, y pese a que tendía a ruborizarse con lo más mínimo, le estaría eternamente agradecida. Alguien, conociendo su exquisito gusto musical, había conectado un dispositivo del que salían los primeros acordes de “Halleluja”, obra inmortal de Leonard Cohen que ella admiraba. Sus primeras lágrimas saltaron como un resorte en el momento que sus padres se acercaron a abrazarla. Entre los vítores y la propia música, pudo reconocer en la sala a amigos de la infancia con los que mantenía contacto, algunos miembros de

su antiguo club universitario y hasta compañeros de carrera. Le sorprendió encontrar también entre los presentes al carismático comisario de policía Carlos Fornés, quien tan necesario fue en la resolución del caso del doctor de la peste. Junto a él, con una copa de vino en la mano, estaba el Sr. Corso, aquel misterioso hombre que durante años les había abastecido con trabajo que resolver. Ambos la saludaron afectuosamente, incluso la abrazaron.

—Ya me han contado, ya —expresó Fornés con su inseparable gabardina marrón y su cabello graso—. ¿Nunca dejarás de meterte en problemas?

Olivia le agradeció su presencia, no sin expresarle que estaba disponible para

cualquier necesidad futura.

Su grata sorpresa iba en aumento y temió por la integridad de su hombro dadas las circunstancias, pero por eso, resistiría lo necesario. Juan Roca también la tomó en su regazo como si de una colegiala se tratara. La había echado de menos y había sido cómplice de que Albert hubiera podido organizar toda aquella movida. Sentado cerca de la mesa de reuniones, recostado sobre una muleta y algo apartado de la muchedumbre, encontró al agente del CNI, Unax Castedo. Su caparazón se derrumbó y volvió a llorar con vehemencia. No halló remedio hasta que le estrechó la mano. Este, sorprendentemente tiró de ella y la abrazó de manera distendida.

—Enhorabuena, Olivia —le dijo mientras mostraba su sonrisa más atractiva —. Has conseguido que alguien me invite a una fiesta después de muchos años.

Ella rio de alegría mientras sus lágrimas recorrían sus sonrojadas mejillas. Después de todo por lo que habían pasado, aquel hombre había demostrado ser un ser humano como la copa de un pino. Nunca tendría palabras suficientes para agradecerle todo lo que había hecho por ella. La vida se disecciona por aquellos momentos en los que uno se encuentra al límite, y bien daba por seguro, que recordaría al agente Castedo hasta el final de sus días.

Su rostro se entristeció cuando al mirar

a una de las esquinas de la sala, pudo reconocer a los padres de su malogrado compañero Aitor. Apenas pudo contener los sollozos y no hicieron falta palabras para describir la emoción del momento.

Incluso los presentes respetaron esos instantes de intimidad compartida. No tenía palabras para lamentar todo lo que había sucedido y les aseguró que, si ella estaba allí en esos instantes, era gracias a Aitor. Su madre le acariciaba el rostro alentándole para que no estuviera triste. Sucumbió ante la idea de sentarse y, tras compartir unas cariñosas palabras con ellos, que al fin y al cabo formaban parte de la familia, desvió la mirada hacia una solitaria silla del fondo, en la que permanecía sentado su marido,

Albert. Tenía que agradecerle tanto... Ese detalle había sido maravilloso. ¿Cómo había podido ser capaz de congregarse a toda esa gente tan dispar y conexas con ella? Se acercó y se besaron bajo el amparo de gritos y aplausos de alegría. Fue la guinda perfecta a tan absorto momento de emociones.

—Gracias —dijo ella entre lágrimas—. Gracias por hacer que toda esta gente esté aquí presente en un día tan importante para mí.

Albert la miró algo descolocado, pero sin poder disimular la evidencia.

—No, Olivia. Yo no he organizado nada —expresó visiblemente cohibido—. Ayer me encontré esto en el buzón.

Le mostró un documento garabateado a mano en el que lo citaban en aquella oficina a esa misma hora. Entonces, cayó en la cuenta de que todos los presentes tenían la misma especie de invitación en su poder.

¿Y si él no había sido, quién había organizado aquella sorpresa? Buscó miradas cómplices en el interior de la sala sin hallarlas. Pero su rostro de incoherencia solo fue atenuado en el momento que la puerta de la sala se volvió a abrir. Olivia miró de nuevo a su marido antes de desviar su visión hacia la entrada.

Y allí, ante la gran e inconmensurable sorpresa de los presentes, algo desmejorado y visiblemente más

delgado, estaba su compañero Aitor Cruz, que esperaba en el umbral de la puerta con un ramo de flores algo destartalado. Como por arte de magia, un silencio irrefutable se apoderó de la sala. Se acercó y con voz quebradiza, él, regresado del abismo de los tiempos, expresó:

—Olivia, creo que debería contarte algunas cosas.

Y entonces, ante la presencia de todas aquellas personas, se fundieron en un imperecedero abrazo.

AGRADECIMIENTO

Quizá para mí esta sea la parte más comprometida, pero no por ello dejaré de agradecer a todas las personas que de una manera u otra me han acompañado durante todo el proceso de creación de esta historia.

Hace un año, tras la publicación de “Naturaleza perdida” comencé a conocer a gente maravillosa: lectores, blogueros, compañeros de editorial y de afición e incluso a personas a las que hoy día puedo llamar amigos. Todos ellos han contribuido de manera notoria con su granito de arena. Gracias, no me olvido de ninguno. Reconozco que

escribir una novela es un arduo trabajo, pero el hecho de haberme introducido en esta trama y haberme documentado de la manera que lo he hecho, ha merecido mucho la pena. Es la parte más bonita de todo esto.

Gracias a Halle Grosso, por la sublime colaboración en el prólogo de esta historia y por la labor de Multiverso Editorial en general. Te debo una.

Izas, de nuevo mil gracias. Estás dentro de ese saquito de personas especiales para mí, y créeme que en su interior caben muy pocas. Mención especial para aquellos que invierten su valioso tiempo en leer mis historias: a los de siempre (ellos ya saben quiénes son) y a los de ahora, todos os lleváis un

pedacito de mí.

A mi familia, tanto política como biológica, por hacer más llevadero mi día a día. Reduciendo el círculo, toda la gratitud del mundo para mis padres, mi más honesto reflejo, y para mis tres hermanos, mis estandartes y ejemplo a seguir.

Y gracias, cómo no, a quienes soportan a diario mis achaques, mi humor cambiante y mis irritantes dosis de amor: Elena, Unax y Leia. Sois mi vida.

Dani Padilla

BIOGRAFÍA



Nació el 21 de Marzo de 1985, día de plena transición estacional de Invierno a Primavera. Él siempre ha creído en ese tipo de casualidades astronómicas que definen nuestra personalidad.

Es un enamorado de su Barcelona natal,

en la que actualmente reside con su familia. Desde muy temprana edad se sintió identificado con aquellos a quienes les gusta plasmar sus pensamientos sobre papel, intentando emularlos a su manera en forma de diarios personales, historias cortas e incluso canciones, puesto que le gusta disfrutar de cualquier tipo de arte, del primero hasta el séptimo.

Las primeras veces que compartió algunos de sus escritos fue presentándose a varios concursos de relatos cortos en el instituto, época en que el hecho de tener un libro entre sus más preciadas pertenencias comenzó a ser imprescindible para él. La infinidad de posibilidades que te da el poder

desarrollar un personaje, una vivencia o incluso una localización inventada, es lo que más valora de este mundo, de ahí su pasión por la literatura.

Reconoce ser una persona extrovertida, curiosa y positiva, cuyo objetivo es mejorar y aprender en todos los ámbitos de la vida. Como lector voraz que se considera, desde el Thriller policíaco a la literatura fantástica, pasando por grandes biografías y relatos históricos, no hay estilo que rehúse, si no, un abanico de posibilidades de aprendizaje inmenso.

Desde su humilde punto de vista cualquier tipo de arte nos debería potenciar como personas y desarrollar como ciudadanos, algo inmensamente

necesario en el marco de nuestra sociedad contemporánea.

Table of Contents

[PRÓLOGO](#)

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA